Barbarie y civilización en el siglo XX

Manuel

CHAVES NOGALES

Francisco Cánovas Sánchez

Alianza editorial

Manuel Chaves Nogales

Barbarie y civilización en el siglo XX

Francisco Cánovas Sánchez

Alianza editorial

Índice

Preludio
1. Manuel Chaves Nogales. Su vida y su tiempo

Manuel Chaves Nogales y los grandes acontecimientos históricos de inicios del siglo XX
Presentación. Sobre biografía, historia y obra
2. La Revolución rusa
3. La Alemania de Hitler
4. La Segunda República española
5. La guerra civil española
6. La agonía de Francia
7. La batalla de Inglaterra
8. El exilio republicano español
9. Legado y vigencia de Manuel Chaves Nogales

Bibliografía
Agradecimientos
Créditos fotográficos e información sobre las imágenes

Créditos

A Virginia

Preludio

Manuel Chaves Nogales es uno de los escritores españoles más destacados del siglo XX. Sus crónicas periodísticas y sus obras literarias le han situado en un lugar privilegiado de la edad de plata de la cultura española. Abordó de forma sencilla y sugestiva una gran variedad de temas, animado por el deseo de ampliar el número de lectores, sin rebajar la calidad de sus artículos, relatos y reportajes.

Para conocer bien a un escritor, a un científico o a un artista hay que insertarlos en las coordenadas históricas de su tiempo, en las realidades sociales, culturales, institucionales y políticas, ya que, como señaló José María Jover, de esa manera se refleja la relación existente entre la biografía, la coyuntura histórica y la obra. En el caso de Chaves Nogales, la realidad social, el contexto cultural y los sucesos históricos que vivieron España y Europa entre 1897 y 1944 —la lucha por el sufragio universal, la crisis de la democracia parlamentaria, el papel destacado de los medios de comunicación, la aparición de las ideologías totalitarias y los sucesivos conflictos bélicos…— influyeron de forma determinante en su trayectoria vital, su visión del mundo, su escritura periodística y su obra literaria y su compromiso cívico. También, en su muerte, acaecida en 1944 en el exilio londinense, cuando apenas tenía cuarenta y seis años.

Chaves Nogales es uno de los mejores periodistas de su tiempo. Su talento, creatividad y singularidad alentaron un periodismo «nuevo, discreto y civilizado», dirigido a estimular la consciencia de los españoles y a suscitar en ellos el interés por los grandes acontecimientos contemporáneos. Sus reportajes fueron muy apreciados por los lectores españoles, europeos y latinoamericanos. Por otra parte, en obras como *La agonía de Francia, A sangre y fuego* y *Los secretos de la defensa de Madrid* se aprecia un pulso estilístico firme, un ritmo narrativo dinámico, una notable clarividencia y un rico mosaico de temáticas.

Sus dotes sobresalientes como periodista y escritor estaban fundamentadas en su gran personalidad: una recia voluntad, una notable capacidad de trabajo y una actitud emprendedora incansable, todo ello acompañado de una sólida cultura, un compromiso con la

verdad y una fe insobornable en los ideales democráticos.

La dictadura de Franco, el conservadurismo académico y el anquilosamiento docente ocultaron durante varias décadas la obra de Chaves Nogales con una pesada losa de menosprecio y olvido. Pero desde los años noventa, conforme se ha reconocido la calidad literaria de sus relatos y se ha puesto en valor su jerarquía como cronista de una época, Chaves Nogales ha ido recuperando el lugar que le corresponde en la cultura española. Esta recuperación ha sido posible gracias a la labor desarrollada por investigadores, profesores y escritores como María Isabel Cintas, Ignacio F. Garmendia, Antonio Muñoz Molina, Andrés Trapiello, Jordi Amat, Charo Ramos, Juan Bonilla, Pilar Bellido, Felipe Benítez, Juan Marqués, Xavier Pericay, Ignacio Martínez de Pisón, Félix de Azúa y Jordi Gracia, así como por las editoriales Libros del Asteroide, Alianza Editorial, Espasa-Calpe, Castillejo, Clan, Almuzara, Renacimiento, Espuela de Plata, Confluencias, Austral, Norma, La Isla de Siltolá y La Table ronde. Asimismo, hay que destacar las publicaciones editadas por la Diputación de Sevilla, la Junta de Andalucía y la Universidad de Sevilla. Gracias a todos ellos, Chaves Nogales es hoy reconocido como un excelente escritor y periodista.

El presente libro presta una atención especial a los grandes acontecimientos del siglo xx y a la visión que Chaves Nogales tuvo acerca de ellos. Tal como afirmó Josefina Carabias, el periodista sevillano realizó «una labor de notario de su tiempo», unos años sumamente convulsos en los que se produjeron hechos económicos, políticos y bélicos que conmocionaron al mundo. Sus escritos ofrecen perspectivas interesantes sobre la enconada lucha desatada entre la barbarie y la civilización y reivindican «la paz, la libertad y la democracia», como manifestó el propio Chaves Nogales al final del ensayo *La agonía de Francia*.

Las crónicas, los reportajes y los relatos de Chaves Nogales constituyen un ejemplo de buen quehacer periodístico y literario, que debería servir de referencia y estímulo a las nuevas generaciones de periodistas y escritores.

Agradezco las sugerencias realizadas por Soledad Pardo, José Rayos, Javier Carro, Marta Robles y Antonio Chazarra. Asimismo, la colaboración de Cristóbal Colón y la excelente sintonía mantenida con Diego Blasco Cruces en el proceso de elaboración y edición del libro. La labor del historiador se caracteriza por la mejora continua. Deseo

que el presente libro contribuya a ampliar el conocimiento de la vida y la obra de Manuel Chaves Nogales, a reconocer el lugar privilegiado que ocupa en la cultura española y a acercar al gran público su obra periodística y literaria, su visión de los grandes acontecimientos del siglo XX y sus ideas cívicas, humanistas y democráticas, que tienen hoy plena vigencia.

Francisco Cánovas Sánchez

Retrato de Manuel Chaves Nogales (*ca.* 1914).

1
Manuel Chaves Nogales. Su vida y su tiempo

Manuel Chaves Nogales nació en Sevilla el 7 de agosto de 1897. Sus padres fueron Manuel Chaves Rey y Pilar Nogales y Nogales. Su entorno familiar influyó de forma decisiva en su interés por la lectura, su proceso formativo y su orientación profesional. Su tío, José Nogales y Nogales, fue director de *El Liberal,* periódico sevillano que pertenecía al *trust* empresarial Sociedad Editorial de España, dirigido por Miguel Moya, que prefiguró el proceso de concentración empresarial que, a finales del siglo, impulsaría la constitución de grandes grupos de comunicación. Su abuelo, José Chaves Ortiz, fue un pintor de obras costumbristas, especializado en los temas taurinos. Su primo, Manuel García Nogales, compartió con él la experiencia del periódico madrileño *Ahora* y del exilio. Su padre, Manuel Chaves Rey, fue académico de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, correspondiente de la Real Academia de la Historia, y cronista oficial de la ciudad de Sevilla. Escribió obras teatrales y de temática sevillana y desempeñó una labor destacada en *El Liberal*.

A propósito de Manuel Chaves Rey, afirma María Isabel Cintas:

> De su padre aprendió Manuel la consideración hacia el trabajo periodístico como fórmula de comunicación social, idea que empezaba a ser tendencia en Europa y América. Como él, se hizo masón. Y con él visitó asiduamente desde muy joven la redacción de *El Liberal,* donde se impregnó para siempre de la pasión periodística [1].

La infancia de Chaves Nogales transcurrió en Sevilla: [*arriba*] Chaves Nogales paseando con sus padres y con su hermana en la feria de Sevilla; [*abajo*] en la Alameda de Hércules (ambas, *ca.* 1902).

Chaves Rey falleció en 1914, a los cuarenta y cuatro años, poco después de haber sido elegido presidente de la Asociación de la Prensa de Sevilla. Pilar Nogales, la madre, tenía un talante enérgico y conservador. Profesora de música y concertista de piano, su principal cometido fue atender la casa y sacar adelante a sus hijos: Elisa, Juan Arcadio, Manuel, José y Leonor. De todos ellos, Juan Arcadio, como veremos más adelante, fue quien mantuvo una relación más estrecha con Manuel.

La casa familiar de Chaves Nogales estaba en la calle Dueñas, en el centro histórico de la ciudad, donde también naciera Antonio Machado. La plaza de Dueñas y las calles próximas acogieron los talleres de los carpinteros, los herreros, los electricistas, los zapateros, los impresores y otros oficios tradicionales. Por allí pasaban muchos artistas que se dirigían a la Casa de los Artistas, instalada en el palacio del marqués de Torrenueva. «La infancia de Manuel debió transcurrir entre los paseos familiares a la cercana Alameda de Hércules, su asistencia a algún colegio infantil próximo (“miga” o “amiga”, modalidad de acogimiento infantil muy frecuentado en Sevilla) hasta iniciar sus estudios en el Instituto de San Isidoro; y el acompañar a su padre, periodista redactor de *El Liberal,* a la redacción del periódico, actividad por la que sin duda manifestó desde muy pronto un gran interés» [2].

De la mano de su padre, el joven Chaves Nogales conoció el Ateneo, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, el Archivo Municipal y otras entidades sevillanas. «La adolescencia de Manuel se desarrolló pues en ambientes culturales frecuentados por su padre, pero que debían tener un gran atractivo para el hijo, que acompañaba al padre de buen grado e incluso lo ayudaba muy posiblemente en la confección de textos, cuando el material y la ocasión lo permitían» [3]. A este respecto, su colaboración en la *Crónica abreviada o registro de los sucesos de Sevilla,* que Chaves Rey elaboró entre 1911 y 1914, debió despertar su atención sobre los principales hitos de la vida sevillana: las visitas de autoridades, la Feria, el Rocío, los juegos florales, las huelgas y las novedades culturales y artísticas.

Por aquel entonces, en los primeros años de Chaves Nogales, España acusaba las consecuencias de la crisis del fin de siglo, que generó en la sociedad un hondo sentimiento de decepción y fracaso. La pérdida de las últimas colonias de ultramar fue el detonante de la crisis. La llegada de los soldados maltrechos a los puertos y las

estaciones de ferrocarril evidenció la gravedad de la derrota. De un día a otro, se pasó del triunfalismo al derrotismo y se inició un proceso de reflexión sobre las causas de la decadencia. El antiguo esplendor de la época imperial concluía y daba paso a una etapa llena de incertidumbre. España tenía un sistema económico obsoleto, ajeno a la Revolución Industrial, y parecía ser incapaz de afrontar los retos del futuro inmediato. En este contexto, Joaquín Costa, Benito Pérez Galdós y Santiago Ramón y Cajal enarbolaron la bandera de la regeneración de la vida pública.

La presentación en 1901 de *Oligarquía y caciquismo, como la forma actual del gobierno de España: urgencia y modo de cambiarla,* de Joaquín Costa, alcanzó una gran repercusión. Se trata de un informe elaborado en el Ateneo de Madrid, en el que participaron sesenta y una personalidades de todo el espectro ideológico. Según Costa, el sistema oligárquico y caciquil se articulaba a través de tres niveles: los oligarcas, prohombres o notables que constituían la «plana mayor» del sistema político; los caciques, que ejercían el poder territorial, y el gobernador civil, que gestionaba el poder político y administrativo en la provincia. «A esto está rendida y postrada la Nación», concluía Costa [4]. El régimen de la oligarquía y el caciquismo falsificaba la representación democrática, se alejaba de la ciudadanía y generaba corrupción. Ante esta situación, los españoles tenían que reaccionar, rompiendo las ataduras del sistema y estableciendo las bases para avanzar por la senda del progreso.

Benito Pérez Galdós, en el artículo «Soñemos, alma, soñemos», que inauguró en noviembre de 1903 la revista *Alma Española*, expresó su denuncia del derrotismo y la necesidad de superar la crisis: Opongamos briosamente este propósito al furor de los ministros de la muerte nacional, y declaremos que no nos matarán, aunque descarguen sobre nuestras cabezas los más fieros golpes; que no nos acabará tampoco el desprecio asfixiante; que no habrá malicia que nos inutilice, ni rayo que nos parta […]. El pesimismo que la España caduca nos predica para prepararnos a un deshonroso morir, ha generalizado una idea falsa. La catástrofe del 98 sugiere a muchos la idea de un inmenso bajón de la raza y de su energía. No hay tal bajón ni cosa que lo valga.

Añadió que la crisis sería superada impulsando decididamente el desarrollo educativo y económico:

> Necesitamos instrucción para nuestros entendimientos y agua para nuestros campos […]. No queremos fealdad en ninguna parte, sino hermosura que nos enamore de nuestros campos, para que en ellos podamos vivir y gozar de cuanto da la naturaleza […]. Procuremos, grandes y chicos, instruirnos y civilizarnos, persiguiendo las tinieblas […]. El cerebro español necesita más que otro alguno de limpiones enérgicos para que no quede huella de las negruras heredadas o adquiridas en la infancia [5].

Por lo demás, Santiago Ramón y Cajal alzó su voz para demandar la renovación de la vida pública. A su juicio, la derrota era una consecuencia de la deficiente actuación de los dirigentes políticos y los mandos militares. La utilización de la retórica patriotera, la errónea estrategia practicada y la ocultación de la realidad habían conducido a un contundente fracaso. Al igual que Costa y Galdós, Cajal pensaba que había que rechazar el derrotismo y priorizar la adopción de medidas que resolvieran los problemas de España. Uno de los manifiestos más expresivos de su patriotismo regeneracionista fue *Post Scriptum,* epílogo de su libro *Reglas y consejos sobre investigación científica* (1899), en el que planteó la necesidad de superar los efectos negativos del analfabetismo, el atraso científico y el déficit de recursos tecnológicos y propugnó el fortalecimiento del proyecto de país a través de la educación, la cultura y la ciencia. Proyecto de reconstrucción y modernización que tenía que ser asumido por todos los españoles, desde las clases privilegiadas a los trabajadores, asignando una misión especial a los jóvenes. Tras la consecución del Premio Nobel, la Facultad de Medicina de Madrid le rindió un homenaje de reconocimiento de su labor docente y científica. Antes de concluir el acto, tomó la palabra y se dirigió a los estudiantes: Hoy más que nunca urge este supremo llamamiento al heroísmo del pensar hondo y del esfuerzo viril. Me dirijo a vosotros, los jóvenes, esperanza del mañana. En estos últimos luctuosos tiempos la patria se ha achicado, pero vosotros debéis decir: «A patria chica, alma grande» […]. Amemos a la patria, aunque no sea más que por sus inmerecidas desgracias [6].

Al final de su libro autobiográfico *Recuerdos de mi vida,* Cajal expresó uno de los principios rectores que siempre había tenido: «Sólo la acción tenaz en pro de la verdad justifica el vivir y consuela del dolor y de la injusticia» [7].

*

A comienzos del siglo xx Sevilla era una ciudad tradicional y

preindustrial que permanecía anclada en el pasado. La mayoría de la población se localizaba en el sureste de la provincia. El único municipio que superaba los 100.000 habitantes era la capital, que en 1900 tenía 147.247 almas. La densidad de población de la provincia era de 1.042 habitantes por kilómetro cuadrado. En la pirámide de la población predominaban los tramos de edad comprendidos entre los 25 y los 50 años. A lo largo del siglo la población de la provincia de Sevilla creció el 1,14 por ciento anual acumulativo, por encima de la media española. La situación educativa presentaba unos niveles de atraso similares al resto de España. Los analfabetos y las personas sin estudios ascendían en la provincia al 66 por ciento, cifra que alcanzaba entre las mujeres el 71,2 por ciento. En Andalucía representaban el 74,9 por ciento y en España el 66,4 por ciento.

En 1900 la población activa de la provincia de Sevilla era el 38,5 por ciento, algo inferior a la media española. Los hombres representaban el 69,9 por ciento de esa cifra, y las mujeres el 30,1 por ciento. La estructura productiva mostraba claros rasgos agrarios y rurales, aunque la industria y los servicios estaban más desarrollados que en las restantes provincias andaluzas. El 65,4 por ciento de los sevillanos trabajaba en la agricultura, el 18 por ciento en los servicios y el 16,6 por ciento en la industria y la construcción. Hay que resaltar el incremento del trabajo de las mujeres en los servicios, que alcanzaba el 57,3 por ciento. En el ámbito de la agricultura predominaban los cultivos de la triada mediterránea, el cereal, el olivo y el viñedo, aunque en las primeras décadas del siglo se afianzaron los procesos de especialización y modernización. Dentro del limitado panorama andaluz, Sevilla, consolidó, entre 1910 y 1930, un polo industrial integrado por empresas metalúrgicas, químicas, energéticas y textiles, disminuyendo el peso de la producción agroindustrial. La provincia de Sevilla generaba, en 1930, el 34,4 por ciento de la producción fabril de Andalucía.

Dos imágenes de Sevilla a caballo entre dos siglos: [*arriba*] el prado de San Sebastián (*ca.* 1895), con la Giralda al fondo; [*abajo*] la céntrica y concurrida calle Sierpes (*ca.* 1910).

A comienzos del siglo, la movilidad de la población sevillana era muy reducida. Los habitantes que procedían de otras provincias españolas representaban tan sólo el 12,1 por ciento. La población extranjera apenas alcanzaba el 0,3 por ciento [8].

En aquellos años se fue configurando la red ferroviaria andaluza. En 1901 se inauguró en la plaza de Armas de Sevilla la estación de ferrocarril de la poderosa compañía MZA (Madrid/Zaragoza/Alicante), dotada de una nave de amplias dimensiones habilitada para el tránsito de locomotoras de vapor. Al año siguiente la Compañía de los Ferrocarriles Andaluces inauguró la estación de San Bernardo. La red ferroviaria andaluza amplió la movilidad ciudadana y promovió la articulación del mercado interior, el desarrollo de los primeros núcleos industriales y la exportación de productos básicos de la economía de la región como los minerales, el vino, el aceite y la fruta.

Pese a este incipiente desarrollo industrial, Sevilla era, según Chaves Nogales, una ciudad endogámica, estática y provinciana. Las élites dirigentes tenían dificultades para afrontar los retos de la modernidad. «La tragedia de Andalucía», afirmó, «es la falta de reflexión» [9]. En varios artículos llamó la atención sobre los problemas de los artesanos, colectivo muy arraigado en la ciudad, y las precarias condiciones de vida de los campesinos, que alentaban una creciente conflictividad, que si no se afrontaba de forma conveniente podía generar manifestaciones violentas. La explosión de una bomba de baja intensidad durante la salida de la procesión de la Hermandad del Gran Poder en 1919 y el intento de asesinato del arquitecto Aníbal González durante la huelga de construcción de 1920 alcanzaron una gran repercusión: Ha habido atentados sindicalistas, planta exótica que comienza a echar raíces; pero, sin embargo, los que aún no han perdido la conciencia de sus deberes, los que conservan el sentido de la honradez en la colectividad, los que trabajan afanosamente en las ciudades y no son labradores, ni harineros, ni delegados, ni siquiera proletarios, saben que hay algo espantosamente injusto en este régimen, que les obliga a satisfacer la codicia desmedida de unos cuantos. ¡Que no falte el pan! [10]

El panorama de la vida cultural y artística sevillana ofrecía claroscuros. Si bien brillaban personalidades como Antonio Machado, Joaquín Turina, Gustavo Bacarisas, Amante Laffón y Juan Ramón Jiménez, no es menos cierto que la cultura letrada se desenvolvía en los círculos de la gente acomodada y no se extendía a la mayoría ciudadana. Chaves Nogales denunció en diversos artículos el escaso número de librerías y el anquilosamiento cultural: Lo peor de Sevilla

es el sevillanismo [...], lo que más me desagrada en ella es su exaltación, sobre todo la exaltación literaria. Literariamente Sevilla está demasiado hecha, demasiado trabajada. Dejémosla estar. La única manera de no torcer su sentido será no pretender interpretarlo. No añadirle cosas; dejarla desnuda; cuanta menos literatura, mejor [11].

El joven periodista era consciente de que Sevilla estaba recluida dentro de sí misma y se iba alejando de la órbita de la modernidad. Este limitado ambiente cultural y la falta de oportunidades, como ha señalado Antonio Muñoz Molina, empujaría a jóvenes inquietos como Chaves Nogales a la emigración: Venía del mundo estático, clasista, clerical, feudal, fosilizado de Sevilla. En la ciudad y en toda esa Andalucía estaba hirviendo una injusticia y un sistema de dominación despótica de la clase terrateniente que de vez en cuando estallaba en sublevaciones campesinas, con ecos de un milenarismo tan arcaico como la situación social contra la que se rebelaba. Sevilla fue la primera escuela en la educación política de Chaves Nogales. Allí conoció una oligarquía aliada con la Iglesia, con el ejército y la Guardia Civil, arrogante y parásita, encerrada en un provincianismo ignorante, en una modorra de la que sólo iban a despertarla, con resultados trágicos, los conatos de cambio traídos por la Segunda República. Para un espíritu instintivamente libre como el de Chaves Nogales, un destino de periodista acomodado en la provincia habría sido una condena. Buscó pronto los aires más abiertos de Madrid [12].

Como dijo Chaves Nogales: «Sevilla es bella y única aunque sus hijos tengan que abandonarla para hacerla aún más bella y única» [13].

Cuando Alfonso XIII cumplió dieciséis años, el 17 de mayo de 1902, juró la Constitución y accedió al trono de España. Julián Casanova y Carlos Gil hacen esta reflexión: «Era un nuevo rey para un siglo nuevo. Una oportunidad para adaptar el sistema político de la Restauración a los nuevos retos y problemas que planteaba la sociedad; para cerrar las grietas que había dejado el Desastre de 1898 antes de que amenazara su propia supervivencia; para emprender, en suma, un programa de “regeneración” nacional, la palabra en boca de todos, repetida en los salones del Palacio Real, en los pasillos de las Cortes y en el último casino provinciano» [14].

Los partidos dinásticos asumieron el discurso regeneracionista y elaboraron proyectos de reforma de la vida pública. Pronto aparecería un renovado republicanismo, aunque hasta finales de los años veinte no tendría una incidencia política significativa. Antonio Maura, líder

del Partido Conservador, gobernó entre 1907 y 1909, pero su actuación autoritaria polarizó la vida pública. Maura intentó realizar al frente del Gobierno una «revolución desde arriba», ampliando las bases sociales del régimen, sin poner en peligro su supervivencia, y acometiendo «las obras necesarias para remediar el descrédito en el que han caído las palabras» [15]. Tras las elecciones de 1907, pasaron por el Congreso de los Diputados más de doscientas iniciativas legislativas. El núcleo del proyecto maurista estaba configurado por la reforma de la justicia municipal, del sistema electoral y de la administración municipal. En el ámbito social, la creación del Instituto Nacional de Previsión, los Consejos de Conciliación y Arbitraje y la Ley de Huelgas trataron de reducir el «egoísmo de clase» y la conflictividad. Pero estas medidas, tan necesarias, no llegaron a aplicarse. Años después, Antonio Machado recordaría el fracaso del proyecto maurista de revolución desde arriba, «desde el ápice de la cucaña», y lo describió como «un reino de sombras empedrado de buenas intenciones», de sombras que fueron «vagas esperanzas de España» [16].

La violenta represión de la Semana Trágica de Barcelona de 1909 provocó el cese de Maura en la jefatura del Gobierno y, a partir de ese momento, realizó una actuación política desestabilizadora. José Canalejas, líder del Partido Liberal Democrático, representó una alternativa progresista. Presidió el Ejecutivo entre 1910 y 1912, formulando ideas y proyectos para profundizar la democracia, eliminar los privilegios de la Iglesia católica y mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Su asesinato por el anarquista Manuel Pardiñas constituyó un duro golpe al proceso de cambio. Desde 1914, la fragmentación de los partidos, la crisis económica y la inestabilidad provocaron un progresivo deterioro del régimen. A juicio de Casanova y Gil, «en los años siguientes, con Gobiernos cada vez más inestables, el impacto político, económico y social de la Gran Guerra llevó al país al verano revolucionario de 1917, un punto de no retorno en el camino de la descomposición final del régimen» [17].

En 1914, cuando comenzaba la Primera Guerra Mundial, falleció el padre de Chaves Nogales. Tenía entonces diecisiete años. Aquel mismo año ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla. Las necesidades económicas de la familia le obligaron a buscar trabajo, lo cual sería facilitado por los antiguos compañeros de su padre en el mundo de la prensa. Sus primeras colaboraciones fueron

unos poemas amorosos aparecidos en la revista *Vida Artística* y en el periódico *El Liberal*. Estos tanteos poéticos serían abandonados cuando decidió apostar por el periodismo y comenzó a publicar artículos en *El Liberal* y *El Noticiero Sevillano*, los periódicos de mayor tirada en la capital andaluza.

Chaves Nogales (de blanco a la derecha) entre los miembros de la redacción de *El Liberal,* periódico sevillano donde publicó sus primeras colaboraciones en prensa (*ca.* 1914).

En *El Noticiero* Chaves Nogales plasmó su visión de los aconteceres de la ciudad en la columna «Apuntes trascendentales», en la que se advierte la influencia de su padre. Tal como ha resaltado Charo Ramos: «Allí, sobre todo a partir de 1917, año de la Revolución rusa, sorprenderá por su erudición, claridad y amenidad, y también por un compromiso social que expone en artículos que denuncian el trabajo infantil o combaten esa leyenda de indolencia que sigue agraviando a Andalucía» [18].

En esos primeros artículos pueden apreciarse ya destellos del estilo

que iría perfilando al cabo de los años caracterizado por la atención a lo que sucede en la calle, la escritura cuidada y la mirada analítica y crítica, rasgos que conectaban con las nuevas tendencias del periodismo moderno, que concedía prioridad a la crónica y al reportaje de actualidad. Este nuevo enfoque alentó el debate sobre el ejercicio de la profesión. Así, el 19 de mayo de 1925, Chaves Nogales manifestó en el *Heraldo de Madrid* que «la representación del periodismo actual debe confiarse exclusivamente a quienes de un modo genuino ejercen la profesión por sí». A su juicio, el periodismo había adquirido la condición de profesión independiente, caracterizada por «la regularidad, la disciplina y las limitaciones del profesionalismo moderno. El periodismo es hoy un título profesional» [19]. Estos cambios impulsaron el proceso de profesionalización y de mejora de las condiciones laborales de los periodistas.

Uno de los temas más abordados por Chaves Nogales en esta primera etapa de su labor periodística fue la Exposición Iberoamericana de Sevilla, que se fue demorando durante dos décadas hasta que finalmente se celebró en 1929. En varios artículos criticó la pasividad de las autoridades, la carencia de un proyecto definido y el retraso en la construcción de las infraestructuras. Por otra parte, también planteó la necesidad de impulsar una adecuada política de cooperación con los países iberoamericanos, algo que siempre consideraría prioritario.

Los preparativos de la Exposición Iberoamericana animaron a no pocos escritores a mostrar su visión de la capital andaluza. En esta línea, en 1921, Chaves Nogales publicó *La ciudad*, que tenía como subtítulo *Ensayos,* donde ofrece una perspectiva original y desmitificadora de la realidad sevillana. Como ha señalado Cintas, «no se para a contemplar lo que cualquiera ve, sino la Sevilla oculta, buscando las raíces de los tópicos sevillanos: los patios, los pregones, los gitanos, el cante jondo, las peinetas, la convivencia de las etnias, los tipos sevillanos, los personajes que pululan por la Venta Eritaña, el misticismo de las procesiones y el dolor como máxima expresión de la imaginería. Sin olvidar acercarse a la realidad social del momento en que escribe: la denuncia de la explotación de la mujer, la rebelión del pueblo pobre que habita los corrales de vecinos, tras haberse negado a pagar los abusivos alquileres» [20]. Esta obra primeriza fue premiada por el Ayuntamiento de Sevilla y acogida favorablemente por la crítica. Rafael Castejón, por ejemplo, afirmó al poco de su publicación que el

ensayo de Chaves Nogales «no es flor de andalucismo exótico» y lo consideró «un descubrimiento desgarrador y neto del alma de Sevilla» [21]. La reseña de la revista *España* dijo que era «Un panorama complejo de episodios y reflexiones, desarrollados a la manera de crónica, en el que se estudia una vieja ciudad española: Sevilla» [22]. Tiempo después, la periodista republicana Josefina Carabias advirtió la necesaria transición que tenía por delante Chaves Nogales para llegar hasta el tipo de periodismo que pretendía realizar: «Estaba todo inundado de un lirismo juvenil, del que él sabía que tendría que desprenderse según avanzara en la carrera de *repórter* internacional, que era la que se había propuesto hacer» [23].

Por lo demás, la crítica actual ha ratificado estas valoraciones positivas. Así, Eva Díaz resalta la «absoluta actualidad» y «la modernidad» de Chaves Nogales e incluso advierte «de cuán necesario sería para cierta clase de *escribidores* locales tener la obra como libro de cabecera con el fin de evitar esas fiebres de tópicos, miopías y torpezas que tanto mal han hecho a la ciudad natal de Chaves Nogales» [24].

*

En 1919 Chaves Nogales conoció a Ana Pérez Ruiz, una joven sombrerera, de familia humilde, atractiva, simpática y afectuosa, que compartiría con él toda su vida. Al año siguiente marchó a Córdoba para trabajar en el periódico *La Voz,* que había echado a andar un poco antes. El 27 de julio nació su hija Pilar. Después vendrían Josefina, Pablo y Juncal. Sevilla se le había quedado pequeña y sentía la necesidad de ampliar y consolidar el ejercicio profesional. El proyecto de *La Voz* era muy sugestivo. Financiado por la familia Rosés, contaba con unas instalaciones modernas y disponía de una buena rotativa. Tenía un formato grande y desplegaba sus informaciones a través de cuatro páginas. Se anunciaba como un «diario independiente y de gran información nacional y extranjera». Publicaba 3.500 ejemplares diarios. Chaves Nogales ejerció el trabajo de redactor jefe y de coordinador del equipo de profesionales. «La labor en el periódico es de organización del arranque, trabajos sin firma que sólo permiten pequeños cuentos, rápidas noticias o publicación de textos ya publicados» [25], tarea que le permitió mejorar el conocimiento y la práctica del oficio periodístico, algo

imprescindible para preparar el salto a Madrid, su objetivo inmediato. Al tiempo que desarrollaba el trabajo de *La Voz*, publicó varias colaboraciones en *El Sol* de Madrid y *El Liberal* de Sevilla.

Foto de boda de Chaves Nogales y Ana Pérez Ruiz (1919).

El 13 y el 14 de junio de 1922 se celebró en Granada el Concurso de Cante Jondo, impulsado por el compositor Manuel de Falla, afincado en la ciudad, con la colaboración de Adolfo Salazar, Joaquín Turina, Óscar Esplá, Ignacio Zuloaga, Santiago Rusiñol, Miguel Cerón, Ramón Gómez de la Serna y Federico García Lorca, entre otros. El Concurso tenía el propósito de rescatar el cante jondo andaluz, que estaba en riesgo de desaparición, conservado apenas en la memoria de los viejos cantaores y asediado por las derivaciones comerciales de los cafés cantantes. En la Plaza de los Aljibes de la Alhambra de Granada tuvo lugar el certamen, abierto solamente a los aficionados. La dotación de los premios ascendía a 8.500 pesetas. García Lorca aprovechó la ocasión para presentar el *Poema del cante jondo.* Se

grabaron las actuaciones de La Niña de los Peines, Tomás Pavón y José Cepero, y en la competición participaron cantaores veteranos como Diego Bermúdez «El Tenazas» y artistas emergentes que luego alcanzarían renombre como Manolo Caracol, que logró el primer premio compartido. Para la decoración se utilizaron telones de Ignacio Zuloaga y carteles de Hermenegildo Lanz. Chaves Nogales participó, junto a Eugenio Noel, Hermenegildo Giner de los Ríos y Miguel Cerón, en un debate sobre el arte flamenco.

Reunión de intelectuales en el Ateneo de Madrid (*ca.* 1920). Entre los asistentes se cuentan, entre otros, José Ortega y Gasset, Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna. El séptimo desde la derecha de la fila central es Manuel Chaves Nogales.

La experiencia cordobesa fue muy positiva en el plano familiar y profesional, pero Manuel quería acometer nuevos retos y ello requería el traslado a Madrid, capital cultural y sede de importantes medios de comunicación. Tras un alojamiento provisional, se instaló con su familia en una casa alquilada, el número 6 de la calle Piquer, de la Ciudad Lineal, moderno proyecto de desarrollo urbanístico en el norte de la capital, impulsado por el geómetra y urbanista Arturo Soria, que acogió a muchos profesionales de la clase media. El lema del proyecto era «en la Ciudad Lineal, a cada familia una casa, en cada casa una huerta y un jardín» y tenía el objetivo de ofrecer una alternativa para descongestionar la gran ciudad y recuperar un urbanismo

fundamentado en la calidad, la vida personal y el contacto con la naturaleza. El proyecto, desarrollado a finales del siglo XIX y comienzos del XX, contemplaba la construcción de una *ciudad lineal* ilimitada, capaz de triangular el territorio uniendo varias ciudades. Tenía una sola calle, de 500 metros de anchura, en cuyo eje central se ubicarían las infraestructuras y los servicios, discurrirían los ferrocarriles y tranvías y se emplazarían los estanques y los jardines. Una zanja albergaría los tubos de las conducciones del agua, el gas y la calefacción. Un tubo neumático facilitaría el envío de las cartas y paquetes sin auxilio del cartero. Por lo demás, existiría un hilo eléctrico para la comunicación con la autoridad municipal del distrito, un hilo telefónico y un cable eléctrico para el transporte de fuerza motriz y la producción de luz [26].

Chaves Nogales valoró muy favorablemente este proyecto, como reflejó en sus escritos:

> En España, la Ciudad Lineal, que es la concepción más vasta y genial que conozco, ha demostrado a muchos miles de ciudadanos españoles, que aún dentro del actual régimen de propiedad, dentro del capitalismo y de la concentración del trabajo, es posible esa liberación. Aquello que hace cincuenta años parecía una utopía —vivir en la ciudad con todas las ventajas del campo y ninguno de los terribles daños de la urbe— es una realidad gracias a ese movimiento de echarse hacia fuera que la mejor gente de todos los pueblos ha iniciado de una manera o de otra: construyendo ciudades satélites, grupos de casas baratas, ciudades jardín, *etc.* [27].

Posteriormente, se instaló con su familia en otros domicilios, que revelaban el itinerario que siguió por Madrid para atender sus intereses profesionales y culturales. En 1928 residió en el número 9 de la calle Ríos Rosas, más cercana al centro de la ciudad. Después, cuando desempeñó la dirección de *Ahora,* vivió en el edificio del propio periódico, que ocupaba los números 16 y 18 de la cuesta de San Vicente, frente a los jardines del Palacio Real. Los primeros pasos de Chaves Nogales en Madrid fueron difíciles, dada la gran competencia existente en el mundo de la comunicación. A fin de ampliar sus relaciones personales y profesionales se acercó a las tertulias de los cafés Pombo, Colonial y Fornos, animadas por conocidos escritores y artistas.

El 13 de septiembre de 1923 Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, dio un golpe de Estado que acabó con la democracia parlamentaria. Contó con el apoyo de Alfonso XIII, los mandos militares, las organizaciones empresariales y los grupos

católicos. La mayoría de la población, cansada de la inoperancia del régimen de la Restauración, se mostró indiferente. Primo de Rivera difundió un manifiesto en el que declaró que la patria se iba a liberar, por fin, «de los profesionales de la política, de los hombres que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron el año 98 y amenazan a España con un próximo fin trágico y deshonroso» [28]; también afirmó que había llegado el momento de movilizar al pueblo sano para terminar con la indisciplina social, los atracos, los asesinatos, la impunidad de los comunistas, el descaro de los separatistas y las críticas a la guerra de Marruecos. Ante esta situación, según Miguel Primo de Rivera, había que adoptar un remedio radical, poner un Directorio Militar al frente de las instituciones para imponer una paz basada en «el saludable vigor y el justo castigo». En un viaje oficial realizado a Italia, entre el 19 y el 24 de noviembre de ese año, Primo de Rivera elogió al líder fascista Benito Mussolini, a quien consideró el «apóstol de la campaña dirigida contra la disolución y la anarquía que iba a iniciarse en Europa» [29].

La primera etapa de la dictadura transcurrió entre los años 1923 y 1925. El Directorio Militar estaba integrado por ocho generales y un contralmirante y representantes de los diversos sectores del Ejército, pero Primo de Rivera ejerció el poder como «ministro único», con la ayuda de Severiano Martínez Anido, subsecretario de Gobernación, y del general Miguel Arlegui, director general de Orden Público. Las garantías constitucionales fueron derogadas y se decretó la censura de prensa. El Directorio desplegó una política represiva contra los profesores, los comunistas, los anarquistas y los nacionalistas vascos y catalanes. Asimismo, practicó una política centralista a golpe de decreto. El 20 de septiembre los gobernadores civiles fueron sustituidos por militares. Poco después, se disolvieron los ayuntamientos y las diputaciones provinciales. Los militares se hicieron con el control de las instituciones administrativas y civiles con el objetivo de vigilar la marcha de los ayuntamientos y de la vida ciudadana. Otro de sus cometidos fue impulsar la creación de somatenes locales, milicias armadas integradas por «hombres sanos» para colaborar con las autoridades.

Miguel de Unamuno censuró esta deriva autoritaria:

> No se trataba de llevar a cabo una revolución saneadora desde el poder; se trataba de

> evitar la revolución que se veía venir desde abajo […]. Todo lo del saneamiento y el descuaje del caciquismo y el restablecer la autoridad no es más que bambolla y bambalinas, y modo de atraerse a los pobres aturdidos que sueñan con los horrores del comunismo y del sindicalismo [30].

Unamuno fue cesado como catedrático de la Universidad de Salamanca y desterrado a la isla de Fuerteventura. Fernando de los Ríos, José Ortega y Gasset y Luis Jiménez Asúa renunciaron a sus cátedras. El conflicto se acentuó cuando los estudiantes universitarios se sumaron a las protestas.

Durante la primavera de 1924 se adoptaron varias iniciativas para institucionalizar el régimen. El Consejo de Economía Nacional, de carácter corporativo, estableció medidas económicas, canalizó los intereses empresariales y realizó diversas actuaciones intervencionistas. Eduardo Aunós impulsó el Consejo Superior del Trabajo, Comercio e Industria, con el cometido de desarrollar la legislación social y regular las relaciones laborales. José Calvo Sotelo asumió la reforma de la administración local y provincial, plasmada en el Estatuto Municipal, promulgado el 8 de marzo, y en el Estatuto Provincial, un año después. Como no llegaron a celebrarse elecciones, los gobernadores civiles designaron a los concejales y diputados. Por otra parte, la dictadura quiso dotarse de una base social a través de la Unión Patriótica, partido que pretendía agrupar a los españoles de «buena voluntad e ideas sanas», para defender los principios de «Religión, Patria y Monarquía», similares al «Dios, Patria y Rey» de los carlistas.

Chaves Nogales y su esposa, Ana Pérez Ruiz, comiendo en un merendero de Madrid (*ca.* 1925).

La alianza militar de Francia y España, suscrita en julio de 1925 para atacar conjuntamente a Abd-el-Krim, acabó con la República del Rif. Las cabilas rebeldes fueron derrotadas una tras otra, y el 2 de octubre los aliados conquistaron Axdir, la capital rifeña. En la primavera de 1926 se produjo la rendición definitiva de Abd-el-Krim y la entrega de los últimos reductos que proseguían la lucha. Este fue el momento de mayor popularidad de Primo de Rivera.

El 3 de diciembre de 1925 comenzó la segunda fase de la dictadura. Primo de Rivera designó un Directorio Civil que ejerció sus funciones, casi sin cambios, hasta enero de 1930. Dentro de él destacaban Eduardo Aunós, ministro de Trabajo; José Calvo Sotelo, ministro de Hacienda, y el conde de Guadalhorce, ministro de

Fomento, pero el poder continuó estando en las manos del general y de sus colaboradores militares. En 1927 el Directorio puso en marcha la Asamblea Nacional, órgano consultivo integrado por altos cargos del Estado, el Ejército, la Iglesia y la justicia, por delegados de la Unión Patriótica, los ayuntamientos y las diputaciones y por representantes de las asociaciones empresariales y sindicales. Desde el comienzo de su actividad, el Directorio controló el orden de las sesiones y el contenido de los acuerdos. La Asamblea Nacional elaboró un proyecto de Constitución que seguía la línea de anteriores normas conservadoras: unidad de España, confesionalidad católica, soberanía compartida por las Cortes y el rey, que era el jefe del poder ejecutivo, otorgamiento al Gobierno de poderes extraordinarios… El texto definitivo de la nueva Constitución se hizo público en julio de 1929, pero, como veremos, ya era demasiado tarde para corregir la deriva autoritaria del régimen y evitar la creciente contestación de diversos sectores hacia la dictadura. Todos estos acontecimientos incidieron de forma determinante en el proceso de inserción de Chaves Nogales en la vida social, política y periodística madrileña.

A mediados de 1929 la situación económica se agravó, las huelgas se multiplicaron y el Directorio respondió deteniendo a los dirigentes sindicales y clausurando los centros obreros. La mayoría de los jefes del Ejército, las organizaciones patronales y sindicales, los emergentes partidos republicanos y los universitarios criticaron la gestión de Primo de Rivera. Así, la construcción de un Estado autoritario corporativo comenzó a desmoronarse. El propio Alfonso XIII, al advertir que carecía de apoyos, estableció una manifiesta distancia. En esta circunstancia, el 28 de enero de 1930 el general Primo de Rivera presentó la dimisión. «La esperanza de Alfonso XIII de cerrar un paréntesis de siete años y volver a la situación anterior como si nada hubiera pasado fue una ilusión que apenas iba a durar un año. La suerte de la monarquía iba unida a la de la Dictadura que había consentido y aprobado» [31].

*

Entre 1900 y 1936 se produjo en España un importante desarrollo de la vida literaria que fue protagonizado por tres generaciones de escritores. Según afirma José-Carlos Mainer, «ese proceso tuvo que ver con un movimiento editorial de notable magnitud, con la existencia de

una prensa que daba trabajo a los escritores, con la constitución y ampliación de un público y con una nueva conciencia más abierta (y fundamentalmente estética) del país, todo en un contexto de libertad» [32].

Dentro de ese proceso de florecimiento de las letras, el periodismo también vivió una edad de oro, impulsada por factores económicos, tecnológicos, sociales, culturales y políticos. La invención de la linotipia y el perfeccionamiento de las rotativas mejoraron sensiblemente los sistemas de producción; mientras que la evolución de las técnicas de impresión fotográficas, en particular la impresión en huecograbado, adoptada por las editoriales españolas a lo largo de la década de 1920 [33], que permitió obtener mejores resultados en la impresión de fotografías y aportó una dimensión gráfica, llamativa y espectacular, que amplió la base de los consumidores de noticias. El aumento demográfico, el crecimiento de las ciudades, la elevación del nivel educativo, la implantación del sufragio universal masculino y la libertad de información demandaron unos medios de comunicación que informaran cumplidamente de los acontecimientos de su tiempo. Por lo demás, estos procesos de cambio impulsaron en las primeras décadas del siglo xx la transformación de las estructuras empresariales, surgiendo importantes periódicos: *ABC* (1903), *El Sol* (1917), *La Voz* (1920) y *Ahora* (1930), y revistas como *Alma Española* (1903), *La Esfera* (1914), *España* (1915), *La Gaceta Literaria* (1927) y *Cruz y Raya* (1933), entre muchas otras. El aumento de la competencia, la necesidad de mejorar la situación económica y de incrementar el número de lectores promovieron la asociación en 1906 de tres periódicos consolidados: *El Imparcial, El Liberal* y el *Heraldo de Madrid.* Este nuevo escenario creó las condiciones para que pudieran desarrollar su trabajo periodistas de la talla de Chaves Nogales, Corpus Barga, Ruano, Maeztu, D'Ors, Pla y Gaziel. Sobre el horizonte que se abría a los escritores consagrados y a los jóvenes periodistas, comenta Ignacio F. Garmendia: «Los periódicos de entonces no eran sólo excelentes porque acogieran a los mejores escritores del momento, que también, sino porque muchos redactores, cronistas y corresponsales hicieron un trabajo de altísima calidad, que ha emergido en los últimos años y debería ser objeto de mayor atención crítica y editorial» [34].

Chaves en la sala de confección del *Heraldo de Madrid* junto a un linotipista. La linotipia revolucionó la composición tipográfica y, especialmente, la edición de periódicos ya que permitió que un número relativamente pequeño de linotipistas compusiera muchas páginas diariamente.

En su primera etapa profesional madrileña, Chaves Nogales realizó trabajos de redacción en el *Heraldo de Madrid* (febrero de 1921 a febrero de 1922), *La Correspondencia de España* (mayo a septiembre de 1922) y *La Opinión* (septiembre de 1922 a diciembre de 1923). Después, amplió su experiencia profesional como redactor jefe de *La Acción* (marzo a agosto de 1924) y, sobre todo, cuando desempeñó esta misma función en el *Heraldo de Madrid* (febrero de 1927 a diciembre de 1930). Posteriormente, como veremos más adelante, llevó las riendas de *Ahora,* en calidad de subdirector ejecutivo, hasta noviembre de 1936, cuando partió hacia el exilio. En estos años

publicó artículos y relatos en las revistas *España*, *Mercurio* y *La Esfera,* así como en los periódicos *El Sol* y *La Voz*. En estos medios de comunicación, como ha resaltado Cintas, Chaves Nogales fue perfilando un estilo periodístico creativo y singular: «Estas publicaciones recogen la parte más importante de su producción y sirven además para seguir la trayectoria vital del periodista, tan dedicado por entero a esta actividad. En efecto, su vida comenzaba a estar llena por completo de creatividad profesional, entregado siempre a su labor de reportero, con continuos viajes, y comunicado con su familia por medio de abundantes tarjetas postales, que informaban de su ubicación, y escasas cartas» [35].

De todos estos trabajos, hay que destacar el que llevó a cabo en el *Heraldo de Madrid*. Fundado en 1890, el *Heraldo* formó parte del *trust* Sociedad Editorial de España. Estuvo dirigido por importantes periodistas como Francos Rodríguez, Rafael Comenge y Suárez de Figueroa. José Canalejas, dirigente progresista, lo convirtió en el portavoz de las ideas democráticas y reformistas. En 1923 accedió a la dirección Rafael Marquina, periodista, dramaturgo y ensayista. Su tirada superaba entonces los 100.000 ejemplares. Tres años después, ocupó la dirección Manuel Fontdevilla, que le dio un gran impulso. El *Heraldo* contaba con un excelente equipo de periodistas y entre sus colaboradores figuraban Jacinto Benavente, Pío Baroja, Ramón Pérez de Ayala, Francisco Largo Caballero, Cipriano Rivas Cherif, Concha Espina y Carmen de Burgos.

Servicio telegráfico. EDICIÓN DE LA NOCI

SESINO VERDIER

UNA FIESTA INTIMA

Los redactores de "El Liberal" y HERALDO DE MADRID

Pontevedra

Chaves Nogales

Rafael Margalea

Tomás Moreno

LA JUSTICIA FR

Se concede l ción de Ascas y Jovert, ex l te para la A

Asociación de l

UNA "MARINA" DE

¿QUIEN HIRIO A ALEJANDRO?

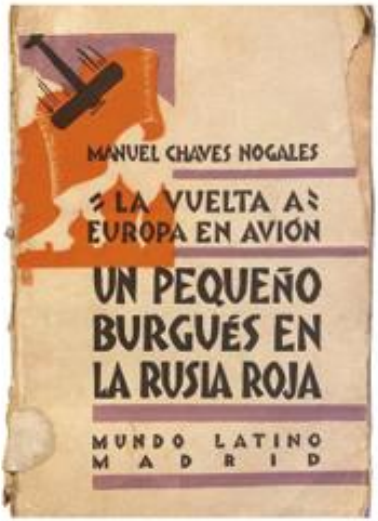
[*Arriba*] Noticia en el *Heraldo de Madrid* (14/2/1928) que da cuenta del nombramiento de Chaves Nogales como redactor jefe del periodico. [*Abajo*] Reunión de trabajo del *Heraldo de Madrid* con Chaves Nogales como redactor jefe (*ca.* 1928).

Chaves Nogales publicó en el *Heraldo de Madrid* artículos, crónicas y relatos sobre temáticas muy variadas: la creación del Colegio Hispanoamericano de Sevilla, las condiciones sanitarias de las clases trabajadoras, el expolio de obras de arte, la forma de confeccionar diccionarios y novelas… Su trabajo no se desarrollaba con entera libertad, ya que estaba mediatizado por la censura informativa impuesta por la dictadura del general Primo de Rivera. A este propósito escribió: En los últimos meses el periodista, obligado a mantener otra ficción, la de la vida política de estos días, cultiva más asiduamente aún el mito literario. Hace bien: ficción por ficción, la literatura es, a lo menos, divertida [36].

A su juicio, como dice en otro artículo publicado poco después, esta irregular situación política iría cambiando en el transcurso del tiempo, pero probablemente lo haría de forma conflictiva: El melodrama, o mejor, la opereta de la vida española ha llegado a ese momento culminante en que el pueblo, representado por la comparsería, precipita el desenlace con su sordo rumor entre bastidores [37].

En este contexto, en noviembre de 1924 publicó el libro *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos*, editado por Caro Raggio. El *Heraldo, El Sol* y *La Voz* hicieron comentarios elogiosos que desvelaban el reconocimiento que Chaves Nogales comenzaba a recabar entre los círculos culturales. En el prospecto de presentación, el autor decía que quería dar voz a personas humildes y desconocidas, «cuya maravilla no es otra que la de las almas simples ante el absurdo del mundo» [38].

Según Cintas, las narraciones constituyen «un conjunto de relatos, unos breves, otros extensos, por los que desfilaba una amplia gama de tipos humanos cotidianos, anónimos, representativos y a la vez únicos e irrepetibles, que luchan contra la atonía y el dolor en sus vidas […]. La obra está recorrida por una depurada ironía. Es ella, la ironía, la que le permite al autor distanciarse de las miserias humanas sin restar humanidad al hecho. La pobreza de espíritu, la flaqueza, la crueldad gratuita o intencionada del hombre para el hombre son siempre vistas desde la comprensión y el conocimiento de los resortes del ser humano» [39].



Cubiertas de las primeras ediciones de tres libros de Chaves Nogales: *La ciudad* (Sevilla, Talleres de La Voz, 1921); *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* (Madrid, Mundo Latino C.I.A.P., 1929), y *La bolchevique enamorada (El amor en la Rusia roja)* (Barcelona, Aster, 1929).

Por otra parte, Felipe Benítez inserta estas narraciones en la estela de las colecciones de novela corta que proliferaron durante aquellos años: «ficciones breves y ligeras, anecdóticas o parabólicas, costumbristas o escoradas a la fantasía, escritas con pulso liviano, para ser leídas en un rato y posiblemente olvidadas un rato después» [40].

Chaves Nogales tenía presente, en su condición de redactor-jefe del *Heraldo,* la necesidad de impulsar la renovación del trabajo periodístico, reforzando los contenidos informativos nacionales e internacionales con el fin de estimular el interés de los lectores por los grandes temas de su tiempo [41]. A su juicio, el periodista tenía que adoptar una postura honesta y reflejar los hechos con veracidad, pero la censura impuesta por la dictadura de Primo de Rivera no lo permitía. De ahí el recurso a los relatos breves y los cuentos. Uno de ellos, *El hombrecito de la limalla de oro,* homenaje a Córdoba y a los artesanos orfebres de la plata, obtuvo el premio del concurso convocado por *El Liberal* en 1926. Su concepción de los relatos breves se enriqueció dos años después con la publicación de *La bolchevique enamorada y otros relatos* (1930), donde procedió a insertar su historia en las transformaciones operadas por la Revolución soviética en las relaciones sentimentales y sexuales. La camarada Rojklin, protagonista

del relato, dirigente del Partido Comunista, tenía que modular sus actitudes ante camaradas duros, iluminados y *nazarenoides,* caracterizados por la rigidez de su pensamiento. Como ha resaltado Felipe Benítez, Chaves Nogales «ofrece el dibujo de una distopía: un régimen en el que el amor y la sexualidad se mecanizan, por decirlo de algún modo […], no se recrea en la sordidez intrínseca de la situación, lo que no significa que el resultado no sea sórdido: un mundo de autómatas, un paraíso artificial y ordenancista en el que los sentimientos se consideran un lastre y una debilidad» [42]. El título coincide con el de la novela publicada en 1927 por Alexandra M. Kollontai, primera mujer ministra en la Rusia soviética, embajadora en Francia y reconocida feminista, que sería marginada durante la etapa estalinista. *La bolchevique enamorada* de Chaves Nogales contenía ilustraciones gráficas de Gumersindo Sáinz de Morales, algo que el periodista siempre apreció.

*

Chaves Nogales fue un pionero en la utilización del avión para el desempeño del trabajo periodístico, aprovechando las posibilidades que ofrecía para acudir con prontitud a los escenarios de las noticias. Aunque en las primeras décadas del siglo XX la aviación alcanzó unos avances espectaculares que la convirtieron en el símbolo de la modernidad, no se trataba todavía de un medio de transporte seguro y fiable. Pensemos que su historia era bastante reciente y sus primeros pasos habían sido muy discretos. El 17 de diciembre de 1903 Orville y Wilbur Wright, en Kity Hawk (Carolina del Norte), consiguieron que su avión recorriera una distancia de apenas treinta y seis metros en doce segundos. Al año siguiente, en Dayton (Ohio), volaron cinco kilómetros, y al siguiente treinta y ocho. Alberto Santos, Louis Blériot, Pierre Prier, Roland Garros y Alcock y Brown realizaron nuevas proezas que desvelaban los progresos que la aviación iba logrando. Después de la Primera Guerra Mundial, los adelantos de la aviación se aplicaron al transporte de pasajeros y al servicio postal, surgiendo grandes compañías que intercomunicaron las principales ciudades, como Boeing Air Transport, Lufthansa y Pan American.

Chaves Nogales fue un pionero en la utilización del avión para la labor periodística. En 1934 viajó a Ifni en avión para cubrir la colonización del territorio marroquí. A su llegada sufrió un aterrizaje forzoso sobre la arena del desierto (*Ahora,* 14-18/4/1934)..

España se fue incorporando paulatinamente a este proceso. En 1911 se inauguró en Madrid el primer aeródromo militar español, Cuatro Vientos, con la finalidad de ser un centro de pruebas de aviones y una escuela de pilotos. En 1913 se creó el Servicio de Aeronáutica Militar y la Escuela Nacional de Aviación (civil), con sede en Getafe. En 1919 se inauguró la primera línea aérea, la Compañía Española de Tráfico Aéreo (CETA). En 1927, dos aviones trimotores Rohrbach-Roland, con capacidad para diez pasajeros, despegaron de Madrid y Barcelona al mismo tiempo para hacer la misma ruta en sentido opuesto. En 1928 Juan de la Cierva atravesó el canal de la Mancha en un autogiro C.8L-II., entre Croydon y Le Bourget. Y en 1931 se inauguró en Madrid el Aeropuerto de Barajas.

Poco antes, el 12 de julio de 1928, Chaves Nogales se subió a un avión en el aeropuerto de Getafe e inició un largo periplo de 16.000 kilómetros por Francia, Suiza, Alemania, Letonia, Checoslovaquia, Rusia, Austria e Italia, un auténtico *raid* con escalas en Barcelona, Marsella, París, Ginebra, Zúrich, Berlín, Riga, Moscú, Rostov, Bakú, Tiflis, Leningrado, Praga, Viena y Venecia. Al parecer, viajó en un moderno avión alemán Junkers G-24, completamente metálico, que inspiró el famoso Ju-52, y en otros modelos.

En su cuaderno de viaje fue plasmando sus experiencias y avatares, sus impresiones aéreas, los accidentes que sufrió y las pérdidas de contacto: La aviación ha empequeñecido el mundo y ha transformado radicalmente el sentido de que de él teníamos. La Tierra, hasta que los aviones empezaron a surcarla, no tenía la medida de lo humano [43].

Su artículo «Cómo es la Península vista desde un avión comercial», publicado en el *Heraldo de Madrid*, el 26 de julio de 1927, describe diversos aspectos de Castilla, Extremadura, Portugal y Andalucía. El periodista llama la atención sobre la creciente utilización de la aviación en las actividades profesionales y turísticas, «que se sirven del avión como un medio de viaje más cómodo, rápido, seguro y barato que el tren, el auto o el buque» [44]. Y constata que desde el avión la cosas se ven de otra manera: [Si los escritores y los artistas fueran aviadores] harían otras novelas, otras sinfonías, otros cuadros y otras estatuas bien distintos de los que hacen hoy […]. Una buena butaca y un cigarrillo a dos mil metros de altura, en el interior de uno de esos confortables aviones modernos, puede transformar la estética contemporánea más hondamente que cien polémicas a ras de tierra [45].

El viaje aéreo ofrece una perspectiva diferente de la geografía física y humana. Muestra el problema de la despoblación, el arbitrario

reparto de la propiedad o la configuración de los núcleos urbanos. «Se ve entonces lo importante que es el hombre. El avión tiende a quitar importancia a la naturaleza y a dársela al individuo» [46].

En la segunda etapa del viaje por los países europeos, del que hablaremos más adelante, cuando volaba hacia Francia, sufrió un accidente cerca de Vendres, a veinte kilómetros de Beziers, que relató de forma precisa: Entramos rozando las copas de los árboles que marcan la linde y tocamos tierra violentamente. El avión salta sobre su tren de aterrizaje y se precipita raudo fuera de nuestro improvisado aeródromo. Súbitamente un formidable golpe; cruje la caja metálica de la cabina, hay un estrépito de cristales y saltamos de nuestros asientos hasta dar con la cabeza en el techo. Miramos entonces por la ventanilla. El avión está empotrado en una zanja de metro y medio de profundidad que separa nuestro campo de aterrizaje de una viña colindante. ¡Cochino espíritu de propiedad de los franceses! No les basta con tener fijadas sus lindes en el registro de la propiedad; por poco nos dejamos los sesos en esta zanja [47].

En un viaje de estas características y con el tipo de avión que solía utilizarse en aquellos tiempos era inevitable que se produjeran accidentes. En cualquier caso, hay que advertir la naturalidad con que lo relata, sin miedo alguno, como si no fuera la primera vez que sufriera una experiencia de esta naturaleza, cuando viajar entonces constituía una aventura que podía resultar peligrosa.

A lo largo del viaje realizó algunas descripciones aéreas interesantes de los elementos físicos, humanos y políticos; como esta en que describe su viaje desde Ginebra a Zúrich: Ha surgido en el horizonte la monstruosa espina dorsal de los Alpes. Sobre la tierra llana y feracísima empiezan a ser frecuentes las lomas escalonadas como un oleaje de piedra. De vez en cuando, en el fondo de una cazuela, un pueblo. Es un pueblecito de veinte o treinta casas a lo sumo, por cuyas chimeneas salen otras veinte o treinta columnas de humo, que en esta hora diáfana del amanecer, cuando la atmósfera está perfectamente en calma, ascienden limpiamente hacia el azul remoto. No corre el viento en este vallecillo hondo y verde que las altas montañas protegen, y el humo quieto de los treinta hogares tiene para el viajero del aire una saudade encantadora [48].

O este otro que trata de su vuelo desde Moscú al Cáucaso:

Volar sobre territorio ruso, hay que repetirlo, es, sencillamente, como seguir una ruta con

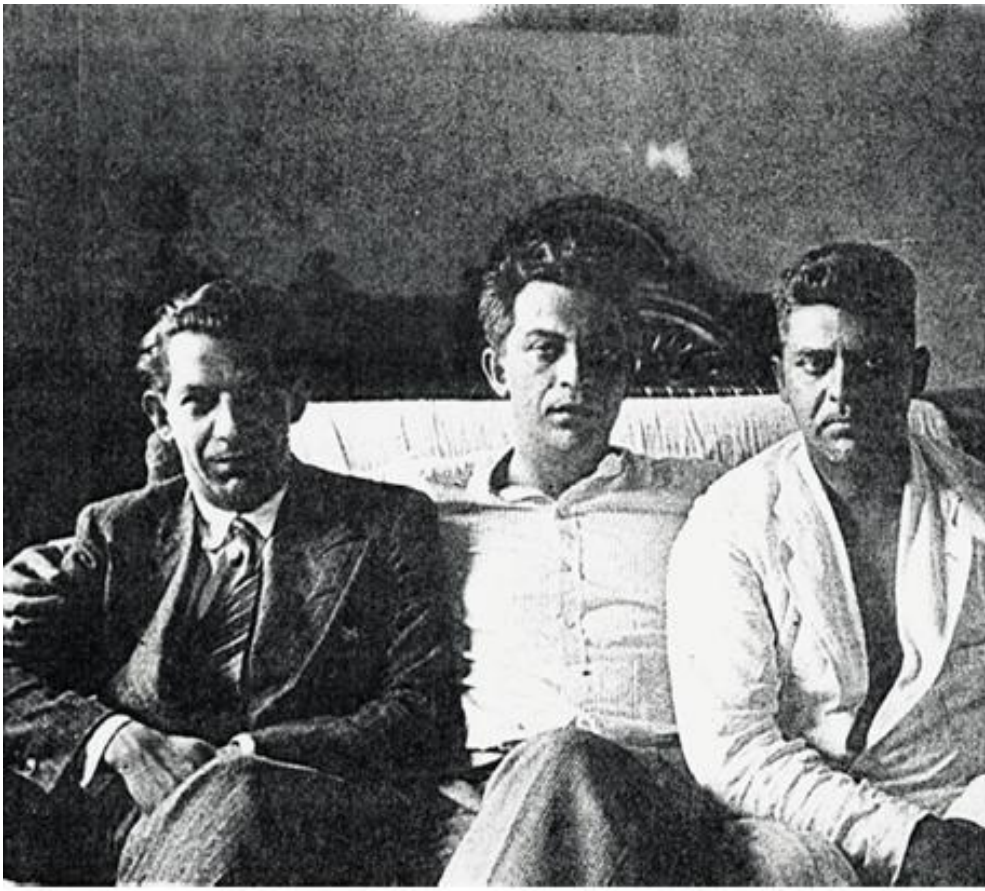
el dedo sobre el mapa. Durante miles de kilómetros no hay el más mínimo cambio en la decoración. La tierra rusa es una vasta planicie perfectamente diferenciada de las zonas montañosas, y en ella no se dan esos accidentes constantes de España, donde el llano, la meseta y la montaña alternan cada cien kilómetros. Volando sobre Rusia puede verse en una gran extensión de cientos de kilómetros la línea circular del horizonte cerrando los campos de siembra inacabables, en los que la corteza terrestre se parece a la corteza de grandes panes redondos, incluso con las grietecillas abiertas por la cochura [49].

Más adelante, cuando volaba hacia Vladikavkaz, y el piloto forzaba demasiado la velocidad, se produjo otro accidente: En el horizonte empiezan a adivinarse las sombras de la cordillera caucásica, y poco después se recortan ya netamente en el fondo rojo del cielo las moles de los gigantes del Cáucaso: Elbrús, Kastán, Kazbek […]. Súbitamente, el avión da una sacudida que nos lanza fuera de nuestros asientos. Gruñe un poco el motor, y apenas tenemos tiempo de advertir que la tierra se levanta mágicamente, y después de tropezar con ella bruscamente, el avión da unos aletazos y se queda gruñendo y bufando sobre un campo de girasoles. El piloto nos explica. Ha habido seguramente una pérdida de aceite y el motor se ha quemado. No se puede continuar. […] Estamos cerca de la aldea de Svorovska, situada a veintitantos kilómetros de Mineralovodsk [50].

Tras el accidente, su familia y sus compañeros de trabajo no tuvieron noticias suyas durante veintidós días, cundiendo la preocupación. Por fin, el 28 de agosto recibieron una postal que daba cuenta del accidente y de que había resultado ileso.

Los medios de comunicación, conocedores del interés que suscitaban, trataron de forma destacada los grandes hitos de la aviación. Así, Chaves Nogales publicó varias crónicas sobre la travesía del Atlántico realizada en 1926 por Ramón Franco, Julio Ruiz de Alda, Juan Durán y Pablo Rada, en un hidroavión Dornier Wal, denominado *Plus Ultra*, dotado con dos motores Napier Lion de 450 CV, y llamó la atención sobre las grandes posibilidades que ofrecía este medio de transporte. Por otra parte, el *Heraldo* dio cumplida información del vuelo realizado por tres aviones de la Escuadrilla Elcano que partieron de Cuatro Vientos (Madrid) con destino a Manila (Filipinas). Recorrieron 17.500 kilómetros en ciento cincuenta y nueve horas y veinticinco minutos, pero sólo consiguió llegar uno de ellos, el Breguet 19 de Joaquín Loriga y Eduardo González-Gallarza. Estas noticias, reflejadas a veces con tintes sensacionalistas, procuraban eludir las restricciones impuestas por la censura de Primo de Rivera a los

asuntos de la vida pública.



Manuel Chaves Nogales con sus hermanos José y Juan Arcadio, su hermano más allegado, coronel del ejército republicano.

*

En 1926, la crisis de la dictadura de Primo de Rivera animó a los partidos republicanos de Alejandro Lerroux, Marcelino Domingo y Manuel Azaña a conmemorar conjuntamente el 11 de febrero, aniversario de la Primera República, para ir construyendo una plataforma unitaria que les diera una mayor capacidad de intervención política. Chaves Nogales participó en los actos conmemorativos, manifestando su compromiso republicano. Estas iniciativas culminaron con la creación de la Alianza Republicana, agrupación coordinadora de las diversas formaciones participantes. La Alianza difundió un manifiesto, suscrito por Antonio Machado,

Gregorio Marañón, José Salmerón, Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez, Luis Bello y Juan Negrín, que demandaba la creación de escuelas, la reforma agraria, la resolución del problema de Marruecos y la ordenación federativa del Estado.

Poco después, en 1927, Chaves Nogales ingresó en la logia «Danton» de la masonería de Madrid. El ejemplo de su padre, la labor aperturista de los masones sevillanos, las ideas democráticas, solidarias y laicas y el entorno sociocultural en el que se desenvolvía le animaron a dar este paso. Antes de seguir, quizá merezca apuntar brevemente qué fue la masonería y cómo se instaló en España.

La masonería es una institución que tiene el objetivo de fomentar el desarrollo personal, la transmisión del conocimiento y el bienestar de la humanidad. Las primeras actividades de la masonería en España se desarrollaron en el siglo XVIII. En 1728, el duque de Wharton, que estaba al servicio del rey Felipe V, fundó «La Matritense», primera logia integrada por ingleses. En los años siguientes, se crearon otras en Gibraltar y Menorca. La prohibición de la masonería por el inquisidor general en 1738 y las medidas represivas adoptadas por Fernando VI y Carlos III frenaron este proceso.

La siguiente etapa transcurrió tras la invasión de las tropas francesas, estableciéndose entre 1809 y 1813 una doble masonería al servicio de Napoleón I y de su hermano José I, primer gran maestre de la masonería española. Así, en San Sebastián, Vitoria, Gerona, Barcelona, Zaragoza, Talavera y otras ciudades se fueron configurando logias integradas por militares, médicos, empresarios, funcionarios, artistas y profesores, todos ellos franceses. Durante el Trienio Liberal (1820-1823), el Bienio Progresista (1854-1856) y, sobre todo, el Sexenio Democrático (1868-1874) la masonería se extendió en la sociedad española, especialmente entre la burguesía y los profesionales de clase media, que enarbolaron la bandera de la libertad, la igualdad y la fraternidad. A lo largo de los siglos XIX y XX, algunos masones importantes, como Riego, Prim, Sagasta, Ruiz Zorrilla, Lorenzo, Moret, Companys y Martínez Barrio, tuvieron un notable protagonismo político.

Volviendo a la logia Danton, en la que ingresó Chaves Nogales, hay que decir que era una de las más politizadas de la región centro del Gran Oriente Español, ya que estaba integrada por importantes personalidades dispuestas a proyectar las ideas y valores de la masonería en el cambio democrático. En 1925 se produjo un

enfrentamiento entre el Supremo Consejo del Grado 33, organismo de dirección de la institución, y la logia Ibérica, a consecuencia del cual surgieron varias logias de orientación política como la Danton, la Mare Nostrum y la Unión. El fracaso de la labor de oposición a la dictadura de Primo de Rivera y la detención de Daniel Anguiano, Gran Maestre Regional, fueron la espoleta que hizo estallar el conflicto. Así, el 5 de noviembre de 1925 José Salmerón, Antonio Lezama y Marcelino Domingo, masones de la logia madrileña Ibérica, fundaron el *triángulo* o embrión que un año después pasaría a configurar la logia «Danton», en la que ingresaron José Giral, Álvaro de Albornoz, Martí Jara, Chaves Nogales y otros escritores, militares, periodistas, científicos y políticos. Su propósito fue enunciado por Martí Jara en una carta dirigida a Miguel de Unamuno: «Escribimos a usted en nombre de la logia Danton, un grupo —un poco los de siempre— que ahora hemos entrado en la masonería para infiltrarle nuestra pasión política» [51]. En esos años hubo muchos intelectuales, políticos y periodistas a quienes la política autoritaria de la dictadura empujó a incorporarse a la masonería y a luchar por el cambio democrático, cada vez más identificado con la República: José Giral, Álvaro de Albornoz, Marcelino Domingo, Rodolfo Llopis, Mariano Benlliure, Luis Jiménez Asúa, Luis Bello, entre muchos otros.

En 1927 la logia «Danton» desarrolló una estrategia de acercamiento a los emergentes partidos que articularon la Alianza Republicana, proceso que suscitó el recelo de Diego Martínez Barrio y la Gran Logia Regional de Mediodía, surgiendo el debate acerca de la conveniencia de participar activamente en la política, como defendía Marcelino Domingo, o de mantener una prudente distancia de ella, como postulaba Augusto Barcia.

Cuando se incorporó a la masonería, Chaves Nogales adoptó el nombre simbólico de *Larra,* una de sus referencias periodísticas y culturales, sobre quien escribió varios artículos. En uno de ellos, haciéndose eco de las razones que motivaron su ingreso en la logia «Danton», defendía la labor de Mariano José de Larra:

Chaves Nogales con Ana, su esposa, Sánchez Ocaña y Magda Donato, dos miembros del equipo de redacción del *Heraldo de Madrid* (*ca.* 1930).

> ¿Es realmente grata la vida española? Quienes así lo creen han emprendido una ofensiva contra ese tipo de español a lo Mariano José de Larra, cetrino y preocupado, que hace de sus indiscutibles virtudes cívicas el único uso que de ellas está permitido hacer en ciertas circunstancias: la crítica. Se ha inventado eso de la crítica negativa para tirárselo a la cara como un insulto a esos honrados hombres de España que tan genuinamente responden a la tradición gloriosa de los no conformes, los mejores siempre. ¿Por qué hablar de crítica negativa y de pesimismo como cosas nefandas? [52]

*

Entre tanto, la gestión de Manuel Fontdevila al frente del *Heraldo de Madrid* comenzó a dar resultados positivos. Fontdevila y Chaves Nogales formaron un tándem eficaz, que compartía la necesidad de renovar el servicio informativo potenciando los temas de actualidad y de mejorar los sistemas de producción del periódico. En este sentido, en el «Prospecto» a *La vuelta a Europa en avión* (1928), Chaves Nogales expresaría su admiración por la labor periodística de Luis Bello, autor del *Viaje por las escuelas de España* (1926-1929), una reflexión sobre la

situación de la educación realizada sobre el terreno. Chaves Nogales defendió un periodismo realizado sobre el terreno, de orientación pedagógica, que contribuyera a informar y formar a los lectores. Y, para ello, como había hecho el propio Bello, había que echarse a andar para estar en los escenarios concretos de las noticias y contarlas con rigor y veracidad.

El equipo de redacción del *Heraldo de Madrid* combinaba juventud y experiencia. Vicente y Javier Sánchez Ocaña, Alfredo Cabanillas, Magda Donato, Enrique Ruiz de la Serna y Pérez Roces adquirieron un creciente protagonismo. Por otra parte, a fin de combinar periodismo, literatura y política, se incorporaron en calidad de colaboradores Antonio Machado, Ramón María del Valle-Inclán, Jacinto Benavente y Alejandro Lerroux. Con estos mimbres, el *Heraldo* se convirtió en uno de los mejores periódicos de España.

El interés de Chaves Nogales por los avances de la aviación quedó reflejado en sus crónicas sobre Ruth Elder, «hermosísima aviadora norteamericana», que cruzó en 1927 el océano Atlántico, sufrió un accidente y llegó a Lisboa en barco. El periodista se desplazó a la capital portuguesa y relató la hazaña de Elder, rodeada de publicidad y parafernalia. Después viajó en avión con ella a Madrid y escribió varias crónicas en las que construyó el mito de la intrépida aviadora y, después, la situó en el contexto de las mujeres pilotos que realizaban *raids* en aquel tiempo.

El 10 de mayo de 1928, los directores de *El Liberal, El Sol, Heraldo de Madrid* e *Informaciones* concedieron a las crónicas sobre Ruth Elder de Chaves Nogales el Premio Mariano de Cavia de Periodismo. El *Heraldo* saludó la distinción otorgada a su redactor-jefe, quien «con su juventud liberal, inteligente y triunfante, simboliza las más nobles aspiraciones de todos. La consagración pública que hoy atrae su nombre, siendo individual, nos honra en conjunto, porque la ruta periodística de Chaves Nogales es la que seguimos, con firmeza, con ilusión, sus compañeros de tarea» [53].

Antes de recibir el premio, se celebró un afectuoso «ágape de amigos», que contó con la participación de Valle-Inclán, Jardiel Poncela, Jiménez de Asúa, Sánchez-Guerra y González Ruano y tuvo más de un centenar de adhesiones. La nota editorial del *Heraldo* decía: La pericia y la inteligencia de Chaves, su instinto periodístico, su intrepidez para allanar las más arduas dificultades —subiéndose a los aviones con la misma facilidad con que antaño se tomaba el simón y

hoy el taxi—, su influjo importantísimo en la venida de Ruth Elder a Madrid, logrando —a pesar de las extraordinarias dificultades que se presentaban para ello— venir en el mismo aparato que ella, todo esto será festejado y agradecido [54].

Eduardo Torralva Beci le hizo una entrevista en *Estampa,* en la que Chaves Nogales explicó su concepción del trabajo periodístico, atento a las noticias más importantes de la actualidad: Contar y andar es la función del periodista […]. Los literatos, a la novela o el teatro; los ensayistas al folleto o la revista; los reporteros iletrados, a las agencias de policía particular [55].

En esta línea de un periodismo realizado sobre el terreno, Chaves Nogales relató en veinticinco crónicas publicadas en el *Heraldo de Madrid*, entre el 6 de agosto y el 5 de noviembre de 1928, el viaje que realizó por Europa, las cuales fueron reunidas en el libro *La vuelta a Europa en avión*, publicado por Mundo Latino al año siguiente. El periódico elogió la iniciativa y el dinamismo de su redactor-jefe: «Nuestro compañero Chaves Nogales, que acaba de ser agraciado con el premio Cavia, tan periodista, tan dinámico, poseído de tan vivas inquietudes, no podía menos de sentir esta obsesión tan nueva de salvar distancias, y, en efecto, ha emprendido el primer reportaje español de este tipo y uno de los primeros del mundo» [56].

estampa

Chaves Nogales, el periodista

LO Q
NUEST

El Premio Mariano de Cávia, *instituido, como se sabe, por A B C, para premiar el mejor trabajo periodístico del año, ha sido discernido éste a nuestro compañero Manuel Chaves Nogales, por el reportaje de la Regata a Europa de Ruth Elder, que hizo para* Heraldo de Madrid.

No estaría bien que nosotros, estrechamente unidos a Chaves Nogales, lo elogiáramos tanto como lo estimamos, tanto como se merece. Sí nos permitido, sin embargo, registrar objetivamente un hecho: que nunca ha parecido la concesión del Premio Mariano de Cávia *más acorde con el espíritu de la institución que esta vez.*

Chaves Nogales—que por cierto publica en este mismo número de Estampa *un admirable cuento, buena prueba de que, además de un gran periodista, es uno de los auténticos valores literarios nuevos—habla en los renglones que siguen a nuestro camarada Torralva Beci del Periodismo.*

—¡No, no; nada de eso! Yo no he pretendido ganar el premio Cávia como literato, sino como periodista. He hecho obra de periodista. Esto de obra periodística, al no profesional se le alcanza difícilmente. Para la gente hay sólo el literato que escribe en los periódicos, al que se le respeta (se entiende por respetar el no leer), y el antiliterato, es decir, el repórter, una especie de agente literato que acarrea noticias. Esta es opinión no sólo del vulgo, sino de hombres como Baroja, que no hace mucho establecía aquella injusta división de los periodistas en "periodistas de mesa" y "periodistas de patas". Esto acaso fuese cierto en el periodismo de hace veinte años, cuando en las redacciones había unos tipos de literatoides o politicoides que querían ser académicos o directores generales sin fuerzas para ello, y navegaban en el periódico asistidos por unos pobres diablos menesterosos que les llenaban las hojas acarreando noticias redactadas con una prosa auténticamente vil, que se retribuía con quince duros de sueldo al mes. El periodismo ya no es esto. Parece mentira que aun sea necesario decirlo. Pero todavía, cuando se habla de virtudes periodísticas, la gente que es incapaz de aquilatarlas piensa en virtudes embozadamente literarias. Y es substancialmente distinto.

Chaves, al decir esto, esgrime las tijeras con

MANUEL CHAVES NOGALES

que silueteaba una foto para la plana de Estampa que está confeccionando. Se detiene un momento, posa las tijeras en la alta mesa de caballetes y extiende la pasta sobre el reverso de la foto.

—Ya no hay esa división entre el literato y el repórter clásicos. Este buen hombre analfabeto que antes iba a los ministerios a recoger las notas oficiosas no tiene entrada hoy en las redacciones.

Tampoco tienen nada que
los literatos al viejo modo
y magnáneos que se sacan
sobre todo lo divino y lo h
bien la atención en lo inc
ticuroqueo que es el artíc
las mañanas ponía el paño
a su albedrío. ¿Por qué?
media del lector de perió
señor que hace los artícu
troso que sería un tipo q
introdujese en nuestro de
gano para ello se pusiese a
hoy del concepto del pro
del problema de las dem
moderno arte ruso. ¿Est
preguntaríamos—. ¿Es qu
verbal le autoriza para a
miles de lectores por lo
equivalente a la suya? E
negros catecráticos que es
de negros. El público lect
analfabeta a la que cualq
será bueno. Sería curioso
lector medio sobre ese s
o Zutano) que todas las n
bajo de la puerta sus im

* *

Hoy, para ponerse a e
hay que disculparse previ
cia que esto supone, y la
la de contar, relatar, rese
la función del periodista.
ciente viaje a las repúblic
llo, en su visita a las escu
del Vayo y algunos otros
periodismo nuevo, discre
reclama la atención del
motivo: contarle algo, in
literatos, a la novela o el
al folleto o la revista; los
las agencias de policía pa

Entrevista de Eduardo Torralba Beci a Chaves Nogales, «Chaves Nogales, el periodista. Lo que nos dice nuestro compañero» (*Estampa*, 5/5/1928): «Hoy, para ponerse a escribir ante el público, hay que disculparse previamente, por la petulancia que esto supone, y la única disculpa válida es la de contar, relatar, reseñar. Contar y andar es la función del periodista».

Durante varios meses, el periodista realizó una trepidante actividad de búsqueda de información, análisis de los hechos y contactos personales que le ayudaron a describir las secuelas de la Primera Guerra Mundial, la Revolución soviética, la emergencia del nazismo en Alemania, los esfuerzos mediadores de la Sociedad de Naciones y otros asuntos de aquel tiempo convulso. El *Heraldo* fue presentando a bombo y platillo los sucesivos reportajes, así como las incidencias del viaje, incluidas las averías del avión y las ocasionales pérdidas de

contacto con el periodista, que mencionamos antes, todo ello convenientemente acompañado de fotografías e ilustraciones gráficas. En el prospecto que anunciaba a los lectores las crónicas, Chaves Nogales señaló quiénes eran sus maestros y reivindicó una vez más la necesaria renovación del periodismo: Contar y andar es la función del periodista. Araquistáin en su viaje a las repúblicas americanas, Luis Bello en su visita a las escuelas de España, Álvarez del Vayo en sus frecuentes excursiones por el panorama espiritual de Centroeuropa, y algún otro, son claros ejemplos de este periodismo nuevo, discreto y civilizado, que no reclama la atención del lector si no es con un motivo: contarle algo, informarle de algo […]. El periodista tiene otra función superior, que es la de servir de intermediario de lo espiritual entre el creador o investigador y las grandes masas, pero esta facultad transmisora no depende de un deliberado propósito, sino de una aptitud con la que no cabe contar de antemano […]. Mi técnica —la periodística— no es una técnica científica. Andar y contar es mi oficio [57].

Las crónicas de las diferentes etapas del viaje europeo desvelaron aspectos relevantes de los acontecimientos que se estaban produciendo. A este respecto, comenta Cintas: «Con este trabajo de *repórter,* como entonces se decía, no se limita simplemente a narrar acontecimientos, a exponer hechos, a contar aventuras. Es fundamental la óptica desde las que los trata, su interés por analizar el pensamiento que subyace en ellos. Según sus propias palabras cuando acudía al lugar de los acontecimientos recurría a las entrevistas con los protagonistas para, desde allí, profundizar en el análisis de las situaciones: “me echaba a buscar opiniones, a discernir actitudes”» [58].

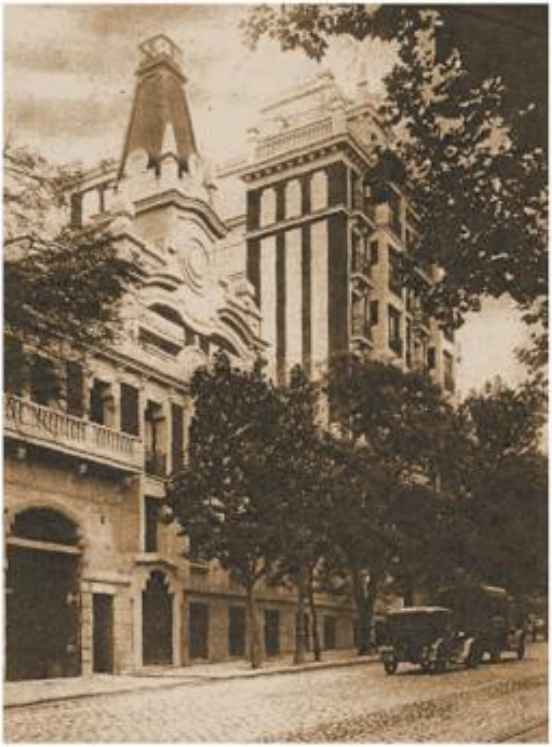
Así, el panorama de la Rusia soviética, tras la revolución y la guerra, es presentado con claroscuros. Chaves Nogales reconoce el esfuerzo de los dirigentes comunistas para construir una nueva sociedad, garantizar a las mujeres plenos derechos y mejorar el sistema económico, pero, a su vez, critica el desarrollo de la burocracia, la desatención de necesidades básicas o la vulneración de los derechos y libertades, algo, a su juicio, totalmente reprobable. Los observadores de los países europeos no tenían una percepción correcta de lo que estaba sucediendo en Rusia: ni era el paraíso que decían algunos progresistas, ni el infierno que condenaban algunos conservadores. Antonio Muñoz Molina ha resaltado la importancia de esta experiencia en la configuración de las ideas del periodista:

«aquella vuelta en avión fue para él un insuperable viaje de estudios en su educación política» [59] [F Capítulo 2, «La Revolución rusa»].

Rusia, la de los zares y los revolucionarios, siguió presente, como veremos a continuación, en el punto de mira del periodista. En 1930 residió una larga temporada en París, en calidad de corresponsal del *Heraldo*. La capital francesa constituía un buen observatorio de los acontecimientos europeos y tenía una excelente dinámica cultural y artística. Entre los artículos que escribió, como ha resaltado Charo Ramos, sobresale «uno dedicado al análisis de las virtudes del parlamentarismo, que puede entenderse como un acto de posicionamiento político en esa fecha en que la monarquía agonizaba y había quedado patente que la Asamblea Consultiva Nacional creada en 1927 por Primo de Rivera era un simulacro controlado por el Gobierno» [60]. Durante aquellos meses realizó contactos y entrevistas con personalidades de la colonia de refugiados rusos. Así surgió el reportaje *Lo que ha quedado del imperio de los zares,* que, como veremos más adelante, comenzó a publicarse en *Ahora* el 27 de enero de 1931.

*

Tras la dimisión del general Primo de Rivera, el 28 de enero de 1930, Alfonso XIII ignoró las voces que demandaban la convocatoria inmediata de Cortes Constituyentes y designó al general Berenguer presidente del Gobierno, con la pretensión de recuperar la normalidad política anterior a 1923, pero esto era imposible porque la suerte de la monarquía estaba unida a la dictadura, por haberla consentido y apoyado [61]. Los medios de comunicación, castigados por las multas y la censura, respaldaron el cambio democrático: *Heraldo de Madrid* ha combatido día tras día a la dictadura, desde el mismo 13 de septiembre, durante seis años, cuatro meses y trece días. Queremos hacerlo constar así, añadiendo que continuaremos haciendo del mismo modo contra todo intento de tiranía, cualquiera que sea la forma que adopte [62].



[*Izquierda*] Las instalaciones de *Ahora,* y de otros periódicos y revistas de la sociedad Rivadeneyra, propiedad Luis Montiel Balanzat, estaban en los números 16 y 18 de la cuesta de San Vicente. Chaves Nogales se alojó en la planta superior con su familia para seguir de cerca los diferentes procesos de trabajo. [*Derecha*] Despacho de Chaves Nogales.

El 3 de septiembre de 1930 Chaves Nogales se incorporó al periódico *Ahora,* cuyo primer número saldría a la luz pública tres meses después. Luis Montiel Balanzat le ofreció liderar el proyecto, en calidad de subdirector y redactor-jefe, con una retribución mensual de 3.000 pesetas, bastante elevada en aquel entonces en el mundo de la prensa. Montiel era propietario de La Papelera Madrileña, Gráficas Excelsior, Rivadeneyra, Conisa e Inmobiliaria San Vicente. Pertenecía al Rotary Club, entidad promovida por la masonería para realizar actividades solidarias. Montiel quería impulsar un periódico moderno y mercantil, que ocupara una posición central en el escenario de la comunicación y permitiera conectar con las clases medias urbanas.

Sobre este proyecto, afirma Jesús de Juana: «*Ahora* representará a una burguesía media republicana no clerical, mercantil, funcionaria, intelectual y de industriales pequeños, escorada hacia la izquierda o

hacia la derecha según los vaivenes políticos del momento, y será el único periódico madrileño que durante toda la etapa republicana mantendrá constantemente esa competencia, principalmente porque fue el que más impenetrable se mostró a las variadísimas fuerzas que más o menos confesadas incidían en la prensa, y el que menos condicionó su opinión a las sugerencias de presiones externas o de grupos ajenos a su dirección; su característica estructura empresarial hizo posible su continua independencia de criterio» [63].

Luis Montiel se reservó el puesto de director del periódico y designó como gerente a Luis Miquel, pero el líder indiscutible del proyecto fue Chaves Nogales, que, a la edad de treinta y tres años, vio una excelente oportunidad para poner en práctica sus concepciones periodísticas.

Las instalaciones de *Ahora* estaban en un moderno edificio de once plantas situado en los números 16 y 18 de la cuesta de San Vicente, frente a los jardines del Palacio Real. En la planta superior se alojó Chaves Nogales con su familia para seguir de cerca los diferentes procesos de trabajo. El equipo de redacción del periódico contaba con buenos profesionales como Paulino Masip, los hermanos Sánchez-Ocaña, Luis González de Linares, Magda Donato, Leopoldo Bejarano, Peregrín Sánchez y Luis Gil. Tenía corresponsales en París, Londres, Berlín y Roma. Los editoriales eran escritos por José Pérez Bances, Alberto Marín y el propio Chaves Nogales. Por lo demás, contaría con la colaboración de escritores sobresalientes como Antonio Machado, Ramón María del Valle-Inclán, Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Eugeni d'Ors, Gregorio Marañón, *Azorín*, Ángel Ossorio y Salvador de Madariaga. Desde el punto de vista formal, *Ahora* tenía treinta y seis páginas, de formato pequeño, con doce páginas en huecograbado, las cuatro centrales, así como la portada y la contraportada. Las ilustraciones gráficas eran realizadas por Albero, Segovia, Alfonso y los hermanos Mayo. La publicidad representaba el 20 por ciento de su espacio. La salida del periódico fue bien acogida por los lectores y, al cabo de unos meses, alcanzó una tirada de 150.000 ejemplares, convirtiéndose en uno de los principales medios de la prensa madrileña [64].

Cuando *Ahora* publicó su primer número, el 16 de diciembre de 1930, España vivía una verdadera encrucijada histórica. En la portada se informaba de la sublevación de los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández contra la monarquía de Alfonso XIII. «Cómo se

produjo la sublevación de Jaca y cómo fueron vencidos los sublevados», decía el titular del periódico. Aquel acontecimiento alcanzó un gran eco. La rebelión fue sofocada por las fuerzas gubernamentales y un consejo de guerra condenó a morir fusilados a Galán y a García Hernández.

Las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 aceleraron el cambio democrático, ya que las candidaturas republicanas lograron la victoria en la mayoría de las capitales de provincia. El rey Alfonso XIII, consciente de su fracaso, abandonó España. El 14 de abril, cuando Niceto Alcalá-Zamora proclamó la República desde el balcón del Ministerio de la Gobernación, muchos españoles se echaron a la calle con la esperanza de iniciar el camino hacia una vida mejor. El editorial de *Ahora* destacó el ambiente de normalidad que había presidido el proceso electoral y el comienzo de una nueva era: La jornada electoral del domingo se caracteriza por un hecho indudable: la victoria de los candidatos republicanos. Ante este hecho es pueril hacer cubileteos con las estadísticas; una mayoría de los electores se ha pronunciado por las candidaturas republicanas. Quizás muchos de los votos que aparecen como republicanos sean más bien votos de protesta contra la Dictadura; quizás hayan imperado en ellos más razones negativas que motivos positivos; pero hay que reconocer que la votación republicana tiene una brillantez que sus adeptos entusiastas no se hubieran atrevido a esperar. Hay que aceptar que la votación del domingo sitúa en un plano distinto el problema político español, tal como se halla planteado desde la caída de la Dictadura. Vivimos momentos difíciles, en que el porvenir se aparece como un enigma. Hasta ahora, nada garantizaba que las fuerzas revolucionarias tuviesen la suficiente capacidad constructiva para evitar que, rotos los resortes tradicionales, la nación se perdiese en un caos informe. Hoy es un síntoma consolador la disciplina y el orden con que unos y otros han acudido a las urnas en unas elecciones que nada tienen que envidiar a las que puedan haberse celebrado en los países más adelantados. Si esta serenidad y esta disciplina siguen imponiéndose y no salen sueltas y desaforadas por ahí las pasiones, todavía puede ser la jornada del domingo la iniciación de una época nueva en la historia de España. En estos momentos de incertidumbre y de emoción nos permitimos recordar a todos, a los de un bando y a los de otro, que lo que está en juego es el porvenir de la Patria, a la que todos tenemos la obligación de servir. Dios ponga tino en los hombres a quienes en esta

hora grave incumbe en primer término la responsabilidad de lo que pueda ocurrir [65].

Meses antes de aquellas vitales elecciones, el 10 de febrero de 1931, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala habían impulsado la Agrupación al Servicio de la República, con un manifiesto publicado en el periódico *El Sol,* que resaltaba el fracaso de la monarquía y la necesidad de movilizar a los españoles para instaurar la República: La Monarquía de Sagunto no ha sabido convertirse en una institución nacionalizada, es decir, en un sistema de Poder público que se supeditase a las exigencias profundas de la nación y viviese solidarizado con ella, sino que ha sido una asociación de grupos particulares que vivió parasitariamente sobre el organismo español, usando el Poder público para la defensa de los intereses parciales que representaba […]. Nosotros creemos que […] la Monarquía de Sagunto ha de ser sustituida por una República que despierte en todos los españoles a un tiempo de dinamismo y disciplina, llamándolos a la soberana empresa de resucitar la historia de España, renovando la vida peninsular en todas sus dimensiones […]. Nos proponemos suscitar una amplísima Agrupación al Servicio de la República, cuyos esfuerzos tenderán a lo siguiente: *1.*-Movilizar a todos los españoles de oficio intelectual para que formen un copioso contingente de propagandistas y defensores de la República española. Llamaremos a todo el profesorado y magisterio, a los escritores y artistas, a los médicos, a los ingenieros, arquitectos y técnicos de toda clase, a los abogados, notarios y demás hombres de ley […]. *2.*-Con este organismo de avanzada, bien disciplinado y extendido sobre toda España, actuaremos apasionadamente sobre el resto del cuerpo nacional, exaltando la gran promesa histórica que es la República española y preparando su triunfo en unas elecciones constituyentes, ejecutadas con las máximas garantías de pulcritud civil. *3.*-Pero al mismo tiempo, nuestra Agrupación irá organizando, desde la capital hasta la aldea y el caserío, la nueva vida pública de España en todos sus haces, a fin de lograr la sólida instauración y el ejemplar funcionamiento del nuevo Estado republicano [66].

La Agrupación fue apoyada por relevantes personalidades como el científico Santiago Ramón y Cajal, el poeta Antonio Machado, el arquitecto Bernardo Giner de los Ríos, el ingeniero Juan José de Santa Cruz, el médico José Pareja y los periodistas Chaves Nogales y Corpus Barga. En las elecciones municipales de abril no presentó candidatos

propios y pidió el voto para las candidaturas republicanas. Trece de sus miembros fueron diputados en las Cortes Constituyentes, sobresaliendo la participación en los debates de Ortega, Justino de Azcárate y Juan Díez del Moral. Algunos miembros de la Agrupación ocuparon cargos de la nueva administración, como Pérez de Ayala, designado director del Museo del Prado y, posteriormente, embajador en Londres. El 13 de octubre de 1933 se hizo pública la disolución de la Agrupación con el anuncio de que su objetivo, contribuir al establecimiento de la República, ya se había cumplido. A partir de entonces, sus integrantes siguieron caminos políticos diferentes.

Además de las informaciones de actualidad política, *Ahora* aprovechó el ambiente de apertura para publicar todo tipo de reportajes, diversificando las temáticas. Entre ellos, cabe destacar los artículos acerca de la conmemoración del once aniversario del fallecimiento de Benito Pérez Galdós (aprovechada para pedir al Gobierno que respaldara el proyecto de convertir San Quintín, la residencia en Santander del escritor, en un museo público que preservara su patrimonio literario), las memorias de Francisco Maciá y de otros dirigentes catalanistas, el bandolerismo andaluz, la entrevista a Ramón Casanellas, autor del atentado que asesinó a Eduardo Dato, y, sobre todo, la serie *Lo que ha quedado del imperio de los zares*, formada por veinticuatro reportajes de Chaves Nogales, publicados entre el 27 de enero y el 22 de febrero de 1931, elaborados con las entrevistas y las informaciones recogidas durante su estancia en París de políticos, militares, aristócratas, religiosos, escritores y artistas rusos. Este conjunto de entrevistas refleja la lucha de aquellos exiliados, entre los que se cuentan Kérenski, Miliukov, Cirilo, Anastasia, Eulogio o Némirovski, que luchaban por preservar su concepción del espíritu del pueblo ruso, profundamente alterado, a su juicio, por el proceso revolucionario. Dado el interés originado, la editorial Estampa publicó unos meses después un libro con los reportajes generosamente ilustrados [F Capítulo 2, «La Revolución rusa»].

El Gobierno de la República acometió el desafío de construir un régimen democrático que resolviera los problemas seculares que estaban frenando el progreso de España. El 9 de diciembre fue aprobada la Constitución de la República, la más avanzada de la historia del constitucionalismo español, que reconocía los derechos humanos fundamentales, la separación del Estado y la Iglesia, el

sufragio universal y otras conquistas jurídicas y sociales. Entre 1931 y 1933 los Gobiernos progresistas impulsaron un ambicioso programa de reformas que promovió la mejora de las condiciones laborales de los trabajadores, la reforma agraria, el desarrollo de la educación pública, la promoción cultural, la construcción de obras públicas, la legalización del divorcio, la modernización del Ejército y la autonomía de Cataluña [67]. Nunca se había acometido un programa transformador de un alcance tan amplio. El entonces ministro de Justicia, Fernando de los Ríos, afirmó: «Estamos realizando un ensayo único en el mundo: el aunar el ejercicio de la libertad y la transformación de la estructura económica y social en un nuevo régimen» [68].

Para los republicanos, estas medidas eran unas exigencias inaplazables. Algunas de ellas sacudían las viejas estructuras y tenían consecuencias económicas y políticas importantes, por lo cual los terratenientes, los empresarios y los católicos las rechazaron con virulencia. Por otra parte, los problemas estructurales del mundo campesino y la lenta aplicación de la reforma agraria causaron graves altercados de orden público [69].

Estampa

AHORA

CÓMO SE HACE UN DIARIO MODERNO

El director-propietario de AHORA, D. Luis Montiel.

Desde hace ya muchos meses la Empresa propietaria de Estampa viene preparando la aparición de un gran diario, que, con el título de *Ahora*, comenzará a publicarse en el próximo mes de diciembre. Alrededor de este periódico nonato se ha formado una atmósfera de expectación inusitada, reflejo, quizás, del éxito sin precedentes de nuestra revista o bien de la convicción que en el mundillo periodístico se tiene de que nuestra Empresa se lanza a presentar un diario con el legítimo anhelo de superar cuanto en la Prensa española se conoce. Pero esta expectación ha sido causa de muy diversas alusiones, y como deseamos que se nos conozca por nosotros mismos, nos hemos creído en el caso de dedicar unas páginas de Estampa a decir, sucintamente, lo que ha de ser nuestro diario *Ahora*, cuál será su ideología, quiénes sus directores y colaboradores y cuáles sus medios económicos.

* * *

Ahora será un periódico *absolutamente independiente, sin ningún contacto con partido político alguno ni con ninguna de las personalidades que actúen, puedan actuar o hayan actuado en la política española.* Esta afirmación queda hecha de una vez y para siempre. *Ahora no será, pues, periódico ministerial, en ningún caso, ni servirá jamás de escabel a ningún grupo político.* Esta afirmación nuestra podría parecer gratuita, si no estuviese avalada por la naturaleza misma de nuestra Empresa. *Ahora* es un periódico planteado industrialmente, que no tendrá más medios de vida que los que le proporcionen sus lectores y anunciantes. El esfuerzo económico que nuestra Empresa puede hacer para presentar un diario con todas las perfecciones técnicas de nuestro tiempo, se debe también al público—lectores y anunciantes—, ya que *Ahora* nace del éxito de Estampa y no depende financieramente más que de la Empresa editora de esta publicación, cuyo único accionista, don Luis Montiel, será al mismo tiempo Director y propietario del nuevo periódico. Esta independencia económica es la mejor prenda de nuestra independencia política.

* * *

Planteada de esta manera, netamente industrial, la fundación de diario, es obvio decir que *Ahora* no será periódico político más que la medida en que la política debe ser preocupación de todo organismo nacional y de todo ciudadano consciente. Nada más lejos de nuestro ánimo que aquel prurito de zapar Gobiernos y de derribarlos que tuvieron los furibundos diaristas de hace cincuenta años. Respetuosos con todas las instituciones y convencidos de la patriótica necesidad de conservar y defender, mejorándolo progresivamente, el orden establecido, no abdicamos nuestro derecho a ejercer libérrimamente la crítica de personas e instituciones. *Ahora* no será periódico de campañas escandalosas, pero no por esto escamoteará su opinión ante cualquier problema de interés nacional. Cada día el lector de *Ahora* encontrará entre el caudal de nuestras noticias y nuestras informaciones el comentario claro y sucinto a la actualidad, el juicio que al periódico merezca cada hecho significativo, redactado en breves y terminantes párrafos, sin afán polémico alguno y sin ningún prurito preconcebido. Creemos que ha llegado ya la hora de otorgar la mayoría de edad al lector de periódicos españoles.

LA REDACCIÓN.

La dirección de *Ahora* corresponde a su editor y propietario don Luis Montiel. Con el cargo de Subdirector se halla al frente de la Redacción don Manuel Chaves Nogales.

El cuerpo de redacción está integrado por veinticinco periodistas, cuyos nombres y retratos publicamos en otro lugar de este número.

El subdirector de AHORA, D. Manuel Chaves Nogales.

El 15 de noviembre de 1930 la revista *Estampa* anunciaba la creación de *Ahora,* un nuevo diario moderno: «La dirección de *Ahora* corresponde a su editor y propietario don Luis Montiel; con el cargo de Subdirector se halla al frente de la Redacción don Manuel Chaves Nogales» (*Estampa,* 15/11/1930).

Aunque Luis Montiel tenía una concepción empresarial conservadora, *Ahora* asumió el cambio democrático, defendió la legalidad y se convirtió, gracias a la labor desplegada por Chaves Nogales, en uno de los principales medios que defendieron la línea política de centro-izquierda propugnada por Manuel Azaña. Nuestro periodista entrevistó a los principales dirigentes del Estado y del Gobierno: Niceto Alcalá-Zamora, Manuel Azaña, Fernando de los Ríos, Marcelino Domingo, Alejandro Lerroux y Francisco Largo Caballero, así como a Francisco Maciá, presidente de la Generalitat catalana. Los líderes republicanos dieron a conocer su opinión sobre los asuntos de la actualidad y anunciaron las medidas que sus departamentos estaban elaborando. Algunos aprovecharon la ocasión para expresar su parecer sobre algunas cuestiones políticas importantes, como Marcelino Domingo, que planteó la necesidad de llevar a cabo la integración de Acción Republicana, el Partido Radical Socialista y la Izquierda Catalana. Acerca de estas entrevistas, comenta Cintas: «Todas las entrevistas, amplias y de máximo interés informativo, tuvieron una buena repercusión y vinieron a asentar al periodista en ese interesante camino de su itinerario que fue el de entrevistar a grandes personajes de la vida política. Las realizadas a jefes de estado (Alcalá-Zamora); primeros ministros (Churchill); emperadores (Haile Selassie); reyes (Alfonso XIII); príncipes (Umberto de Saboya); artistas consagrados (Belmonte, Chevalier), entre otros, nos muestran a un periodista hábil en el empleo de una peculiar técnica (obviar las preguntas), e hicieron de él un lúcido analista político» [70] [F Capítulo 4, «La Segunda República»].

Entre el 29 de marzo y el 7 de abril de 1932, Chaves Nogales cubrió el viaje oficial de Alcalá-Zamora, acompañado por Azaña, Prieto y Giral, con motivo de la inauguración de los pantanos de Benagéber en Valencia y de Camarillas en Murcia. Las crónicas de *Ahora* informaron sobre la entusiasta acogida de los dirigentes republicanos en los pueblos levantinos, algo que no gustó a *La Correspondencia,* que lo acusó de ser «el periódico de cámara de don Niceto Alcalá-Zamora, [que] es más que un diario, un botafumeiro…» [71].

Por aquel tiempo, se produjo un acercamiento entre Azaña y Chaves Nogales, favorecido por su sintonía ideológica, cultural y política. El presidente del Gobierno visitó varias veces al periodista en su domicilio y le comentó la situación política y la agresividad del

coro mediático conservador contra las medidas adoptadas por el Ejecutivo. El Estatuto de Autonomía de Cataluña se había convertido en el principal blanco de las críticas, compartidas por algunas personalidades de ideas centralistas como Ortega y Unamuno. Al calentarse el debate, Azaña le pidió al periodista Chaves Nogales el apoyo de *Ahora* al proyecto gubernamental, que, a su juicio, constituía la mejor manera de garantizar la vertebración territorial del Estado republicano. Tras cuatro meses de intensos debates, el fallido golpe de Estado del general Sanjurjo aceleró la tramitación del Estatuto, que, finalmente, fue aprobado por el Congreso de los Diputados el 9 de septiembre, por 314 votos a favor y 24 en contra. Según Gabriel Jackson: «Manuel Azaña arriesgó la vida de su Gobierno y su prestigio personal en la aprobación del Estatuto [...]. Para Azaña, como inteligente nacionalista español [...] el Estatuto era un juego calculado en la construcción de una España unida por mutuos intereses y no por la fuerza militar» [72].

Cada vez más involucrado en la política nacional, Chaves Nogales se desplazó varias veces a Andalucía para analizar la situación del campesinado, asunto que siempre le había preocupado. Tras visitar Utrera, Carmona y otros pueblos de Sevilla, Cádiz y Córdoba y conversar con los jornaleros, dio a conocer la problemática de desempleo y pobreza que sufrían, aprovechada por activistas anarquistas, «enemigos de la República», para desatar conflictos que estaban tiñendo el campo andaluz de sangre. Casas Viejas, pequeña población gaditana próxima a Medina Sidonia, constituyó un dramático ejemplo de ello. El 11 de enero, un grupo de campesinos de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) proclamó el comunismo libertario y atacó el cuartel de la Guardia Civil. Tras un intercambio de disparos, fallecieron un sargento y un guardia. A lo largo de la tarde y la noche llegaron al pueblo varias unidades de guardias civiles y guardias de asalto que restablecieron el orden y detuvieron a los presuntos responsables del ataque. Sin embargo, la actuación desproporcionada del capitán Rojas provocó una masacre que concluyó con la muerte de veintidós hombres, dos mujeres y un niño. Los sucesos de Casas Viejas tuvieron una gran repercusión en la opinión pública. Chaves Nogales consideró la muerte de los «héroes que se equivocaron» un hecho monstruoso, pero justificó la intervención de las fuerzas gubernamentales para defender la legalidad que el pueblo se había dado a sí mismo [73].

Chaves Nogales fotografía a sus hijos, Pilar, Josefina y Pablo, reflejados en un espejo en su domicilio de la cuesta de San Vicente (*ca.* 1932).

A finales de octubre de 1932, un grupo de periodistas de *Ahora, El Liberal, Heraldo de Madrid, El Sol, La Libertad, La Voz* y *Luz* crearon la Liga de Periodistas Republicanos con el propósito de defender los postulados cívicos, democráticos y republicanos. Acordaron que el reglamento que estableciera las normas de funcionamiento de la Liga fuera elaborado por Chaves Nogales, Simón Valdivieso *(Heraldo de Madrid),* Paulino Masip *(La Voz),* Javier Bueno *(Luz)* y Luis de Sirval *(La Libertad)*. La Liga pretendía fomentar la colaboración y la solidaridad entre los periodistas republicanos, «defender los derechos del periodista político a mantener íntegramente su patrimonio ideológico» y apoyar su trabajo mediante la organización de «un servicio de intercambio [internacional] de noticias para facilitar a la opinión pública de todos los países una información verídica al margen de los intereses particulares y de las deformaciones partidistas» [74].

*

La crisis económica, social y política de la Europa del periodo de entreguerras había favorecido el surgimiento de los movimientos fascistas. Así, en 1922, el Partido Nacional Fascista de Benito Mussolini ocupó el poder en Italia y acometió un proceso de destrucción del régimen democrático. Por otra parte, en 1933, el Partido Nacionalsocialista, liderado por Adolf Hitler, accedió al poder en Alemania. Chaves Nogales se desplazó a estos dos países para analizar su situación, que relató a través de once artículos que fueron publicados por *Ahora* entre el 14 y el 28 de mayo de 1933. Con estas palabras los presentó el periódico a los lectores: Un gran reportaje de *Ahora*. Cómo se vive en los países de régimen fascista. Sesenta millones de alemanes bajo el signo de la svástica y cuarenta millones de italianos bajo el *fascio* de los lictores. Mussolini y Hitler, los semidioses de nuestro tiempo [75].

El periodista viajó a Francia, cruzó la frontera por el Sarre y observó la desmesurada propaganda desplegada por los dirigentes nazis, la ideología supremacista aria, la manipulación educativa de niños y jóvenes, el ambiente militarista e imperialista y el acoso a los judíos. Cabe destacar, la entrevista realizada a Joseph Goebbels, ministro de Propaganda nazi, personaje duro y mesiánico que le causó una pobre impresión. Acerca de estos singulares artículos comenta Charo Ramos: «Sabía que la propaganda de masas era un arma formidable en manos totalitarias y así lo expresó en numerosos artículos y reportajes durante los años 30, en los que analizaba la complejidad del nazismo alemán, el fascismo italiano o el estalinismo soviético, fenómenos que asimilaba en un momento en que la nueva Rusia concitaba la admiración de numerosos intelectuales, incluso no comunistas» [76]. Cabe destacar que las crónicas que analizaban la situación de la Italia de Mussolini no fueron publicadas porque fueron vetadas por Luis Montiel, propietario del periódico.

Estos artículos de Chaves Nogales fueron escritos en un momento muy oportuno. En España comenzaban a configurarse los grupos que dieron origen un año después a Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, inspirada en el fascismo de Mussolini, así como la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), la coalición formada por partidos católicos y de derechas, que seguiría un acentuado proceso de fascistización que desestabilizó la República.

Hay que destacar, por lo demás, la firme convicción democrática de Chaves Nogales en aquella circunstancia crítica: «Hay que tener fe en las virtudes de un régimen democrático que haga posible el de la justicia social dentro de las dificultades económicas del mundo» [77] [F Capítulo 3, «La Alemania de Hitler»].

En 1934 el periodista sevillano retomó el tema de la Revolución rusa con la publicación en la revista *Estampa*, entre el 17 de marzo y el 15 de septiembre, de *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, que tenía como subtítulo *El triunfo del bolchevismo y la guerra civil en Rusia, vistos y vividos por un bailarín de flamenco.* Así lo anunció la revista a los lectores: Trátase de una verdadera novela de aventuras, vividas por unos personajes de carne y hueso […]. Las dramáticas andanzas del bailarín español Juan Martínez y de su mujer, desde 1916 hasta 1924, por la Rusia de Nicolás II, de Kerensky y, finalmente, de Lenin, tienen tal fuerza patética, tan emocionante dinamismo, que su relato supera en interés a todas las creaciones literarias de pura fantasía [78].

Cuando la República española sufría el acoso de los extremistas, Chaves Nogales relata en este reportaje ampliamente ilustrado los principales hitos de la Revolución bolchevique con realismo, dramatismo y, a veces, con sutiles toques de ironía, y emite un mensaje inequívoco: la violencia de *blancos* y de *rojos,* de reaccionarios y de revolucionarios, es injustificable y causa al pueblo un daño irreparable. Al hacer público este posicionamiento, enunció, una vez más, sus convicciones éticas y políticas, pero se convirtió en el enemigo de quienes albergaban el sueño del paraíso comunista. Paloma Bravo ha resaltado el interés de la obra: «“Lo personal es político”, se empezó a decir en los setenta. Pero ya cuarenta años antes lo sabía Chaves Nogales. La historia de Martínez es la historia de Europa en esos años tumultuosos. ¿Es un reportaje o una novela? ¿Un reportaje novelado? Las preguntas de los críticos literarios más eruditos no importan a los lectores: la historia de Martínez es verdad y es vida» [79] [F Capítulo 2, «La Revolución rusa»].

Entre tanto, los resultados de las elecciones generales celebradas el 19 de noviembre de 1933 modificaron el rumbo de la República. La CEDA de José María Gil-Robles alcanzó 115 diputados y se convirtió en la nueva minoría mayoritaria. El Partido Radical de Lerroux consiguió 101 diputados. Los partidos progresistas que hasta entonces habían dirigido la actuación del Gobierno tuvieron un notable retroceso: el Partido Socialista logró 59 diputados, Esquerra

Republicana de Cataluña, 17 e Izquierda Republicana, 11. La CEDA, que no había prestado juramento de lealtad a la Constitución, promovió la formación de un Gobierno minoritario del Partido Radical presidido por Lerroux, pero condicionó su gestión imponiendo la derogación de las conquistas alcanzadas en el primer bienio: modificación de los avances laborales, congelación de la reforma agraria, suspensión de las medidas secularizadoras, limitación de los traspasos de competencias a la Generalitat de Cataluña, concesión de una amnistía al general Sanjurjo y a los militares que dieron el golpe en 1932…

Además, pocos meses después de la formación del Gobierno de Lerroux tuvo lugar la ocupación del territorio de Ifni por parte del ejércitos español, que Chaves Nogales presenció en primera persona y de la que se hablará más adelante [F Capítulo 4, «La Segunda República»].

*

Las rebeliones de octubre de 1934 causaron una profunda convulsión política. Azaña trató de persuadir a los dirigentes de la izquierda republicana para que desarrollaran su actividad dentro de la legalidad, pero algunos no le escucharon. En Madrid, Barcelona, Bilbao, Valencia, Zaragoza y Sevilla se produjeron altercados y huelgas. Los acontecimientos de Barcelona tuvieron un gran impacto. Companys rompió relaciones con el Gobierno de Lerroux y proclamó el Estado catalán dentro de la República Federal de España. El general Batet ocupó la capital catalana, produciéndose enfrentamientos que causaron cuarenta y seis muertos.

La insurrección de Asturias tenía una naturaleza diferente. La designación de tres ministros de la CEDA y su decidido propósito de anular las conquistas alcanzadas empujó a la izquierda socialista, comunista y anarquista a romper con el régimen y luchar por la revolución. El 5 de octubre, por la noche, miles de asturianos tomaron las principales ciudades de la región. La violencia revolucionaria se cebó con los símbolos religiosos: el palacio episcopal, el seminario y cincuenta iglesias fueron incendiados y treinta y cuatro católicos cayeron asesinados.

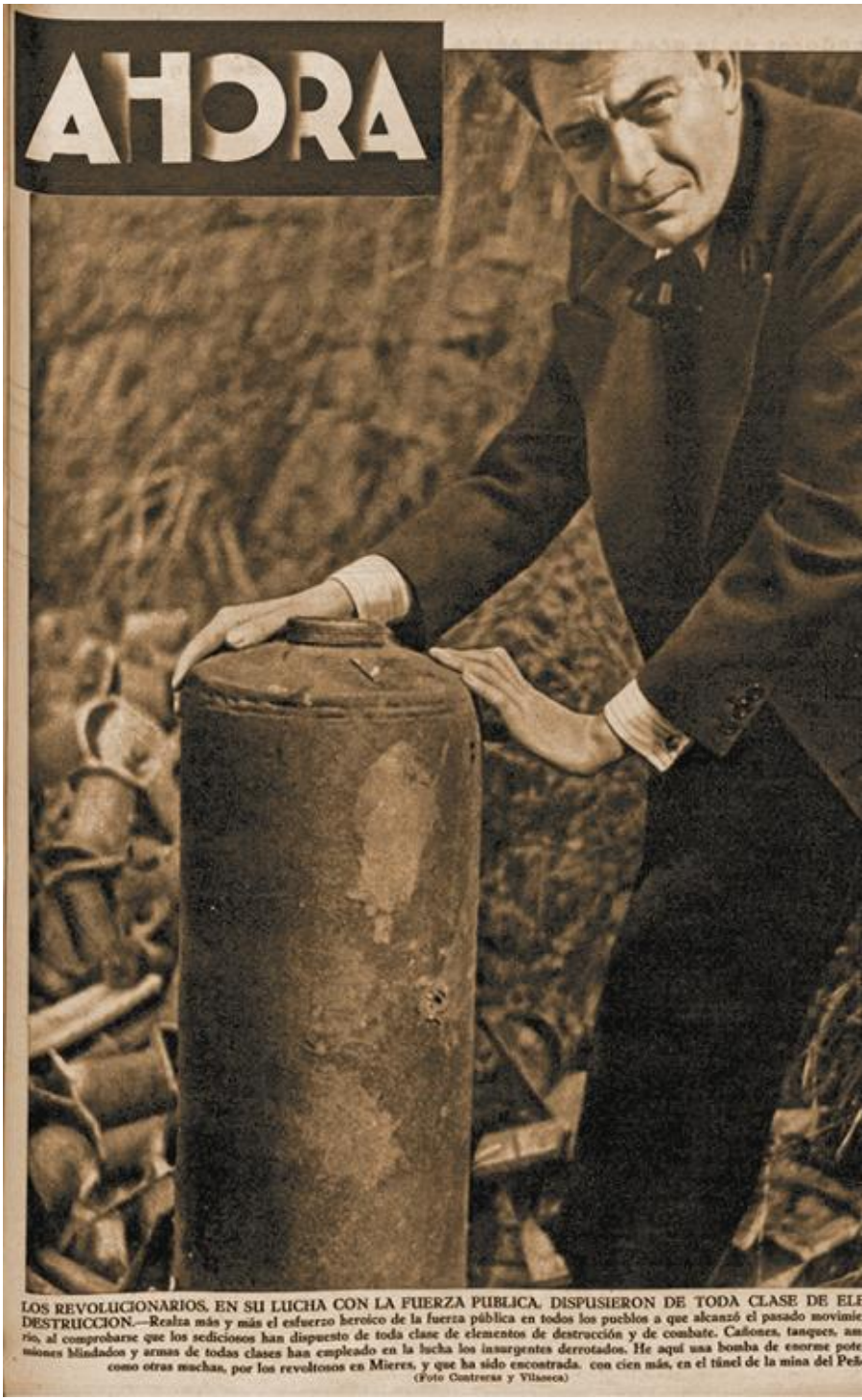
El Gobierno designó al general Francisco Franco para aplastar la rebelión. Entre los días 5 y 17 de octubre se produjeron duros

enfrentamientos. Unidades de la aviación y la marina apoyaron las operaciones de las tropas gubernamentales, reforzadas con unidades de la Legión y de mercenarios marroquíes. El socialista Ramón González Peña, director de la Alianza Obrera, viendo que no podían frenar la ofensiva, ordenó el repliegue de sus hombres hacia las montañas. El 18 de octubre el ejército recuperó el control de la región, con un balance de 300 muertos y numerosos heridos.

La rebelión de Asturias suscitó acaloradas discusiones. Fue impulsada por un potente movimiento obrero que dominó los centros neurálgicos de la región, pero al cabo de unos días tuvo que retroceder al carecer del apoyo militar indispensable. En lo sucesivo, la vía insurreccional estrictamente obrera no se produciría nunca más. Por lo demás, el Gobierno conservador aprovechó aquella circunstancia para golpear a los dirigentes progresistas con saña, incluso a algunos, como Azaña, que no habían apoyado la revuelta [80].

Después de que el ejército aplastara la insurrección minera, Chaves Nogales se desplazó a Asturias y durante un mes estuvo visitando los diferentes escenarios del conflicto. A través de seis crónicas publicadas en *Ahora*, describió los principales hitos de aquella «revolución utópica»: el éxito inicial de los rebeldes, la actuación violenta de los mineros en Oviedo, la inexistencia en los consejos obreros de planes de actuación definidos, la reacción de las fuerzas gubernamentales… El 2 de noviembre, *Ahora* publicó un editorial titulado «El Estado y la contrarrevolución» en el que planteó la necesidad de que el Gobierno actuara, tras lo acontecido, de forma ponderada y asumiera los deseos de la ciudadanía: Incurriríamos en una injusticia muy distante de nuestro ánimo, si acusáramos al Gobierno de falta de laboriosidad. La suma de horas que se vienen dedicando a reuniones de ministros, ordinarias y extraordinarias, en la Presidencia y en el Palacio Nacional acreditan un buen deseo que debemos agradecer. Pero tampoco seríamos voceros fieles de una realidad nacional si no hiciésemos constar que el país está muy lejos de creer que haya correlación entre el esfuerzo que se despliega y la utilidad que se recoge. De esa falta de sincronismo entre lo que seguramente cree el Gobierno y lo que piensa la nación sólo pueden recogerse males. Y el primero de ellos, el que a nosotros más nos preocupa, es que se está malbaratando la reacción ciudadana que se despertó el 6 y el 7 de octubre y que asistió con calor al Gobierno; y en el malbaratamiento se complica el desgaste de la fe que por esos días pusimos en nuestros destinos […]. Ya a

cumplirse un mes del estallido de los sucesos; sus lecciones y consecuencias se hallan al alcance de todos [...]. La Política, la Economía, la Hacienda, todo habrá de recibir el reflejo del ensayo revolucionario, porque al modo que en los seísmos físicos el arquitecto aprende, en los morales aprende el gobernante. Sólo así se hace la contrarrevolución: extirpando los gérmenes revolucionarios, que siempre son mucho más extensos e intensos que los que salen a la superficie. Esa labor es la que se echa de menos, y el ciudadano que salió con entusiasmo a gritar en calles y en plazas se va volviendo, cabizbajo, a su hogar, porque no se hace nada, y lo que debiera ser hijo de la voluntad se deja que lo engendre el acaso. Quisiéramos, en bien de España y de la República, que el Gobierno recapacitara sobre esto y sacudiera su marasmo. Sin histerismos, pero sin modorra. Desaprovechar la ocasión presente y no hacer cuanto hay que hacer es una grave responsabilidad [81].



Portada del diario *Ahora,* con uno de los reportajes de Chaves Nogales sobre la Revolución asturiana de 1934, en la que se ve al periodista sosteniendo una especie de proyectil: «Los revolucionarios, en su lucha con la fuerza pública, dispusieron toda clase elementos de

destrucción» (*Ahora,* 27/10/1934).

Pese a no haber apoyado la insurrección de Asturias, Manuel Azaña fue acusado por el fiscal general del delito de rebelión y fue encarcelado en el buque-prisión *Ciudad de Cádiz,* anclado en el puerto de Barcelona, donde permaneció recluido durante tres meses. Los medios de comunicación conservadores aprovecharon este hecho para lanzar una agresiva campaña de descalificación política y personal del dirigente republicano. Ante ello, un grupo de periodistas, escritores y artistas denunció a través de un manifiesto el atropello que se estaba cometiendo: Lo que contra el señor Azaña se hace quizá no tenga precedente en nuestra Historia, y si lo tiene, de fijo valdrá más no recordarlo. No se ejercita en su contra una oposición, sino una persecución. No se le critica, sino que se le denosta, se le calumnia y se le amenaza. No se aspira a vencerle, sino a aniquilarle. Para vejarle se han agotado todos los dicterios. Se le presenta como un enemigo de su patria, como el causante de todas sus desdichas, como un ser monstruoso e indigno de vivir. Y todos sabemos —incluso sus más apasionados detractores— que eso no es cierto; que el ideario y la conducta del señor Azaña son absolutamente opuestos a los sucesos luctuosos que recientemente han afligido al país; que ha seguido en el Poder y en la oposición una política de publicidad, honestidad y limpieza, y que constituye un valor moral y mental al que cualquiera puede negar la conformidad, pero nadie debe regatear el respeto [82].

Suscribieron el manifiesto Chaves Nogales, *Azorín*, Federico García Lorca, León Felipe, Américo Castro, Gregorio Marañón, Ignacio Bolívar, Juan Ramón Jiménez y Odón de Buen, entre otros. El Tribunal Supremo decretó la libertad de Azaña, sin cargos, pero el Gobierno de Lerroux continuó atacándole y presentó en las Cortes varias mociones en las que se le acusaba del delito de contrabando de armas. Este intento de desprestigio consiguió el resultado contrario, ya que el 25 de marzo de 1935, cuando se celebró el debate sobre las presuntas responsabilidades de Azaña, a la salida de las Cortes fue aclamado por miles de ciudadanos.

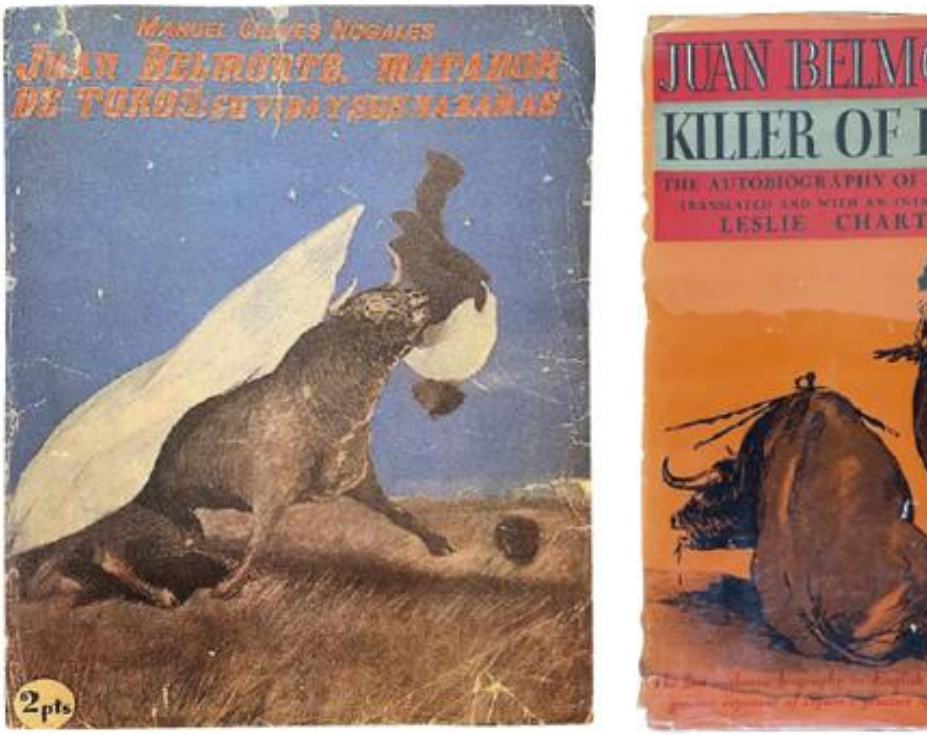
Los círculos gubernamentales sufrieron un cataclismo cuando estalló el escándalo del *straperlo,* que acabó con Lerroux y el Partido Radical. *Straperlo* era un neologismo formado por Strauss y Perl, empleado para designar la realización de negocios ilegales en el mercado negro. Familiares y amigos de Lerroux recibieron sumas de

dinero y relojes de oro de Strauss y Perl, inventores del juego de la ruleta de trece números, a cambio de licencias para explotar el juego. Al no conseguirlas, airearon el escándalo, que saltó a la opinión pública y provocó la dimisión de Lerroux y de los ministros afines. Cuando el Partido Radical se tambaleaba, otro escándalo, relacionado con el empleo de fondos públicos para hacer pagos irregulares a una empresa privada, lo derrumbó definitivamente. Gil-Robles aprovechó este desbarajuste para tratar de acceder a la presidencia del Gobierno, pero Alcalá-Zamora, temiendo las consecuencias que podrían derivarse, optó por nombrar un Gobierno presidido por el liberal conservador Manuel Portela Valladares, pero ante la beligerancia de Gil-Robles y el acuerdo de la Comisión Permanente de reunir inmediatamente las Cortes, le obligaron a adelantar el decreto de disolución presidencial y la convocatoria de nuevas elecciones generales. En aquella circunstancia crítica, Azaña y Prieto desarrollaron una intensa actividad para conseguir la convergencia de todas las organizaciones progresistas [83].

*

Abramos un breve paréntesis para detenernos en una obra singular dentro de la producción de Chaves Nogales. Entre el 29 de junio y el 14 de diciembre de 1935, el sevillano publicó, en el periódico *Ahora, Juan Belmonte, matador de toros; su vida y sus hazañas*. Se anunció como «biografía novelada», «novela de la realidad» y «novela vivida», y fue ilustrada con fotografías del torero y con imágenes de Andrés Martínez de León y Salvador Bartolozzi. Tras el éxito alcanzado, la editorial Estampa realizó una edición facsimilar. Juan Belmonte García (1892-1962) fue uno de los toreros más populares de su tiempo. Abanderó, junto a José Gómez, «Joselito», y Rodolfo Gaona, la edad de oro del toreo. La rivalidad entre Belmonte y Joselito dio una gran popularidad a las corridas de toros. Chaves Nogales conoció a Belmonte en las tertulias culturales madrileñas y, aunque no era aficionado a la tauromaquia, estableció con él una buena sintonía. En las conversaciones que mantuvieron advirtió que su vida, sus ideas y sus éxitos ofrecían buenos materiales para escribir unas «memorias» de forma novelada y atractiva. Para ello, le dio al torero la voz a fin de que fuera contando sus experiencias, desde su infancia sevillana hasta la etapa de madurez, en la que alcanzó un gran reconocimiento

público.



Cubierta original de *Juan Belmonte, matador de toros; su vida y sus hazañas* (Madrid, Estampa, 1935); y cubierta de la primera traducción al inglés: *Juan Belmonte, killer of Bulls* (Nueva York, The Book League of America, 1937).

Acerca de esta biografía novelada afirma Cintas: «El reportaje se alza como una obra plenamente literaria, poseedora de una estructura narrativa coherente, no como tratado taurino, ni siquiera sociológico o pintoresco. No es un retrato fiel de la realidad, aunque esta sea el punto de partida; sino que tiene los rasgos precisos para hacer de la narración una verdadera creación semántica» [84]. Y según Charo Ramos, esta obra es «una magistral biografía [que] presenta un Belmonte surgido del pueblo llano, que ha triunfado en la vida gracias al trabajo y la determinación. Un hombre inquieto, amigo de intelectuales, buen observador de cuanto le rodea, inteligente y que es ajeno a cualquier extremismo, así como al paradigma al uso del «toreador» [85].

Por lo demás, Felipe Benítez ha resaltado su cualidad de retrato

moral y la capacidad del autor para trascender el anecdotario: «Con este libro sobre Juan Belmonte, Chaves Nogales dio una lección de literatura y una lección de periodismo: el periodismo que logra ascender al ámbito de la gran literatura. Porque no estamos ante un libro curioso sino ante un libro prodigioso. Un libro que parte de unas anécdotas jugosas por sí mismas, desde luego, pero no olvidemos que el mérito literario de una anécdota no depende de la anécdota en sí, sino de cómo se cuente. Y Chaves Nogales supo contarnos la vida y las hazañas de Juan Belmonte, el *Pasmo de Triana*, aquel niño pobre que toreaba clandestinamente en pleno campo, desnudo, a la luz de la luna y de unos focos de acetileno que robó con su pandilla a un circo húngaro que estaba de paso por Sevilla. Aquel niño pobre que se convirtió en un torero glorioso y rico. Aquel torero glorioso y próspero que acabó pegándose un tiro en la sien, porque quién sabe lo que pasa por dentro de nadie cuando decide no ser nadie» [86].

Hay que destacar la emisión a través de la obra de un mensaje favorable a la cordura y la prudencia, especialmente a valorar en aquellos tiempos de intensa crispación y conflictividad. *Juan Belmonte, matador de toros; su vida y sus hazañas* fue durante la vida de Chaves Nogales y, posteriormente, cuando fue rescatada por Alianza Editorial en 1969, la obra más popular del escritor sevillano.

*

Homenaje a Chaves Nogales por la publicación de *Juan Belmonte, matador de toros; su vida y sus hazañas* (*Estampa,* 4/1/1936).

En las elecciones generales celebradas el 16 de febrero de 1936, la alianza de los partidos progresistas alcanzó la victoria: 263 escaños frente a 156 de la derecha y 54 del centro. La posibilidad de retomar y ampliar las reformas económicas, sociales e institucionales originó una gran expectación. Algunos grupos derechistas radicales intensificaron el proceso de desestabilización. Ante ello, Azaña realizó un gran esfuerzo para mantener la normalidad y pidió la unidad de todos para preservar el orden y respetar la legalidad [87]. En esta circunstancia crítica, el periódico *Ahora* se mantuvo al lado del Gobierno de la República. En varios editoriales defendió una línea de contención y mesura, de respeto a la voluntad popular expresada en las elecciones, de rechazo de la violencia y, en suma, de prevalencia de la legalidad. Pero quienes estaban preparando el sangriento golpe militar se

pusieron en marcha. Así, el 8 de marzo, se reunieron en Madrid los generales Mola, Franco, Fanjul, Orgaz, Villegas, Varela, Saliquet, Ponte, Del Barrio, Carrasco y García de la Herranz y tomaron la decisión de realizar un pronunciamiento.

A partir de entonces se desarrolló una escalada de violencia cuyos principales hitos fueron el atentado perpetrado contra Luis Jiménez de Asúa, catedrático universitario y «padre» de la Constitución, y el asesinato de Manuel Pedregal, magistrado de la Audiencia. Los enfrentamientos entre grupos políticos rivales se saldaron con numerosos muertos y heridos.

El general Mola dictó varias instrucciones reservadas para organizar el golpe. A su vez, dirigentes monárquicos y católicos interconectaron a los conspiradores y financiaron sus maniobras. El 12 de julio pistoleros carlistas asesinaron al teniente José del Castillo, oficial progresista de la Guardia de Asalto. Sus compañeros respondieron asesinando a José Calvo Sotelo, líder del Bloque Nacional. El Gobierno trató de restablecer el orden, pero los conspiradores consideraron el asesinato de Calvo Sotelo el indicador del comienzo del golpe. Así, el 18 de julio de 1936, Franco llegó a Tetuán y se puso al frente del ejército de Marruecos. Las noticias de los movimientos militares causaron una gran preocupación. La ciudadanía se echó a la calle para tratar de averiguar lo que sucedía, gestándose un ambiente conflictivo que desbordó la capacidad del Estado para controlar la situación [88]. Al cabo de unas semanas, el territorio nacional quedó partido en dos zonas: Madrid, Cataluña, País Vasco, Cantabria, Asturias, Castilla la Nueva, Valencia y Murcia permanecieron bajo el control de la República, mientras que Navarra, Álava, Castilla la Vieja (excepto Cantabria), León, Galicia, Aragón, Canarias y algunas áreas de Extremadura y Andalucía fueron ocupadas por los rebeldes.

El 21 de julio de 1936, es decir, pocos días después de estallar la contienda, las instalaciones, las maquinarias y los materiales de *Ahora* y del grupo empresarial Estampa pasaron a ser controladas por un Consejo Obrero integrado por trabajadores de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), la Unión General de Trabajadores (UGT) y la Federación Gráfica Española, tal como dio a conocer una nota publicada por el propio periódico. Chaves Nogales participó en este proceso en calidad de portavoz de los periodistas y fue ratificado como director de *Ahora*. En aquella compleja circunstancia, realizó un

notable esfuerzo para desarrollar el trabajo informativo y ganarse la confianza de los sindicatos. Algunos objetivos se consiguieron cumplidamente y el periódico alcanzó a finales de julio una tirada de 250.000 ejemplares, una de las mayores de aquel tiempo.

A principios de noviembre de 1936, las tropas rebeldes avanzaron hacia Madrid y ocuparon el Cerro de los Ángeles, Carabanchel y la Ciudad Universitaria. Ante el peligro que ello entrañaba, el Gobierno de la República, presidido por Francisco Largo Caballero, se trasladó a Valencia. La Junta de Defensa, dirigida por el general Miaja, asumió la defensa de la capital. Una larga columna militar transportó los archivos, los sistemas de comunicación y los equipos de los ministerios.

Asimismo, un amplio grupo de escritores, científicos y artistas, integrado por Antonio Machado, Pío del Río Hortega, Victorio Macho, Bartolomé Pérez Casas, Arturo Duperier, Antonio Madinaveitia, Enrique Moles, Justa Freire y José Solana, entre otros, acompañó al Gobierno a Valencia, ratificando su compromiso con la democracia. Este conjunto de intelectuales declaró su fidelidad a la República en un manifiesto: Jamás nosotros, académicos y catedráticos, poetas e investigadores, nos hemos sentido tan profundamente arraigados a la tierra de nuestra patria; jamás nos hemos sentido tan españoles como en el momento en el que los madrileños que defienden la libertad de España nos han obligado a salir de Madrid para que nuestra labor de investigación no se detenga y podamos continuarla lejos de los bombardeos que sufre la población civil de la capital de España; jamás nos hemos sentido tan españoles como cuando hemos visto que, para librar nuestro tesoro artístico y científico, los milicianos que exponen su vida por el bien de España se preocupan de salvar los libros de nuestras bibliotecas, los materiales de nuestros laboratorios de las bombas incendiarias que lanzan los aviones extranjeros sobre nuestros edificios de cultura. Queremos expresar esta satisfacción que nos honra como hombres, como científicos y como españoles ante el mundo entero, ante toda la Humanidad civilizada [89].

Cuatro cabeceras de *Ahora* en las que se muestran los cambios de dirección del diario. Hasta el 25 de julio de 1936, Chaves Nogales fue subdirector; a partir de esa fecha y hasta el 5 de agosto el diario quedó sin director. El 6 de agosto Chaves Nogales ya figuraba como director, cargo que dejó de ocupar el 14 de noviembre de 1936.

Entre tanto, la presión de las fuerzas franquistas, asentadas en los alrededores de Madrid, complicó el desenvolvimiento de la vida ciudadana. El alumbrado eléctrico fue suprimido, creciendo la inseguridad y el desorden. En la cuesta de San Vicente, donde estaban las instalaciones del periódico y la vivienda de la familia del periodista, se escuchaba el estruendo de los combates y, a veces, caían proyectiles. En aquella encrucijada, *Ahora* se convirtió en un periódico de resistencia y propaganda, como revelan los titulares de finales de 1936: «Resistir es vencer. En guardia» (11 de octubre), «¡Que no quede ni un solo hombre sin contribuir a la defensa de Madrid!» (20 de octubre), «Aurora roja» (7 de noviembre), «La moral de victoria» (8 de

noviembre) y «Siempre alerta» (13 de noviembre).

Tras la marcha del Gobierno de la República a Valencia, Chaves Nogales decidió abandonar España. Como veremos más adelante, pensaba que la guerra había truncado el proyecto democrático de la República, «que todo estaba perdido y ya no había nada que salvar» [90]. Además, dadas las ideas que había defendido, temía que pudiera sufrir un atentado de los extremistas de derecha e izquierda. Su nombre desapareció de la mancheta del periódico *Ahora* el 14 de noviembre [F Capítulo 5, «La guerra civil española»].

Poco después, llegó a Francia y comenzó su etapa de refugiado, de transterrado, lejos de su tierra y su gente. Ya no regresaría a España, algo que compartió con miles de compatriotas que defendieron la democracia. Chaves Nogales y su familia se instalaron en Montrouge, cerca de París. Poco después, Juan Arcadio, su hermano más allegado, coronel del ejército republicano, tras pasar por un campo de concentración, se fue a vivir con ellos. Una vez asentado en París, Chaves Nogales, como cualquier otro refugiado, tuvo que buscarse la vida. Para ello, se entrevistó con diplomáticos y profesionales de la comunicación a quienes manifestó su deseo de retomar la actividad periodística. Fruto de estas gestiones fue la aparición de *Sprint,* diario dirigido por Chaves Nogales, que comenzaría a difundir noticias de la actualidad española y europea, entrevistas y artículos de periodistas colaboradores. *Sprint* desarrolló su labor informativa hasta que se vio obligado el periodista sevillano a partir hacia Inglaterra, su segundo y definitivo exilio.

Gracias a los contactos que realizó durante aquellos días, conoció a Emery Révész, propietario de la agencia Cooperation Press Service, que tenía ilustres colaboradores como Albert Einstein, Thomas Mann, Bertrand Russell, Léon Blum y Salvador de Madariaga. Conocedor de su cualificación profesional, Révész le pidió que escribiera artículos sobre la actualidad española para publicarlos en medios de comunicación europeos y americanos. Como se verá más adelante, la relación de confianza que se estableció entre ellos resultaría decisiva en muchos aspectos.

*

En 1937 la editorial chilena Ercilla publicó *A sangre y fuego,* nueve relatos, a los que en ediciones actuales de la obra se sumarían otros

dos, que cuentan historias de la guerra española con una excelente escritura, un buen ritmo narrativo y, a veces, con dramatismo. La obra tiene como subtítulo *Héroes, bestias y mártires de España*. En ella Chaves Nogales denuncia las atrocidades llevadas a cabo por los extremistas de los bandos contendientes. La «Nota a la edición», del propio Chaves Nogales, resaltó la veracidad de las historias y los personajes: «Cada uno de sus episodios ha sido extraído fielmente de un hecho rigurosamente verídico…» [91]. Los títulos de los relatos son los siguientes: «¡Masacre, masacre!», «La gesta de los caballistas», «Y a lo lejos una lucecita», «La Columna de Hierro», «El tesoro de Briesca», «Los guerreros marroquíes», «¡Viva la muerte!», «Bigornia», «Consejo obrero», «El refugio» y «Hospital de sangre».

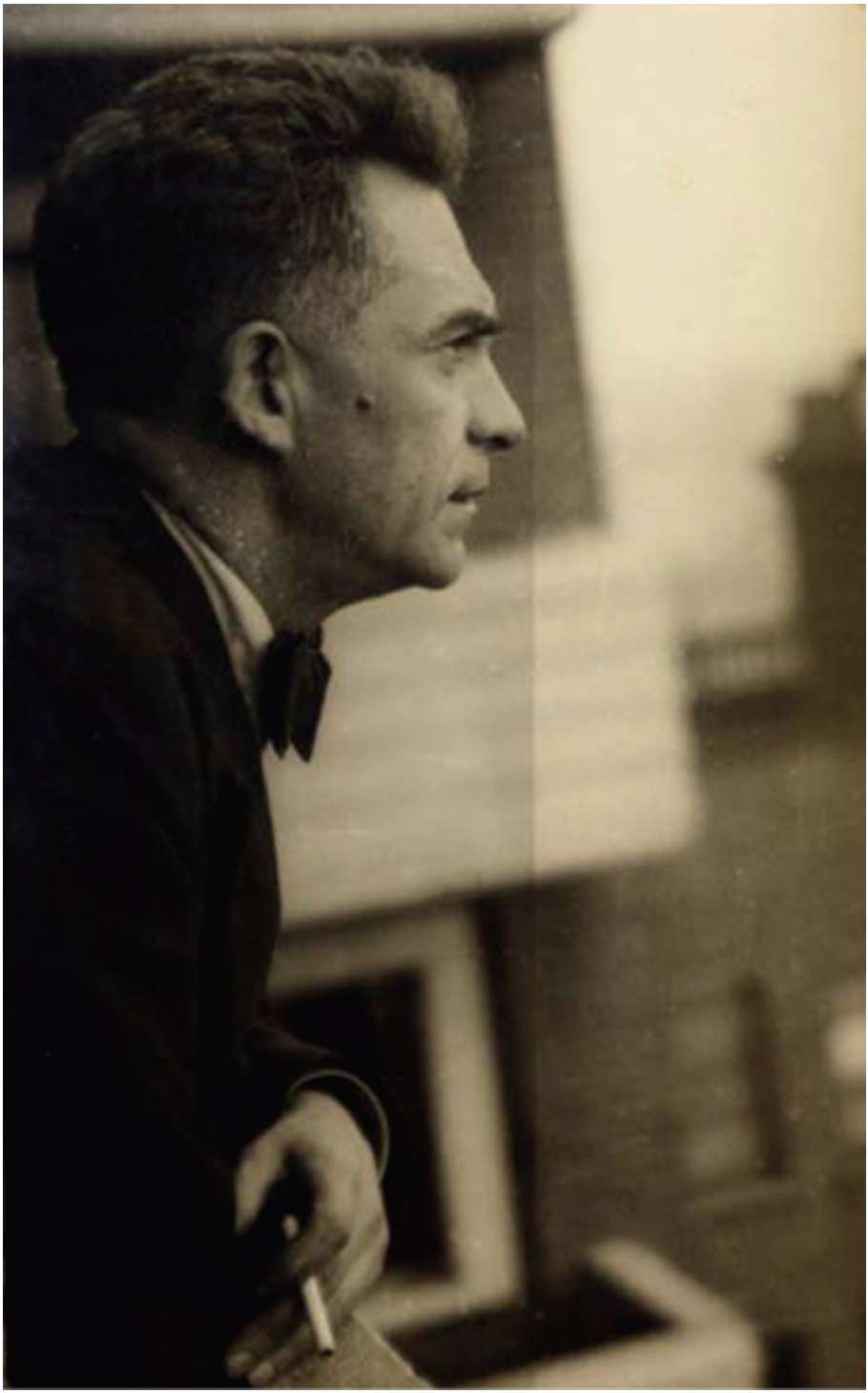
A sangre y fuego fue publicada por periódicos y revistas de Francia, Inglaterra, México, Chile, Canadá, Cuba, Nueva Zelanda y otros países, convirtiéndose, al cabo del tiempo, en la obra más leída de Chaves Nogales. La crítica la ha valorado de forma muy positiva. María Isabel Cintas destaca la veracidad y el interés de los relatos: «Chaves Nogales pintaba la guerra tal como era. No la hizo bonita, cortés o cómoda. Él decía la verdad, y como poseía el don de la escritura vivida y era un observador implacable, la verdad, tal como él la contaba, es inolvidable» [92]. Según Ignacio F. Garmendia, «[este] libro de Chaves Nogales, que en nuestro tiempo ha desplazado al *Belmonte* como la obra más difundida del autor, ha pasado en efecto a ocupar un lugar de primer orden en la historia de la literatura del periodo, en la medida en que consigna —desde el presente mismo de la Guerra Civil, no *a posteriori*— una mirada que denuncia los horrores de la contienda al margen del bando en el que se sitúen sus responsables, descorriendo el manto de silencio con el que tanto los leales a la República, que en muchos casos antepusieron a esa lealtad la defensa de sus ideas extremistas, como los sublevados y quienes los apoyaban, que sumarían a los crímenes del momento los derivados de una represión implacable, trataron de blanquear su participación en la tragedia española» [93]. Abundando en esta perspectiva, Ignacio Martínez de Pisón observa que, a diferencia de otros escritores que subordinaron el talento literario a la disciplina partidaria, Chaves Nogales optó por repartir las responsabilidades de los desmanes «entre los matarifes del franquismo y los de las organizaciones revolucionarias. Un propósito de índole moral, la búsqueda de la rectitud, ilumina todos y cada uno de estos magníficos cuentos» [94] [F Capítulo 5, «La guerra civil

española»].

Al mismo tiempo, Chaves Nogales comenzó a publicar artículos sobre el curso de la guerra española en periódicos franceses como *L'Europe nouvelle, La Dépêche du Midi, Marianne, Candide* y *L'Ordre*. Hay que resaltar, además, la colaboración que prestó en Radio París (RTF), así como en los periódicos y revistas latinoamericanos *La Nación* de Buenos Aires, *Bohemia* de Cuba*, Sucesos para todos* de México*, El Tiempo* de Colombia y los brasileños *Folha da Manhá* y *Jornal de Brasil*, que seguían con atención las informaciones del escenario prebélico europeo y de España.

Otro de sus grandes libros, *Los secretos de la defensa de Madrid,* está integrado por un conjunto de artículos escritos por Chaves Nogales en 1938, en los que analiza la labor desarrollada por la Junta de Defensa para repeler los ataques del ejército franquista a la capital en el curso de la guerra y cómo, al cabo de varios meses de enconada lucha, la línea del frente se estabilizó y careció de movimientos significativos. El general José Miaja es el héroe de la historia. Chaves Nogales destaca su inteligencia, su capacidad profesional y sus dotes psicológicas y valora la actuación que realizó para articular la cooperación entre las diferentes fuerzas republicanas, reorganizar el ejército encuadrando a las milicias populares, organizar la retaguardia y suprimir las acciones de los grupos incontrolados [95]. En los relatos aparecen referencias al coronel Vicente Rojo, Santiago Carrillo, Cipriano Mera, Buenaventura Durruti, Valentín González «el Campesino» y otros protagonistas de la defensa. Las vivencias de los madrileños son descritas con una gran variedad de registros: el frío de los meses de invierno, la dureza de los combates, la destrucción perpetrada, el heroísmo del pueblo, su voluntad de dignidad e independencia… Chaves Nogales calificó la guerra española como «una guerra estúpida», de hermanos contra hermanos, que estaba originando una dolorosa espiral de destrucción y muerte. Ignacio F. Garmendia ha destacado «el memorable retrato del general Miaja como arquetipo o encarnación de todos los valores humanos y políticos que admiraba el cronista. Aunque su estructura de narración continua difiere de la que conforman los relatos exentos de *A sangre y fuego,* uno y otro libro contienen a nuestro juicio e independientemente de la relación de ambos con la Guerra Civil, vista desde una perspectiva que ha quedado asociada para siempre al nombre de Chaves Nogales, la mejor muestra de su obra narrativa» [96]

[F Capítulo 5, «La guerra civil española»].



Chaves Nogales en su casa situada en el número 44 de la Place Jules Ferry de Montrouge,

municipio que lindaba con París (*ca.* 1937).

Al prolongarse la guerra española, en febrero de 1937 Alfredo Mendizábal y Juan Bautista Roca crearon en París el Comité Español por la Paz Civil, que contó con el apoyo de personalidades como Jacques Maritain, François Mauriac, Emmanuel Mounier, Francesc Vidal i Barraquer, Ramón Sugranyes, José Camiña, Niceto Alcalá-Zamora, Salvador de Madariaga y Chaves Nogales, entre otros. El Comité publicó un manifiesto en el que enunció las razones que aconsejaban impulsar una política a favor de la paz: Queremos la paz porque creemos que la inmensa mayoría de los españoles estaría de acuerdo en reconstruir a España sobre la base de ciertos principios fundamentales, como son: El respeto de la persona humana. La primacía de la ley. La repudiación de la violencia. La libertad de expresión dentro de la disciplina del que la ejerce. La participación de todos en la vida pública dentro de instituciones que recojan la cooperación de cada cual dándole la máxima utilidad posible. La neutralidad de España en los conflictos internacionales, al menos mientras rehace sus fuerzas para poder hacer oír su voz [97].

La caída de Cataluña aceleró el final de la guerra española. El 22 de enero de 1939 el Gobierno de Negrín ordenó la evacuación de Barcelona y el traslado a Figueras, donde se reunirían por última vez en territorio español las Cortes de la República. El 5 de febrero el presidente Manuel Azaña partió hacia el exilio. Muchos militares y civiles republicanos de todas las edades, regiones y condiciones sociales se encaminaron hacia la frontera francesa. Negrín reiteró su voluntad de resistir para tratar de conectar la guerra española con la inminente Segunda Guerra Mundial, pero los altos mandos militares republicanos le dijeron que la guerra estaba perdida y que la resistencia solamente elevaría el número de muertos. El 26 de marzo el ejército franquista ocupó Madrid sin encontrar resistencia. El 1 de abril Franco firmó el parte militar que declaró el fin de la guerra.

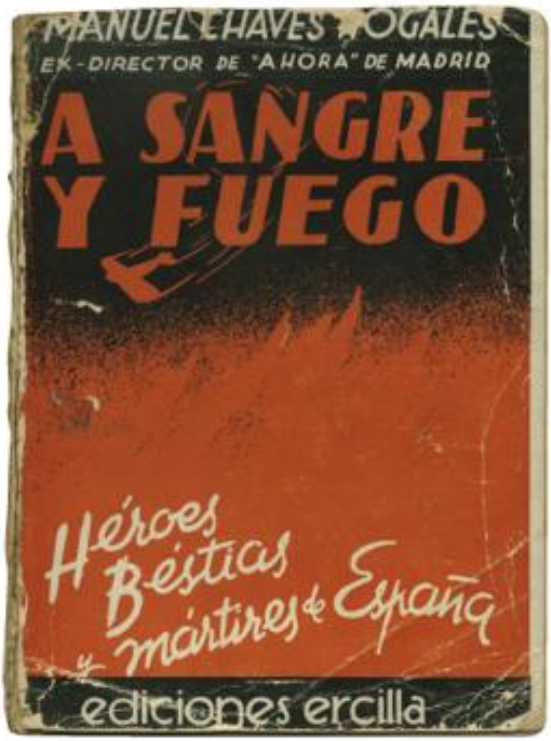
*

Unos meses después, el 1 de septiembre de 1939, el ejército de Alemania invadió Polonia y desencadenó la Segunda Guerra Mundial. Los dirigentes nazis llevaron a cabo una *blitzkrieg* [‘guerra relámpago’], que utilizó más de dos mil carros de combate, mil aviones y numerosas armas de artillería. Después de cruzar la frontera,

el ejército alemán avanzó hacia Varsovia sin que las fuerzas polacas pudieran detenerlo. El 3 de septiembre de 1939, Gran Bretaña y Francia dieron a Alemania un ultimátum exigiendo la retirada de sus tropas. Al no ser atendido, le declararon la guerra. El 28 de septiembre Polonia se rindió. A consecuencia de ello, Alemania se anexionó Dánzig y los territorios cedidos a Polonia en 1918; las regiones de Kattowitz y Olsa pasaron a formar parte de la provincia de Silesia y las de Sudauen y Zichenau a Prusia Oriental.

Una vez conseguido este objetivo, Hitler desplegó su política imperialista en el occidente europeo. Entre el 9 de abril y el 28 de mayo las fuerzas alemanas ocuparon Dinamarca, Noruega, Holanda y Bélgica. Tras ello, comenzó la llamada *batalla de Francia,* principal objetivo del Führer. Las divisiones Panzer del general Heinz Guderian, con el apoyo aéreo de la Luftwaffe, rompieron las líneas defensivas francesas por las zonas montañosas de las Ardenas. Unos días después, cruzaron Bélgica y Luxemburgo, tomaron la fortaleza de Sedán y se dirigieron hacia el canal de la Mancha, partiendo por la mitad a las fuerzas aliadas. El 14 de junio cayó París. El 22 de junio se firmó el armisticio entre Francia y Alemania, a consecuencia del cual Francia quedaba partida en dos zonas: la ocupada militarmente por los alemanes y la «libre», separadas por la línea Ginebra-Dôle-Tours-Mont de Marsan-frontera española.

El término «colaboración» apareció por primera vez en una declaración pública del mariscal Philippe Pétain tras un encuentro con Hitler, en Montoire, el 24 de octubre de 1940. «Colaboración» entrañaba la gestión de la burocracia administrativa francesa con el consentimiento de los ocupantes alemanes. Como ha resaltado Julián Casanova, se sumaron a la colaboración altos funcionarios, intelectuales, mandos militares, empresarios, terratenientes y «colaboradores de sentimientos», militantes fascistas, anticomunistas e inadaptados que no habían ejercido antes autoridad alguna [98]. Pétain, en su breve mandato, suprimió las libertades fundamentales, prohibió los partidos políticos, obligó a los jóvenes franceses a trabajar en las industrias alemanas para relanzar su economía de guerra y participó en el exterminio de los judíos [99] [F Capítulo 6, «La agonía de Francia»].



Cubiertas originales de *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España* (Santiago de Chile, Ercilla, 1937); y *La agonía de Francia* (Montevideo, Claudio García & Cía., 1941).

El estallido de la Segunda Guerra Mundial, aunque era esperado, causó un gran impacto en los exiliados españoles. En aquella situación crítica, Chaves Nogales se puso al servicio de la República Francesa y participó activamente en la defensa de la democracia y la denuncia de la barbarie fascista, publicando en numerosos periódicos galos y latinoamericanos crónicas que difundían las noticias y comentarios emitidos por los departamentos de información del Gobierno francés [100].

Las *Crónicas de la drôle de guerre* están integradas por treinta y seis artículos, publicados entre el 26 de septiembre de 1939 y el 28 de mayo de 1940, por el *Diario de la Marina* de Cuba, en los que Chaves Nogales dio cuenta de la vida cotidiana de los franceses durante el *impasse* que siguió a la declaración de guerra a la Alemania de Hitler. «París sólo mantiene la actividad cultural», «Preparados para recibir la acometida de los alemanes», «La falsa creencia de que no hay guerra se basa en que es diferente», «El Parlamento desenvuelve de modo

normal sus sesiones», «París celebrará las Navidades con el júbilo y el bullicio de siempre», «Decretos para reducir el consumo y aumentar la producción» y «El espeluznante cuadro de los refugiados» son algunos de los titulares de las crónicas.

El ensayo *La agonía de Francia,* publicado en 1941, constituye una de las mejores obras de Chaves Nogales. En primera persona, reflexiona sobre la profunda crisis ideológica, política y moral de Francia, baluarte de la cultura democrática europea, que se rindió al nazismo sin oponer resistencia. Este deterioro, a su juicio, provenía del periodo de entreguerras, cuando la crisis económica, los conflictos políticos y la violencia causaron un daño enorme a la democracia parlamentaria, el mejor sistema político que existía entonces. A este propósito afirma Ignacio F. Garmendia: «Se trata, a nuestro juicio, del *opus magnum* de Chaves y de una de las más impresionantes reivindicaciones de "la paz, la libertad, la democracia" —como dice el famoso final: "En el mundo no hay más"— en la Europa del siglo XX» [101]. Por lo demás, según Fernando Castillo, dentro de la amplia bibliografía disponible, que va de André Maurois a W. Somerset Maugham, *La agonía de Francia* es el «verdadero libro de la *défaite,* de la Francia de las postrimerías de la Tercera República» [102] [F Capítulo 6, «La agonía de Francia»].

Cuando el ejército alemán inició la ocupación de Francia, el 10 de mayo de 1940, Chaves Nogales decidió abandonar el país. Su compromiso democrático le había convertido en un objetivo de la Gestapo, policía secreta dirigida por Reinhard Heydrich, que realizaba una siniestra actuación represiva. La formación del Gobierno colaboracionista de Pétain y el derrumbamiento del Estado francés le llevaron a temer que podía ser entregado a los nazis. Con la ayuda de algunos periodistas amigos, participó en la marcha multitudinaria hacia Burdeos, que transcurrió con «esa morosidad y esa confusión terrible de los grandes éxodos» [103]. En este viaje Chaves Nogales observó con gran tristeza el hundimiento de la civilización francesa que tanto admiraba [104]. Antes de partir, se despidió de Ana y de sus hijos y les pidió que partieran hacia Andalucía cuando fuera posible. Burdeos vivía aquellos días una situación excepcional, ya que había multiplicado su población con refugiados llegados de todas partes. El 18 de junio de 1940, Chaves Nogales consiguió embarcarse en el navío militar *Madura,* que partió, completamente abarrotado, con destino a Falmouth, puerto de la costa sur de Cornualles (Inglaterra). Entre los

pasajeros se encontraban amigos y compañeros como Révész, Maynard, Cain, Pertinax, Giraud y Tabouis. Francia, reconoció con gran pesar, era la «segunda patria» que perdía, pero «la catástrofe de Francia, como la de España, no era la derrota definitiva […]. El mar abierto nos mostraba sus rutas innumerables. Aún hay patrias en la tierra para los hombres libres» [105].

Tras la llegada, Chaves Nogales se desplazó a Londres y se instaló en la zona de Bloomsbury Square, concretamente en el número 181 de Russell Court. En el piso de arriba vivían sus amigos Cora Blith y Luis Gabriel Portillo. Según el testimonio de Cora, Chaves Nogales estaba siempre muy ocupado y ni siquiera se refugiaba en el sótano cuando se producían los bombardeos, porque decía que el bloque era sólido y que, si caía alguna bomba, saldría ileso.

Gracias a su reputación profesional y al apoyo prestado por el Gobierno británico continuó desarrollando su actividad periodística. En aquella circunstancia crítica, estaba dispuesto a defender con toda su energía la causa de la democracia, única manera de lograr el final de la dictadura de Franco.

Mientras tanto, Ana y sus hijos, después de esquivar las visitas de la policía, partieron hacia España en un tren lleno de refugiados, con un salvoconducto emitido por la embajada. En Irún nació Juncal, «la hija que no me fue presentada», comentó Manuel con triste ironía. Unos días después, partieron hacia Sevilla. Allí les esperaba José Chaves Nogales, hermano del periodista, que alquiló una casa en El Ronquillo, pueblo situado en la sierra norte, en la carretera de Extremadura, con cuyo alcalde había acordado que dejaran vivir a la familia con una discreta vigilancia, que al cabo del tiempo iría desapareciendo. Allí transcurrió la vida de Ana, Pilar, Josefina, Pablo y Juncal, con la ayuda de José y de Manuel, que encontró la manera de enviarles dinero desde Londres, a través de un contacto que estableció en Canarias, para que pudieran superar las adversidades deparadas por aquellos años de hambre, represión y silencio.

El 1 de abril de 1939, como se ha indicado, finalizó en España la guerra, pero no comenzó la paz. 450.000 combatientes, militantes y civiles republicanos partieron hacia el exilio, originándose un éxodo sin precedentes. Entre ellos había personalidades como el poeta Antonio Machado, el científico Ignacio Bolívar, el escritor Max Aub, la filósofa María Zambrano, el historiador Américo Castro, la dramaturga María Lejárraga, el periodista Arturo Barea y el músico Roberto

Gerhard. Su marcha representó una gran pérdida para la cultura y la sociedad españolas. El mayor anhelo de los exiliados fue siempre la restauración de la democracia en España. Durante los primeros años, la posibilidad de regresar parecía viable, pero la combinación de la Guerra Fría, la división de los grupos republicanos y la *real politik* desarrollada por las potencias occidentales favorecieron la continuidad de la dictadura de Franco, sobre todo tras los acuerdos suscritos en 1953 con Estados Unidos y el Vaticano [106]. La lucha contra la dictadura se desplazó de forma gradual hacia el interior. Desde las cárceles, los campos de concentración y los batallones de trabajos forzados, hombres y mujeres, jugándose la vida, consiguieron conectar con antiguos militantes y se organizaron a través de gremios, colectivos y barrios. Un modelo de acción que, en algunas zonas montañosas, convivió con la guerrilla y que desplegó su lucha, amenazado por la represión, la violencia y la muerte [107].

Los responsables del Ministerio de Información británico contactaron con Chaves Nogales y le plantearon la posibilidad de colaborar profesionalmente. A consecuencia de ello, en septiembre de 1941, Deric Pearson, propietario de la *Atlantic Pacific Press Agency* (APPA), le ofreció la dirección de la agencia. Así, el periodista retomó su actividad habitual y restableció la red informativa latinoamericana con la que venía trabajando, integrada por los periódicos y revistas *La Nación* de Argentina, *El Mercurio* de Chile, *Excelsior* de México, *Última Hora* de Perú, *El Tiempo* de Colombia, *Bohemia* de Cuba, *El País* de Paraguay, *La Esfera* de Venezuela y *O Globo* de Brasil. Según declaraba el informe promocional, la red se proponía suministrar una buena información sobre la actualidad europea, sin las limitaciones impuestas por la propaganda de los Gobiernos contendientes [108]. La APPA ofertó artículos de actualidad, artículos de opinión y temas singulares elaborados por enviados especiales. Aunque Chaves Nogales nunca descuidó la prioridad informativa, en aquella circunstancia bélica las crónicas y los artículos defendieron el régimen democrático y presentaron a Inglaterra como el bastión del mundo libre [109]. Chaves Nogales incorporó a la agencia a periodistas, escritores y traductores residentes en Inglaterra de contrastada experiencia. Gracias al buen trabajo realizado, en 1943 la APPA pasó a denominarse Agencia Manuel Chaves Nogales.

Chaves Nogales, junto a un colaborador, dirigiendo la Atlantic-Pacific Press Agency (APPA) (*ca.* 1942).

Si el periodista sevillano siempre había prestado una gran atención a las políticas desarrolladas por las potencias europeas respecto a la guerra de España, en la etapa de exilio en Londres observó la posición adoptada por Inglaterra, que había condicionado la de Francia. Winston Churchill, dirigente del Partido Conservador, diputado y primer ministro entre el 10 de mayo de 1940 y el 27 de julio de 1945, esto es, durante casi toda la Segunda Guerra Mundial, había abordado la guerra española y el régimen de Franco en seis discursos parlamentarios, diez artículos periodísticos y decenas de cartas y notas personales dirigidas a ministros, diputados, diplomáticos y periodistas, en los que planteó el interrogante *«¿Quo vadis, Hispania?»*. Básicamente, Churchill mantuvo la política de No-Intervención de Chamberlain y del Partido Conservador británico. Tal como ha

señalado Enrique Moradiellos, siguió con atención entre 1936 y 1939 el curso de la guerra de España, a la que solía calificar como la «úlcera española». A su juicio, la «subversión comunista» había modificado el rumbo de la República española. Por ello, la victoria militar del general Franco podía ser considerada «un mal menor», que podría ser reconducido con la adopción de una política de «zanahoria y palo», esto es, con la concesión de ayudas económicas para la reconstrucción de España tras la guerra o con el bloqueo por la marina británica de los intereses españoles [110]. En suma, la política de Chamberlain, secundada por Churchill, causó un grave daño a la República española, condicionó la evolución de la guerra y desatendió la petición de mediación internacional que hicieron Azaña, Besteiro, Chaves Nogales y otros demócratas españoles.

Cuando el periodista sentía nostalgia y desasosiego en aquel tiempo de guerra y exilio, procuraba aliviarlos haciendo tertulias en su casa con Luis Portillo, Esteban Salazar, Álvarez Buylla, Antonio Soto y otros amigos. Todos ellos se alineaban con alguno de los grupos republicanos que operaban en la capital inglesa. A finales de 1942, Acción Republicana Española organizó en Londres un ciclo de conferencias. Chaves Nogales disertó sobre la «Función de la prensa en las democracias», asunto que siempre había conformado su trabajo. Su compromiso con el exilio republicano le llevó a compartir otras iniciativas. Así, en noviembre de 1943, las oficinas de su agencia se convirtieron en la sede de la comisión promotora de un homenaje al pueblo de México. El *Manifiesto*, dirigido al presidente Manuel Ávila Camacho, escrito por el propio Chaves Nogales, expresaba la gratitud de los exiliados españoles en Gran Bretaña por la ayuda prestada por el Gobierno de México a la República española, por la acogida fraternal a los exilados españoles y el firme soporte concedido para reconquistar la democracia [111].

Como se ha indicado, en 1943 Chaves Nogales creó su propia agencia, con el apoyo económico del político laborista Thomas Blázquez McEwen, nacido en Edimburgo, cuyo padre era murciano. Las instalaciones de la agencia se encontraban en el número 54 de Fleet Street. Durante esta etapa, Chaves Nogales prestó una gran atención a la gestión de la agencia, revitalizó la red de difusión latinoamericana y prosiguió su colaboración personal con diversos medios europeos y americanos. Uno de ellos fue la British Broadcasting Corporation (BBC), cadena de radiodifusión del Gobierno

británico, que tenía un amplio auditorio en los países europeos y americanos. Entre 1942 y 1943 Chaves Nogales realizó programas radiofónicos en los que abordó temáticas de actualidad, asuntos de interés histórico, conmemoraciones nacionales y entrevistas a personalidades.

Durante los últimos años de su vida, Chaves Nogales echó en falta la cercanía y el cariño de Ana y sus hijos, que residían en España, como desvelan las cartas que les escribía: Llegará un día en que estemos todos juntos y vivamos contentos sin separarnos nunca más […]. Lo único que quiero es que tengáis paciencia y confianza en mí. Soy el mismo de siempre, pero cada día os quiero más y cada día puedo vivir menos sin vosotros [112].

En otras ocasiones, Manuel no ocultó el profundo desosiego que le embargaba:

Chaves Nogales contemplando los destrozos de los bombardeos de Londres junto a un amigo (*ca.* 1940).

> No sé vivir sin vosotros. Me siento más viejo y cansado que nunca. Únicamente me consuela imaginar que vivís con tranquilidad y sin grandes privaciones. Mi vida es un infierno frío, triste; si soporto esto con entereza habrá pasado la peor prueba de mi vida. Siempre tengo fe y confianza en ti y en mí. Es lo que me sostiene [113].

*

La Segunda Guerra Mundial prosiguió su ruta implacable de lucha, destrucción y muerte. En julio de 1940, Hitler dio la orden de iniciar la llamada *batalla de Inglaterra*, en la que la Luftwaffe y la Real Fuerza Aérea británica (RAF) combatieron en el cielo británico y el canal de la Mancha. Alemania pretendía imponer la superioridad aérea necesaria para facilitar la posterior invasión de Gran Bretaña. La batalla de Inglaterra, como ha señalado Bernard Wasserstein, enfrentó a las fuerzas aéreas más avanzadas de la época: los aviones de caza británicos frente a las escuadras de bombarderos alemanes junto con sus escoltas de caza [114]. La repercusión de factores logísticos y tecnológicos decantaron el curso de la contienda aérea a favor de los aliados. La *blitzkrieg* de la Luftwaffe fue muy intensa hasta mayo de 1941, pero después se fue aminorando. Los principales objetivos atacados fueron los centros industriales, los puertos y las ciudades de Londres, Birmingham, Sheffield, Bristol, Liverpool, Southampton y Coventry, que sufrieron los efectos destructivos de los bombardeos. Las fuerzas aéreas aliadas, con la creciente ayuda de Estados Unidos, llevaron a cabo un intenso proceso de construcción de aviones, que finalmente les permitió alcanzar una superioridad militar decisiva. En suma, la batalla de Inglaterra fue la primera derrota que sufrió la Alemania de Hitler en la guerra. A partir de entonces comenzaron los ataques aéreos aliados a Colonia, Dresde y otras ciudades alemanas que facilitaron el avance de la infantería y la artillería y decantaron el curso de la contienda.

En sus crónicas, Chaves Nogales comentó diversos aspectos de la batalla de Inglaterra. El 4 de octubre de 1941 publicó en *El Tiempo* de Bogotá la crónica «La fe en la victoria», en la que daba cuenta de la firme convicción que tenía el pueblo británico de que iba a ganar la guerra. A su juicio, la ciudad de Londres había desempeñado un papel crucial en la resistencia a los ataques aéreos alemanes: «La guerra hubo un momento en que se ganaba o se perdía en las callejuelas de la City convertidas en trinchera humeantes de primera línea» [115].

Por otra parte, entre el 11 y el 16 de agosto de 1942, Chaves

Nogales se desplazó a Belfast (Irlanda del Norte) para visitar al ejército de Estados Unidos, que se estaba preparando para entrar en combate. Sus impresiones fueron plasmadas en cuatro reportajes titulados «Con el ejército yanqui en Irlanda», publicados en *El Tiempo* de Bogotá, en los que declaró que en la guerra se estaban enfrentando dos concepciones antagónicas: la libertad y la democracia, que defendía el ejército norteamericano, y la opresión y el desprecio a la vida, que imponía el ejército de Hitler. A su juicio, la excelente instrucción militar y la superioridad de armamento y recursos del ejército norteamericano permitirían dar un vuelco a la situación bélica y lograr la victoria [F Capítulo 7, «La batalla de Inglaterra»].

Chaves Nogales entre soldados del ejército de Estados Unidos, que se estaba preparando para entrar en combate (Belfast, agosto de 1942).

A principios de 1944 Chaves Nogales comenzó a tener problemas de salud que mermaron sus condiciones de vida. Viajó, acompañado por Frances Kaye, periodista, traductora y secretaria personal, a un pueblo costero de Gales para tratar de mejorar, pero no lo consiguió, agravándose sus problemas intestinales. En una carta que Kaye escribió a De Madariaga, el 28 de abril, le comunicó que Manuel estaba muy enfermo. Al empeorar los problemas de salud, el 8 de mayo fue intervenido quirúrgicamente en el Hospital Metropolitan Borough de Chelsea, Londres. En el curso de la operación, Manuel Chaves Nogales falleció de forma repentina. Según el certificado de defunción, la muerte fue ocasionada por una dilatación aguda del estómago, una peritonitis, una yeyunostomía y un sarcoma. No había cumplido todavía los cuarenta y siete años. Tres días después, fue enterrado en el North Sheen Cemetery de Richmond, cerca de Londres, en el espacio CR19, sin una lápida que indicara su identidad personal, como sucedió con tantos exiliados que murieron lejos de su tierra. Esta situación se mantiene en la actualidad por decisión de su familia. La bandera republicana española cubría su féretro. Le despidieron amigos, periodistas y exiliados como Luis Portillo, Antonio Soto, Esteban Salazar, Frances Kaye, Álvarez Buylla, Thomas Blázquez McEwen, Llovet, Duperier y Sala, así como diplomáticos de México, Colombia, Brasil, Chile, Cuba y la República Dominicana. José Chaves Nogales, su hermano, conoció la triste noticia a través de la BBC y del periódico *España* de Tánger. Tras verificar la información con Antonio Soto, informó a Ana y a sus hijos.

Las necrológicas, las semblanzas y los recuerdos de sus amigos íntimos no tardaron en aparecer en la prensa de la época. Aquí rescatamos tres de las emotivas despedidas, que valoran y ensalzan su figura, escritas en aquellas fechas.

Antonio Soto, unos de sus mejores amigos, comentó apesadumbrado:

> Chaves Nogales ha muerto. Yo, que he pasado tantos momentos malos en mi vida, puedo asegurar que este es uno de los más amargos […]. Al caer Chaves Nogales dejó de existir uno de los españoles más auténticos que he conocido. Era español en todo, hasta en sus defectos, esos santos defectos españoles que son también nuestras virtudes y que nos hicieron lograr en el mundo tan grandes empresas. El ímpetu irrefrenable, la voluntad sin límites, la fe en los ideales que nosotros, los españoles, defendemos hasta la muerte con las uñas, con los dientes, como fieras […]. Ha muerto el gran periodista, porque Chaves Nogales no fue en toda su vida ni más ni menos que eso, un periodista […]. No hace más de cuatro días, presintiendo su muerte, me decía: «Es horrible, llevo ocho años esperando

ver cómo vencen al fascismo y me voy a morir precisamente en el momento en que los aliados van a invadir Europa liberándola de sus opresores». Y así ha sido, así cayó el periodista Manuel Chaves Nogales, como un luchador de la libertad al que sólo la muerte podía vencer [116].

[*Arriba*] Entierro de Chaves Nogales el 11 de mayo de 1944 (North Sheen Cemetery de Richmond, cerca de Londres). [*Abajo*] Los restos mortales de Chaves Nogales descansan en el espacio CR19, sin una lápida que indique su identidad personal, como sucedió con tantos

Salvador de Madariaga, diplomático, escritor y ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y de Justicia de la Segunda República, escribió: Muerto Manuel Chaves Nogales joven todavía pierde España y el mundo hispánico un periodista de primera fila y un organizador de primer orden […]. Su gran obra, el diario de Madrid *Ahora*, se la echó abajo la Guerra Civil. Era *Ahora* un diario ilustrado de excelente presentación técnica. Chaves tuvo la idea de hacerlo tan indispensable al español pensante como al español que sólo compra papeles «para ver las estampas»; y en pocos meses hizo de *Ahora* el primer periódico de Madrid. Derribado por la Guerra Civil no se dio por vencido; y en París primero, en Londres después, supo crear órganos de opinión, operando en un vasto ambiente que, aun vedada España, le queda en el mundo a la lengua española. En esta labor emprendedora le ha sorprendido la muerte, lejos de su suelo natal y de su familia [117].

El periodista José Vicente Quiles, antiguo compañero de redacción, se despidió con estas sentidas palabras: Manuel Chaves fue uno de los más geniales periodistas que dio España en este siglo. Hombre de extraordinaria cultura, de inteligencia privilegiada, con una capacidad de trabajo asombrosa y una pluma que sabía taladrar hasta lo más hondo de la sensibilidad popular, conquistó Madrid, después de haber dejado en *El Liberal* de Sevilla, su tierra natal, pruebas inequívocas de su rancia solera de escritor pulcro y castizo […]. Manolo Chaves Nogales, periodista ilustre, compañero inolvidable, demócrata sin tacha, ha muerto entre nieblas heladas junto a un río martirizado por la guerra, rota la sensibilidad, desesperado su espíritu, dándose cuenta que no volvería a ver jamás el firmamento maravillosamente azul de Sevilla, ni el trazo mudéjar de su gitanísima Giralda […]. En el recuerdo del llorado maestro quede la siempreviva de nuestro cariño… [118].

El 16 de mayo, cuando apenas habían transcurrido ocho días de su muerte, el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, instancia judicial creada en 1940 por la dictadura de Franco, condenó a Chaves Nogales a la pena de doce años de reclusión menor y de inhabilitación absoluta en el desempeño de cargos públicos y de entidades privadas, y emitía la orden de proceder a su búsqueda, captura y encarcelamiento. La prioridad absoluta de Franco

era la destrucción de los adversarios. Esta resolución contra Chaves Nogales, cuando ya había fallecido, tenía la finalidad de empañar su trayectoria personal y ocultar su obra periodística y literaria, pero no lo conseguiría.

*

Cerramos esta breve semblanza biográfica con una reflexión final. Manuel Chaves Nogales es uno de los mejores periodistas de la Edad de Plata de la cultura española. Publicó artículos en los principales periódicos y revistas europeos y americanos y convirtió *Ahora* en el periódico más importante de la Segunda República. Sus obras *La agonía de Francia, A sangre y fuego* y *El maestro Juan Martínez que estaba allí* aúnan el interés de la actualidad y la belleza literaria. Sus crónicas sobre la Revolución soviética, la Alemania de Hitler, la rendición de Francia, la Segunda República española, la guerra civil española, la Segunda Guerra Mundial y el exilio republicano español, como veremos en los próximos capítulos, ofrecen unos testimonios lúcidos que hacen reflexionar a los lectores sobre la enconada lucha entre la barbarie y la civilización que se estaba produciendo y reivindican «la paz, la libertad y la democracia». En palabras de Charo Ramos, «su independencia de criterio, su intuición periodística y su maestría literaria lo equiparan a los grandes autores europeos que frecuentaron las rotativas entre las dos guerras mundiales, como Joseph Roth y George Orwell» [119]. El sectarismo político y el conservadurismo académico ocultaron durante varias décadas a Chaves Nogales con una pesada losa de olvido, pero el trabajo realizado desde los años noventa por investigadores, escritores y editores lo han situado en el lugar destacado en la cultura española que le corresponde.

En los capítulos siguientes vamos a analizar los testimonios y los posicionamientos, así como también las esperanzas y los deseos que Chaves Nogales volcó en sus crónicas, sus ensayos y sus relatos. Nuestra intención es ofrecer una visión del periodista sevillano, inserta en las grandes coordenadas históricas de su tiempo, que nos permita apreciar la relación dinámica existente entre su vida, su época y su obra.

1 . Cintas, M. I. (2021): *Manuel Chaves Nogales. Andar y contar, I,* Almería, Confluencias, pág. 45.

2. Cintas, M. I. (2020): «Un niño en una calle de Sevilla», en Ramos, Ch. (edit.) (2020): *Chaves Nogales. Cuadernos y lugares,* Catálogo, Sevilla, Junta de Andalucía, págs. 75-76.

3. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 52.

4. Vid. Costa, J. (1969 [1901]): *Oligarquía y caciquismo, como la forma actual de gobierno de España,* Madrid, Alianza Editorial, págs. 28-30.

5. Pérez Galdós. B: (1903): «Soñemos, alma, soñemos», en *Alma Española*, año I, n.º 1, 8/11/1903, págs. 1 y 2, respectivamente.

6. Vid. Cánovas, F. (2021): *Santiago Ramón y Cajal. Maestro, científico y humanista*, Madrid, Alianza Editorial, pág. 222.

7. *Ibid.,* pág. 223.

8. Los datos aportados han sido extraídos de las siguientes obras: Azagra, J. y Chorén, P. (2007): «Actividad y territorio: un siglo de cambios», en *La localización de la población española sobre el territorio: un siglo de cambios,* Cuadernos Fundación BBVA; Azagra, J. y Chorén, P. (2007): «La población de Sevilla», en *La localización de la población española sobre el territorio: un siglo de cambios,* Cuadernos Fundación BBVA; Asimismo, vid.: VV. AA. (2016): «Atlas de historia económica de Andalucía. Siglos XIX y XX», Junta de Andalucía, edición digital.

9. Cit. en Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 76.

10. Chaves Nogales, M. (2020 [1920]): «Desde Sevilla. La gestación del más grave conflicto», *El Sol*, 27/6/1920; en Chaves Nogales, M. (2020): *Obra completa, vol. I,* Barcelona, Libros del Asteroide, pág. 240 [en adelante, la referencia a esta edición en cinco volúmenes se abrevia como *M. Ch. N: O. C.,* seguida del volumen].

11. Chaves Nogales, M. (2020 [1926]): «Sevilla desde dentro y desde fuera», en *Mediodía*, n.º 1, junio/1926; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* pág. 657.

12 . Muñoz Molina, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* págs. XVIII-XIX.

13 . Cit. en Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 73.

14. Casanova, J. y Gil, C. (2009): *La España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, pág. 31.

15. Cabrera, M. (1985): «El conservadurismo maurista en la Restauración. Los límites de la "revolución desde arriba"», en J. L. García Delgado (ed.), *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, Madrid, Siglo XXI, págs. 55-56.

16. Cit. en Casanova, J. y Gil, C. (2009): *op. cit.,* pág. 45.

17. *Ibid.,* pág. 32.

18. Ramos, Ch. (2020): «Chaves Nogales y la causa de la libertad», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* pág. 19.

19. Chaves Nogales, M. (1925): «El gesto del día. Conceptos del periodismo», en *Heraldo de Madrid*, 19/5/1925; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* págs. 566-567.

20. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* págs. 81-82.

21. Cit. en Garmendia, I. F. (2020): [nota de editor en] *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* nota 6, pág. 105.

22. Reseña firmada por A. E, en la «Sección de Libros y Revistas» de la *Revista España,* n.º 314, Madrid, 1/04/1921, pág. 17.

23. Cit. en Garmendia, I. F. (2020): «Nota a la edición», en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* pág. XXXVIII.

24. Díaz, E. (2012): «El incómodo habitante de la ciudad», en Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012), *Chaves Nogales*, Sevilla, La Isla de Siltolá, págs. 22-23.

25. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 84.

26. Vid. Maure Rubio, M. Á. (2011): «Arturo Soria y Mata», *Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia,* edición digital.

27. Chaves Nogales, M. (2020 [1928]): «No es solo el sol y el aire libre. La supremacía espiritual de los que se echan fuera», en *La Ciudad Lineal,* 10/12/1928; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* pág. 586.

28. Cit. en Casanova, J. y Gil, C. (2009): *op. cit.,* pág. 89.

29. *Id.*

30. Unamuno, M. de (1994): *Artículos en «La Nación» de Buenos Aires, 1919-1924,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pág. 168.

31. Casanova, J. y Gil, C. (2009): *op. cit.,* pág. 86.

32. Mainer, J.-C. (2020): «Su obra maestra, *A sangre y fuego.* Entrevista a José-Carlos Mainer», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* pág. 185.

33. Vid. Rueda Laffond, J. C. (2001): «La industrialización de la imprenta», en *Historia de la edición en España, 1836-1936,* Jesús A. Martínez (dir.), Madrid, Marcial Pons Historia, págs. 223 y ss.

34. Garmendia, I. F. (2020): «Nota a la edición», en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* pág. XLII.

35. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 120.

36. Chaves Nogales, M. (2020 [1924]): «Los eternos fraudes editoriales», en *Heraldo de Madrid,* 12/9/1924; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* pág. 621.

37 . Chaves Nogales, M. (2020 [1924]): «Artículo robado. Quién es el pueblo y dónde se le encuentra», en *Heraldo de Madrid,* 29/11/1924; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* pág. 552. [Nota del editor: Vale añadir que el artículo termina con una duda acerca de la capacidad del pueblo de hacerse oír: «Y lo triste, lo grotesco es que no hay pueblo que pueda ya rugir»].

38. Chaves Nogales, M. (2020 [1924]): *Narraciones maravillosas…*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* pág. 326.

39. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* págs. 125-126.

40. Benítez, Felipe (2015): «Prólogo», en *La bolchevique enamorada y otros relatos,* Sevilla,

Editorial Renacimiento; cit. en Garmendia, I. F. (2020): en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* nota 21, pág. 323.

41. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 127.

42. Benítez, F. (2020): «Chaves Nogales en sí mismo», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* págs. 174-175.

43. Chaves Nogales, M. (2020 [1929]): *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, «Prospecto», en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II, op. cit.,* pág. 257.

44 . *Ibid.,* pág. 196.

45 . *Ibid.,* págs. 196-197.

46 . *Ibid.,* pág. 203.

47 . *Ibid.,* pág. 207.

48 . *Ibid.,* pág. 289.

49 . *Ibid.,* págs. 262-263.

50. *Ibid.,* pág. 364.

51. Vid. Guerra García, V. (2007): «Bosquejo sobre la figura de Álvaro de Albornoz», *Revista Historia,* edición digital.

52. Chaves Nogales, M. (1925): «El español fuera de España», en *Heraldo de Madrid*, 20/5/1927.

53. «Editorial», *Heraldo de Madrid*, 12/5/1928.

54. «Editorial», *Heraldo de Madrid*, 28/5/1928.

55. Chaves Nogales, M. (1928): «Chaves Nogales, el periodista. Lo que nos dice nuestro compañero», en *La Estampa*, 5/5/1928 (entrevista de Eduardo Torralba Beci); cit. en Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* págs. 171-172.

56. *Heraldo de Madrid*, 20/7/1928.

57. Chaves Nogales, M. (2020 [1929]): *La vuelta a Europa en avión*, «Prospecto», en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II, op. cit.,* págs. 251-253.

58 . Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 178.

59 . Muñoz Molina, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* pág. XXI.

60 . Ramos, Ch. (2020): *op. cit.,* pág. 26.

61 . Casanova, J. y Gil, C. (2009): *op. cit.,* pág. 86.

62. *Heraldo de Madrid*, 7/3/1930.

63. Juana, J. de (1988): *La posición centrista durante la II República. El periódico Ahora. 1930-1936*, Universidad de Santiago de Compostela, pág. 12.

64. Vid. García Gordillo, M. de M. (2009): «El placer de conversar con la historia: siete entrevistas con los personajes de la República», en Pilar Bellido y María Isabel Cintas (coords.), *El periodista comprometido: Manuel Chaves Nogales, una aproximación*, Centro de Estudios Andaluces, págs. 107-130.

65. «Editorial», *Ahora*, 14/4/1931.

66. Ortega y Gasset, J., Marañón, G. y Pérez de Ayala, R. (1931): «Un manifiesto. Agrupación al Servicio de la República», publicado en *El Sol*, 10/2/1931, pág. 12.

67. Vid. Fusi, J. P. (2020): *Ideas y poder. 30 biografías del siglo XX*, Madrid, Turner, pág. 115.

68. Chaves Nogales, M. (2020 [1931]): «Fernando de los Ríos y el previsible colapso de la agricultura», en *Ahora*, 29/11/1931; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 94.

69. Casanova, J. (2007): «República y guerra civil», en Fontana, J. y Villares, R. (dirs.) (2007), *Historia de España*, vol. 8, Barcelona, Crítica/Marcial Pons, págs. 32 y ss.

70 . Cintas, M. I. (2021): *op. cit., I,* pág. 289.

71. *La Correspondencia*, 2/4/1932, artículo firmado por *Don Juan*, en la sección «Pajaritas de papel».

72. Jackson, G. (1976): *La República Española y la Guerra Civil, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, pág. 83.

73. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Todos, anarcosindicalistas», en *Ahora*, 20/1/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* págs. 191-192.

74 . Vid. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 313.

75. Anuncio de presentación de la serie de artículos publicado por *Ahora,* 7/5/1933.

76. Ramos, Ch. (2020): *op. cit.,* pág. 15.

77. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Cómo se acaba con la República», conferencia pronunciada en el Ateneo de Sevilla, 23/6/1933; cit. en Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* págs. 337-338.

78. Revista *Estampa*, 7/3/1934.

79. Bravo, P. (2020): «Las verdades del oficio», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* pág. 117.

80. Vid. Casanova, J. (2007): *op. cit.,* págs. 128 y ss.

81. «Editorial»: «El Estado y la contrarrevolución», en *Ahora*, 2/11/1934, págs. 4-5.

82. Vid. Azaña, M. (1935): *Mi rebelión en Barcelona*, Madrid, Imprenta Sáez Hermanos, págs. 3-5.

83. Vid. Cánovas, F. (2008): *op. cit.,* págs. 57-59. Asimismo, vid. RAH (2018): «Manuel Portela Valladares», *Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia,* edición digital.

84 . Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 399.

85 . Ramos, Ch. (2020): *op. cit.,* págs. 42-43.

86. Benítez, F. (2012): «El matador y el repórter: Belmonte y Chaves Nogales», en Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012), *op. cit.,* págs. 47 y 48.

87. Vid. Cánovas, F. (2008): *op. cit.,* pág. 59; y Juliá, S. (2008): *Vida y tiempo de Manuel Azaña. 1880-1940*, Madrid, Taurus, pág. 377.

88. Vid. J. Casanova (2007): «República y guerra civil», en Fontana, J. y Villares, R. (dirs.) (2007), *op. cit.,* págs. 187 y ss.

89. Vid. Cánovas, F. (2008): *Yo, Manuel Azaña, tomo la palabra*, Arroyo de la Miel, Corona Borealis, págs. 15-16.

90. Chaves Nogales, M. (2020 [1937]): «Prólogo» de *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires en España*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* pág. 310.

91. *Ibid.,* pág. 315.

92. Cintas, M. I. (2021): *II, op. cit.,* págs. 35-36 y 43.

93 . Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* nota 24, pág. 305.

94. Martínez de Pisón, I. (2009): *Partes de guerra*, Barcelona, RBA, pág. 10.

95. Chaves Nogales, M. (2020 [1938]): *Los secretos de la defensa de Madrid,* en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* pág. 559.

96 . Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* nota 36, pág. 527.

97. Cit. en Cintas, M. I. (2021): *II, op. cit.,* págs. 56-57.

98. Vid. Casanova, J. (2021): *Europa contra Europa (1914-1945)*, Barcelona, Crítica, págs. 197-198.

99. Vid. Wasserstein, B. (2010): *Barbarie y civilización. Una historia de la Europa de nuestro tiempo*, Barcelona, Ariel, págs. 287 y ss.

100. Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): *La agonía de Francia*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 370.

101 . Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* nota 84, pág. 361.

102. *Ibid.,* nota 90, pág. 430.

103. Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): *La agonía de Francia,* en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* págs. 486-488.

104. Vid., entre muchos otros ejemplos presentes en *La agonía de Francia*, el apartado «El proceso de la democracia», en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* págs. 382 y ss.

105. *Ibid.,* págs. 374-375.

106. Vid. Villares, R. (2021): *Exilio republicano y pluralismo nacional*, Madrid, Marcial Pons, págs. 80 y ss.

107. Vid. Gómez, G. (2021): *Hombres sin nombre. La construcción del socialismo en la clandestinidad (1939-1970)*, Madrid, Cátedra, págs. 87 y ss.

108. Archivo Salvador de Madariaga, La Coruña, reproducido en Cintas, M. I. (2021): *II, op. cit.,* pág. 128.

109. Vid. Fuentes, J. F. y Fernández, J. (1997): *Historia del periodismo español*, Madrid, Síntesis, pág. 286.

110. Moradiellos, E. (2021): *Quo vadis, Hispania? Winston Churchill y la guerra civil española (1936-1939)*, discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, 28/11/2021, documento audiovisual.

111. Documento conservado en el Centro de Documentación del Gobierno de Euskadi; cit. en Cintas, M. I. (2021): *II, op. cit.,* págs. 156-157.

112. Carta de Manuel Chaves Nogales a su hija Pilar; reproducida en Cintas, M. I. (2021): *II, op. cit.,* págs. 107-108.

113. Carta de Manuel Chaves Nogales a su esposa, Ana; reproducida en Cintas, M. I. (2021): *II, op. cit.,* pág. 152.

114. Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* pág. 295.

115. Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): «La guerra desde Londres. La fe en la victoria», en *El tiempo de Bogotá,* 4/10/1941; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* págs. 505-506.

116. Necrológica de Antonio Soto, 9/5/1944; cit. en Cintas, M. I. (2021): *op. cit., II,* págs. 174-175.

117. Obituario transmitido por la Agence Française Indépendante; cit. en Cintas, M. I. (2021): *op. cit., II,* págs. 196-197.

118. Necrológica publicada en la revista *Bohemia* de Cuba, 5/1944; cit. en Cintas, M. I. (2021): *op. cit., II,* págs. 197-200.

119. Ramos, Ch. (2020): *Exposición Chaves Nogales: Cuadernos y lugares*, Aznalcázar, Sevilla, Centro Andaluz de las Letras, información digital.

Manuel Chaves Nogales
y los grandes acontecimientos históricos de inicios del siglo XX

Retrato de Manuel Chaves Nogales durante su exilio en Londres (*ca.* 1940).

PRESENTACIÓN
Sobre biografía, historia y obra

Como advirtió José María Jover, existe una estrecha relación entre la biografía de un escritor, la dinámica histórica y su obra literaria [120]. Es sabido que las realidades históricas del siglo XX influyeron de forma decisiva en la obra periodística de Manuel Chaves Nogales. De hecho, su principal contribución fueron sus crónicas sobre los grandes acontecimientos de la Europa de su tiempo: la Revolución soviética, la Alemania de Hitler, la Segunda República española, la guerra civil española, la rendición de Francia, la Segunda Guerra Mundial y el exilio republicano español. Desde una perspectiva humanista, democrática y republicana, Chaves Nogales aportó unos testimonios lúcidos, valientes y comprometidos que mantienen en la actualidad plena vigencia.

Todo ello fue posible por la calidad humana y profesional de Chaves Nogales, el mejor periodista español de su tiempo. Durante su juventud, fue perfilando un estilo singular que pronto sería apreciado por los lectores. Llegó a Madrid cuando comenzaba la edad de oro del periodismo español. La aplicación de los avances tecnológicos, el desarrollo cultural, la renovación de las estructuras empresariales y el incremento del número de lectores favorecieron la multiplicación de los medios de comunicación y la valoración social del trabajo periodístico. Chaves Nogales aprovechó esta circunstancia y, como ha señalado Antonio Muñoz Molina, «se convirtió en poco tiempo en un *reporter* plenamente adiestrado en la aceleración del ritmo de trabajo y de las posibilidades de conocimiento y difusión que ofrecían los nuevos medios, la impresión rápida de la linotipia, el teléfono, la radio, el automóvil, el aeroplano. La inmediatez de su escritura, su preferencia por salir a la calle y contar lo que se escuchaba y lo que se veía, sin duda responden a una profunda inclinación personal, pero también tienen que ver con los nuevos instrumentos accesibles al periodismo, que ya eran en sí mismos síntomas e indicios de una modernidad de la que Chaves se sentía cronista» [121].

Este contexto favoreció el interés Chaves Nogales por la

información de la actualidad plasmada a través del reportaje, género de moda, cultivado por Ruano, Gaziel, Pla, Benavides, Camba y otros periodistas contemporáneos. Siempre que pudo, como vimos en la breve semblanza biográfica, acudió al lugar donde se producían las noticias, utilizando incluso el avión, cuando comenzaba su desarrollo comercial, con el fin, como él decía, de «exponer, desnudos de artificios, los pequeños hechos de la vida cotidiana», eludiendo «cualquier deseo de interpretación personal que pudiera haberme asaltado» [122]. En este sentido, sobre el estilo periodístico de Chaves Nogales ha dicho Andrés Trapiello: «Los hechos, ese será el pacto con sus lectores: no contar nada que los exceda, no echar nunca mano de la ficción para cuadrar la realidad, cuando esta se presenta como una de esas vasijas prehistóricas de las que apenas si se conservan unos fragmentos, no añadir el pitorro de un botijo a un vaso campaniforme del neolítico sólo porque no conservamos de este más que un trozo diminuto. O sea, no tratar de atribuir un sentido al hecho que no lo tiene» [123].

Hoy en día, quienes se acercan a la obra y la figura de Chaves Nogales coinciden en su compromiso con la verdad y en su lucidez analítica, o, dicho en palabras de Antonio Martínez Illán y Álvaro Pérez Álvarez: «Su diagnóstico en la Europa de entreguerras, sin pretender hacer historia, resultó premonitorio y lúcido porque tuvo la capacidad de entender y nombrar el origen de la barbarie o del terror en uno y otro bando» [124].

Las crónicas, los reportajes y los relatos de Chaves Nogales están escritos con un estilo singular caracterizado por la escritura cuidada, el ritmo narrativo y la capacidad comunicativa. El interés de los temas abordados era esencial para atraer y ampliar el número de sus lectores. En las entrevistas solía escuchar con atención a los personajes entrevistados a fin de reflejar sus rasgos físicos, sus ideas y sus valores. Por eso realizó, con el mejor estilo galdosiano, excelentes retratos de Alcalá-Zamora, Belmonte, Kérenski, Trotski, Goebbels, Miliukov, Chevalier, Eulogio y otras personalidades. A veces, les dio voz y dejó que expresaran en primera persona sus inquietudes y desgarros, tratándolos de forma crítica o compasiva. Otra característica de su estilo fue la claridad expositiva, la eficacia comunicativa, incluso cuando abordó asuntos de cierta complejidad como la construcción del régimen soviético, la crisis de la República española o la capitulación de Francia ante el ejército nazi.

En suma, las crónicas, los ensayos y los relatos de Chaves Nogales ofrecen testimonios, reflexiones y detalles interesantes sobre la Revolución rusa, la Alemania de Hitler, la Segunda República española, la guerra civil española, la capitulación de Francia, la batalla de Inglaterra y el exilio republicano, tal como podremos apreciar en las siguientes páginas.

Estampa

¿Cómo son las cosas vistas desde arriba?

La vuelta a Europa en avión

Las ciudades han sido construidas según las exigencias de una perspectiva horizontal, y el mundo visto desde arriba es feo y mezquino, dice Chaves Nogales en este libro sobre la vuelta a Europa en avión, que acaba de publicar.

¿Cómo son las cosas vistas desde arriba? ¿Cuando se vuela, se tiene el mismo sentido del mundo que cuando se anda a ras de tierra? Chaves Nogales, que ha dado la vuelta a Europa en avión y ha volado sobre ciudades de tan varia estructura como París, Berlín, Riga, Moscú, Tiflis, Bakú, Praga, Viena, Venecia, Gibraltar y Marsella, hace en su libro unas agudas observaciones sobre la acción de volar. Viene a decirnos:

El aviador profesional, el que ya tiene mente y cara de aviador, sabe que el mundo no es como lo suponen quienes andan arrastrándose por su corteza. Pero no acierta a decir cómo sea. Para eso hace falta que vuelen a diario hombres de otras actividades: literatos, pintores, escultores, arquitectos, músicos.

En un viaje aéreo, lo primero que salta a la vista es la despoblación. Pasan bajo el aeroplano kilómetros y kilómetros de corteza terrestre sin un vestigio de vida, y se tiene la impresión de estar volando sobre un planeta deshabitado. Se ve la tierra intacta, inexplorada, aburriéndose en la espera inútil de gandules a quienes mantener. Abarcando de una sola mirada un panorama de centenares de kilómetros, en los que apenas se divisa una casita perdida, se ve que este gran queso, que es el planeta, está apenas empezado. Somos pocos; cabemos más, muchos más. El hombre no ha tomado posesión de la tierra más que porque se la ha repartido teóricamente.

La Tierra—esto se ve en seguida—no es nuestro domicilio natural. La Tierra es una vieja calva, fea, llena de arrugas, basta y grandota, con la que no puede uno entenderse.

Cuando se la mira atentamente a una distancia adecuada, se advierte que es demasiado vieja para ser nuestra madre; no nos forjemos ilusiones; no somos sus hijos. Cabe sospechar que, mejor que con nosotros, se entendía esta vieja gruñona con aquellos animales fabulosos de veinte metros, aquel mamut y aquel ictiosaurio prehistóricos, a los que debió acoger en el regazo de sus valles más amorosamente que a nosotros. A nosotros nos tolera por decidía; es una vieja sucia que por no sacudirse aguanta este enjambre de piojillos que es la Humanidad.

Estas sutiles y originales observaciones sobre la acción de volar que Chaves Nogales hace en su nuevo libro *La vuelta a Europa en avión. = Un pequeño burgués en la Rusia Roja*, expresan la emoción que el ansia de volar produce hoy en todos y vislumbran la transformación que los aviones han de producir. ¿Será verdad que cuando vuelen todos se construirán otras ciudades y los campos ofrecerán otros paisajes? ¿Será cierto que la aviación va a cambiar la faz del mundo?

Manuel Chaves Nogales, que ha publicado un interesante libro titulado «La vuelta a Europa en avión.» = Un pequeño burgués en la Rusia Roja»

Copenhague y Sofía vistas desde el aeroplano.

Milán y el Duomo vistas desde el avión.

Anuncio en la revista *Estampa* (14/5/1929) de la publicación de *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* (1929), que reúne los artículos que Chaves Nogales publicó en el *Heraldo de Madrid,* entre el 6 de agosto y el 5 de noviembre de 1928, sobre su viaje al país de los sóviets.

120. Jover Zamora, J. M. (1992): «De la literatura como fuente histórica», en *Boletín de la Real Academia de la Historia,* CLXXXIX, págs. 23-24.

121 . Muñoz Molina, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I,* págs. XVII-XVIII.

122. Chaves Nogales, M. (2020 [1929]): *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II, op. cit.,* pág. 417.

123 . Trapiello, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* pág. XXX.

124. Martínez Illán, A. y Pérez Álvarez, A. (2019): «El periodismo y la Historia: Chaves Nogales y la Revolución rusa», en *Arbor,* vol. 195, n.º 729, pág. 10.

2
La Revolución rusa

Antes de 1917, Rusia estaba gobernada por el zar Nicolás II mediante un sistema político autoritario que había permanecido al margen de los procesos democráticos europeos contemporáneos. El asesinato del zar Alejandro II, en 1881, endureció la actuación represiva de los gobernantes rusos. Las medidas excepcionales adoptadas para perseguir a los culpables se hicieron permanentes. Los funcionarios de la administración zarista y los policías adquirieron poderes casi ilimitados que aplicaron de forma arbitraria. La censura restringió la libertad de los medios de comunicación. Los profesores universitarios críticos fueron expulsados de las aulas. Los «capitanes de los cantones», procedentes de la nobleza, anularon la autonomía de los municipios.

A principios del siglo XX Rusia tenía ciento veinticinco millones de habitantes. En aquel tiempo, la sociedad tradicional y agraria había iniciado un lento camino de desarrollo urbano e industrial. El 80 por ciento de la población trabajaba en la agricultura y tenía tasas de analfabetismo superiores al 60 por ciento. El sistema político era ajeno a sus necesidades. Los campesinos sentían una gran devoción por el zar, ser superior que presidía la vida del Imperio, exculpado de las arbitrariedades que cometían los terratenientes y los recaudadores de impuestos. Sus precarias condiciones de vida eran aliviadas por los recursos que obtenían a través de la explotación de las tierras y los bosques comunales. La emigración de los jóvenes a la ciudad amplió sus oportunidades laborales y vitales.

La cúspide de la pirámide social estaba integrada por los aristócratas, los jefes del Ejército y los altos funcionarios de la administración, clase privilegiada configurada en torno a la monarquía de los Romanov. La modernización industrial y tecnológica se encontraba muy atrasada. La explotación del petróleo, el carbón, el hierro, el oro y la madera promovió la formación de un grupo reducido y poderoso de industriales, banqueros y comerciantes que pugnaba por integrarse en el bloque del poder. Los profesionales, los

pequeños comerciantes, los intelectuales y los educadores, que integraban la emergente clase media, apenas alcanzaban el millón de personas y se encontraban muy desconectados del mundo cultural europeo. Los obreros industriales y los mineros, que sólo representaban el 2 por ciento, constituían la base de la pirámide social, junto a los campesinos. Acerca de la sociedad rusa de la época, afirma Julián Casanova: «No existía, por lo tanto, ni una poderosa burguesía industrial, ni una clase media que pudiera constituir la base social para una democracia liberal. Pero tampoco un proletariado industrial que pudiera articular, a través de sindicatos y partidos políticos, una alternativa revolucionaria al régimen autocrático» [125].

Entre el 8 de febrero de 1904 y el 5 de septiembre de 1905 transcurrió una guerra entre Rusia y Japón, desatada por las ambiciones expansionistas de ambos países en Manchuria y Corea. Cuando finalizó la contienda, con la inesperada derrota rusa, se desató una oleada de protestas. El 22 de enero, las manifestaciones fueron disueltas violentamente por el fuego de la policía, produciéndose numerosas víctimas. Dado el cariz de los acontecimientos, Nicolás II aceptó la promulgación de una Constitución que garantizara las libertades ciudadanas y la aprobación de las leyes por una Duma electa. Parecía que la monarquía rusa se disponía a caminar por la senda democrática, pero los funcionarios reales ignoraron las disposiciones adoptadas y reprimieron con dureza las protestas. Así, entre 1905 y 1907, fueron ejecutados más de dos mil ciudadanos rusos. Por otra parte, el sistema electoral fue modificado para controlar las facultades representativas de la Duma.

La oposición al régimen zarista estaba integrada por intelectuales, élites dotadas de una buena formación, a las que se denominaba en ruso *intelligentsia,* profesionales de clase media, profesores y estudiantes, alejados de la Rusia oficial. Dentro de ella, fueron surgiendo organizaciones clandestinas como el Partido Obrero Socialdemócrata, creado en 1898, de orientación marxista, que se dividiría unos años después en las tendencias *bolchevique* (mayoritaria) y *menchevique* (minoritaria), la primera de las cuales propugnaba una estrategia centralizada y revolucionaria, mientras que la segunda defendía una actuación gradualista y democrática. Bolcheviques y mencheviques colisionaron frontalmente en el proceso revolucionario de 1917.

La Primera Guerra Mundial aceleró los procesos de cambio. La

rivalidad de las grandes potencias europeas, las ambiciones imperialistas y las pulsiones nacionalistas provocaron un conflicto internacional que duró más de cuatro años y causó la muerte de nueve millones de soldados y de siete millones de civiles. La crisis se desencadenó el 28 de junio de 1914, en Sarajevo, tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria-Hungría, y de su esposa, Sofía Chotek, perpetrado por Gavrilo Princip, estudiante nacionalista serbio que pertenecía a la organización secreta «Unidad o Muerte».

El 23 de julio, el Gobierno austrohúngaro dio un ultimátum de cuarenta y ocho horas al Gobierno de Serbia, exigiendo el castigo de los culpables y la participación de la policía austriaca en la investigación de los hechos. Al fracasar la mediación del canciller alemán Hollweg, el 28 de julio Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia y desató las hostilidades al invadir su territorio. Tras ello, las grandes potencias se fueron implicando en el conflicto, apoyando a sus respectivos aliados, lo que precipitó el enfrentamiento.

En los primeros días de agosto, Alemania declaró la guerra a Rusia y a Francia y sus tropas invadieron Bélgica, que se había declarado neutral. Inglaterra movilizó su flota y exigió a Alemania la retirada del territorio belga. El 6 de agosto Serbia declaró la guerra a Alemania y a Austria-Hungría. Seis días después, Francia e Inglaterra declararon la guerra a Austria-Hungría. Italia, tras haberse declarado neutral, se alineó con Francia e Inglaterra con el propósito de recuperar sus «fronteras naturales», mientras que el Imperio otomano y Bulgaria se unieron a Alemania y a Austria-Hungría. La guerra se desenvolvió en los frentes occidental y oriental. Los principales hitos militares del periodo 1914-1916 fueron las batallas de Mulhouse, Marne, Ypres, Verdún y Somme. La contienda adquirió una dimensión mundial, porque lucharon en ella todas las grandes potencias de la época. A partir de 1917 el conflicto inició su última etapa. El 6 de abril, el Congreso de Estados Unidos aprobó la entrada en la guerra para apoyar a Inglaterra y Francia.

Vladimir Lenin (1879-1924) durante un discurso a los soldados bolcheviques cuando se cumplía un año de la fundación de las fuerzas armadas soviéticas (Moscú, plaza Roja, 25/5/1919).

Trescientos años después del establecimiento en Rusia de la dinastía Romanov, el poder de los zares comenzó a derrumbarse por su inmovilismo autoritario y su incapacidad para canalizar las demandas ciudadanas. El 2 de agosto, Rusia entró en la guerra, aliada a Francia y Gran Bretaña. Una oleada de fervor patriótico unió a los ciudadanos rusos, mientras que los pacifistas se vieron obligados a exiliarse. La duración de la guerra se fue alargando más de lo previsto, poniéndose en evidencia la carencia de recursos para atender las exigencias de la contienda. El zar descartó delegar el poder en la Duma y asumió directamente el mando de las fuerzas armadas en el cuartel general de Maguilov, situado a 650 kilómetros de la capital, lo que le hizo perder el contacto con la retaguardia. Cuando el curso de la guerra fue desfavorable, las críticas apuntaron directamente al zar. Para financiar el esfuerzo militar, el Gobierno imprimió millones de

billetes de rublos. A principios de 1917, la actividad económica se vio afectada por el cierre de las fronteras europeas y los accesos al mar Negro y al Báltico. Los canales de distribución se bloquearon y la inflación creció de forma galopante. Los campesinos comenzaron a acumular el trigo y a esconderlo, produciéndose en las ciudades problemas de subsistencia.

Soldados franceses con un mortero alemán en las trincheras de la batalla del Somme, una de las más sangrientas de la Primera Guerra Mundial, en la que murieron alrededor de medio millón de soldados (*ca.* 1917).

En la Duma, las críticas de la oposición al zar fueron creciendo. El bloque progresista, dominado por los Kadetes de Pável Miliukov, exigió la formación de «un Gobierno de confianza pública». En los cuarteles militares y en el frente los soldados acusaron el cansancio de la guerra y comenzaron a cuestionar la autoridad de los mandos. «En ese tercer invierno de la guerra, el más frío y complicado, la crisis de autoridad y la pérdida de confianza en el régimen iban a desembocar

en motines, huelgas, deserciones del frente y, finalmente, en una transformación profunda de la estructura de poder que había dominado Rusia durante siglos» [126].

El proceso revolucionario se inició el 23 de febrero con una huelga, seguida de un cierre patronal, en la fábrica metalúrgica Putilov de Petrogrado, nombre que había adoptado San Petersburgo. Miles de mujeres trabajadoras, campesinas y estudiantes se manifestaron por las calles para conmemorar el Día Internacional de la Mujer Trabajadora. Los obreros de la fábrica Putilov se unieron a ellas y gritaron «¡Queremos pan!», «¡Abajo la guerra!» y «¡Abajo la autocracia!». En los días siguientes, se produjeron enfrentamientos entre los obreros y las fuerzas de seguridad. El zar dio la orden de poner fin al conflicto. El 26 de febrero, la policía y los militares dispararon a los manifestantes, provocando varias decenas de muertos. La repulsa de la masacre empujó a soldados de los regimientos a unirse a los obreros, tras lo cual asaltaron varias fábricas de armamento, atacaron los cuarteles de la policía y liberaron a los presos. Mijaíl Rodzianko, presidente de la Duma, le pidió al zar que encauzara aquella peligrosa situación con el anuncio de una reforma constitucional que garantizase las libertades ciudadanas. Nicolás II rechazó esta petición y ordenó al general Ivanov que se desplazara a Petrogrado para restablecer el orden. Nunca llegaría a hacerlo, porque los soldados rebeldes controlaban las carreteras y las estaciones ferroviarias. Finalmente, el 2 de marzo, ante las presiones de los generales y los dirigentes de la Duma, Nicolás II abdicó a favor de su hermano el gran duque Mijaíl, pero este, asustado por el curso de los acontecimientos, rechazó la Corona. Las calles de Petrogrado se llenaron enseguida de obreros y soldados que festejaban el cambio con entusiasmo.

El príncipe Gueorgui E. Lvov, kadete de izquierdas, asumió la presidencia de un Gobierno provisional integrado en su mayor parte por liberales de diferentes tendencias. Sus primeras medidas procedieron a conceder una amnistía, garantizar las libertades democráticas, abolir la pena de muerte y confiscar las propiedades de los Romanov.

Bernard Wasserstein, uno de los especialistas en este periodo histórico, confirma las esperanzas de cambio que abrigaba la ciudadanía rusa: La revolución fue muy bien recibida prácticamente en todo el imperio y más allá. Los obreros quemaron efigies del zar en

las calles, los militares izaron banderas rojas en los barcos y las trincheras; las ciudades y los pueblos lo celebraron con desfiles y festejos. «Ha sucedido un milagro», escribió el poeta Alexander Blok a su madre. La burguesía liberal también acogió la revolución como un nuevo amanecer de la libertad [127].

Parecía que Rusia comenzaba una nueva etapa, pero la complejidad de los problemas acumulados desbordó al nuevo Gobierno. Su decisión de proseguir la guerra europea fue rechazada por un millón de soldados que, entre marzo y octubre de 1917, abandonaron sus puestos y regresaron a las ciudades, mostrando su descontento.

Cuando se producían estos acontecimientos, Lenin, Trotski, Chernov y otros líderes revolucionarios se encontraban exiliados lejos de Rusia. Al conocerlos, regresaron inmediatamente y adquirieron un gran protagonismo. Vladimir Ilich Uliánov, «Lenin», nació en 1870. Se aproximó al marxismo en la década de 1890 y emprendió una carrera de revolucionario profesional al servicio del Partido Obrero Socialdemócrata. En el tren que le llevó de Zúrich a Petrogrado, gracias al apoyo prestado por el Gobierno alemán, escribió las *Tesis de abril,* programa político bolchevique de transición hacia la segunda etapa revolucionaria. Nada más llegar, lo presentó en la asamblea del partido. Afirmó que tenían que luchar por la consecución del final de la guerra y que la tierra tenía que ser nacionalizada. Respecto al nuevo régimen político, descartó la democracia parlamentaria y propugnó la república de los sóviets de los trabajadores. Las propuestas de Lenin fueron rechazadas por los socialdemócratas moderados, partidarios de impulsar un periodo de transición dirigido por un Gobierno provisional que llevara a cabo cambios graduales y ampliara la base social del movimiento.

Entre tanto, el proyecto reformista del príncipe Lvov hizo crisis. Todo lo que estaba asociado al antiguo régimen de los zares era rechazado con virulencia, porque, como afirmó el propio Lvov, se estaba llevando a cabo «la venganza de los siervos», el castigo a los terratenientes responsables de varios siglos de imposición de una brutal servidumbre [128]. Le sucedió al frente del Gobierno Aleksandr Kérenski, abogado y dirigente del Partido Socialrevolucionario, que había desempeñado un papel destacado en el derrocamiento del régimen zarista. Por su experiencia política y su condición de miembro de la Duma y del Sóviet, contaba con un amplio respaldo.

Kérenski anunció su proyecto de proseguir el cambio democrático, pero fue combatido por los conservadores y los revolucionarios.

El general Kornílov, comandante en jefe del ejército, dio un golpe militar para implantar una dictadura conservadora. Ante ello, grupos de trabajadores armados mencheviques, bolcheviques y socialrevolucionarios se echaron a la calle para defender las conquistas alcanzadas. La rebelión de Kornílov fue abortada, pero el escenario político quedó muy alterado, ya que el Gobierno de Kérenski estaba cada vez más debilitado; el ejército no quería ni podía mantener el orden público y los partidarios de seguir adelante con la guerra europea hicieron patente su voluntad. Kérenski lo apostó todo a la realización de un último esfuerzo militar contra los Imperios Centrales. La ofensiva comenzó el 1 de julio. Tras algunos éxitos iniciales en Galitzia, la operación militar resultó un fracaso y concluyó con una derrota aplastante. A finales de 1917, el ejército ruso había sufrido más de siete millones de bajas desde el comienzo de la contienda. Las derrotas militares y los problemas económicos desgastaron al Gobierno de Kérenski, hostigado cada vez más por la derecha y la izquierda.

A mediados de julio de 1917, el creciente malestar originó una rebelión en Petrogrado. Muchos soldados, ante la negativa a negociar la paz, se unieron a los obreros bolcheviques en los enfrentamientos callejeros contra las fuerzas de seguridad. Las protestas no se extendieron a Moscú, ni al resto del país, y, al cabo de unos días, fueron reprimidas por las fuerzas gubernamentales. Lenin salió huyendo hacia Finlandia, pero el proceso revolucionario prosiguió de forma imparable.

Nueve miembros del Comité Provisional de la Duma Estatal (marzo, 1917). Casi tres lustros más tarde, Chaves Nogales entrevistará a Aleksándr F. Kérenski (de pie, el segundo por la derecha) durante su exilio en París, como parte de la serie *Lo que ha quedado del imperio de los zares* (1931).

Kérenski fue demorando el compromiso de celebrar elecciones para designar una Asamblea Constituyente que procediera a establecer una democracia parlamentaria. Pretendía ganar tiempo para que la conflictividad se fuera atenuando y tener mejores expectativas políticas, pero perdió la oportunidad de dotarse a través de las elecciones de legitimidad democrática. A principios de septiembre, los bolcheviques alcanzaron la mayoría en los sóviets de Petrogrado y Moscú y comenzaron a preparar la conquista del poder. Acerca de la evolución de los acontecimientos, afirma Casanova: «Lo que había comenzado en febrero con un motín en la guarnición militar de Petrogrado, acompañado de protestas de la población civil contra la inflación y la falta de alimentos, se había convertido tan sólo ocho meses después en una revolución social» [129].

Obreros de la fábrica Putilov, en Petrogrado, reunidos para la elección del representante del sóviet de la fábrica. En la pancarta se lee: «Crear una locomotora significa acercarse al fin del hambre y la miseria, y asestar un golpe al capitalismo» (*ca.* 1917).

El 10 de octubre de 1917, Lenin llegó a Petrogrado. Su mensaje a los rusos exigía la paz, el pan y las tierras, así como que «todo el poder [fuera otorgado] a los Sóviets de los Representantes de los Trabajadores y los Soldados» [130]. El principal organizador de la lucha fue León Trotski, revolucionario de origen judío. El 2 de noviembre creó un Comité Militar Revolucionario para supervisar los factores que debían garantizar el éxito de la insurrección. Su principal objetivo era lograr el apoyo de los soldados de Petrogrado, para lo cual utilizó el pretexto de que las fuerzas reaccionarias de Kornílov se disponían a atacar de nuevo la capital. Los soldados aceptaron las directrices del comité revolucionario y comenzaron a entregar armas a los obreros. La batalla contra Kornílov duró poco tiempo. Las fuerzas bolcheviques ocuparon las fortalezas de San Pedro y San Pablo, la comandancia del Estado Mayor y las instalaciones de telefonía, telegrafía y correos.

Mientras tanto, se había inaugurado en Petrogrado el Segundo Congreso de los Sóviets de Todas las Rusias. A diferencia del anterior, los bolcheviques, aliados con la izquierda social-revolucionaria, dominaron las deliberaciones y propugnaron la vía revolucionaria. Los mencheviques, liderados por Yuli Mártov, defendieron la formación de un Gobierno de concentración que pudiera encauzar los acontecimientos y evitar la guerra civil. Poco después, llegaron las noticias del asalto al Palacio de Invierno, antigua residencia de los zares, convertida en sede del Gobierno, y los delegados del Congreso ratificaron la conquista del poder. Kérenski consiguió escapar y marchó a París, donde comenzaría un largo exilio. Moscú fue ocupado el 2 de noviembre, tras el bombardeo de la fortaleza del Kremlin. Culminada la revolución, se constituyó un nuevo Gobierno, el «Consejo de los Comisarios del Pueblo», cuyos hombres fuertes eran Lenin, en calidad de presidente, Trotski, a cargo de Asuntos Exteriores, e Iósif Stalin, responsable de las nacionalidades del antiguo Imperio ruso. El nuevo poder fue reconocido por las principales ciudades. Las primeras medidas que aprobó fueron la suscripción del acuerdo de paz en la guerra europea, la expropiación de ciento cincuenta millones de hectáreas a los grandes terratenientes y el reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos rusos.

Como se ha indicado, alcanzar la paz era la principal prioridad del nuevo Gobierno. Tras unas largas negociaciones, llevadas a cabo por Trotski y Kühlmann, el 3 de marzo de 1918 se firmó el Tratado de Brest-Litovsk, en virtud del cual Rusia hizo importantes concesiones territoriales y militares, ya que perdió Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, la Polonia rusa y Ucrania, y devolvió a Turquía Ardahan, Kars y Batumi, provincias del Cáucaso. En el plano militar, aceptó la desmovilización de su ejército y el desarme o la retención en los puertos de su marina. De acuerdo con las condiciones pactadas, Rusia perdió el 34 por ciento de su población, el 54 por ciento de su industria y el 89 por ciento de sus minas de carbón. Cuando Lenin le pidió al comité ejecutivo del sóviet la aprobación del tratado, algunos le acusaron de traición. Se defendió afirmando que era el precio que tenían que pagar para preservar el Estado soviético.

Entre el 25 de noviembre y el 9 de diciembre de 1917 se celebraron las primeras elecciones libres de la historia de Rusia. Se emitieron 44 millones de votos, que dieron la victoria al Partido

Socialrevolucionario, con 17,5 millones de votos, gracias al apoyo concedido por el campesinado ruso. Los bolcheviques alcanzaron 9,8 millones de votos, los Kadetes, 2 millones y los mencheviques, 1,2 millones [131]. El primer parlamento ruso elegido democráticamente tan sólo existió unas horas. Poco después de inaugurarse la sesión, los bolcheviques abandonaron la sala. Lenin dictó un decreto de disolución en el que declaraba que la restauración del parlamentarismo burgués era contraria a la nueva realidad revolucionaria y representaba un paso hacia atrás. Sobre este hecho histórico determinante, comenta Wasserstein: La supresión de la Asamblea Constituyente, condenada en su día por socialistas como Maxim Gorki y Rosa Luxemburgo, fue una clara señal de las intenciones dictatoriales de los bolcheviques; como declaró Lenin en una conversación con Trotski: «La disolución de la Asamblea Constituyente por parte del Gobierno soviético implica la eliminación absoluta y franca de la idea de la democracia por obra de la idea de la dictadura. Será una buena lección» [132].

Gulag de Karagandá (actual Kazajistán), donde 152 ciudadanos españoles estuvieron presos desde 1939 hasta su liberación en 1954.

En la primera etapa del régimen bolchevique se fue configurando la oposición de diversas fuerzas socialistas y revolucionarias, que proponían la formación de un Gobierno de concentración y

discrepaban de las políticas industriales y agrícolas que el Gobierno anterior había adoptado. A finales de 1917 se creó la Comisión Extraordinaria Panrusa para la lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje, conocida como la Checa, policía centralizada que desplegaría una siniestra ejecutoria de represión y eliminación de los supuestos «enemigos del pueblo».

Lenin firmó el Tratado de Paz de Brest-Litovsk para utilizar todos los recursos militares disponibles en la guerra civil que estalló tras la revolución y que se extendió hasta el 18 de junio de 1923. El ejército «blanco», liderado por los generales zaristas Kornílov, Denikin y Krasnov, estaba integrado por antiguos oficiales y contaba con el apoyo de los cosacos del Don. Su principal problema fue que no consiguió atraer a los campesinos, ni a las minorías nacionalistas críticas; además, las grandes potencias europeas, cansadas de la prolongación de la guerra mundial, no le dieron un apoyo significativo. Por su parte, los bolcheviques realizaron un considerable esfuerzo para construir el nuevo ejército «rojo», comandado por Trotski. En el curso de la guerra civil reclutó a 75.000 antiguos oficiales zaristas, que contribuyeron a profesionalizar las fuerzas soviéticas. Los principales enfrentamientos entre rusos blancos y rojos se produjeron en Siberia, los Urales, el Volga, Estonia y Ucrania.

En febrero de 1919, el presidente norteamericano Woodrow Wilson propuso la celebración de una conferencia de todos los partidos rusos, pero los rusos blancos la rechazaron. Durante el otoño, el Ejército Rojo realizó una ofensiva victoriosa en Leningrado, Moscú y el Volga. La guerra finalizó con la derrota del general Wrangel, alto mando del Ejército Blanco, en Crimea. Los oficiales y soldados derrotados fueron llevados en barcos ingleses y franceses a Constantinopla y se unieron al millón de exiliados rusos, dispersados en diversos países europeos. La revolución y la guerra civil, así como el hambre, las enfermedades y el terror derivados de ellas, causaron más de diez millones de muertos.

La Revolución soviética tuvo un gran impacto en la Europa contemporánea, comparable al impacto de la Revolución francesa. Lenin consiguió construir sobre las ruinas del Imperio zarista, por primera vez en la historia, un «Estado proletario» diferente de los que existían entonces.

Sobre la figura del líder ruso, afirma Casanova:

> La importancia de Lenin en este proceso está fuera de duda. Su visión centralista del Estado revolucionario y su búsqueda del poder, por encima de cualquier otro objetivo, le condujeron a fortalecer los mecanismos policiales y de coerción, a establecer un Estado con un solo partido y a reprimir las formas más moderadas de democracia socialista [...]. De la autocracia del zar, quien nunca quiso ni tuvo la más mínima intención de ensanchar, con la democracia y la constitución, la base política de su sistema de dominio, se pasó en apenas tres años a la consolidación de la primera dictadura moderna del siglo XX [133].

El culto a Lenin después de su muerte, acaecida el 21 de enero de 1924, diluyó su responsabilidad en la creación de la dictadura soviética, la eliminación de los opositores y el despliegue de acciones terroristas. En su testamento advirtió acerca de la peligrosa acumulación de poder que estaba llevando a cabo Stalin, secretario general del partido, y aconsejó proceder a su relevo y establecer un «mando cooperativo». Ciertamente, cuando Stalin venció a los otros candidatos, reforzó su poder político, pero los elementos básicos que caracterizaron al estalinismo en las siguientes décadas provenían de la etapa de Lenin.

El comunismo pretendía impulsar la revolución obrera en todos los países del mundo. El fracaso de los intentos revolucionarios de Alemania, Finlandia y Hungría desveló que este proceso ni se realizaría pronto, ni sería sencillo. Los trabajadores tuvieron que elegir entre los partidos socialistas democráticos, adscritos a la II Internacional, y los nuevos partidos comunistas, encuadrados en la III Internacional creada por Moscú. Las divisiones políticas y sindicales abrieron profundas heridas que tardarían mucho tiempo en cicatrizarse. La dinámica política europea incidió en este proceso. Los regímenes democráticos más avanzados adoptaron políticas económicas, sociales y participativas que mejoraron las condiciones de los obreros y los campesinos. Las esperanzas de lograr el triunfo de la revolución se fueron atenuando. Por lo demás, el fascismo accedió al poder en Italia, Alemania y España y aparecieron en el horizonte nubarrones muy oscuros.

Durante un cuarto de siglo, Iósif Stalin (1878-1953) presidió con mano de hierro la vida política de la Unión Soviética. Su destacada actuación en los primeros años del régimen le permitió acceder en 1922 al cargo de secretario general del Comité Central del Partido Bolchevique. A pesar de la advertencia realizada por Lenin sobre su tendencia a acumular poder, logró imponerse a Trotski, Zinóviev y Kámenev y se convirtió en la primera autoridad del Estado. Stalin

utilizó el legado de Lenin para reforzar su poder político. El partido desempeñó una función crucial de encuadramiento, disciplina y control de los ciudadanos. En 1917, la tendencia bolchevique del Partido Socialdemócrata apenas tenía 26.000 afiliados. En los años siguientes, el Partido Bolchevique se convirtió en una formación política de masas, que, cuando falleció Stalin en 1953, tenía seis millones de afiliados. Al mismo tiempo, el régimen promovió un intenso proceso de burocratización. En 1917, el número de empleados de la administración zarista ascendía a 576.000. Cuatro años después, en 1921, alcanzaba los 2,4 millones, aunque habría que distinguir entre los funcionarios que realizaban trabajos administrativos y los que prestaban servicios educativos y sanitarios. Esta realidad ha llevado a afirmar que el régimen bolchevique más que una «dictadura del proletariado» era una «dictadura de la burocracia» [134].

La revolución y la guerra militarizaron la actividad política. El lenguaje, las estrategias y los comportamientos se impregnaron de la cultura militar y la violencia. Stalin presidió numerosos actos públicos vestido con uniforme militar y, en 1941, en plena Guerra Mundial, asumió la jefatura suprema de las Fuerzas Armadas. Al principio, la represión y la violencia tenían el objetivo de destruir los símbolos del antiguo régimen: asesinato de la familia del zar, persecución de los sacerdotes, deportación de los terratenientes… Pero, poco después, la OGPU, nueva policía estatal que sustituyó a la Checa, persiguió a los trabajadores «indisciplinados» y a los «enemigos del pueblo», etiquetas que eran aplicadas a personas que tenían ideas diferentes.

A partir de 1928, Stalin modificó la política económica de los años veinte y desarrolló una economía planificada y centralizada, a través de planes quinquenales que transformaron profundamente la estructura económica. Para financiar el proceso de industrialización, se confiscaron las tierras y se promovió la colectivización del mundo agrario. El proceso de colectivización originó cambios sociales drásticos. El derecho a la propiedad privada fue suprimido y las tierras se integraron obligatoriamente en los denominados *koljós* (granjas colectivas), que teóricamente debían alcanzar una mayor productividad gracias a la mecanización y la división del trabajo. Los *koljós* tenían que entregar al Estado toda la producción agrícola. De acuerdo con las previsiones oficiales, esta debía aumentar un 200 por ciento durante los primeros años de la colectivización; sin embargo, tanto la producción agrícola como la ganadera disminuyeron de forma

apreciable, produciéndose un deterioro de las condiciones de vida de los campesinos que multiplicó el hambre y la mortalidad, llegándose a dar casos extremos de canibalismo y necrofagia. Las protestas campesinas de Moldavia, Ucrania y el Cáucaso fueron aplastadas y los agricultores rebeldes fueron internados en campos de concentración y de trabajos forzosos. Otros emigraron a las ciudades y se incorporaron a las fábricas. Los medios de comunicación, controlados por el Gobierno, no informaron sobre las hambrunas, las protestas y la represión.

Los planes quinquenales generaron, entre 1928 y 1938, un incremento anual del PIB del 6 por ciento. La industria se convirtió en el principal vector del sistema económico. La automoción, la aviación, la química y el armamento alcanzaron elevados niveles de desarrollo. El número de trabajadores de la industria se triplicó, aumentando a consecuencia de ello la población de las ciudades. La Unión Soviética dejó de ser una sociedad agraria. La productividad mejoró sensiblemente, pero, a pesar de lo que decía la propaganda oficial, seguía siendo inferior a la de los países occidentales avanzados. Por otra parte, el intenso y rápido proceso de industrialización se alcanzó reinvirtiendo los excedentes de capital y estableciendo salarios bajos, por lo que, en el corto plazo, las condiciones de vida de los trabajadores se deterioraron. Entre 1929 y 1935, se introdujo el racionamiento de los productos básicos de alimentación. Los sindicatos, controlados por el Gobierno, no defendieron los intereses de los trabajadores [135].

A mediados de 1934 se creó el NKVD, Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, una organización represiva centralizada que llevó a cabo una actuación al servicio del régimen. Stalin aprovechó el asesinato de Serguéi Kírov, jefe del partido en Leningrado, para eliminar a importantes personalidades de la élite política y militar y reforzar su poder personal. La promulgación de la Ley Kírov provocó una avalancha de detenciones, torturas, juicios y asesinatos que generó un ambiente generalizado de terror. Los grandes juicios «ejemplares» de Moscú condenaron a conocidos dirigentes del régimen como Kámenev, Zinóviev, Bujarin, Yagoda y Rádek, todos los cuales fueron ejecutados. El clímax de los juicios se alcanzó cuando compareció Nikolái Bujarin, ideólogo de la Nueva Política Económica, que se había opuesto a la colectivización agrícola forzada. Fue acusado de ser un «enemigo de la revolución», de haber tramado el

asesinato de Lenin y Stalin, de ser miembro de un grupo conspirador trotskista derechista y de haber colaborado con espías extranjeros para realizar actos terroristas. El juicio fue una auténtica parodia. Bujarin negó las acusaciones realizadas en su contra. Su único delito había sido defender una línea económica diferente y lo pagó con la muerte. El dramático final de Bujarin, como ha señalado Wasserstein, «fue un símbolo de la degeneración de un movimiento basado en los derechos del hombre y la visión utópica del progresismo hacia la barbarie y la deshumanización sistemática» [136]. En 1935, Yezhov, jefe del NKVD, reconoció ante el Comité Central del partido que habían sido expulsados 350.000 militantes, el 18 por ciento, a quienes habría que sumar los que habían sido eliminados antes. Muchos de ellos perdieron sus empleos y fueron recluidos en campos correccionales de trabajo.

En 1937, Stalin realizó una purga en la cúpula del Ejército Rojo. En el curso de la misma, «el antiguo jefe del Estado Mayor, el mariscal Tujachevski, así como veinte mil oficiales (entre ellos el 90 por ciento de los generales y el 85 por ciento de los coroneles), fueron detenidos con cargos amañados. Al principio, Tujachevski negó algunas de las acusaciones. Su posterior declaración de culpabilidad estaba manchada de sangre. Fue uno de los miles de fusilados. Ante este baño de sangre, los analistas franceses y británicos no esperaban gran cosa de la capacidad militar soviética» [137].

Según los expertos, entre los años 1927 y 1938, diez millones de rusos murieron a consecuencia de las hambrunas, los trabajos forzados, las torturas y la represión. Los gulags (acrónimo ruso de la Dirección General de Campos y Colonias de Trabajo Correccional, que acabó aplicándose a todo el sistema de campos de trabajo, colonias y prisiones), adquirieron una siniestra notoriedad, de la que daría cuenta años después Aleksandr Solzhenitsyn. Los prisioneros eran obligados a trabajar en unas duras condiciones laborales y sanitarias en las obras públicas y la minería. Muchos de ellos decidieron suicidarse.

Los historiadores y los contemporáneos han formulado varias explicaciones sobre la trayectoria terrorista del régimen estalinista, apuntando tres enfoques que podrían ser complementarios: la pervivencia de la tradición policial de la época zarista, la progresión de las prácticas represivas de Lenin y la personalidad paranoica de Stalin. A este propósito, en 1956, Nikita Jrushchov, sucesor de Stalin,

en su «informe secreto» al Partido Comunista de la Unión Soviética, denunció los abusos, los crímenes, las deportaciones y las violaciones perpetradas por Stalin y los atribuyó a su personalidad desconfiada y enfermiza, que le hacía ver enemigos y espías por todas partes [138].

*

*

Desde los años veinte, políticos, escritores y periodistas españoles, como Fernando de los Ríos, Julio Álvarez del Vayo, Daniel Anguiano, Ángel Pestaña, Rodolfo Llopis, Sofía Casanova, Ricardo Baeza y Josep Pla, fueron a Rusia con el propósito de conocer la experiencia revolucionaria soviética, integrando lo que irónicamente denominaría Ernesto Giménez Caballero «la romería a Rusia». Veamos algunos de los testimonios que ofrecieron los viajeros.

Fernando de los Ríos, político, diplomático, jurista y catedrático, fue una de las figuras más relevantes del pensamiento socialista español. En el Congreso Extraordinario del PSOE de 1920 fue comisionado, junto a Daniel Anguiano, para viajar a la Unión Soviética con el fin de conocer de forma detallada la revolución y su implantación en la organización política, los planes económicos, la estructura administrativa, la vida sindical y la recepción de estos cambios por la ciudadanía. Todo ello debería servir para determinar si el PSOE optaba por ingresar en la III Internacional, fundada en 1919 por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), o continuaba en la II Internacional, que venía acogiendo a los partidos socialistas democráticos. Durante dos meses, los dos comisionados socialistas fueron observando en Petrogrado y Moscú la realidad de la vida soviética, que De los Ríos plasmó en su libro *Mi viaje a la Rusia Soviética* (1921). En diferentes capítulos del libro se resaltan las diferencias ideológicas y estratégicas que mantenían los socialistas y los comunistas en el primer tercio del siglo xx. El pasaje más conocido del libro es cuando, preguntado Lenin por cuál era el momento en el que pensaba conceder más libertad a los ciudadanos, realizó una larga respuesta rematada al final con un lacónico: «¿La libertad para qué?». Fernando de los Ríos refirió las dificultades de la implantación del nuevo sistema político y económico, defendió la aspiración a conciliar la libertad y la igualdad y propugnó «un socialismo que corresponda a

su interna finalidad: la comunidad de hombres libres en una sociedad económicamente disciplinada» [139]. En el congreso extraordinario celebrado por el PSOE en abril de 1921 triunfó la posición de Fernando de los Ríos contraria al ingreso en la III Internacional. Poco después, Daniel Anguiano, que había defendido la adhesión, se incorporó al Partido Comunista de España.

Ángel Pestaña, dirigente sindical, fue director de Solidaridad Obrera, órgano oficial de difusión de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Tuvo una actuación destacada en la huelga general de 1917, convocada por el Partido Socialista Obrero Español y la UGT, y apoyada en algunos lugares por la CNT. En el Congreso de la Confederación celebrado en 1919, fue designado para viajar a la Unión Soviética con la finalidad de conocer directamente la situación del país tras la revolución y presentar la adhesión de la CNT a la III Internacional. Su visión fue reflejada en el libro *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi* (1924), que sería ampliado con una segunda entrega en *Lo que yo pienso* (1929). Nada más llegar a Petrogrado y después a Moscú, Pestaña advirtió el uso abusivo de la propaganda, la proliferación de retratos de Marx, Lenin y Trotski y la retransmisión en el espacio público de los discursos de los dirigentes comunistas. Observador privilegiado, apreció en las calles una extendida sensación de tristeza, silencio y tedio. Las consignas oficiales decían que había que apretarse el cinturón, sufrir, no exigir nada y menos todavía las libertades. A su juicio, las «páginas negras» de la política bolchevique eran el excesivo fortalecimiento del poder del Estado, convertido en el nuevo patrón, la utilización partidista del sindicalismo, que conduciría a su desaparición, la represión practicada por la Checa y las confiscaciones obligatorias que sufrían los campesinos. Poco antes de regresar a España, mantuvo una entrevista con Lenin, en la que hablaron sobre el Estado, el comunismo y el anarquismo. Pestaña le manifestó con valentía y entereza los aspectos negativos que había observado y, sobre todo, su rechazo de la dictadura del Estado. El libro *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*, concluye así: «Sin apasionamientos, sin sarcasmos, sin injurias, hemos relatado lo que vimos durante nuestra estancia en Rusia» [140]. Ángel Pestaña fue el autor del informe presentado a la CNT que esta organización aprobó para romper con la III Internacional. Chaves Nogales se interesó por la evolución sindical de Pestaña, sobre todo cuando en 1933 creó el Partido Sindicalista y manifestó su disposición a participar en la vida

política y a renunciar a la violencia practicada por la Federación Anarquista Ibérica (FAI). En una entrevista que le realizó, el sindicalista manifestó: «Encerrarse en la acción directa y en la inhibición política del anarquismo es en estos momentos retrasar el mejoramiento de los trabajadores» [141].

Josep Pla, cuando finalizó la carrera de Derecho, se dedicó al periodismo y colaboró en *Las Noticias, La Publicitat, La Veu de Catalunya* y *El Sol*, en los que adquirió una gran notoriedad como cronista. Realizó numerosos viajes al extranjero, cuyas vivencias y observaciones plasmó en diferentes libros. Uno de ellos fue *Rússia (Notícies de l'URSS. Una enquesta periodística)* ['Noticias de la URSS. Una investigación periodística' [142]], que escribió con veintiocho años, cuando trabajaba como corresponsal de *La Publicitat*. Fue acogido durante su estancia en Rusia por Andreu Nin, político catalán, trotkista y traductor del ruso. Nada más cruzar la frontera advirtió que se encontraba en un país totalmente diferente de todos los que había visto hasta entonces. Paseando por Moscú, cuyo colorido le parecía una verdadera «ensalada de pimientos y tomates», le sorprendió el Kremlin, la iglesia de San Basilio y la abundancia de librerías, aunque la variedad de los libros ofertados era bastante limitada. Su mirada sobre la Revolución soviética, la política económica y la actuación de los dirigentes políticos está matizada por sus concepciones conservadoras. Según reconoció el propio Pla, *Rússia (Notícies de l'URSS)* es «un esquema —un esquema muy simple— de una construcción social y política determinada, llevada a cabo, en su país, por un grupo de intelectuales rusos, emigrados generalmente a Occidente, que profesan ideas socialistas anticonvencionales, es decir, comunistas. De esta construcción, se ven, en este esquema, con un poco de buena voluntad, las paredes y las vigas del techo, pero no sé si estas paredes y estas vigas son las de la estructura misma, es decir, las que aguantan y han aguantado el edificio que se ha tratado de construir y que todavía no está acabado, ni mucho menos» [143].

HERALDO DE MAD

Año XXXVIII.—Núm. 10.259 — Viernes 20 de julio de 1928

TEMAS ESTIVALES

MADRID, LA SIERRA Y EL ENCINAR DE EL PARDO

Dieciséis mil kilómetros de vuelo para HERALDO

CHAVES NOGALES VA A RECORRER EN AVION APROXIMADAMENTE LA MITAD DE KILOMETROS QUE EL COMANDANTE FRANCO EN SU VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

Anuncio de presentación del viaje europeo de Chaves Nogales que le llevó a recorrer media Europa y a conocer la sociedad bolchevique (*Heraldo de Madrid,* 20/7/1928).

Chaves Nogales también estuvo en Rusia, enviado por el *Heraldo de Madrid,* y plasmó sus observaciones y reflexiones en su libro *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* (1929); posteriormente, siguiendo sus reflexiones sobre la Rusia revolucionaria, publicó dos obras más: *Lo que ha quedado del imperio de los zares* (1931) y *El maestro Juan Martínez que estaba allí* (1934).

El primero de estos libros, *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja,* ofrece un amplio panorama de la realidad soviética a través de veintiséis crónicas publicadas en el *Heraldo de Madrid*, entre el 6 de agosto y el 5 de noviembre de 1928, ilustradas

con fotografías proporcionadas por la agencia Russ Photo. El reportaje, tal como el periodista lo denominó, estaba dirigido al «gran público», no a «especialistas documentados». Desde que comenzó a escribirlo, Chaves Nogales reivindicó un periodismo nuevo, renovado y civilizado que fuera capaz de atraer la atención de los lectores, como el que hacían Luis Araquistáin, Luis Bello o Julio Álvarez del Vayo. Asimismo, en el libro expresó su deseo de «exponer, desnudos de artificios, los pequeños hechos de la vida cotidiana», eludiendo «cualquier deseo de interpretación personal que pudiera haberme asaltado» [144]. Era consciente, por lo demás, de la dificultad de analizar, cuando había transcurrido tan poco tiempo, el complejo proceso revolucionario ruso, debatido con tantos prejuicios ideológicos.

La mirada penetrante de Chaves Nogales buscó la huella de la revolución y su envés, las consecuencias positivas y negativas, los avances y retrocesos. Declaró que conocer a León Trotski «era una de las cosas que más me interesaban de Rusia, [pero] no pude llegar hasta el lugar donde estaba desterrado [en Alma-Ata, cerca de la frontera de Asia]. Nadie podía llegar hasta él. La vigilancia de la GPU impedía todo contacto con el creador del Ejército Rojo» [145].

Como las ideas de Trotski estaban muy vigentes en los círculos de la oposición a Stalin, se había emprendido una campaña de descalificación que lo tachaba de derechista y contrarrevolucionario. Chaves Nogales habló, sin embargo, con sus seguidores y escribió, adelantándose a su asesinato: «Los miembros de la oposición llegaron a temer por su vida. Realmente, Trotsky es de esa clase de hombres que sólo pueden inutilizarse con la muerte» [146]. Juan Avilés, comparando las visiones de Chaves Nogales y de Álvarez del Vayo, afirma: «Varios españoles tuvieron ocasión de hablar a fondo con algunos comunistas disidentes. Especialmente lo hizo Chaves Nogales, que se mostró interesado por las tesis de la oposición trotskista, quedó convencido de que Trotsky encabezaba a aquellos verdaderos comunistas que se oponían a la conservadora burocracia del partido» [147].

Chaves Nogales observó atentamente las transformaciones económicas, sociales y políticas que se estaban operando en Rusia. Advirtió la apuesta de la Nueva Política Económica (NEP) por el desarrollo industrial y militar: «El culto a la industria, el fetichismo de la máquina es una de las características del sovietismo» [148]. La NEP promovió un modelo estatal de gestión planificada y centralizada,

pero mantuvo algunos aspectos del sistema capitalista y toleró el ejercicio del pequeño comercio, por considerarlo «un mal inevitable» que resolvía necesidades ciudadanas básicas [149].

Las transformaciones sociales presentaban luces y sombras. Pese a la pretendida política para la promoción de la igualdad, Chaves Nogales constata que estaban surgiendo diferencias sociales evidentes. Los dirigentes del régimen constituían una élite aristocrática: «Los comunistas han formado desde luego una especie de aristocracia que es la que rige hoy los destinos de Rusia. El acceso a esta clase es tan difícil como el acceso a cualquier aristocracia» [150]. Por otra parte, la prioridad concedida al desarrollo industrial había favorecido la creación de «una nueva burguesía: la de los técnicos, los hombres que saben que sus conocimientos son indispensables para el desenvolvimiento del régimen» [151]. A juicio de Chaves Nogales, los trabajadores vivían igual o peor que los de los países europeos capitalistas. Los dirigentes soviéticos habían dedicado casi todos los recursos al crecimiento económico y habían aplazado la mejora de las condiciones de vida de la población, pero, por otra parte, les habían concedido plenos derechos de ciudadanía, lo que les hacía sentirse protagonistas del régimen: En los diez años que han transcurrido después de la revolución, no se ha pensado en el mejoramiento del obrero, sino en el mejoramiento de la producción. Producir más, mejor y más barato, ha sido el lema de los directores soviéticos. Ya vendrá después el mejoramiento del obrero [152].

Así, el coste humano de la política industrial constituía uno de los aspectos negativos de la realidad rusa. Por otra parte, el proceso de creación de la nueva administración había multiplicado el personal burocrático y la normativa reguladora, a pesar de lo cual no se había conseguido una mejora de los servicios: Esta incapacidad administrativa de la nueva clase directora, se agrava al querer remediarla aumentando hasta el infinito el número de burócratas y dictando a diario centenares de disposiciones casuísticas que convierten la Administración en una maraña inextricable. Esto es lo que ve el viajero, y de ello deduce el fracaso de la revolución [153].

A juicio del periodista, el reconocimiento de los derechos laborales, jurídicos y civiles de la mujer era uno de los avances más positivos: Todas estas conquistas dan un aire bizarro y satisfecho a las mujeres […]. Están tan orgullosas de sus conquistas que por nada del mundo volverían al régimen anterior. Este fervor revolucionario es tal, que cierran los ojos a la realidad y ni siquiera ven las terribles dificultades

materiales con que tropiezan en la situación actual de Rusia para el desenvolvimiento de su vida [154].

En cambio, el problema de los niños abandonados representaba una de las mayores deficiencias: La espantosa mortandad producida en Rusia, primero por la guerra, después por la revolución y finalmente por el hambre de 1921, creó este pavoroso problema de los niños abandonados […]. Millares de chiquillos de ocho, diez o doce años, iban a través de Rusia emigrando en bandadas hacia el sur como las golondrinas cuando se aproximaba el invierno, y retornando en primavera a Moscú y Leningrado […]. Han crecido y se han hecho hombres en el más absoluto abandono. ¿Qué se va a hacer con estos hombres criados como fieras? Incorporarlos ahora a la vida social es punto menos que imposible [155].

Según Chaves Nogales, el proceso revolucionario no volvería atrás en los años venideros: «El poder soviético está definitivamente consolidado» [156]. Pero también apreciaba que la victoria de Stalin sobre Trotski había promovido la extensión de «un formidable nacionalismo», alejado de los verdaderos principios comunistas [157]. El Gobierno había llevado a cabo una flexibilización económica favorable a la burguesía y al campesinado. Así, «las conquistas revolucionarias van sucumbiendo ante la necesidad de defender el régimen» [158]. Esta dinámica generaba diferentes posiciones en los dirigentes políticos, pero había «una inmensa masa popular dispuesta a todo trance a defender el régimen y a impedir toda reacción capitalista o pequeño burguesa» [159]. Y ello sucedía porque el comunismo en el poder representaba algo muy importante para la mayoría ciudadana: «la paz, el orden, el fomento de la riqueza nacional, la garantía de la independencia nacional…» [160].

Chaves Nogales resaltó la excelente organización de la policía soviética:

> Los sóviets tienen hoy la mejor policía del mundo. Es tan buena, está tan maravillosamente organizada, que ni siquiera se advierte su existencia […]. Después he tenido la ocasión de comprobar la omnipresencia de los agentes de la GPU. Lo ven todo y lo saben todo. Su *poder* es omnímodo en Rusia [161].

Los dirigentes soviéticos presentaban a Rusia como «el país más militarista y más formidablemente armado del mundo» [162]. Pero esto no era posible por su atraso industrial y tecnológico, que limitaba la capacidad militar efectiva. Realmente, se propagaba este discurso para

avivar el nacionalismo y fomentar la cohesión ante el enemigo exterior. El militarismo, según Chaves Nogales, era «uno de los aspectos más desagradables de la Rusia soviética» [163]. El periodista comprendió de inmediato que la GPU y el ejército eran los principales instrumentos de Stalin para reforzar y mantener el poder político.

También se percató de que la actividad de los medios de comunicación estaba totalmente controlada por el Gobierno. A su juicio, los redactores-jefes de los periódicos eran políticos que se limitaban a publicar las noticias favorables a Moscú: En el régimen comunista, los periódicos […] no son más que escuderos de la revolución. Se les ha podado implacablemente todo aquello que pudiera ser una reminiscencia burguesa y se les ha convertido en boletines oficiales del Gobierno [164].

Reportaje sobre el papel de las mujeres en la Rusia bolchevique que forma parte de la serie *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* (1929 (*Estampa*, 16/4/1929): «Son las mujeres las que llevan la voz cantante de la revolución, a pesar de que fueron ellas

las que más duramente sufrieron las consecuencias del cambio de régimen. Las primeras arremetidas del comunismo fueron contra todos los atributos de la feminidad».

Según Chaves Nogales, el retorno de los zares o la implantación de una democracia liberal a la europea no se produciría en el futuro inmediato. La instauración del régimen comunista había sido precipitada, con pasos hacia delante y hacia atrás, y el pueblo había pagado las consecuencias, pero el cambio era irreversible: Hoy existe en Rusia una generación que no concibe la existencia sino dentro del régimen comunista […]. Después de diez años de experiencia comunista no será posible en Rusia ningún otro Gobierno [165].

La mayoría de los viajeros europeos tenía una visión negativa de la realidad soviética, llena de fallas y grietas, que desvelaba una percepción superficial, que alejada de la realidad, no captaba los logros alcanzados. Chaves Nogales tenía una opinión más matizada según la cual los dirigentes soviéticos habían realizado un notable esfuerzo para cambiar las estructuras económicas, políticas y culturales. A su juicio, la reconstrucción de esta sociedad, «no terminada aún, es, a pesar de todas sus fallas, una obra formidable» [166].

En suma, *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* ofrece a los lectores informaciones y reflexiones sobre las transformaciones que se estaban operando en la Rusia soviética, resaltando aspectos significativos como el desarrollo del nuevo sistema industrial, la mejora de las condiciones de los campesinos, los derechos reconocidos a las mujeres, los privilegios de los militantes del partido, la represión policial, la creciente burocracia administrativa y la carencia de libertades. Desde su perspectiva liberal y democrática, Chaves Nogales muestra los claroscuros de la experiencia revolucionaria: En la reconstrucción de un país tan vasto como Rusia, que ha pasado por un periodo revolucionario de veinte años, por una guerra imperialista, por la desaparición del Estado autócrata y la instauración de la dictadura del proletariado, por la sequía y el bloqueo, es imposible ya juzgar qué males son imputables a la incapacidad o mala voluntad de sus directores y cuáles son los que obedecen al encadenamiento fatal de los hechos [167].

En todo caso, resaltó la importancia de garantizar los derechos humanos:

> El demócrata, el hombre liberal, el socialista, el humanitarista, en fin, ¿pueden aceptar este colapso de sus ideales que se llama dictadura del proletariado como etapa obligada de la lucha de clases para el advenimiento de una sociedad mejor? En síntesis: ¿El amor hacia el pueblo debe llevar hasta el extremo de sacrificarlo? O, utilizando las grandes palabras míticas: ¿Para la redención hay que pasar por la crucifixión? [168].

Por lo demás, Chaves Nogales recomendó «estar atento al desenvolvimiento de los hechos, pesando y sopesando las responsabilidades de cada uno de los factores que han intervenido en la terrible experiencia que se está haciendo en la carne viva de un pueblo de ciento cuarenta millones de habitantes, sin desechar la posibilidad del alumbramiento de una nueva humanidad, pero sin perder de vista al mismo tiempo que puede haberse errado la senda» [169].

María Isabel Cintas afirma que «el viaje de Chaves por Europa no fue un inocente paseo turístico [...]. El periodista dijo claramente lo que quiso decir, [...] que Rusia no era el paraíso que muchos pretendían, pero tampoco el infierno que deseaban otros. En definitiva, que los extremismos son malos, pero todavía peor era la ignorancia o la evasión de la realidad. Y, como siempre, su ánimo premonitorio y analítico fue capaz de ver que la amenaza de una nueva guerra se vislumbraba en el horizonte» [170].

En esta obra aparecen, según Juan Marqués, los aspectos esenciales de Chaves Nogales: «aparte de la calidad literaria, que aquí alcanza lo magnífico, está su extrema perspicacia a la hora de interpretar su presente, su a veces pasmosa capacidad profética, esa tenaz e infatigable curiosidad que lo llevó a escrutar todos los rincones de su tiempo o su firme compromiso con la democracia y las libertades, que le ayudó a discernir con sensatez e inteligencia lo que casi nadie supo o pudo o quiso distinguir en aquellos años» [171] .

Ignacio F. Garmendia destaca la transmisión de «una visión ponderada que no excluye algunos razonados elogios. Su desprejuiciado análisis de lo que ve u oye muestra una ecuanimidad extraordinaria, ya proverbial, que muy pocos de los que se enfrentaron al espejismo soviético reflejaron con tanta lucidez» [172]. Por lo demás, resalta el firme propósito del periodista, en aquellos tiempos oscuros, de alejarse de las ideas mesiánicas y «no ser esclavo de las verdades reveladas» [173].

*

El siguiente escrito en el que Chaves Nogales trató los hechos y las consecuencias de la Rusia revolucionaria fue *Lo que ha quedado del imperio de los zares,* una serie integrada por veinticuatro reportajes sobre los emigrados rusos en París, publicada en *Ahora* entre el 27 de enero y el 22 de febrero de 1931. El periódico *Ahora* quería ampliar el número de lectores y los asuntos relacionados con los exiliados rusos suscitaban un gran interés. Poco después, la editorial Estampa los editó en formato de libro, dado el interés mostrado por los lectores. Unos días antes, Estampa presentó un avance de los contenidos: Preferentemente se destacan en esta serie de informaciones las vidas de los emigrados que han tenido una intervención extraordinaria en la guerra y la revolución, convirtiendo el relato de sus aventuras en verdaderas aventuras folletinescas de un interés dramático insuperable. Todos los relatos son, no obstante, absolutamente ciertos, y su veracidad ha sido escrupulosamente comprobada. Estas narraciones se completan con referencias exactas de la existencia que después de la revolución han llevado los personajes más importantes de la corte, hasta el extremo de que no hay un miembro de la familia Románov de cuya vida en la emigración no se dé noticia.

> El reportaje no se limita a los miembros de la familia imperial, sino que por él desfilan todas las clases sociales de la emigración. Chaves Nogales ha escogido el tipo más representativo y de vida más aventurera y dramática; así aparecen reflejados los sufrimientos de los generales, jefes y oficiales del ejército, la tragedia de los sacerdotes ortodoxos, las privaciones de los estudiantes, las dificultades de los artistas, etc., *etc.* Figuran, además, en el reportaje *intervíus* con todas las personalidades rusas de fama mundial, desde el gran duque Cirilo, proclamado emperador, hasta el metropolitano Eulogio, jefe de la iglesia ortodoxa en el extranjero, y desde la antigua amante del zar, Matilda Kschessinskaya, hasta Kérenski [174].

En estos reportajes, Chaves Nogales hace un trabajo de periodismo histórico que retrata, a la manera galdosiana, los rasgos físicos y psicológicos de los refugiados rusos, recupera su memoria y les da voz para que expresen sus experiencias, todo ello integrado en un relato coherente en el que se rememoran los principales hitos del ocaso de la monarquía zarista, la revolución y la guerra, así como la penosa situación de los emigrados. La diáspora rusa comenzó en 1917, tras la Revolución de Febrero. Su destino inicial fue Japón y el Cáucaso. Decretado en 1919 el cierre de fronteras por los dirigentes soviéticos, los exiliados se concentraron mayoritariamente en los países europeos limítrofes. La guerra civil provocó nuevas oleadas de exiliados que se marcharon a Turquía, Alemania y Francia.

Chaves Nogales se interesó especialmente por Aleksándr F. Kérenski, abogado y líder socialrevolucionario, que desempeñó un papel destacado en el derrocamiento del régimen zarista. Como se ha indicado, fue primer ministro y figura principal del Gobierno provisional instaurado tras la Revolución de Febrero de 1917. Consiguió hacer fracasar el golpe conservador de Kornílov, pero fue derrocado por Lenin en la Revolución bolchevique de Octubre. Chaves Nogales realiza el relato en primera persona para mostrar los sentimientos y los pensamientos del entrevistado. Su retrato de Kérenski desvela sus rasgos físicos, su personalidad y sus recuerdos: De ojos claros, alto, desgarbado y de aspecto cansino, que redacta todas las semanas un periodiquito pobre, en un barrio apartado de París. Kérenski da la impresión del que está ausente; tiene algo de sonámbulo, de hombre atento a un rumor distante. Sus ojos, con ese guiño característico del miope sin lentes, miran siempre a un punto lejano. Sus oídos conservan, acaso, el eco de las fusiladas en las calles de Petrogrado, del clamor de las masas revolucionarias o del galope de los jinetes rojos lanzados en su persecución. No sé; pero salta a la vista que es un hombre absorbido por algo que, desde luego, no es el momento de ahora [175].

En la entrevista, Chaves Nogales le instó a contar las vivencias, actitudes y preocupaciones que tuvo en los últimos días de Gobierno, las relaciones con la familia real, las matanzas revolucionarias y el trabajo como redactor-jefe del periódico ruso que publicaba en París: Mientras habla, yo escucho un poco sobrecogido sus discretas palabras. Este hombre tiene para mí el prestigio de ser la personificación más completa de una tragedia, vieja como el mundo; la lucha de lo consciente con lo inconsciente. Kérenski es el caso patético del hombre inteligente cogido por el engranaje de hechos monstruosos, superiores a toda previsión intelectual [176].

Kérenski refirió con dramatismo aquella encrucijada política en la que se decidía el futuro de Rusia: Apenas entré en el salón de la biblioteca de la Duma me vi envuelto en un torbellino de gente que discutía y gritaba […]. Fueron cuatro días horribles. Cuatro días sin dormir ni comer; cuatro días en los que permanecimos ajenos a todo lo que no fuese el peligro que corría nuestra patria, debatiéndose en el caos y la sangre [177].

Y más adelante, el periodista comenta la actitud mantenida por el personaje en aquella difícil circunstancia: Se le ve con una gran

transparencia en aquel caos de la revolución rusa aferrado a sus convicciones intelectuales, sensato, realista, valiente, procurando en vano mantenerse en el fiel de la balanza, queriendo ser ecuánime cuando se habían desatado todas las fuerzas del mal y la ecuanimidad era un delito… [178].

A fin de reflejar diversas visiones del proceso revolucionario, Chaves Nogales se entrevistó con Pável N. Miliukov (1859-1943), fundador y líder del Partido Democrático Constitucional, de orientación liberal reformista, cuyos miembros eran los kadetes. Cuando lo encontró en una humilde casa de un barrio periférico de París, vio a «un buen viejo, de rostro sereno y sonrosado, blancos el pelo y el recortado bigote, amigable el gesto, reposado el ademán, curiosos los ojos. Son los setenta y dos años de Miliukov» [179].

Miliukov, profesor de ideas liberales, a principios del siglo ejerció el periodismo político en San Petersburgo y fue encarcelado a causa de sus ideas democráticas. Sus artículos criticaron el inmovilismo del régimen zarista, incapaz de atender las demandas ciudadanas. En 1907 accedió a la Duma, donde a lo largo de una década pronunció discursos memorables. Tras el inicio de la Gran Guerra, evolucionó desde un liberalismo integrador hacia una política patriótica de defensa nacional. Iniciado el proceso revolucionario, fue designado por el Gobierno provisional ministro de Negocios Extranjeros.

Sobre su papel en los compases iniciales de la Rusia revolucionaria, comenta Chaves Nogales: Miliukov, el hombre que tiró la piedra al lago, quiere aquietar ahora sus aguas revueltas. El 15 de marzo se dirige de nuevo a las masas desde el palacio de Táuride para aconsejarles prudencia. El déspota está derribado. Ya basta [180].

En aquella circunstancia, defendió la instauración de una monarquía liberal encabezada por el gran duque Miguel Alexándrovich, pero fue arrollado por el proceso revolucionario:

Lo que ha quedado del Imperio de los Zares

EL JEFE DEL PARTIDO CONSTITUCIONAL, PROFESOR MILIUKOV, QUE PROVOCO LA REVOLUCION Y SE ASUSTO LUEGO

Lo que ha quedado del Imperio de los Zares

El metropolita Eulogio jefe de la Iglesia Ortodoxa Rusa en la emigración dice...

...vían pasar las ...acontecimien... ...rvenir. Yo ex... ...ni confianza en ...idas acabarían ...y acatarían su... ...a el tiempo y ...r. Cuando por ...arse grupos de ...acio de Tauri... ...eron a avisar... ...llegan sus tro... ...n poco perple...

...periodistas me ... publicar una ...noticias de la ... no pude me...

...usted, Alejan... ...e dijo un re... ...ue a estas ho... ...nte en Rusia? ...cree que aque... ...adulación sin...

...hora Kerenski ...itch Kerenski ...abla en su des... ...e del periódico...

[*Arriba, izq.*] Chaves Nogales entrevistando a Pável N. Miliukov (1859-1943), fundador y líder del Partido Democrático Constitucional, de orientación liberal reformista, cuyos miembros eran denominados kadetes (*Ahora,* 31/1/1931). [*Arriba, der.*] Entrevista al metropolitano

Eulogio, jefe de la Iglesia ortodoxa rusa en la emigración (*Ahora,* 6/2/1931). [*Abajo*] Chaves Nogales en un momento de la entrevista a Aleksándr F. Kérenski, abogado y líder socialrevolucionario, que desempeñó un papel destacado en el derrocamiento del régimen zarista (*Ahora,* 1/2/1931).

> El 8 de mayo, Miliukov salía del Gobierno y entraban en él los representantes de los sóviets. El profesor liberal había perdido la batalla, y Rusia se había perdido para la causa del liberalismo [181].

Exilado en París, su periódico, *Poslednie Novosti* [‘Últimas Noticias›], publicado en ruso entre 1920 y 1940, se convirtió en un centro de ayuda material y moral a los refugiados rusos: —¿Cómo cree usted entonces que se acabará con el bolchevismo? [pregunta Chaves Nogales]

> —El innegable fracaso de las utopías comunistas irá debilitando poco a poco el monopolio político del partido bolchevique. El deber de la democracia rusa es ayudar a este proceso interior y preparar la organización democrática que salvará a Rusia. No recomiendo la paz con los bolcheviques, ni la espera pasiva de los acontecimientos, sino el abandono de las utopías [182].

Durante su estancia en Rusia en 1928, Chaves Nogales advirtió la pervivencia de las prácticas religiosas, a pesar de la política laica impulsada por los Gobiernos soviéticos. Con el propósito de profundizar en ello, mantuvo una entrevista con el metropolitano Eulogio, jefe de la Iglesia ortodoxa rusa en la emigración. El encuentro tuvo lugar «en una salita íntima, con muchos encajes y pañitos bordados y muchas estampitas de santos pegadas en las paredes, en la que el imponente jerarca, ante una mesa camilla, despojado de la tiara y con las gafas colgadas en la punta de la nariz, aparecía —he de decirlo sin asomo de burla— con la emocionante sencillez de una solterona piadosa, envuelta en su bata de raso brillante» [183]. Eulogio resaltó la fortaleza de la religiosidad del pueblo ruso: A pesar de las persecuciones sufridas, la Iglesia continúa firme y el pueblo ruso sigue siendo creyente, no obstante, la desorganización de los servicios religiosos, que a duras penas consiguen mantener algunos jerarcas que siguen en Rusia, expuestos cada día a viles atropellos. En Rusia, la cristiandad representa una fuerza secular con una capacidad de sacrificio acreditada por los mártires ortodoxos desde los primeros siglos del cristianismo. Esta capacidad de sacrificio se revela ahora de nuevo [184].

Eulogio reconoció el esfuerzo que estaba realizando el Movimiento de los Estudiantes Cristianos Rusos para luchar contra el ateísmo y conquistar a los jóvenes. Por lo demás, uno de sus principales anhelos

era la unión de las diferentes Iglesias: Lo fundamental es la unión con otras Iglesias. Hay que esperar a que se produzca la unión de todas las Iglesias cristianas contra el ateísmo. No quiere esto decir que cada una no conservase su independencia de dogma canónico […]. No; en la posible unión de las Iglesias cristianas cada una conservaría su independencia, pero podrían desarrollar un trabajo combinado de acción política. Yo espero con ansia el momento feliz de ver a toda la cristiandad unida luchando contra el ateísmo. ¿Será posible? [185].

Por lo demás, hay que destacar la entrevista con Alexandra Balanshova, primera bailarina del Gran Teatro Imperial de Moscú, que se vería obligada a cambiar sus diamantes por alimentos durante el régimen bolchevique y que realizó con su familia una arriesgada huida a Francia. Su palacio de Moscú fue concedido a la famosa bailarina Isadora Duncan, quien «con una saña feroz, que sólo las mujeres y más, las artistas, sabemos comprender», se dedicó a saquear y destruir su antigua propiedad. En París conoció el arte flamenco: «Ahora he descubierto que el baile flamenco es una maravilla, y quiero a todo trance aprenderlo. Voy a ver si Vicente Escudero quiere darme unas lecciones» [186].

En suma, Chaves Nogales, en *Lo que ha quedado del imperio de los zares,* ofrece un panorama de la compleja situación de los refugiados rusos y les da voz para que transmitan su visión del proceso revolucionario y del futuro inmediato. Como afirma el periodista en el epílogo: Hemos contado cómo viven, cómo conquistan el pan de cada día y cómo procuran salvar sus características raciales en esta gran catástrofe de la emigración. Dejemos ahora a cualquier desocupado sociólogo la tarea de deducir las consecuencias de este hecho social que nosotros, reporteros, no hacemos más que reseñar lo más amenamente posible [187].

A pesar de su aparente modestia, fue mucho más allá, ya que los reportajes reflejan, con cierta compasión, la nostalgia producida por el exilio, las incógnitas sobre el retorno y el paulatino derrumbe de los sueños.

En una breve reseña aparecida en el diario *El Sol,* con motivo de la publicación del libro, se destacaba el talento del autor con estas palabras: Manuel Chaves Nogales, subdirector de nuestro querido colega *Ahora,* no necesitaba ciertamente acreditar su alta calidad de reportero y su vibrante condición de escritor. Su reciente libro, *Lo que queda del imperio de los zares* [sic], viene a fortalecer, mejor aún, a

subrayar aquella calidad y aquella condición con firmes pruebas de su talento, en el que se funden la perspicacia periodística, el discernimiento crítico y la diafanidad de la expresión literaria. Felicitamos con toda cordialidad al querido camarada [188].

La crítica actual también ha acogido favorablemente *Lo que ha quedado del imperio de los zares*. En este sentido afirma Fernando Iwasaki: «Chaves Nogales tenía un talento extraordinario para convertir la tragedia de aquellas rumbosas criaturas arruinadas en una épica moderna y elegante, como la de la bellísima princesa Nina Jorgievna, dependienta de unos lujosos almacenes de la Quinta Avenida en Nueva York […]. Si Chaves Nogales hubiera podido leer *Lolita*, *Mashenka* o cualquiera de las primeras obras de Nabokov, sin duda que habría sido un lector privilegiado de aquellas novelas que esparcían una pátina de cómica piedad sobre lo que había quedado del imperio de los zares» [189]. En esta línea, Juan Antonio Rodríguez ha resaltado, asimismo, la exploración de las vivencias y la libertad de pensamiento: «El *leitmotiv* implícito del libro radica mucho más en la exploración de la vivencia del exilio que en la descripción poliédrica de lo que fue la Rusia zarista. Por eso su crónica se compone esencialmente de estampas, es decir, de fragmentos de fragmentos […]. Queda, como supremo acierto de *Lo que ha quedado del imperio de los zares,* ese ejercicio de sosegada libertad de pensamiento y de acción que la impregna. Desde la primera página hasta la última» [190].

Por lo demás, Antonio Muñoz Molina llama la atención sobre el desamparo de los refugiados que sobrevivían sin integrarse en los países de acogida: «Con su sensibilidad tan afinada para comprender a los marginados y los expulsados, Chaves Nogales dedicó centenares de páginas en el periódico y luego en un libro a los rusos huidos de la revolución soviética que en los años veinte pululaban sin destino, sin pasaporte y casi siempre sin oficio seguro por las capitales de Europa, sobre todo en París y en Berlín: “El ruso es el judío errante de nuestro tiempo. Expulsado de su patria por el bolchevismo, recorre el mundo como alma en pena arrastrando su miseria y su desamparo sin fundirse jamás con los demás pueblos”» [191].

*

En 1934 Chaves Nogales retomó el tema de la Revolución soviética con la publicación de *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, cuyo

subtítulo era *El triunfo del bolchevismo y la guerra civil en Rusia, vistos y vividos por un bailarín de flamenco*. Se trata de veintisiete reportajes que aparecieron en la revista *Estampa* entre el 17 de marzo y el 15 de septiembre, ilustrados con fotografías del protagonista y con ilustraciones de Francisco Rivero. *Estampa* lo anunció como un *folletín-reportaje* de las dramáticas aventuras del artista flamenco: Trátase de una verdadera novela de aventuras, vivida por unos personajes de carne y hueso, unos artistas españoles a los que aquellos acontecimientos pavorosos cogieron de lleno, convirtiéndoles en espectadores y, a veces, en actores de la gran tragedia del pueblo ruso [192].

Estampa

Un emocionante folletín de Estampa

"EL MAESTRO JUAN MARTÍNEZ QUE ESTABA ALLÍ"

(El triunfo del bolchevismo y la guerra civil en Rusia, vistos y vividos por un bailarín flamenco)

LA semana próxima comenzará a publicar ESTAMPA un emocionante folletín, en cuyos capítulos se recogen sensacionales episodios de la época más intensamente dramática que registra la historia de la Humanidad: la revolución bolchevique.
Este folletín-reportaje, rigurosamente inédito, escrito para ESTAMPA por

Manuel Chaves Nogales

es un testimonio auténtico, y en todas sus partes verosímil, de lo que fueron los años de la revolución bolchevique y la guerra civil en Rusia. Trátase de una verdadera novela de aventuras, vivida por unos personajes de carne y hueso, unos artistas españoles, a los que aquellos acontecimientos pavorosos cogieron de lleno, convirtiéndolos en espectadores y, a veces, en actores de la gran tragedia del pueblo ruso.

Las dramáticas andanzas del bailarín español Juan Martínez y su mujer, desde 1916 hasta 1934, por la Rusia de Nicolás II, de Kerenski y, finalmente, de Lenin, tienen tal fuerza patética, tal emocionante dramatismo, que su relato supera en interés a todas las creaciones literarias de pura fantasía.

"El maestro Juan Martínez que estaba allí"

es una novela absolutamente verídica: es el verdadero folletín de nuestro tiempo, en el que la vida intensa y catastrófica de la época revolucionaria supera en emoción a las creaciones de la fantasía más desbordada. Manuel Chaves Nogales ha sabido recoger en este folletín-reportaje la vida novelesca de

estos dos españoles, perdidos en el caos de la revolución soviética. El español Juan Martínez y su mu hambrientos, perseguidos, maltratados, amenaza de muerte a cada hora, cruzan en las páginas de folletín sensacional a través del gran cataclismo Imperio de los Zares.
El bailarín Martínez no es marxista ni antimarxis lo ignora todo, y habla de la revolución tal como ha visto; tal como la ha vivido. Cuando va a ser sillado o cuando le encierran en las prisiones de Checa, él no sabe qué partido político le quiere fus o le encarcela, ni si doctrinalmente tiene éstos o a las razones para hacerlo. Cuenta únicamente lo ha visto, lo que ha sufrido, lo que ha luchado al v cogido en aquel espantoso torbellino de crueldad.
Este folletín-reportaje no es un alegato más en o en contra de la revolución social, sino lo que d revolución social ve limpiamente un hombre de t sentido, español, españolísimo, que reacciona siem con una fidelidad absoluta a nuestro modo de nacional.
Aparte su interés folletinesco, este reportaje tiene estos momentos un extraordinario interés de actu dad, porque dice claramente a los españoles

Cómo es una revolución social

Lea usted ESTAMPA y tendrá una sensación clara, recta, comprensible, de lo que fué la revolución so en Rusia. Ninguna interpretación doctrinal de los chos; la vida, la vida atormentada, folletinesca, el caso ruso de un sencillo hombre del pueblo, siente y piensa como muchísimos españoles. Los sodios de este maravilloso folletín de la realidad drán espanto y ternura en el ánimo de cuantos lean y sigan las aventuras de nuestro pequeño patriota, cuya figurilla simpática, cogida en el tice del cataclismo ruso, se debate en gigantes olcadas de sangre.
Pronto el primer capítulo de

"El maestro Juan Martínez que estaba allí"

La novela de la realidad que supera a todos los folletines,
por
Manuel Chaves Nogales

Anuncio editorial de la publicación del «emocionante folletín» *El maestro Juan Martínez que estaba allí* por Manuel Cahves Nogales (*Estampa*, 10/3/1934).

Cuando Chaves Nogales se encontraba en París en 1930,

analizando la situación de los exiliados rusos, concibió la idea de escribir *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. En aquel tiempo, el barrio de Montmartre acogía los espectáculos de flamenco de Vicente Escudero, Joselito, Antonia Mercé y otros destacados artistas. Una noche acudió al cabaret Sevilla y conoció a Juan Martínez, bailarín flamenco, que contaba con criterio y desparpajo anécdotas de sus actuaciones ante diversas personalidades de países europeos y asiáticos y sus experiencias en aquellos tiempos convulsos. Chaves Nogales quedó tan impresionado que volvió a reunirse con él unos días después, escuchó sus relatos y decidió darle voz para transmitir sus experiencias.

El 26 de junio de 1914, poco antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, Juan Martínez y Sole, su mujer, comenzaron una gira artística por Turquía, Bulgaria, Rumanía y Rusia. En Moscú quedaron atrapados por la revolución. Procurando esquivar los enfrentamientos, viajaron a Kiev, Minsk, Gómel y San Petersburgo, para terminar volviendo a Moscú. En los sucesivos reportajes van apareciendo personajes reales españoles de su entorno artístico que procuraban prestarse ayuda en aquellos momentos difíciles: los hermanos Fernández, payasos; Pepe Ojeda, bailarín, y la Catalanita, su mujer; Antonio Zerep, *clown* y uno de sus mejores amigos; los Gerald, bailarines; y las hermanas *Andalucía.* Asimismo, van surgiendo a lo largo de los reportajes importantes personalidades rusas como el zar Nicolás II, Obolensky, Rasputín, Kérenski, Lenin, Trotski, Petliura y Denikin.

Acerca de la estructura y el tono del texto, comenta María Isabel Cintas: «Es un reportaje novelado de la realidad histórica en el que la vida es capaz de superar a la ficción más disparatada. Martínez era un ser de carne y hueso, y también real era el fondo sobre el que su historia se articula. Pero, al no ser este personaje parte implicada en lo sentimental de la contienda —solo la casualidad hace que viva los acontecimientos y se encuentre atrapado por ellos—, el distanciamiento crítico permitía al escritor poner un velo de ironía a las situaciones […]. La prosa es ágil y el lector se siente atrapado por la amenidad, la rapidez con que ocurren los hechos, la sencillez en la exposición y la gracia no exenta de profundidad de que el periodista hace gala en uno de los folletines-reportajes más clarividentes de un momento en que este género gozaba de un gran respaldo popular» [193].

Desde el presente, a principios de los años treinta, Chaves Nogales

construye un relato del pasado de Juan Martínez, con digresiones históricas y apuntes personales. La estructura tiene un perfil periodístico moderno: una escena principal en la que se desarrolla la entrevista con escenas secundarias que conducen a momentos del pasado de la revolución, relatada como una suma de detalles y anécdotas que introducen al lector en la acción y le ponen en la piel del protagonista. La técnica utilizada, a juicio de comentaristas actuales [194], anticipa el estilo del nuevo periodismo americano surgido en los años cincuenta, de Truman Capote, Tom Wolfe o Norman Mailer.

La voz de la narración es la del propio Juan Martínez, el protagonista, pero el relato marco que da coherencia a la estructura narrativa está escrito por el periodista. Tras una breve referencia al lugar donde vive, muestra sus rasgos físicos y personales: Martínez es flamenco, de Burgos, bailarín. Tiene 43 años, una nariz desvergonzadamente judía, unos ojos grandes y negros de jaca jerezana, una frente atormentada de flamenco, un pelo requetepeinado de madera charolada, unos huesos que encajan mal porque, indudablemente, son de muy distintas procedencias —arios, semitas, mongoles—, y un pellejo duro y curtido como el cordobán […]. Bailarín, hijo de bailarín, granujilla madrileño y castizo, con arrequives de pillo de playa andaluza, pero muy mirado, de una peculiar hombría de bien y una moral casuística complicadísima, había robado a Sole —una moza de pueblo, alegre y bonita como una onza de oro— y se había ido con ella a París de Francia. […] Se embarcaron en Marsella con rumbo a Oriente. Era el 16 de junio de 1914. Cuarenta días antes de que estallase la Gran Guerra [195].

Desde este momento, Chaves Nogales le cede la palabra y el peso del relato al bailarín —lo que se conoce como punto de vista en tercera persona—, que comienza a relatar sus experiencias, pensamientos y sentimientos, tratando de suscitar el interés del lector: No me he resignado nunca a ser atropellado ni he podido sufrir sin sublevarme, aunque haya estado a punto de costarme el pellejo muchas veces, esto de que los fuertes abusen de los débiles [196].

Los reportajes combinan el empleo de una escritura elaborada y otra de estilo popular: «El bulle bulle distante y sordo», «el chas-chas de las cartucheras cargadas»… A veces, introduce expresiones castizas, de cierta doblez, características de los ambientes flamencos, que aportan frescura y verosimilitud a la narración. Chaves Nogales habría

podido construir un relato coral, que incluyera también los testimonios de Sole y los demás artistas, pero prefirió que Martínez contara su vida y sus vivencias, dejando a los demás personajes en un plano secundario.

El bailarín describe el curso de la Revolución de Febrero de 1917 de una forma directa y trepidante: Entré en Petrogrado con el ánimo del que se mete en la boca del lobo […]. Di muchas vueltas de un lado para otro, huyendo siempre de los lugares donde se peleaba. No podía pasar por ninguna parte. En una de aquellas revueltas me encontré con un grupo de soldados y obreros armados que venían por el centro de la calle cantando y gritando. Me dijeron que acababan de asaltar el Palacio de Invierno […]. Al oscurecer, la lucha se generalizaba […]. Eran luchas a muerte en las que no se daba cuartel [197].

Martínez descartó partir hacia España con un grupo de evacuados por la embajada porque decidió ir a Moscú con el fin de reunirse con Sole. Después, para alejarse del escenario de los conflictos, se marcharon los dos a Kiev, donde se habían refugiado muchos burgueses de Petrogrado y Moscú. Allí tuvieron la suerte de encontrar trabajo y vivir un tiempo de paz, alegría y derroche, realizando *tournées* por Gómel y Baronij, que permanecían ajenas a la revolución y la guerra.

Juan Martínez vivió en Moscú los acontecimientos de la Revolución de Octubre: «A mí, la toma del poder por los bolcheviques, los famosos diez días que conmovieron al mundo, me cogieron en Moscú vestido de corto, bailando en el tablado de un cabaret y bebiendo champaña a todo pasto» [198]. Esto no le impidió tener conciencia de la feroz lucha que se estaba librando: «Nueve días terribles, en los que no dejamos de oír el fuego de fusilería, de ametralladora y de cañón por los cuatro costados de Moscú» [199]. Después, advirtió que los disparos se iban apagando y que cesaba la lucha: ¿Qué pasa? ¿Quién ha vencido? No tardamos mucho en saberlo. En lo alto de la Tverskaia apareció un piquete de hombres armados que avanzaban caminando despacio por el centro de la calle con los fusiles en bandolera, los capotes destrozados y manchados de sangre, las barbas crecidas, la pelambrera revuelta, llenos de barro hasta la cintura, descalzos unos, destocados otros, desgarrado el cuello de la camisa los más. Toda la calle era para ellos. Eran los vencedores. Eran los rojos [200].

Una nueva etapa política, totalmente diferente, comenzaba en Rusia. «Y nos encontramos de golpe y porrazo viviendo en pleno régimen soviético […]. De la noche a la mañana pasamos de un

mundo a otro» [201]. Enseguida, los jefes bolcheviques acometieron la construcción del nuevo régimen, pero su pretensión era sumamente compleja: Querían meter las narices en todas partes y se pusieron a trabajar con tan buena fe y tanto entusiasmo que, aunque no se quisiera, se les tomaba simpatía […]. Los bolcheviques hacían a toda prisa inventarios, requisas, transportes e instalaciones de cooperativas, y la gente se moría de hambre a pesar de aquellos buenos propósitos [202].

Tras ocupar el poder en Kiev, apreció «que cada vez venían mejor organizados, más certeros, con un sistema más exacto para la ejecución de sus propósitos revolucionarios» [203].

Sole, con su habitual sensatez y pragmatismo, convenció a su marido de la necesidad de integrarse, con la ayuda de los artistas españoles, en el Sindicato de Artistas de Circo: Aquí ya no somos artistas, ni españoles, ni burgueses, ni nada. Aquí no tienen derecho a comer ni a vivir más que los proletarios y los bolcheviques, y ya estamos tú y yo siendo más proletarios y bolcheviques que nadie […]. Podíamos juntarnos con los artistas del circo. Nos metemos en su sindicato, servimos a los bolcheviques en lo que quieran y que nos den de comer. No vamos a morirnos de hambre porque hayamos tenido la desgracia de no ser bolcheviques. Tampoco en España habíamos nacido señoritos, y nos ingeniábamos para servirles y que nos diesen de comer [204].

Los nuevos dirigentes desarrollaron todo tipo de acciones propagandísticas para consolidar la nueva situación: «Los bolcheviques seguían enconados en su tarea de hacer tragar al pueblo el bolchevismo, por las buenas o por las malas. Por todas partes no se veían más que emblemas soviéticos y letreros de propaganda comunista» [205]. Así, Juan y Sole se incorporaron al circo del Hipo Palace de Kiev y participaron en *tournées* de propaganda y entretenimiento organizados en cuarteles, fábricas, aldeas y escuelas para mostrar las excelencias del régimen.

Durante la guerra civil rusa, tanto los rojos como los blancos habían practicado una violencia extrema, igualmente censurable. «Llegó un momento», afirma Martínez, «en que no se sabía quiénes eran peores, si los bolcheviques o los pletiuras» [206]. La Checa era «una máquina de terror que iba triturando implacablemente a la sociedad burguesa» [207]. Sus prácticas sanguinarias generaron «en el pueblo un odio feroz» [208]. Martínez trabó cierta amistad con Mischa, comisario de la Checa de Kiev, que apreciaba el arte flamenco. Amparándose en la confianza que había surgido entre ellos, se atrevió a manifestarle su

visión crítica: «se vive mal, se pasa hambre [...] hay demasiada sangre, demasiados muertos» [209].

Finalmente, la guerra civil se resolvió a favor del ejército soviético, porque, según Martínez: Los rojos pasaban hambre al mismo tiempo que la población civil y los blancos no [...]. A los ojos del pueblo, empobrecido y hambriento, tan feroces aparecían unos como otros; si tiranos eran los blancos, más lo eran los rojos y tanto desprecio tenían por las leyes humanas y divinas éstos como aquellos. Pero los rojos eran unos asesinos que pasaban hambre y los blancos eran unos asesinos ahítos. Se estableció, pues, una solidaridad de hambrientos entre la población civil y los guardias rojos. Unidos por el hambre, arremetieron bolcheviques y no bolcheviques contra el Ejército Blanco, que tenía pan. Y así triunfó el bolchevismo [210].

Folletín-reportaje de Estampa

EL MAESTRO JUAN MARTINEZ QUE ESTABA ALLI

(EL TRIUNFO DEL BOLCHEVISMO Y LA GUERRA CIVIL EN RUSIA, VISTOS Y VIVIDOS POR UN BAILARIN FLAMENCO)

POR MANUEL CHAVES NOGALES

Folletín-reportaje de Estampa

EL MAESTRO JUAN MARTINEZ QUE ESTABA ALLI

(EL TRIUNFO DEL BOLCHEVISMO Y LA GUERRA CIVIL EN RUSIA, VISTOS Y VIVIDOS POR UN BAILARIN FLAMENCO)

POR MANUEL CHAVES NOGALES

CAPITULO XX

CUANDO ERA MÁS DIFICIL COMER QUE HACERSE MILLONARIO

Dos entregas del «folletín-reportaje» *El maestro Juan Martínez que estaba allí* publicado entre el 17 de marzo y el 15 de septiembre de 1934 en la revista *Estampa* (17/3/1934 y 28/7/1934). En sus primeras líneas presenta al personaje de esta entretenida epopeya: «Martínez es

flamenco, de Burgos, bailarín. Tiene cuarenta y tres años, una nariz desvergonzadamente judía, unos ojos grandes y negros de jaca jerezana, una frente atormentada de flamenco, un pelo retepeinado de madera charolada, unos huesos que encajan mal».

En aquella circunstancia, Juan y Sole sintieron el anhelo de regresar a España para estar en su tierra, con su gente. Después de muchas peripecias, partieron hacia Odesa: Escapé, al fin, de Kiev, de donde creí que no saldría vivo. Había pasado allí, entre blancos y rojos, cogido en el torbellino de la guerra civil, la época más azarosa de mi vida, una época de horror, como creo que no la ha habido nunca en el mundo ni volverá a haberla [211].

Entonces, Odesa estaba castigada por una dura epidemia de tifus y hambre. Poco después, Sole y Juan consiguieron embarcar en un buque italiano con destino a Estambul: Contemplaba las luces de Odesa a lo lejos, y me parecía mentira que iba a arrancarme de allí, que iba a desgajarme de aquel mundo de pesadilla en el que había vivido durante seis años ¿Era verdad? ¿Era un sueño? Cuando me paraba a pensarlo me parecía que todo lo que había vivido en aquellos seis años era una novela de pura fantasía […]. ¿Qué habría pasado en el mundo durante aquellos seis años? ¿Se acordaría alguien de mí? Me asaltó una súbita ternura hacia todo aquello que iba a dejar. Sí. Era cierto. Nunca lo hubiese creído; pero así era. Me daba pena, verdadera pena dejar Rusia. Ya no volvería jamás a verla. Esta ruptura con seis años de mi vida me producía una honda tristeza [212].

Juan y Sole consiguieron sobrevivir a en Rusia, pero al regresar a Italia perdieron una muy importante, que Chaves Nogales desvela al final del relato. En 1916, antes de entrar en Rusia, tuvieron una niña, que era la ilusión de su vida. Dados los frecuentes viajes que realizaban, decidieron encomendar su crianza a una mujer que vivía en una pequeña aldea italiana. Todos los meses, donde quiera que estuvieran, encontraban la forma de enviar el dinero necesario para atender sus necesidades. Cuando regresaron al cabo de seis años a la aldea, la cuidadora escondió a la niña y nunca más volvieron a verla. Chaves Nogales afirma: A última hora me asalta la sospecha de que tal vez esta historia, íntima, insignificante, de la niña perdida, podría haber sido más interesante que todos esos espantosos relatos de guerras y revoluciones que el maestro Juan Martínez hace en estas páginas con escrupulosa fidelidad histórica y prodigiosa exactitud de detalle [213].

Chaves Nogales caracteriza a Juan Martínez como un tipo listo, pícaro, de buen corazón, que hace todo lo que puede para alejarse de los conflictos que se producen en su entorno; así, afirma en varias ocasiones: «estas eran ya cuestiones políticas y yo nunca me he querido meter en política […]. Uno es artista de cabaret, y en todas partes tiene que congraciarse con los que mandan para que le dejen vivir» [214].

Según María Isabel Cintas, «Martínez evocaba cómo desempeñaba todo tipo de trabajos intercalados con el de bailarín cuando la situación se lo permitió. Cómo desplegaba sus audacias de pícaro para comer cada día en un territorio donde la revolución y el desorden hacían imposible, no ya la convivencia, sino la propia supervivencia. Y cómo se las ingeniaba para salvar la vida y reflexionar, desde la ironía y el fino sentido del humor, sobre los trascendentales acontecimientos que se estaban viviendo. Atrapado por ellos, poseedor de un sentido práctico de la vida que lo convierte en un antihéroe, llegó incluso a integrarse en la sociedad de la revolución…» [215].

Ignacio M. Garmendia ha resaltado el interés del libro en el momento en el que fue publicado: «Más aún que la lucidez de la mirada, el aspecto más habitualmente subrayado, es el maravilloso desparpajo de Chaves, aplicado a la hora tan grave, lo que hace de este libro una verdadera joya, a la altura de las que el gran Hasëk, por citar a un representante de la novísima nacionalidad checa, tan admirada por el periodista, dedicó a su experiencia en el frente durante la Primera Guerra Mundial» [216].

Por lo demás, Andrés Trapiello ha destacado la veracidad del personaje Juan Martínez: «El problema de la *indecibilidad* es grande. El lector no podrá decidir qué es real de lo que se cuenta, y qué no, no se le dan las herramientas para saberlo, pero por encima de eso percibe la verdad literaria, la verdad del personaje Juan Martínez, la única que le incumbe al lector, y este sabe, tratándose de Chaves, que esa verdad no está montada sobre un fraude. Tanto es el crédito que le concedemos al autor. La probidad es, en periodismo, la más estimada virtud. Y de ello responde el Chaves periodista, de modo que el periodista y el escritor dejan en ese momento que los demás sean quienes decidan ya que no sobre la naturaleza del relato, sí sobre la honradez del que se lo presenta» [217].

Como se ha indicado, el momento en el que Chaves Nogales publicó *El maestro Juan Martínez que estaba allí* era sumamente crítico.

En 1934, Europa vivía un tiempo oscuro que ofrecía unas perspectivas muy preocupantes. La emergencia del nazismo y el estalinismo estaban produciendo graves fracturas sociales y políticas. En España, la República atravesaba una situación compleja. La CEDA estaba destruyendo las conquistas del Bienio Progresista y alentaba la respuesta de las izquierdas que se materializaría en la rebelión de Asturias. Ante estas perspectivas, Chaves Nogales intenta sacar lecciones de la reciente experiencia histórica rusa, como después haría respecto a la guerra civil española, para emitir el mensaje de que las guerras y las revoluciones ocasionan una dolorosa estela de violencia, destrucción, muerte, hambre y enfermedad que padecen sobre todo las personas más vulnerables. A su juicio, en la revolución y la guerra civil rusa se practicó una violenta destrucción del adversario; en palabras de Chaves Nogales: «Eran luchas a muerte en las que no se daba cuartel» [218]; «La guerra civil daba un mismo tono a los dos ejércitos en lucha, y al final unos y otros eran igual de ladrones y asesinos» [219].

A este propósito, Garmendia sugiere la prefiguración de todo el contenido del libro «respecto a la futura experiencia de un país, el nuestro, que sería también arrasado por la barbarie. Y el hecho es que sólo dos años después de la publicación del folletín-reportaje de Chaves, tras la sublevación de los militares facciosos y el caos y la movilización subsiguientes, en España estallaban a la vez la revolución y la guerra civil, con el mismo resultado de una orgía de destrucción seguida de una larga y abominable dictadura» [220].

El mensaje de Chaves Nogales fue bien acogido por los españoles que observaban la experiencia soviética con preocupación y defendían la pertinencia del diálogo, la negociación y la democracia parlamentaria para resolver los problemas políticos. Por otra parte, fue rechazado por quienes habían idealizado la experiencia soviética y constituía su referencia para iniciar la vía revolucionaria que permitiera construir una sociedad de nueva planta.

Sobre los libros que acabamos de presentar, del posicionamiento y la intención del periodista sevillano, concluyen Antonio Martínez Illán y Álvaro Pérez: «Chaves Nogales no busca el término medio, sino la verdad. La ecuanimidad es un resultado, no una intención. La noción de su oficio y lo vivido en el periodo de entreguerras en Europa hacen que hoy estos relatos sean vistos como imparciales. No se trata, por tanto, de una equidistancia sino de sus convicciones liberales y de su

honestidad en la concepción del oficio. Advierte de lo que ocurre en Rusia cuando el sistema soviético estaba aún idealizado y lo hace sin estridencias ni dramatismos, contando lo que vivió en su viaje y lo que Martínez o los exiliados rusos blancos le contaron en París. Chaves afirma que el horror de la guerra y de la revolución fue tan inhumano que no resulta verosímil para las gentes. Su diagnóstico en la Europa de entreguerras, sin pretender hacer historia, resultó premonitorio y lúcido porque tuvo la capacidad de entender y nombrar el origen de la barbarie o del terror en uno y otro bando. Chaves se acerca a las raíces que sustentan el horror y la inhumanidad desde el periodismo, y por este motivo el análisis que realiza y su manera de entender la profesión tienen vigencia en el siglo XXI» [221].

125 . Casanova, J. (2021): *Europa contra Europa (1914-1945)*, *op. cit.,* pág. 35.

126. *Ibid.,* pág.43.

127. Wasserstein, B. (2010): *Barbarie y civilización. Una historia de la Europa de nuestro tiempo*, *op. cit.,* pág. 99.

128 . Casanova, J. (2021): *op. cit.,* pág. 48.

129 . *Ibid.,* pág. 51.

130 . Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* pág. 103.

131 . Radkey, Oliver H. (1990): *Russia Goes to the Polls: The Election to the All-Russian Constituent Assembly, 1917,* Cornell Univ Press, pág. 99.

132 . Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* págs. 106-107.

133 . Casanova, J (2021): *op. cit.,* pág. 59.

134 . Según Orlando Figes; cit. en Casanova, J. (2021): *op. cit.,* pág. 153.

135 . Cfr. Wheatcroft, S. G., Davies, R. W. y Cooper, J. M. (1986): «Soviet Industrialization Reconsidered: Some Preliminary Conclusions about Economic Development between 1926 and 1941», Cambridge, *Economic History Review,* pág. 264; y Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* págs. 192-195.

136 . Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* pág. 199.

137 . *Ibid.,* pág. 226.

138 . Vid. Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* pág. 201.

139. De los Ríos, F. (1921): *Mi viaje a la Rusia Soviética*, Madrid, Imprenta de R. Caro Raggio, págs. 200-201.

140. Pestaña, A. (2018 [1924]): *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi,* Córdoba, Ed. Almuzara.

141. Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «Un conservador, un liberal, un marxista y un sindicalista», en *Ahora,* 11/3/1936; en *M. Ch. N: O. C., vol. III, op. cit.,* pág. 303.

142. Publicado originalmente en catalán, Edicions Diana, Barcelona (1925); existe edición en castellano, *Viaje a Rusia,* Barcelona, Ediciones Destino (2018).

143. Pla, J. (2018 [1925]): *Viaje a Rusia,* Barcelona, Ediciones Destino, págs. 27-28.

144. Chaves Nogales, M. (2020 [1929]): *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, «Prospecto», en *M. Ch. N: O. C., vol. II, op. cit.,* pág. 251.

145. *Ibid.,* pág. 393.

146. *Ibid.,* pág. 394.

147. Avilés Farré, J. (1999): *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva, págs. 296-297.

148. Chaves Nogales, M. (2020 [1929]): *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, en *M. Ch. N: O. C., vol. II, op. cit.,* pág. 328.

149. *Ibid.,* pág. 344.

150. *Ibid.,* pág. 366.

151. *Ibid.,* pág. 379.

152. *Ibid.,* pág. 378.

153. *Ibid.,* pág. 426.

154. *Ibid.,* págs. 347-348.

155. *Ibid.,* págs. 348-350.

156 . *Ibid.,* pág. 418.

157 . *Id.*

158 . *Ibid.,* pág. 419.

159 . *Id.*

160 . *Ibid.,* págs. 419-420.

161 . *Ibid.,* págs. 352-353.

162 . *Ibid.,* pág. 360.

163 . *Id.*

164 . *Ibid.,* pág. 357.

165. *Ibid.,* págs. 421 y 431.

166. *Ibid.,* págs. 425 y 426.

167. *Ibid.,* pág. 426.

168. *Ibid.,* pág. 434.

169 . *Ibid.,* pág. 427.

170 . Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* págs. 183-184.

171. Marqués, J. (2012): «El hombre del tiempo», en Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012), *op. cit.,* pág. 29.

172. Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II, op. cit.,* nota 71, pág. 319.

173. Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II, op. cit.,* nota 64, pág. 253.

174. «Nota editorial», *Estampa*, revista gráfica y literaria, n.º 159, 24/1/1931.

175. Chaves Nogales, M. (2020 [1931]): *Lo que ha quedado del imperio de los zares*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II, op. cit.,* pág. 641.

176. *Id.*

177. *Ibid.,* pág. 633.

178. *Ibid.,* pág. 642.

179. *Ibid.,* pág. 626.

180. *Ibid.,* pág. 627.

181. *Ibid.,* pág. 629.

182. *Ibid.,* pág. 630.

183 . *Ibid.,* pág. 758.

184 . *Id.*

185 . *Ibid.,* págs. 760-761.

186. *Ibid.,* págs. 702-711.

187. *Ibid.,* pág. 729.

188. Díez-Canedo, E. (1931): «Rusia fuera de Rusia», en *El Sol*, 5/7/1931.

189. Iwasaki, F. (2012): «Todo lo ruso es triste», en Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012), *op. cit.,* págs. 35-38.

190. Rodríguez, J. A. (2020): «Crónica de un mundo perdido», en *Chaves Nogales. Cuadernos y lugares,* Catálogo, Charo Ramos (edit.), Sevilla, Junta de Andalucía, págs. 100 y 105.

191 . Muñoz Molina, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I,* pág. XXIII.

192. Anuncio editorial de *El maestro Juan Martínez…*, *Estampa*, 10/3/1934.

193. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* págs. 363 y 365.

194. Pérez Álvarez, Álvaro (2013): «Manuel Chaves Nogales y el nuevo periodismo», en *Ámbitos*, n.º 23, jul.-dic./2013, Universidad de Sevilla, págs. 81-90.

195. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* págs. 547 y 549.

196. *Ibid.,* pág. 599.

197. *Ibid.,* págs. 585 y 591.

198. *Ibid.,* pág. 603.

199. *Ibid.,* pág. 609.

200. *Ibid.,* pág. 614.

201. *Ibid.,* pág. 616.

202. *Ibid.,* págs. 618-619.

203. *Ibid.,* pág. 728.

204. *Ibid.,* págs. 655-656.

205. *Ibid.,* pág. 709.

206. *Ibid.,* pág. 671.

207. *Ibid.,* pág. 697.

208. *Ibid.,* pág. 720.

209. *Ibid.,* pág. 691

210. *Ibid.,* pág. 726.

211. *Ibid.,* pág. 743.

212. *Ibid.,* pág. 770.

213. *Ibid.,* págs. 780-781.

214. *Ibid.,* págs. 550 y 556.

215. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 364.

216 . Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II, op. cit.,* nota 69, pág. 545.

217 . Trapiello, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* pág. XXXI.

218. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 591.

219 . *Ibid.,* pág. 727.

220 . Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* nota 74, pág. 672.

221. Martínez Illán, A. y Pérez Álvarez, A. (2019): *op. cit.,* pág. 10.

3
La Alemania de Hitler

El 30 de enero de 1933 el mariscal de campo Paul von Hindenburg, presidente de la República Alemana, designó a Adolf Hitler canciller (jefe del Gobierno). Al cabo de unos meses, Hitler y el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán desataron una escalada de violencia que les permitió ocupar el poder y eliminar a los adversarios. Así, a mediados de 1933, Alemania se convirtió en una dictadura que derogó los derechos fundamentales de los ciudadanos.

El desenlace de la Primera Guerra Mundial incidió de forma determinante en la realidad alemana. Tras el fracaso de la ofensiva desarrollada por el ejército alemán en el frente occidental entre marzo y julio de 1918, las fuerzas aliadas atravesaron las fortificaciones defensivas de la línea Hindenburg y amenazaron las fronteras alemanas. La participación del ejército norteamericano en la guerra rompió el equilibrio de fuerzas a favor de los aliados. El 28 de septiembre, el general Erick Ludendorff y el mariscal de campo Paul von Hindenburg pidieron el armisticio. Sería firmado en la madrugada del 11 de noviembre, en el vagón del general Foch en Compiègne. De acuerdo con las condiciones impuestas, Alemania disponía de quince días para evacuar los territorios que mantenía ocupados, así como Alsacia y Lorena. Debía hacer entrega de 5.000 piezas de artillería pesada, 3.000 morteros, 1.700 aviones, 5.000 locomotoras, 5.000 camiones y 150 submarinos. Además, 10 buques de guerra y 6 cruceros de combate serían retirados. Se incluyó una cláusula que exigía a Alemania el pago de las reparaciones por el daño causado, cuya cantidad se especificaría más adelante. El bloqueo económico se mantendría vigente, aunque serían atendidas las necesidades de abastecimiento de productos esenciales. El Tratado de Paz de Versalles, suscrito el 28 de junio de 1919 por los delegados alemanes Hermann Muller y Johannes Bell, dispuso la modificación de las fronteras alemanas, que entrañaba la cesión de Alsacia-Lorena, Poznan, Prusia Occidental y los territorios de Hlucín y Memel, la renuncia de Alemania a sus colonias, la desmilitarización de la orilla

derecha del río Rin, el control del desarme por comisiones aliadas, la entrega de los materiales de guerra, la reducción del ejército alemán a 100.000 soldados, la supresión del Estado Mayor y la especificación de la reparaciones económicas. El tratado entraría en vigor el 10 de enero de 1920.

Durante los últimos días de guerra, se produjo en Alemania un movimiento revolucionario. Las derrotas militares y el rechazo a la guerra provocaron huelgas masivas en numerosas ciudades. El 26 de octubre, Ludendorff dimitió como contramaestre general y le sucedió el general Wilhelm Groener, responsable de la represión de las huelgas. Unos días después estallaron motines en Wilhelmshaven, Kiel y otras bases navales. Los trabajadores se unieron a los marineros, ampliándose el alcance de las revueltas. En muchas ciudades se crearon consejos de soldados y obreros, siguiendo el modelo soviético. El 9 de noviembre una huelga general paralizó Berlín. El káiser Guillermo II abdicó y huyó a Holanda. Tras la renuncia, el príncipe Maximiliano cedió el poder a Friedrich Ebert, líder del Partido Socialdemócrata. Philipp Scheidemann, dirigente socialdemócrata, preocupado por la posibilidad de que estallara una revolución obrera en Berlín, proclamó unilateralmente la República desde una ventana del Reichstag. Ebert accedió a la jefatura del Gobierno, como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, integrado por socialistas de diversas tendencias. En enero de 1919, las elecciones para designar una Asamblea Constituyente con la misión de definir el nuevo régimen dieron la victoria al Partido Socialdemócrata, que recibió el 39 por ciento de los votos. El Partido del Centro Católico alcanzó el 20 por ciento; los liberales el 15 por ciento, los nacionalistas conservadores el 8,5 por ciento y los izquierdistas del USPD el 7,6 por ciento. La Asamblea Constituyente, ante el temor a que se produjeran disturbios, se reunió en Weimar, ciudad de Turingia. Ebert fue elegido presidente de la República y Scheidemann formó un Gobierno de coalición integrado por socialdemócratas, católicos y liberales [222].

Las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y la crisis económica originaron una hiperinflación y una depreciación del marco alemán. En la imagen, se observa la destrucción en 1924 de billetes.

La República de Weimar, primera experiencia democrática de Alemania, inició su andadura con el objetivo de impulsar la reconstrucción económica, diplomática y política. Su etapa inicial, desarrollada entre 1919 y 1923, estuvo condicionada por el ambiente de agravio y rechazo del Tratado de Paz de Versalles, que puso fin a la guerra. Entre 1924 y 1929 el sector industrial superó el nivel de producción de la preguerra, los trabajadores mejoraron sus condiciones económicas y Alemania recuperó parcialmente su posición en Europa.

La Gran Depresión, originada en Estados Unidos por el crac financiero de octubre de 1929 en Wall Street, modificó abruptamente el escenario económico y político. La hiperinflación, primero, y la deflación subsiguiente deterioraron las condiciones de vida de las clases medias, que comenzaron a retirar su apoyo a la República democrática y a respaldar al Partido Nacionalsocialista de Hitler,

pequeña formación de extrema derecha, que se convirtió en un partido de masas. ¿Por qué se produjo este proceso? ¿Cuáles fueron las causas del derrumbamiento de la democracia? Los historiadores han resaltado las tendencias antidemocráticas de las élites dirigentes tradicionales y su complicidad en el desarrollo del movimiento nazi, las graves consecuencias de la crisis económica, el rechazo del Tratado de Paz de Versalles y la desestabilización practicada a través de la violencia [223]. Por lo demás, entre los logros de la República de Weimar hay que destacar el notable florecimiento de la cultura y las artes, que generó una auténtica edad de oro, compartida con Austria, en la que sobresalieron escritores como Hermann Hesse, Thomas Mann, Alfred Döblin, Ernst Toller y Bertolt Brecht; pintores como Paul Klee y George Grosz; arquitectos como Wilhelm Kreis, Walter Gropius y la escuela de la Bauhaus; cineastas, como Fritz Lang y Josef von Sternberg, y pensadores, como Edmund Husserl, Karl Jaspers y Walter Benjamin.

*

Adolf Hitler nació en 1889, en Braunau am Inn, Austria, cerca de la frontera con Alemania. Su padre era un funcionario de aduanas y su madre una campesina. Su etapa formativa transcurrió en Viena. Su aspiración a ser artista fue frustrada al no aprobar el ingreso en la Academia de Bellas Artes. En 1913, cuando tenía veinticuatro años, se marchó a Múnich para eludir el servicio militar en el ejército austriaco. Al año siguiente, tras el comienzo de la Primera Guerra Mundial, ingresó en un regimiento de infantería del estado de Baviera. Su trayectoria militar fue muy modesta. Ascendió a cabo, realizó tareas de ordenanza y cuando la guerra se encontraba en la recta final fue víctima de un ataque con gas mostaza del ejército británico. En el hospital militar en el que se recuperaba, conoció la derrota y el advenimiento de la República de Weimar. Hitler no era un político convencional. Tenía una escasa cultura, una personalidad egocéntrica y una gran dificultad para las relaciones sociales. Acerca de sus dotes políticas, afirma Bernard Wasserstein: «Sus principales bazas eran una extrema seguridad en sí mismo, dotes para una oratoria demagógica de primer orden, una notable habilidad para anular la amenaza de rivales potenciales y aprovechar las debilidades de los demás, y la capacidad de granjearse la lealtad de sus subordinados y de imbuir a

millones de personas de una fe y una esperanza cuasi mesiánicas» [224].

Las primeras actuaciones políticas de Hitler se desenvolvieron en los círculos de la extrema derecha nacionalista de Múnich, que impulsaron el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP). Allí comenzó a destacar como orador y entró en contacto con Hermann Göring, Ernst Röhm, Rudolf Hess y Alfred Rosenberg, que años después alcanzarían una gran relevancia política. Se relacionó también con el general Erich Ludendorff, con quien organizó en 1923 el llamado «Putsch de la Cervecería» de Múnich, golpe de Estado fallido en el que murieron diecinueve personas. Hitler fue encarcelado durante un año en el castillo de Landsberg am Lech, en Baviera. En 1925 publicó el libro *Mi lucha,* que contaba determinados aspectos de su biografía, sus ideas políticas y sus planes inmediatos.

Las ideas de Hitler eran una emanación simplista de los escritos racistas de Joseph Arthur de Gobineau y Houston Stewart Chamberlain. A su juicio, las razas son desiguales y la raza superior está integrada por los arios indoeuropeos, mejor preservada en Alemania que en otros pueblos. Por ello, los alemanes constituían un pueblo superior, aunque había que depurarlo y hacerlo más perfecto, eliminando a los judíos, los gitanos y los discapacitados. Como el pueblo superior había sido humillado vilmente por pueblos inferiores en el Tratado de Versalles, había que romper las cadenas impuestas. Después se procedería a agrupar a todos los alemanes en el «Gran Reich». Finalmente, se establecería un «espacio vital» integrado por «protectorados»: el de Bohemia-Moravia, Polonia, los territorios del Este… El resto de la «nueva Europa» sería sometida por la fuerza. A este respecto, comenta Wasserstein: «El mito de la *Dolchstoss* [la *puñalada en la espalda*], el rechazo a la "culpabilidad por la guerra", el resentimiento por las reparaciones, el antisemitismo racial, el desprecio al parlamentarismo, el odio al comunismo y las exigencias de *Lebensraum* en Europa y las colonias de ultramar, todo esto no tenía nada de original y distaba mucho de ser exclusivo de Hitler. En diversos grados, estos ingredientes formaban parte de la visión general de la derecha alemana. Lo que añadió Hitler fue el rechazo del *Rechtsstaat* [Estado constitucional] y la voluntad de emplear hasta sus límites la violencia para fomentar cada uno de estos objetivos, y luego no saber dónde detenerse» [225]. Este era, en suma, el proyecto político de Hitler: una Alemania supremacista, una dictadura totalitaria y una Europa fundamentada en el autoritarismo, la desigualdad y la

violencia.

Hitler reconstruyó el Partido Nacionalsocialista, se convirtió en su líder absoluto y perfiló una estrategia de conquista del poder que combinaba la participación en las instituciones y la práctica de la violencia. Como se ha indicado, 1929 fue el año decisivo en la trayectoria de la República de Weimar. La quiebra de la Bolsa de Nueva York originó una grave crisis internacional que perturbó la vida económica, favoreció la retirada de los créditos extranjeros y multiplicó el desempleo. La crisis golpeó sobre todo a las clases medias y trabajadoras, cuyas condiciones de vida sufrieron un notable deterioro. La actividad del Gobierno de coalición del socialista Hermann Müller, integrado por socialistas, católicos y liberales, se vio gravemente afectada. Las divergencias sobre las políticas a aplicar para atajar la crisis provocaron la dimisión de Müller. Hindenburg dio un golpe de timón y entregó el Gobierno a Heinrich Brüning, dirigente del Partido de Centro (DZP), de orientación conservadora católica, que prescindió del Parlamento y dictó decretos que restringieron los derechos ciudadanos.

Adolf Hitler presidiendo los actos del «Día del Partido del Reich», en Núremberg (1/8/1929).

Las consecuencias de la depresión multiplicaron el número de parados, sobrepasando los tres millones, el 20 por ciento, que en 1932 alcanzaría los seis millones, el 33 por ciento. Brüning intentó reforzar su política autoritaria con el respaldo de la voluntad popular. Las elecciones al Reichstag celebradas en 1930 dieron un fuerte espaldarazo a los partidos extremistas: el Partido Socialdemócrata

consiguió la victoria, con 143 escaños, pero el NSDAP de Hitler logró 107 y los comunistas 77. Los liberales y los conservadores tuvieron un notable retroceso. Brüning continuó al frente del Gobierno gracias al apoyo de los socialdemócratas, pero su autoridad quedó muy cuestionada. En 1931 impuso nuevos recortes a los salarios, los alquileres, las tarifas y los intereses. Muchos alemanes sintieron la amenaza del hambre. En la primavera del año siguiente, finalizó el mandato presidencial del octogenario Hindenburg. Fue convencido para que se presentara de nuevo a las elecciones y se enfrentara a Hitler y a Thälmann, líder comunista. Hindenburg alcanzó la victoria en la segunda vuelta, con un apurado 53 por ciento de los votos. Estas elecciones concedieron a Hitler otro avance, ya que fue votado por 13,4 millones, el 37,4 por ciento de los electores. La gravedad de la crisis y las medidas necesarias para afrontarla determinaron el comportamiento político de los alemanes en aquella encrucijada.

Entre tanto, Hindenburg se fue distanciando de Brüning y dejó de aprobar sus decretos de emergencia. El 29 de mayo de 1932 designó como jefe del Gobierno a Franz von Papen, personaje de la alta sociedad, que formaba parte del ala derecha del Partido de Centro. Una de sus primeras medidas fue la derogación de la prohibición de las secciones de asalto nazis (SA), a consecuencia de lo cual volvieron a producirse altercados entre militantes nazis e izquierdistas. El 17 de julio, «domingo sangriento» de Hamburgo, murieron dieciocho personas en enfrentamientos armados. Poco después, Papen suprimió el Gobierno parlamentario del estado de Prusia, el mayor de Alemania, acrecentándose la preocupación por su deriva autoritaria.

En las elecciones al Reichstag del 31 de julio los nazis alcanzaron la victoria, al lograr el 37 por ciento de los votos, que les concedió 230 escaños de los 608 que tenía el Parlamento, los socialdemócratas descendieron al 22 por ciento, los comunistas tuvieron un ligero avance hasta el 14 por ciento y el restante 28 por ciento de los votos fue a parar a partidos minoritarios. Hitler reclamó su designación como canciller y, al no conseguirlo, forzó la convocatoria de nuevas elecciones en noviembre. En esta ocasión, los nazis descendieron al 33 por ciento de los votos (196 escaños), los socialdemócratas lo hicieron al 20 por ciento y los comunistas subieron al 17 por ciento. Como ha resaltado Julián Casanova, hay que corregir la idea del apoyo del «pueblo alemán» al nazismo, ya que el 63 por ciento de los que votaron en 1932 no le concedió su voto: «El nombramiento de Hitler

no fue, por consiguiente, una consecuencia directa del apoyo del pueblo alemán, sino el resultado de un pacto entre el movimiento de masas nazi —sin el apoyo electoral y sin la violencia empleada nunca hubieran sido tomados en serio— y los grupos políticos conservadores, con los militares y los intereses de los terratenientes a la cabeza, que querían la destrucción de la República y de la democracia» [226].

En aquella situación crítica, Papen presentó un proyecto para suprimir la democracia parlamentaria e implantar un régimen autoritario. Al carecer de apoyos para aprobarlo, presentó la dimisión. El 2 de diciembre Hindenburg designó como canciller a Kurt von Schleicher, pero la inestabilidad continuó deteriorando la vida política. Durante dos meses, Schleicher intentó conseguir el respaldo de los sindicatos socialistas, católicos y nazis. Al no conseguirlo, dimitió. El 30 de enero de 1933, Hindenburg designó a Hitler como canciller. Papen fue nombrado vicecanciller y los nazis Wilhelm Frick y Hermann Göring adquirieron la condición de ministros. Hitler juró respetar la Constitución de la República, pero al cabo de unos meses comenzó a vulnerarla. Acerca del nuevo *statu quo,* afirma Casanova: «El hombre que estaba ahora en el poder tenía un partido de masas completamente subordinado a él y una violenta organización paramilitar que sumaba cientos de miles de hombres armados. Nunca había ocultado su objetivo de destruir la democracia y de perseguir a sus oponentes políticos. Cuando el anciano Hindenburg murió el 2 de agosto de 1934, a punto de cumplir ochenta y siete años, Hitler se convirtió en el *Führer* absoluto, combinando los poderes de canciller y presidente del Reich […]. La semilla iba a dar sus frutos: guerra, destrucción y exterminio racial» [227].

A partir de entonces, Hitler impulsó un proceso de monopolio del poder. Aprovechando el incendio del edificio del Reichstag, producido el 27 de febrero de 1933, promulgó un decreto presidencial que suspendió las libertades ciudadanas. Un mes después, este decreto se transformó en ley y Alemania dejó de ser un Estado de derecho. El 23 de marzo, Hitler presentó el proyecto de Ley de Plenos Poderes. Tan sólo los socialdemócratas votaron en contra. Comenta Wasserstein acerca de la importancia de esta disposición: «Ese día marcó el final del Reichstag como institución, salvo para ejercer de público ocasional a las diatribas de Hitler. La práctica de legislar mediante decreto, iniciada por Brüning, se convirtió en norma. Se abrió el camino para el sometimiento de la sociedad alemana al nuevo orden» [228].

Hitler desarrolló una agresiva política de *gleichschaltung* [‘coordinación’] que sometió a los Länder, los ayuntamientos, las empresas, los bancos, los medios de comunicación y los centros educativos y culturales. Todos los partidos políticos y los sindicatos fueron disueltos, excepto el partido nazi, que fue declarado «portador del concepto del Estado alemán». Los dirigentes de los partidos progresistas fueron encarcelados, internados en campos de concentración o asesinados. Al mismo tiempo, Hitler estableció un poder absoluto dentro del movimiento nazi. Durante la «noche de los cuchillos largos», del 29 al 30 de junio de 1934, mandó asesinar a Ernst Röhm, jefe de las SA, y a docenas de mandos de la organización, entre quienes estaban el general Schleicher y Gregor Strasser, líder del ala izquierda del partido nazi. A partir de entonces, las SS y las SD se convirtieron en los puntales de la dictadura. Cuando falleció Hindenburg, Hitler dictó una ley en la que abolió el cargo de presidente y se declaró «Führer y canciller del Reich», concentrando todos los poderes, incluso el de comandante supremo de las fuerzas armadas.

Piquetes de militantes de las SA dispuestos a imponer en abril de 1933 el boicot a los establecimientos de los judíos. Los carteles dicen: «Alemanes, defiéndanse contra la propaganda de atrocidades judías, ¡compren solo en tiendas alemanas!» y «¡Alemanes, defiéndanse, no compren a los judíos!».

Otro instrumento de represión fue la Gestapo *(Geheime Staatspolizei),* una policía secreta que actuaba sin controles judiciales ni políticos, dirigida por Heinrich Himmler. La Gestapo desarrolló un potente aparato represivo con departamentos especiales dedicados a los servicios de inteligencia, los campos de concentración, la censura, la persecución política, los judíos, las Iglesias, la homosexualidad y el aborto. En 1933 comenzó a funcionar el primer campo de concentración en Dachau, cerca de Múnich, modelo de referencia para los centenares de campos que se abrieron en los años siguientes. Los reclusos que no eran ejecutados o morían de hambre, eran sometidos a trabajos forzados, humillaciones y torturas. En 1933 había unos 27.000 presos políticos. Años después, varios millones de alemanes y

de refugiados pasaron por los campos de concentración. Los judíos se convirtieron en el objetivo prioritario. Las políticas de *arianización* y de boicot económico, las depuraciones de entidades públicas y privadas, la hostilidad y el odio empujaron a muchos judíos a huir de Alemania, sin embargo, al crecer el número de los emigrados se levantaron barreras en los países fronterizos.

En las primeras etapas de la dictadura nazi, el Ejército y las Iglesias tuvieron cierta autonomía, aunque finalmente se sometieron a ella. Los altos mandos militares mostraban una actitud ambivalente. Estaban preocupados por las acciones descontroladas de las SA y las SS, pero la política militarista de rearme y la gradual eliminación de los mandos críticos fueron anulando las discrepancias. En lo referido a las Iglesias, los protestantes fueron más receptivos a la doctrina nazi. Ludwig Müller, «obispo del Reich», creó los «soldados de asalto por Cristo» e intentó elaborar una síntesis del cristianismo y el nazismo. El Vaticano, influido por el cardenal Eugenio Pacelli, mantuvo una línea contradictoria que no contrarrestó la tendencia de los católicos alemanes a aceptar la nueva realidad política.

En suma, el nazismo fue una consecuencia del impacto en la sociedad alemana de la Primera Guerra Mundial, de la gran depresión económica y de la inestabilidad política. Dada la relevancia demográfica y económica de Alemania, la dictadura nazi adquirió una dimensión mayor que otras dictaduras de su tiempo, como las de Italia, España, Austria, Hungría, Grecia y Yugoslavia. Para algunos historiadores [229], que han unido el análisis social y la psicología colectiva, los dirigentes nazis carecían de un plan coherente y una política definida, pero la utilización masiva de la propaganda ideológica facilitó su conexión con amplios sectores ciudadanos. El racismo y el imperialismo eran los aspectos más significativos del programa nazi. Hitler fue el principal responsable de la deriva autoritaria y criminal del régimen, pero las élites conservadoras alemanas fueron cómplices de sus actuaciones. En este sentido, concluye Wasserstein: «Fue así como hombres decentes del funcionariado, el ejército, los bancos, el sistema judicial, los colegios y las universidades, e incluso las Iglesias, fueron seducidos para colaborar con la barbarie» [230]. Por lo demás, en 1950, Theodor Adorno consideró que la «personalidad autoritaria» había sido uno de los principales factores que habían favorecido el ascenso del fascismo.

La política expansionista de Hitler alteró profundamente el

escenario europeo, provocando numerosos conflictos que causaron destrucción, dolor y muerte. Primero sometió a su Austria natal. La República democrática de Austria funcionó durante quince años, entre 1919 y 1934, a lo largo de los cuales tuvo que afrontar las consecuencias gravosas de la Primera Guerra Mundial y, después, de la depresión de 1929, que generó problemas económicos y sociales que favorecieron el crecimiento del nazismo. En 1934, Engelbert Dollfuss, líder del Partido Social-Cristiano, disolvió el Parlamento, persiguió a políticos progresistas y estableció una dictadura. Los nazis presionaron para que hiciera efectivo el *Anschluss,* es decir, la absorción de Austria por Alemania. Al no acceder a ello, en julio de 1934, Dollfuss fue asesinado. Kurt von Schuschnigg, su sucesor, planteó la realización de un referéndum sobre el *Anschluss,* pero Hitler forzó su dimisión el 11 de marzo y, al día siguiente, el ejército alemán ocupó el país.

En el periodo de entreguerras, los conflictos existentes en Checoslovaquia por las exigencias autonomistas de Eslovaquia y los Sudetes transcurrieron dentro de las coordenadas políticas habituales. Los representantes de la minoría alemana de tres millones de habitantes, que vivía entremezclada con los checos en las regiones fronterizas de Bohemia y Moravia, reclamaban autonomía de gestión y participación proporcional en los cargos públicos. La irrupción de Hitler cambió radicalmente la situación, ya que comenzó a aplicar una estrategia de presión para apoderarse de la región. A este propósito, financió al Partido de los Sudetes Alemanes, liderado por Konrad Henlein, y le incitó a que provocara incidentes y rompiera con el Gobierno de Praga. Checoslovaquia pidió ayuda a sus aliados, Francia, Gran Bretaña y Rusia. Siguiendo sus consejos, el Gobierno checo amplió las concesiones a la minoría alemana, ofreciendo, incluso, la autonomía de la región. Pero Hitler no se contentó con ello y exigió la autodeterminación. Además, ordenó a sus hombres que pasaran a la acción provocando incidentes que sirvieran de pretexto para intervenir. En esta circunstancia, ni Daladier ni Chamberlain, primeros ministros de Francia y Gran Bretaña, respectivamente, prestaron a su aliado la ayuda requerida. Para Chamberlain, Checoslovaquia era un país lejano que no desempeñaba un papel importante en los intereses estratégicos y económicos británicos. Advirtiendo la debilidad de los países occidentales, Hitler aumentó sus exigencias y reclamó abiertamente la anexión de toda la zona fronteriza y la satisfacción de

las reclamaciones territoriales que Polonia y Hungría hacían a Checoslovaquia.

En septiembre de 1938, a petición de Benito Mussolini, Hitler convocó a los jefes de Gobierno de Italia, Francia y Gran Bretaña a una conferencia en Múnich para resolver la cuestión de los Sudetes. Stalin no fue invitado, ni Edvard Beneš, presidente de Checoslovaquia, principal Estado afectado. Édouard Daladier, que no conocía personalmente a Hitler, se dio cuenta de que había caído en una trampa. En la noche del 29 al 30 de septiembre se firmó el polémico Tratado de Múnich. Los dirigentes checos protestaron, pero no tuvieron más remedio que aceptarlo, ya que declarar la guerra a Alemania habría representado un sacrificio estéril. El 5 de octubre, Beneš presentó la dimisión y se marchó al exilio. A consecuencia del tratado, Checoslovaquia perdió la tercera parte de su territorio y el 40 por ciento de su producción industrial. Polonia se anexionó la zona fronteriza de Silesia y Teschen y Hungría partes de Rutenia y Eslovaquia. El 15 de marzo de 1939 el ejército nazi entró en Praga y liquidó lo que quedaba de Checoslovaquia. Bohemia y Moravia fueron declaradas «protectorados del Reich». Al día siguiente de la ocupación de Praga, Hitler dio un ultimátum a Lituania exigiendo la devolución del puerto de Memel. Los jefes de Gobierno de Gran Bretaña y Francia presentaron en sus países el Tratado de Múnich como un éxito, pero realmente representó una catástrofe política y diplomática. Winston Churchill fue uno de los pocos dirigentes europeos que se dio cuenta del peligro que entrañaba y lo calificó como «una derrota absoluta» [231]. Las perspectivas no debían ser muy halagüeñas, porque, a partir de entonces, tanto Gran Bretaña como Francia aumentaron el presupuesto de rearme y aceleraron el ritmo de preparación para la guerra que se avecinaba.

El 23 y 24 de agosto de 1939 los ministros de Asuntos Exteriores de Alemania y de Rusia, Joachim von Ribbentrop y Viacheslav Mólotov, firmaron en Moscú un pacto de no agresión, en virtud del cual los dos países se comprometían a «abstenerse de todo acto de violencia, toda acción agresiva y todo ataque mutuo». El tratado incluía un protocolo secreto que establecía sus respectivas esferas de influencia en el este de Europa. Según el acuerdo, Finlandia, Estonia y Letonia formaban parte de la esfera soviética, y Lituania, incluida, Vilna, de la alemana. Otro aspecto importante era la partición de Polonia, el oeste para Alemania y el resto para Rusia. Cuando Hitler fue informado del

acuerdo alcanzado, afirmó: «Ahora Europa es mía» [232].

La noticia de la suscripción del pacto germano-soviético causó una honda conmoción en los países europeos. Los partidos comunistas, incluso el francés, interrumpieron de golpe toda la propaganda antifascista que realizaban, si bien algunos militantes lo consideraron inaceptable y abandonaron el partido. La guerra europea parecía inevitable. Hitler afirmó que los enemigos de Alemania eran «pequeños gusanos» y que «el hombre más fuerte tiene la razón» [233].

En la noche del 31 de agosto al 1 de septiembre, los dirigentes alemanes se inventaron una provocación en Gleiwitz, en la frontera con Polonia en la Alta Silesia, anunciaron que Alemania había sido víctima de una agresión y arremetieron contra el país vecino, desencadenando la Segunda Guerra Mundial. El ejército nazi llevó a cabo una *blitzkrieg* [‘guerra relámpago’]: más de dos mil tanques, mil aviones y numerosas piezas de artillería cruzaron la frontera polaca y avanzaron hacia Varsovia, sin que las fuerzas defensivas pudieran detenerlos. El 28 de septiembre el Gobierno polaco se rindió. A consecuencia de ello, Alemania se anexionó Dánzig y los territorios cedidos a Polonia en 1918; las regiones de Katowice y Olsa pasaron a formar parte de la provincia de Silesia y la de Sudauen y Zichenau de Prusia Oriental. El resto quedó bajo la tutela de un «gobernador general», cuyas primeras actuaciones decretaron el cierre de los centros universitarios y la represión y la condena a trabajos forzados de los discrepantes. El principal objetivo de Hitler, como se ha indicado, era la creación del Gran Reich alemán, dotado de un «espacio vital» integrado por protectorados en los territorios cercanos. Polonia sería el primero de ellos. El 3 de septiembre Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. Unas horas después, Francia lo hizo también.

El nazismo creó un estilo de hacer política que compartía con el estalinismo el culto a la personalidad del líder, el totalitarismo, la jerarquización y la violencia. Hitler, más que canciller o jefe del Gobierno, era el Führer, el caudillo, guía o conductor de la misión de construir la «Gran Alemania». El desmesurado culto a la personalidad practicado reforzó sus poderes extraordinarios. El partido desempeñaba un papel esencial en el encuadramiento de los ciudadanos, el cumplimiento de las consignas del Führer y la acción represiva. El legado de la Primera Guerra Mundial creó un clima de resentimiento que contaminó la actividad política: había que aniquilar

a quienes le habían dado a la patria, según la leyenda, «la puñalada por la espalda».

Tras su llegada al poder, Hitler creó una dictadura totalitaria que abolió la legalidad democrática, vulneró los derechos humanos y desató una violencia extrema. El «nuevo orden» pretendía controlar todas las áreas de la existencia, suprimir los límites entre lo privado y lo público, crear una nueva sociedad y un hombre nuevo. Como se ha señalado, Hitler aprovechó el pretexto del incendio del Reichstag para dotarse de poderes extraordinarios, suspender los derechos democráticos, introducir la pena de muerte y realizar una política represiva sin precedentes. Los partidos políticos de la oposición fueron eliminados. La política terrorista fue ejecutada a través de dos entidades, las SA *(Sturmabteilung),* una milicia militar que multiplicó sus efectivos, y la Gestapo, una policía secreta que alcanzaría una siniestra reputación por las detenciones arbitrarias, la aplicación de la tortura y los asesinatos.

Hitler, Himmler y Heydrich impulsaron un plan de erradicación de los «seres inferiores» que debilitaban, a su juicio, la raza aria. Entre 1934 y 1936 aplicaron programas de esterilización y marginación de 200.000 gitanos, discapacitados y enfermos. De esta manera la raza alemana sería más pura, sana y fuerte, algo necesario, decían, para ganar la «guerra total» que estaban preparando. El antisemitismo era una de sus principales obsesiones. Desde que se promulgaron las Leyes de Núremberg, los ataques a los judíos crecieron de forma alarmante. Durante la «noche de los cristales rotos», del 9 al 10 de noviembre de 1938, grupos armados nazis destruyeron comercios y sinagogas, asesinaron a noventa y un judíos y arrestaron a más de treinta mil. El genocidio tendría, durante los años siguientes, una escalada creciente. Acerca de la labor de exterminio en tiempos de guerra, afirma Casanova: «La matanza masiva empezó con los judíos que los alemanes capturaban en las zonas conquistadas de la Unión Soviética en el verano de 1941 y en menos de cuatro años la “solución final” segó las vidas de más de cinco millones de hombres, mujeres y niños, casi la mitad de ellos en Polonia. Los nazis causaron esa destrucción y la Segunda Guerra Mundial fue el escenario apropiado en el que se extendió esa brutalidad» [234].

El campo de concentración y exterminio de Mauthausen, cercano a Linz (Austria) fue uno de los más grandes de la zona europea controlada por los nazis. Conocido como «el campo de los españoles», allí estuvieron recluidos 8.600 españoles. En la imagen, 6.000 prisioneros en el patio interior de Mauthausen, el 10 de julio de 1941, en donde se aprecia la precarias condiciones que sufrían.

El exterminio de los judíos se practicó a gran escala en los campos de Chelmno, Belzec, Sobibor, Treblinka, Majdanek y Auschwitz-Birkenau, situados en el antiguo territorio polaco. El procedimiento de actuación fue descrito por Rudolf Höss, comandante de Auschwitz, cuando fue capturado en 1946 tras finalizar la guerra. Los judíos llegaban en trenes al campo de exterminio, donde se procedía a separarlos en dos grupos, los que eran «útiles» para el trabajo y los «inútiles» (mujeres, niños, ancianos y enfermos). En el momento de la ejecución, se introducía en la cámara, construida con gruesas paredes

de hormigón, a dos mil personas al mismo tiempo y se procedía a gasearlas, acción que solía durar entre cinco y quince minutos. Después, los cadáveres se incineraban en el crematorio. Así fueron asesinados más de un millón de judíos. Rudolf Höss, condenado a la pena de muerte por el Tribunal Supremo de Polonia, fue conducido a Auschwitz para ser ahorcado el 16 de abril de 1947, en el lugar donde había perpetrado sus crímenes.

*

*

Unos meses después de que Hitler accediera al poder, Chaves Nogales visitó Alemania en calidad de enviado especial del periódico *Ahora*. Sus «impresiones de viaje» se plasmaron en diez crónicas que fueron publicadas en el periódico entre el 14 y el 21 de mayo de 1933. Una semana antes, *Ahora* anunció el proyecto con un espectacular anuncio a toda página en el que aparecían Mussolini y Hitler, calificados como «semidioses de nuestro tiempo», haciendo el saludo romano. *Ahora* decía que el periodista estaba viajando desde hacía dos meses por Alemania e Italia con el fin de «informar a los ciudadanos de la República española de cómo se vive en los países de Europa que están realizando una experiencia diametralmente opuesta a la nuestra: el fascismo», ofreciendo a los lectores «una sensación directa, viva y, en cuanto es posible, imparcial de lo que es el fascismo en la vida cotidiana» [235].

Anuncio de la serie *Cómo se vive en los países de régimen fascista* (*Ahora,* 7/5/1933). Cuando España estaba inmersa en la experiencia de la Segunda República, Chaves Nogales se dispuso a informar a los lectores sobre la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini y reivindicó la

superioridad política y moral de la democracia parlamentaria.

Chaves Nogales viajó hasta Saint-Avold, en Francia, cruzó la frontera alemana y llegó a Forbach, en el Sarre, territorio que estaba entonces bajo administración francesa por fideicomiso de la Sociedad de Naciones. Era un territorio rico en recursos naturales que Francia había ocupado en diversas ocasiones, la última en 1870 por orden de Napoleón III. La mayoría étnica era alemana. En 1935 se celebró un plebiscito: el 90,8 por ciento de los que votaron decidieron la vuelta a Alemania. Tras la Segunda Guerra Mundial los franceses volvieron a ocupar el territorio, hasta 1956 en que de nuevo volvió a la República Federal Alemana.

Nada más llegar, Chaves Nogales advirtió la existencia de un exacerbado ambiente nacionalista: «Todo es rabiosamente alemán, agresivamente alemán. Más furiosos nacionalistas que los del Sarre no creo que los haya en toda Alemania». Asimismo, observó el boicot practicado a los comerciantes judíos: Hitler ha venido a resolver a favor de este ario puro el problema de la competencia comercial, que él, por sí solo, era incapaz de salvar. Hitler ha dado al ario puro que no vende un talismán maravilloso para que su tiendecita se llene de clientes capaces de cargar con géneros manidos. Este talismán es la cruz gamada, la esvástica de los arios. Todo consumidor alemán debe comprar en esas tiendas que tienen el talismán de la esvástica en el escaparate [236].

A su juicio, la base social del movimiento nazi estaba integrada por los maestros de artes y oficios que solían acudir a los *Gasthofs,* casonas tradicionales a caballo entre la fonda y la posada, la taberna y el casino. La derrota en la guerra, las imposiciones del Tratado de Versalles, la depresión económica, el desempleo y el temor al comunismo habían sido los factores que les había llevado a apoyar al nazismo [237].

Durante su estancia en Alemania, Chaves Nogales se entrevistó con alemanes de diversas tendencias, leyó traducciones de los textos políticos de Hitler, Goebbels y Rosenberg, analizó los discursos de los dirigentes nazis y visitó campos de trabajo, como más adelante veremos. Tras ello, llegó a la conclusión de que los alemanes querían desatar la guerra y pronosticó que esta comenzaría pronto, en tres años: Desde que Hitler ha subido al poder, todas las energías espirituales de la nación —piensa el alemán medio— se aplican a

preparar la guerra del mañana. El pueblo alemán ha llegado al convencimiento de que la misión providencial que le está reservada no se puede cumplir más que con la espada en la mano; forjar esa espada es la única tarea del nacionalsocialismo en la política interior; proteger ese trabajo será toda nuestra política exterior [238].

Para el ciudadano alemán la guerra era, según Chaves Nogales, el instrumento esencial para hacer efectiva la misión de construir la «Gran Alemania», salvar la civilización occidental e impedir la invasión de Europa por los negros, argumento elaborado tras la decisión del Gobierno de Francia de nacionalizar a los nativos procedentes de sus colonias. Chaves Nogales comenta que por aquellas fechas Hitler había enviado a Rosenberg a Londres para explorar una alianza con Inglaterra y aislar a Francia, pero no lo consiguió. Ante este fracaso diplomático, el periodista sevillano afirma: De momento el clamor universal contra el despertar del imperialismo germánico y las extorsiones hechas a los judíos han puesto a la opinión frente al nacionalsocialismo […] [239].

Recorriendo las calles de las ciudades alemanas, el periodista advirtió que Hitler había impulsado en la sociedad un proceso de movilización y militarización: Cualquiera que ande unos días por Alemania y vea las manifestaciones callejeras y las paradas de los nazis y los cascos de acero, hará fatalmente el cálculo de que en filas Alemania tiene muy cerca de un millón de hombres […]. Ejército y policía, doscientos mil hombres; tropas de asalto y protección del nacionalsocialismo, cuatrocientos mil; cascos de acero, doscientos mil; trabajadores voluntarios, doscientos mil; otras organizaciones premilitares, cien mil […]. Se ha comprobado también que la instrucción militar que se da a estas tropas es exactamente igual a la que reciben los soldados regulares, y que en ella se incluye el manejo del fusil, la pistola, la ametralladora y el lanzamiento de granadas [240].

De todas estas fuerzas, las SA (secciones de asalto) y las SS (secciones de protección) estaban practicando una brutal represión de todos aquellos que tenían ideas diferentes, especialmente, los judíos, los socialistas y los comunistas.

Chaves Nogales visitó el campamento de «trabajadores voluntarios» de Biesenthal, en Brandeburgo, integrado por «hombres que trabajan por dos reales» realizando tareas de construcción de caminos, reforestación, mejora de terrenos y otras similares. En sus instalaciones se respiraba «un ambiente cuartelero». Por las tardes los

«trabajadores voluntarios» realizaban instrucción militar. Este programa tenía la finalidad de ocupar a los desempleados y darles la formación preparatoria para una inmediata movilización militar. Hitler estaba haciendo con éxito el doble juego de defender los intereses de los grandes empresarios y terratenientes y de satisfacer las reclamaciones de los trabajadores: La fiesta del primero de mayo en el campo de Tempelhof fue apoteósica: trescientas mil almas le aclamaron delirantes. Al día siguiente, Hitler se incautaba de los sindicatos. Todo esto, con un ademán imperial. Los líderes obreristas que iban a pactar su sumisión eran enviados a la cárcel, y las masas que hasta hace poco les habían seguido acataban sin discusión las órdenes del *Führer*. Ante quinientos representantes de los sindicatos, reunidos en la Casa de los Señores, Hitler ha declarado constituido el *Frente Obrero* de la revolución nacionalsocialista y se ha proclamado su protector. «Vamos —ha dicho— a restablecer las relaciones patriarcales entre patronos y obreros». Y se acabó el marxismo [241].

En otro de estos artículos Chaves Nogales afirma que una de las principales prioridades de la propaganda nazi era el adoctrinamiento de los niños y los jóvenes. Para ello, el Ministerio de Propaganda de Goebbels llevaba a cabo una avalancha de acciones en el espacio público: «Prensa, carteles, charangas, banderas, uniformes; toda Alemania está bajo la acción proselitista de este aparato gigantesco de publicidad» [242]. La coacción a los educadores y la instrumentación de la enseñanza y los medios de comunicación completaban esta estrategia manipuladora. El nazismo trataba de ofrecer un cauce a la rebeldía juvenil: Hitler fue directamente a captar a la juventud. Desde el comienzo, el nacionalsocialismo tuvo un aire radical, impetuoso, violento que halagaba a los jóvenes. La propaganda se hace todavía entre los muchachos a base de que no hay en el mundo una doctrina que satisfaga tan plenamente los impulsos juveniles. Todos los radicalismos y todas las audacias de la juventud caben en la actuación de las tropas de asalto de Hitler [243].

Más adelante, Chaves Nogales recuerda que en la visita que realizó a Berlín, en 1928, en su viaje en avión por diversos países europeos, se entrevistó con el prestigioso periodista Theodor Wolff, director del *Berliner Tageblatt*. Wolff le advirtió entonces del gran peligro que contenían las campañas desplegadas en la prensa por los Gobiernos autoritarios para distorsionar la opinión pública y conducir al pueblo a la guerra y llegó a afirmar que estaba de acuerdo con la censura ejercida contra los periódicos que se pliegan a las manipulaciones de los Gobiernos [244]. Tras el acceso de Hitler al poder, Wolff se vería

obligado a marcharse de Alemania y su periódico, el *Berliner Tageblatt,* quedaría integrado en la red de propaganda nazi [245].

Si las mujeres alemanas habían avanzado durante la República de Weimar en la consecución de derechos civiles y participativos, en la dictadura nazi sufrieron un retroceso considerable:

Dos reportajes de la serie *Cómo se vive en los países de régimen fascista:* «La conquista de la juventud» (*Ahora,* 23/5/1933) y «¿Por qué son nazis las mujeres?» (*Ahora,* 24/5/1933), colectivos tratados de forma preferente por la propaganda nazi para incorporarlos a su causa.

> Las tres kaes, *Küche*, *Kirche*, *Kinder* —es decir, la cocina, la iglesia y los hijos—, son todo el programa feminista del nacionalsocialismo. Las mujeres alemanas no pueden llamarse a engaño.
>
> No hay ninguna alusión a la mujer en todo el programa oficial del partido. La patria alemana van a hacerla los hombres solos. De la mujeres —dicen— solo queremos los hijos [246].

La «vuelta al hogar» constituía el «triste destino» [247] de las madres alemanas. Por lo demás, fue muy poco afortunada su alusión a Clara Campoamor, cuyo empeño político resultó decisivo para la consecución en España del derecho al voto de la mujer: Todavía no se han tocado todas las consecuencias del lío que ha armado Clarita Campoamor con esto del voto femenino. Sin que esto quiera decir que deban alegrarse las derechas y los monárquicos. ¡Quién sabe si, al final, van a ser los que más deploren la intervención de las mujeres en la política!» [248].

Esta afirmación refleja el temor de los republicanos españoles a que la participación electoral de las mujeres, dada la influencia que ejercían en ellas la Iglesia y los sectores conservadores, favoreciera a la CEDA, como sucedió en las elecciones de 1933. El debate desarrollado a este respecto entre Clara Campoamor y Victoria Kent, diputada del Partido Radical Socialista, fue sumamente expresivo.

En el siguiente artículo Chaves Nogales procede a describir la vida cotidiana en las calles de Berlín, donde se podía observar de forma patente la ocupación del espacio público por los grupos nazis, mostrando actitudes prepotentes e intimidatorias: […] por la Tauentzien avanzan, cada vez más arrogantes, los hombres de Hitler con sus altas botas ferradas y sus camisas pardas. Y la gente que daba el tono a Berlín cada vez va encogiéndose y disimulándose más y más. Pronto no quedará ninguno [249].

La crispación de la vida comunitaria, la propaganda política, el fomento del nacimiento de «arios puros», la arrogancia de los jóvenes, el impulso del deporte, las acciones violentas y el desprecio a los mayores que habían perdido la guerra eran los elementos característicos de la vida alemana. «En medio de todo esto, la gente tiene un aire grave y un gesto duro. Se está haciendo una revolución» [250].

La persecución de los judíos era uno de los hechos más graves que se estaban produciendo. En este sentido, afirma Chaves Nogales: «El judío residente en Alemania se encuentra hoy absolutamente bloqueado; la vida se le hace materialmente imposible» [251]. En virtud

de las disposiciones promulgadas, había sido excluido de los empleos de la administración pública y las empresas participadas por el Estado, el pequeño comercio estaba siendo boicoteado, los profesores universitarios eran expulsados de las aulas y se les cerraban las fronteras.

> No; no es que a los judíos se les corten las orejas ni les arranquen los pelos; es, sencillamente, que les van suprimiendo los medios de vida. Hasta que sucumban […]. Lo que realmente sorprende es que a una masa humana de setecientas mil almas, a las que se somete a esta presión formidable, no se le dé salida alguna. Porque el gobierno alemán, temeroso de las consecuencias económicas que podría tener la huida general de los judíos al extranjero llevándose sus bienes, ha echado la llave a la frontera […]. El judío está tan aterrorizado que se allana a todo, y pasando por las más humillantes vejaciones, sólo pide que le dejen el derecho a vivir [252].

Es preciso destacar el hecho de que cuando Chaves Nogales escribió estos reportajes, a mediados de 1933, ya fuera capaz de descubrir la disposición de los dirigentes nazis a llevar a cabo «la extirpación metódica de los judíos», que unos años después alcanzaría una siniestra dimensión genocida.

Como no puede ser de otra manera, al periodista sevillano le interesaba dejar constancia de las condiciones de vida de las gentes en la Alemania del Reich. De su experiencia a pie de calle extrajo una reflexión triste: la población alemana estaba sometida a un severo régimen de terror policíaco: Hay, en efecto, millares y millares de detenidos, hombres a los que se arranca de sus casas y se meten en prisión sin más causa que la de tener unas ideas distintas de las que tienen los que mandan. Se han instalado varios campos de concentración de prisioneros, y todos los días salta a la vista del viajero en las calles de las ciudades alemanas el trajín de los camiones policíacos llevando y trayendo presos políticos de un lado para otro [253].

Además de las consecuencias de esta acción represiva, la «tenaz e inteligente» propaganda emitida por el aparato del Estado nazi había fomentado la creación de comportamientos inquisitoriales en la propia ciudadanía, que «súbitamente ha descubierto en los marxistas y los judíos la causa de todas sus desdichas y se precipita sobre ellos dispuesta a despedazarlos […]. Es una caza implacable del hombre por el hombre» [254]. En esta dinámica de barbarie, los antiguos dirigentes de la oposición democrática estaban siendo encarcelados y eliminados y tan sólo quedaban en pie, firmes en sus convicciones,

unos cuantos millares de obreros de la base.

Adolf Hitler se había convertido, según Chaves Nogales, en el «emperador» de Alemania. La posibilidad del retorno de la dinastía de los Hohenzollern era prácticamente imposible porque se la había hecho responsable de los desastres del pasado. Ante ello, «el pueblo alemán […] se ha fabricado un rey a su medida, a su imagen y semejanza; un rey que ha pasado hambre y ha sido obrero y sin trabajo y ha hecho la guerra en las trincheras, un rey con gabardina: Adolfo I, emperador» [255].

El discurso político nazi había reconstruido el proyecto imperial, la creación de la «Gran Alemania» y su predominio en las relaciones internacionales mediante el uso de la fuerza: Hitler ha podido decir al pueblo alemán, verdad o mentira: «El nacional socialismo no es un partido más; es una *Weltanschauung*, una concepción del universo». Con esto, que bien puede ser un camelo, Hitler se ha hecho un imperio […], Hitler es el *Führer* [256].

Chaves Nogales consideraba, con la perspicacia que le caracterizaba, que este tipo de realidades solían darse sobre todo en los regímenes dictatoriales: Cada vez se ve con más claridad que para esta faena de gobernar dictatorialmente los pueblos no son precisas unas dotes excepcionales […]. Hay que pensar que las dictaduras favorecen el encumbramiento de las medianías, de los señores discretos con gabardina. Lo que no está tan claro es que en un régimen liberal, democrático y parlamentario, donde todos los ciudadanos tienen sueltos los brazos y la lengua, esto sea tan fácil como en los regímenes dictatoriales. En este régimen —el que los españoles estamos ensayando ahora— parece que los periodistas fracasados y los pintores sin fortuna no tienen tantas posibilidades de convertirse en semidioses de la noche a la mañana [257].

El 21 de mayo, en la fase intermedia de la serie, *Ahora* publicó la crónica «¿Habrá fascismo en España? Habla el lugarteniente de Hitler, doctor Goebbels», en la que Chaves Nogales plasmó las impresiones y los contenidos de la entrevista que realizó al ministro de Propaganda, uno de los hombres fuertes del régimen, muy próximo al Führer. El periodista tuvo que aceptar la imposición ministerial de realizar tan sólo tres preguntas, pero en la introducción hizo un retrato demoledor del dirigente nazi: Es un tipo ridículo, grotesco; con su gabardinita y su pata torcida, se ha pasado diez años siendo el hazmerreír de los periodistas liberales. Toda Alemania está llena de anécdotas

pintorescas de este tipo estrafalario [...] [258].

A continuación de esta dura caracterización, Chaves Nogales matiza: «Pero Goebbels era un tipo enconado, duro, implacable», dotado de una indudable capacidad comunicativa: Tenía esa facultad prodigiosa que en nuestro tiempo han tenido León Daudet, el reaccionario, y Trotski, el comunista. Goebbels escribía como hablaba: claro, sucinto, terminante. Hay en él la misma capacidad de sugestión y de dominio que en todos los grandes iluminados, en todos esos tipos nazaneroides de una sola idea encarnizada: Robespierre o Lenin [259].

AHORA

¿HABRA FASCISMO EN ESP

El lugarteniente de Hitler y actual ministro del Gobierno doctor Goebbels, habla expresamente a los lectores de A

TENGO--DICE--EL CONVENCIMIENTO DE QUE LA TRANSFORMACION DE EUROPA, EXPRESADA EN EL FASCISMO, EL KEMALISMO Y EL SOCIALISMO, SERA COMPLETA DENTRO DE UNA O DOS DEC CADA PUEBLO DEBERA ENCONTRAR EN LA ESENCIA DE SU P PERSONALIDAD NACIONAL NUEVAS FORMAS PARA DICHO ES

El doctor Goebbels, ministro de Propaganda del Reich

He ofrecido hacerlo y lo cumplo. Cuando solicité una interviú con el doctor Goebbels, que es, a mi juicio, el tipo más interesante de la nueva Alemania—incluyendo en esta subordinación de interés al propio Hitler—, me pusieron, naturalmente, algunas cortazmas. Ser ciudadano de la República Española y periodista liberal no es hoy, para los gobernantes alemanes, una invitación a la confianza. Los españoles estamos haciendo exactamente lo contrario de lo que hacen los alemanes, y ya suponen ellos que no vamos a traicionar nuestras convicciones nacionales en beneficio de las suyas. El señor ministro de Propaganda—me dijeron—contestará a tres preguntas que usted le haga, pero, si no quiere correr el riesgo de ser desautorizado, estas tres preguntas y sus respuestas deben publicarse textualmente, sin comentarios ni interpretaciones; cada pregunta, con su respuesta, a renglón seguido. Nada más.

Así lo prometí y así lo cumplo. Permítaseme, sin embargo, decir a mis lectores quién es este doctor Goebbels.

* * *

Es un tipo ridículo, grotesco; con su gabardinita y su pata torcida, se ha pasado diez años siendo el hazmerreír de los periodistas liberales. Todo Alemania está llena de anécdotas pintorescas sobre este tipo estrafalario, al que—verdad o mentira—se le ha colgado todo aquello que puede hacer polvo a un hombre. Siendo, como es, el azote de los judíos, se ha dicho incluso que era judío, aunque, según parece, la única verdad es que su suegra llevaba un apellido israelita.

Pero Goebbels era un tipo enconado, duro, implacable, pués de andar ajetreado en menesteres revolucionarios, dacción del "Angriff"—el órgano en la Prensa del nacion una mecanógrafa un artículo de fondo. Este artículo de Goebbels dictaba mientras iba y venía por la Redacción llegó a ser lo que todos los periodistas quisieran que rocero, un verdadero suceso que se producía en la conci que en el "Metro", en el café, en la calle, donde fuese, y se ponía a leerlo. Tenía esa misma facultad prodigiosa han tenido León Daudet, el reaccionario, y Trotski, el cribía como hablaba: claro, sucinto, terminante. Hay en de sugestión y de dominio que en todos los grandes tipos nazarenoides de una sola idea encarnizada: Robo mucho menos que Hitler en las paradas, pero es más corto nunca la "camisa parda", pero debajo de su gabardinit guerrera más ajustada de Alemania. Es de esa estirpe los hombres votados a un ideal con el cual fusilan a su delante. En España no ha habido así más que algunos muchos años.—M. Ch.

PREGUNTA.—*¿Cómo se propone el ministe contrarrestar la propaganda antialemana que pued el extranjero los judíos emigrados de Alemania?*

RESPUESTA.—Nos consta que los judíos em ro mantienen estrechas relaciones con los judíos organizaciones israelitas alemanas no ha de serle guiente, lograr que sus hermanos de raza emigrad toda agitación y de toda injerencia en los asuntos nia, con lo cual prestarán un servicio a los judíos residen. El boicot de defensa contra los judíos, pu nosotros hace algún tiempo, nos demostró que est era perfectamente posible. En adelante seguiremos cipio de que los judíos residentes en Alemania t evitar que el país donde viven sea difamado.

PREGUNTA.—*¿Qué métodos de propaganda ministerio fuera de las fronteras de Alemania?*

RESPUESTA.—Nuestro método de propagan será muy sencillo. No haremos ninguna propagand a procurar que la verdad sobre Alemania sea conoc do. Trataremos de explicar a los demás países lo ocurrido en Alemania y los motivos que han dado rrido pudiera ocurrir. Hemos podido comprobar qu tes en el extranjero sobre la situación de Alemania espirituales de la revolución alemana son en extr tenemos, por otra parte, el convencimiento de que confusiones bastará la difusión de la verdad. No sión de influir sobre la opinión extranjera. Pedim para los juicios del extranjero sirva de base la ve rre en Alemania.

PREGUNTA.—*¿Cree el señor ministro de Pro trina nacionalsocialista puede y debe encontrar u países?*

RESPUESTA.—Puedo repetir, con referencia mo, las palabras de Mussolini, cuando dijo que el t ticulo de exportación. Tampoco lo es el nacionalsoci *eso sí, el convencimiento de que la transformación pa, expresada en el fascismo, el kemalismo y el naci completa dentro de una o dos décadas. Cada puebl en la esencia de su propia personalidad nacional dicho espíritu.* Pero no cabe dudar de que llevar pueblos que se mueven ya ahora al impulso irresist nacionalista.

El martes próximo: LA CONQUISTA DE

El 21 de mayo, en la fase intermedia de la serie sobre la Alemania nazi, *Ahora* publicó la crónica «¿Habrá fascismo en España? Habla el lugarteniente de Hitler, doctor Goebbels», en la que Chaves Nogales plasmó las impresiones y los contenidos de la entrevista que realizó al

ministro de Propaganda nazi que sólo le permitió hacer tres preguntas (*Ahora,* 21/5/1933).

A su juicio, Goebbels emitía algunos de los peligrosos rasgos que impregnaban la sociedad alemana: el militarismo, el sectarismo y la violencia: Lucirá mucho menos que Hitler en las paradas, pero es más certero. Creo que no se pone nunca la camisa parda, pero debajo de su gabardinita insignificante lleva la guerrera más ajustada de Alemania. Es de esa estirpe dura de los sectarios, de los hombres votados a un ideal con el cual fusilan a su padre si se les pone por delante. En España no ha habido así más que algunos curas carlistas, hace ya muchos años [260].

Por lo demás, Chaves Nogales le preguntó a Goebbels si creía que la ideología nacionalsocialista se iría extendiendo a otros países, a lo que el «señor ministro de Propaganda» respondió: [El nacionalsocialismo no es un producto de exportación]. Pero tengo, eso sí, el convencimiento de que la transformación espiritual de Europa, expresada por el fascismo, el kemalismo [261] y el nacionalsocialismo, será completada dentro de una o dos décadas: Cada pueblo deberá encontrar en la esencia de su propia personalidad nacional nuevas formas para dicho espíritu. Pero no cabe duda de que llevarán una ventaja los pueblos que se mueven ya ahora al impulso irresistible del sentimiento nacionalista [262].

*

Chaves Nogales publicó los reportajes sobre la Alemania de Hitler en un momento muy oportuno. Europa se debatía entre la barbarie y la civilización y comenzaba a originarse una imparable deriva hacia la Segunda Guerra Mundial; recordemos que el título de artículo publicado el 16 de mayo de 1933 decía: «Antes de tres años otra vez la guerra». El periodista consideraba necesario informar a los lectores españoles de este proceso, cuando la República española tenía serias dificultades para neutralizar los movimientos que obstaculizaban sus proyectos democráticos y reformistas. A este propósito, la evaluación de la crisis de la República de Weimar y el ascenso del nazismo podían aportar enseñanzas muy aprovechables.

También hay que recordar que, el 14 de marzo de 1931, un mes antes de la proclamación de la Segunda República, Ramiro Ledesma formuló la primera propuesta del fascismo en España con el texto titulado *La Conquista del Estado. Manifiesto político*, en el que defendía

la revolución nacional sindicalista, la supremacía del Estado, la articulación territorial a través de las comarcas y el rechazo de la democracia parlamentaria, todo lo cual desembocaría en la creación de un nuevo Estado. A continuación, aparecieron las primeras formaciones fascistas, como las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, creadas en junio de 1931 en Valladolid por Onésimo Redondo; y, en octubre de ese mismo año, se fundaron las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista. Un año después, el 10 de agosto de 1932, se produjo el primer alzamiento contra el Gobierno republicano, la *Sanjurjada*, organizado por Calvo Sotelo, Goicochea, March y otros dirigentes conservadores.

El 16 de marzo de 1933, cuando Chaves Nogales publicaba sus artículos sobre la Alemania nazi, salió el primer número del periódico *El Fascio,* subtitulado *Haz Hispano,* dirigido por Manuel Delgado, con el propósito de «propagar a nuestro pueblo lo que el "Fascio" es como doctrina, como política, como acción y como salvación del mundo» [263]. Y el 29 de octubre de 1933, apenas nueve meses después del ascenso al poder de Hitler en Alemania, José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador Miguel Primo de Rivera, Rafael Sánchez Mazas y Julio Ruiz de Alda fundaron Falange Española, inspirada en el Partido Fascista italiano de Benito Mussolini. Por lo demás, los «camisas verdes» de las Juventudes de Acción Popular, organización fundada en febrero de 1932 en el seno del partido Acción Popular, partido conservador y católico, que posteriormente se integraría en la Confederación Española de Derechas Autónomas, defendieron la «democracia orgánica», denostaron el parlamentarismo y crearon formaciones paramilitares. En este contexto, Chaves Nogales consideró importante dar a conocer lo que estaba sucediendo en Alemania.

A este respecto comenta Ignacio F. Garmendia: «Hitler había sido nombrado canciller en enero y su régimen satánico aún no había mostrado al mundo sus perfiles más siniestros, pero el periodista supo reflejar lo que veía con una lucidez admirable». Tras compararlo con el testimonio aportado por Sebastian Haffner, en *Historia de un alemán. Memorias 1914-1933,* prosigue Garmendia: «Igualmente lúcido e incisivo, con brillantes destellos de ironía que refuerzan la impugnación de fondo, el reportaje de Chaves Nogales tiene el mérito añadido de retratar la sociedad hitleriana en el momento mismo de su nacimiento, fijando el foco justo donde lo deja Haffner» [264].

Según María Isabel Cintas, estos artículos sobre la Alemania nazi

son «uno de los trabajos más arriesgados de Chaves Nogales. El periodista no dudó en acudir al lugar de la noticia y rastrear en ella, a veces hasta la temeridad, las motivaciones y entresijos últimos del tema que le ocupaba. Siempre pretendió hacer un periodismo investigador, activo y directo, un tanto sensacionalista en la presentación (las fotografías tomadas por el propio reportero ilustraban a la perfección), pero que no aporta sino lo que constata […]. Un sentimiento de premonición histórica parece sobrevolar la lectura de las páginas de estas tremendas crónicas. Chaves llegó a vislumbrar la gravedad de los acontecimientos que estaba viviendo Alemania» [265].

Chaves Nogales constató que las manifestaciones paramilitares nocturnas de las SA, con tambores y antorchas, exacerbaban los sentimientos nacionalistas y generaban comportamientos violentos que perturbaban gravemente la convivencia; pero de entre todas las cosas que observó en su visita a la Alemania de Hitler, una de las que más le alarmó fue la aplicación de las nuevas tecnologías de la comunicación, con el fin de manipular a la población, en las movilizaciones políticas de los nazis. En este sentido, afirma Muñoz Molina: «La radio, la megafonía, los grandes efectos de iluminación y de sonido, el cine, actuaban sobre las mentes de las personas sometidas a ellos con una fuerza mucho mayor porque eran innovaciones recientes. En 1928, el mismo año de la primera visita a Alemania de Chaves Nogales, se usó por primera vez un sistema de megafonía en un acto público de Hitler […]; el primer candidato que se desplazó en avión en una campaña electoral y pudo así estar presente en más lugares que ningún otro, fue Adolf Hitler» [266].

Como se ha indicado, Hitler estableció una dictadura que anuló los derechos civiles, suprimió los partidos y los sindicatos y, unos años después, exterminó a más de cinco millones de judíos alemanes, uno de los acontecimientos más perversos del mundo contemporáneo. En suma, las crónicas de Chaves Nogales informaron con veracidad sobre la situación política y social de Alemania, criticaron las manifestaciones de la barbarie nazi y reivindicaron la capacidad de las repúblicas democráticas y parlamentarias para resolver los problemas económicos, sociales y políticos existentes en aquella circunstancia histórica convulsa que se encaminaba hacia una «guerra total».

222. Vid. Wasserstein, B. (2010): *Barbarie y civilización…, op. cit.,* págs. 109-112.

223. Vid. Wasserstein (2010): *op. cit.,* págs. 171 y ss; Casanova, J. (2021): *Europa contra Europa (1914-1945), op. cit.,* págs. 109 y ss.; y Díez Espinosa, J. R. (1998): *La democracia parlamentaria en la República de Weimar: entre el mito y la realidad*, en *Revista de Investigaciones Históricas,* Valladolid, Universidad de Valladolid, págs. 287 y ss.

224. Wasserstein (2010): *op. cit.,* pág. 178.

225. *Ibid.,* págs. 179-180; cfr. Duroselle, J. B. (1974): *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*, Barcelona, Labor, págs. 87 y ss.

226 . Casanova, J. (2021): *op. cit.,* pág. 107.

227 . *Ibid.,* pág. 108.

228 . Wasserstein (2010): *op., cit.,* pág. 184.

229. Es el caso de Mommsen, H. (1991): *De Weimar a Auschwitz*, Princeton University Press, págs. 170-174; y de Broszat, M. (1981): *The Hitler State: the Foundation and Developmen of the Internal Structure of the Third Reich*, Londres, Logman, págs. 338 y ss.

230 . Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* pág. 191.

231 . *Ibid.,* pág. 269.

232 . *Ibid.,* pág. 276.

233 . *Id.*

234 . Casanova, J. (2021): *op. cit.,* pág. 187.

235. Anuncio promocional de las crónicas sobre la Alemania nazi, *Ahora*, 7/5/1933.

236. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Alemania bajo el poder e Hitler», en *Ahora*, 14/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 359.

237. *Ibid.,* pág. 360.

238. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Antes de tres años otra vez la guerra», en *Ahora*, 16/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 365.

239. *Ibid.,* pág. 369.

240. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Cómo están organizadas las fuerzas de asalto y protección del nacional socialismo», en *Ahora*, 17/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* págs. 370-371.

241. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Una visita a un campamento de trabajadores voluntarios. Los hombres que trabajan por dos reales», en *Ahora*, 18-19/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 387.

242. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «La conquista de la juventud», *Ahora*, 23/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 391.

243. *Ibid.,* pág. 392.

244. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «La conquista de la juventud», en *Ahora*, 23/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* págs. 388-395.

245. *Ibid.,* pág. 394.

246. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «¿Por qué son nazis las mujeres?», en *Ahora*, 24/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 399.

247. *Ibid.,* págs. 399 y 400.

248. *Ibid.,* págs. 396-397.

249. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «La vida cotidiana: usos y costumbres», en *Ahora*, 25/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 402.

250. *Ibid.,* pág. 406.

251. *Ibid.,* pág. 410.

252. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «La extirpación metódica de los judíos», en *Ahora*, 26/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* págs. 410, 411 y 414.

253. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «La lucha política y la represión policíaca», en *Ahora*, 27/5/ 1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 416.

254. *Ibid.,* págs. 418 y 419.

255. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Adolfo I, emperador», en *Ahora*, 28/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* págs. 420-421.

256. *Ibid.,* pág. 425.

257. *Ibid.,* págs. 426-425.

258. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «¿Habrá fascismo en España? Habla el lugarteniente de Hitler, doctor Goebbels», en *Ahora*, 21/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 429.

259 . *Ibid.,* pág. 429.

260 . *Ibid.,* págs. 429-430

261 El kemalismo es la ideología defendida por el Movimiento Nacional Turco y su líder Mustafa Kemal Atatürk en la República de Turquía, surgida en 1923, que defendía la creación de un Estado-nación moderno, democrático y secular. *[Nota del editor]*

262. *Ibid.,*.

263. González Calleja, E. (2011): *Contrarrevolucionarios: Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, págs. 163-164.

264. Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II, op. cit.,* notas 43 y 44, págs. 353 y 355.

265. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* págs. 330 y 335.

266 . Muñoz Molina, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I,* pág. XXI.

4
La Segunda República española

Las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 se transformaron, a consecuencia del crispado ambiente político existente tras la dimisión del general Primo de Rivera, en un plebiscito entre la Monarquía y la República, que concedió el triunfo a las candidaturas republicanas en cuarenta y una de las cincuenta capitales de provincia y en los principales núcleos urbanos. Ante ello, los dirigentes monárquicos optaron por negociar una solución pacífica y aconsejaron a Alfonso XIII que abandonara España. Ante esta situación, declaró el rey: «Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo» [267]. La monarquía se derrumbó por su incapacidad para adaptarse a los cambios económicos y sociales operados durante el primer tercio del siglo xx. Como afirmó Manuel Azaña, los propios monárquicos, al no asumir las demandas democráticas, lo habían propiciado. Por eso, en la tarde del 14 de abril, cuando Niceto Alcalá-Zamora proclamó la República desde el balcón del Ministerio de la Gobernación, que fue transmitida por radio, la mayoría de los españoles se echó a la calle, vislumbrando que se había despejado el camino para romper las amarras del pasado y avanzar por la senda democrática.

El nuevo Gobierno republicano fue presidido por Alcalá-Zamora, exmonárquico, conservador y católico. Entre los once ministros destacaban Alejandro Lerroux, líder del Partido Radical, de orientación centrista, y Manuel Azaña, líder de los republicanos de centro izquierda. Por primera vez en la historia española, formaron parte del Gobierno tres socialistas: Indalecio Prieto, ministro de Hacienda, Francisco Largo Caballero, ministro de Trabajo, y Fernando de los Ríos, ministro de Justicia. El Gobierno de coalición republicano-socialista acometió el desafío de construir un régimen democrático similar al de los países europeos del entorno. Pero cuando dio sus primeros pasos se encontró grandes dificultades que provenían de la estructura social, la economía internacional y las resistencias al cambio. Los contrastes existentes en la sociedad generaban problemas

de diversa naturaleza: modernas áreas urbanas separadas a escasa distancia de aldeas ancladas en el pasado; manifestaciones a favor de la libertad reprobadas por el fanatismo; tierras del noroeste divididas en pequeñas unidades de explotación de escasa productividad; grandes latifundios del sur que acaparaban casi todas las tierras; cuencas fabriles con un proletariado industrial organizado; campos andaluces amenazados por el hambre, proclives a la revuelta; un régimen parlamentario de ficción manejado por oligarcas y caciques; unas elites de tendencia monárquica aliadas con la Iglesia y el Ejército, incapaces de atender las exigencias democráticas… La situación era sumamente compleja. Dentro de cada clase social existían, a su vez, profundas divergencias. La UGT y la CNT, sin ir más lejos, mantenían una lucha enconada que a veces se tiñó de sangre. Por lo demás, la clase media, en la que el republicanismo liberal reclutaba sus adeptos, estaba dividida por el contenido de las reformas.

HERALDO DE MADRID

OCHO AÑOS DESPUES

EN EL GRAN PLEBISCITO DE AYER

ESPAÑA VOTÓ POR LA REPÚBLICA

Seis años, cuatro meses y trece días. ¡No lo olvidéis nunca!

En casi todas las capitales de provincia y en gran cantidad de pueblos los candidatos republicanosocialistas triunfaron plenamente

La tremenda lección...

EL PUEBLO ESTABA HAMBRIENTO DE LEY

[*Arriba*] Portada del *Heraldo de Madrid* que anuncia el triunfo de los partidos republicanos (13/4/1931). [*Abajo*] La Banda Municipal de Barcelona participa en la proclamación de la Segunda República en la Plaça de Sant Jaume ante miles de personas (14/4/1931).

Otras dificultades que condicionaron la trayectoria de la República fueron originadas por la Gran Depresión, iniciada a finales de 1929 con la quiebra de la Bolsa de Nueva York. De la bonanza se pasó abruptamente a una intensa recesión en la que cayeron las inversiones, disminuyeron las exportaciones, se interpusieron barreras aduaneras, se cerraron empresas y se multiplicó el desempleo y la pobreza. A consecuencia de todo ello, como afirma Enrique Moradiellos: la España modernizada será escenario de actuación principal de los reformistas que se nutrían de las clases medias urbanas y de las clases obreras cualificadas, pero también contaba con la presencia de reaccionarios que abundaban en sus barrios acomodados o de sectores populares de religiosidad tradicional, del mismo modo que sentirá el creciente empuje de los revolucionarios implantado entre el obrerismo sin cualificación y expuesto al azote del desempleo. Por su parte, la España rural y atrasada había visto crecer sobre su suelo a unos reaccionarios que se reclutaban entre los grandes, medianos y pequeños campesinos propietarios, pero también a los revolucionarios que proliferaban entre la población jornalera de tierras de latifundio, con una menor presencia de elementos reformistas entre el campesinado no terrateniente ni proletarizado. En definitiva, la dinámica sociopolítica presente en España no era una lucha dual y binaria («una España contra otra»), sino una pugna triangular que reproducía en pequeña escala la existente en toda Europa y cuyos apoyos respectivos se encontraban tanto en zonas modernizadoras como atrasadas en mayor o menor medida [268].

El 28 de junio de 1931 se celebraron elecciones para designar diputados a las Cortes Constituyentes. La coalición republicano-socialista que integraba el Gobierno alcanzó un triunfo rotundo: el Partido Socialista consiguió 115 diputados; el Partido Radical, 90; el Partido Radical-Socialista, 61; Esquerra Republicana de Cataluña, 35; Acción Republicana, 30; la Derecha Liberal Republicana, 26, y la Federación Republicana Gallega, 16. Las organizaciones hostiles a la República tan sólo lograron 50 diputados. Así pues, los españoles dieron un amplio apoyo al proyecto republicano. La mayoría de los diputados llegaba a las Cortes por primera vez. Entre ellos había muchos intelectuales, periodistas, profesores, abogados y obreros. Por primera vez accedían tres mujeres: Clara Campoamor, Victoria Kent y Margarita Nelken.

El 9 de diciembre se aprobó la Constitución de la República con

368 votos favorables y ninguno en contra, ya que los diputados conservadores abandonaron la cámara. Según el artículo primero, España es «una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de libertad y de justicia. Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo. La República constituye un Estado integral, compatible con la autonomía de los Municipios y las Regiones». El rojo, el amarillo y el morado serían los colores de la bandera nacional. Quedaban reconocidos los derechos humanos, la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la aconfesionalidad del Estado, la renuncia a la guerra como instrumento político, el derecho al voto de hombres y mujeres, el matrimonio civil y el divorcio, la expropiación por causas de interés general, con la correspondiente indemnización, y otras conquistas jurídicas y sociales. Una vez aprobada la Constitución, el Parlamento eligió a Alcalá-Zamora presidente de la República. A su vez, Azaña sería designado jefe del Gobierno y ministro de la Guerra.

Los Gobiernos republicanos realizaron durante el bienio de 1931-1933 un ambicioso programa de reformas que promovió la regulación de los contratos de trabajo, el derecho de huelga, la mejora del salario de los trabajadores, la reforma agraria, la educación pública, la promoción cultural, la construcción de obras públicas, la legalización del divorcio, la modernización del ejército, la separación de la Iglesia y el Estado, la autonomía de Cataluña… En ese sentido, afirma Julián Casanova: «Nunca en la historia de España se había asistido a un periodo tan intenso de cambio y conflicto, logros democráticos y conquistas sociales» [269]. La reforma militar, la política religiosa y la reforma agraria adquirieron una gran relevancia. Tras la guerra de Marruecos, el Ejército estaba integrado por 195 generales, 21.000 jefes y oficiales y 120.000 soldados, una composición desproporcionada e ineficiente. Los gastos de personal agotaban los recursos necesarios para mejorar las infraestructuras y el armamento. Ante ello, los decretos impulsados por Azaña aligeraron las plantillas mediante el retiro voluntario, con el sueldo íntegro, delimitaron la jurisdicción militar y promovieron cambios organizativos, como el restablecimiento del Estado Mayor Central, la reducción del número de divisiones y de centros formativos, la supresión de las capitanías generales y la provisión de los destinos por orden de antigüedad. Asimismo, se exigió a los jefes y oficiales la promesa de lealtad a la República. Las fuerzas conservadoras armaron un gran alboroto y

acusaron a Azaña de querer destruir el Ejército.

El establecimiento de la primacía del poder civil requería desarrollar un proceso de secularización de la sociedad y de supresión de los privilegios de la Iglesia católica. El artículo 26 de la Constitución prescribió la nacionalización de los bienes eclesiásticos y la prohibición a las órdenes religiosas de participar en actividades industriales, comerciales y educativas. Aunque estas disposiciones fueron suspendidas en 1933 por el Gobierno conservador, la política laica republicana movilizó en su contra a amplios sectores católicos y reforzó la identificación de la religión con la propiedad privada y los intereses conservadores.

La reforma agraria originó numerosos debates y conflictos. La desequilibrada estructura de las explotaciones, la pervivencia de anquilosados sistemas de trabajo y las precarias condiciones de vida de los campesinos la convirtieron en una necesidad prioritaria. La Ley para la Reforma Agraria, aprobada en septiembre de 1932, estableció la expropiación forzosa de tierras con el fin de asentar en ellas a campesinos jornaleros, previa indemnización a los propietarios terratenientes. La oposición de la Asociación Nacional de Propietarios, que la consideró una revolución expropiadora, y las divergencias que se produjeron dentro del propio Gobierno defraudaron las expectativas de los campesinos.

La mayoría de las leyes aprobadas tenía una orientación moderada que pretendía mejorar el aparato administrativo del Estado y las estructuras económicas y sociales. Para los republicanos constituían unas exigencias modernizadoras inaplazables, mientras que los católicos, los terratenientes y los militares las rechazaron de forma virulenta, generándose controversias, protestas y conflictos. En 1933 se fundó la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), primer partido conservador de masas. «Dominado y dirigido por grandes terratenientes, sectores profesionales urbanos y muchos excarlistas que habían evolucionado hacia el “accidentalismo 270” […] ese primer partido de masas de la historia de la derecha española se propuso defender la “civilización cristiana”, combatir la legislación “sectaria” de la República y “revisar” la Constitución» [271]. El principal dirigente de la CEDA fue el abogado José María Gil-Robles, hijo del tradicionalista Enrique Gil y Robles. Desde su juventud había militado en organizaciones católicas conservadoras como la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y el Partido Social Popular.

Los seculares problemas sociales originaron graves conflictos de orden público. El 5 de enero de 1932, por ejemplo, en Arnedo (Rioja Baja), la Guardia Civil abrió fuego, sin advertencia previa, a una manifestación pacífica que transitaba por la plaza de la República y causó once muertos y treinta heridos. Un año después, se produjeron los trágicos sucesos de Casas Viejas, población de dos mil habitantes, cercana a Medina Sidonia (Cádiz). El 11 de enero de 1933, un grupo de campesinos de la Confederación Nacional del Trabajo proclamó la revolución libertaria. A continuación, los campesinos rodearon el cuartel de la Guardia Civil, armados con escopetas, pistolas y bastones. Se produjo un intercambio de disparos, a consecuencia del cual murieron un sargento y un guardia civil. A las dos de la tarde, una unidad integrada por doce guardias civiles llegó al pueblo, restableció el orden y liberó a los agentes que permanecían en el cuartel. Temiendo represalias, algunos anarquistas huyeron y otros se escondieron en sus casas. Tres horas después llegó otra unidad, integrada por cuatro guardias civiles y doce guardias de asalto, que procedió a detener a los presuntos responsables del ataque, dos de los cuales acusaron a los hijos y al yerno de Francisco Cruz, apodado «Seisdedos», un carbonero de setenta y dos años, que se habían refugiado en su choza de barro y piedra. Al intentar forzar la puerta de la choza, los que estaban dentro dispararon y un guardia de asalto cayó muerto y otro resultó herido. Así, el asalto concluyó sin éxito.

Pasada la medianoche, llegó a Casas Viejas otra unidad integrada por cuarenta guardias de asalto, al mando del capitán Rojas, que había recibido la orden del director general de Seguridad de poner fin a la insurrección. Rojas dio la orden de abrir fuego sobre la choza y de proceder a incendiarla. Dos de los ocupantes fueron acribillados cuando salían huyendo del fuego. Seis, que probablemente habían muerto a consecuencia de los disparos, se calcinaron dentro de la choza. María Silva, nieta de «Seisdedos», salvó la vida al salir con un niño en los brazos. Después, Rojas ordenó la ejecución de trece anarquistas, acusados de ser los responsables de la insurrección. La masacre concluyó con la muerte de diecinueve hombres, dos mujeres y un niño. Tres guardias civiles corrieron la misma suerte. Como ha afirmado Julián Casanova, «la Segunda República ya tenía su tragedia» [272].

La actuación desproporcionada de las fuerzas gubernamentales en la represión de una rebelión anarquista en Casas Viejas, pequeño pueblo gaditano cercano a Medina Sidonia, llevada a efecto entre el 10 y el 12 enero 1933, causó una injustificable masacre que deterioró la imagen del Gobierno de Manuel Azaña.

Los sucesos de Casas Viejas causaron una profunda consternación. Azaña defendió en las Cortes la actuación de las fuerzas de seguridad en defensa de la ley y el orden. Afirmó que el Gobierno había adoptado importantes medidas para mejorar la situación de los campesinos. El orden público tenía que ser mantenido con firmeza, aunque existiera el riesgo de que algunos agentes no realizaran sus funciones de manera correcta. La justicia investigaría lo acaecido y actuaría contra los culpables. Sobre esta situación, reflexionó Azaña en su diario: La República está hoy en una tenaza: los monárquicos y los anarquistas. Los ataques de uno y otro bando son violentísimos […]. ¿Cómo se sale de la tenaza? Yo preferiría no tener que romperla; sino ir aflojando la presión con pausa, con serenidad, adelantando cada día un poco en la reconstrucción política y social. Es muy de

temer que en esto me ayuden pocos […] [273].

En las elecciones celebradas el 19 de noviembre de 1933 se produjo un vuelco: la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) logró 115 escaños y el Partido Radical, 102. La división de las formaciones que habían integrado la coalición republicano-socialista tuvo consecuencias. Gil-Robles exigió a Alejandro Lerroux una «rectificación total» que derogara las reformas emprendidas y comenzó a presionar para entrar en el Gobierno, pese a que no había hecho una declaración explícita de adhesión a la República.

Los Ejecutivos presididos por el Partido Radical de Lerroux, entre noviembre de 1933 y diciembre de 1935, fueron muy inestables. En este periodo se sucedieron doce Gobiernos, con cinco presidentes, que no llegaron a alcanzar los tres meses de vida de promedio. El 4 de octubre de 1934 fueron designados tres ministros de la CEDA: Manuel Giménez, Rafael Aizpún y José Oriol. La izquierda lo consideró una provocación y se generó una dinámica conflictiva que condicionó el curso de la República.

La Revolución de Asturias, ocurrida entre el 5 y el 19 de octubre de 1934, alteró la normalidad democrática. La Alianza Obrera, integrada por socialistas, comunistas y anarquistas, dominó durante diez días Gijón, Mieres, Sama de Langreo, La Felguera y otros pueblos asturianos. La participación de la izquierda socialista desvelaba su desconfianza del sistema parlamentario y de la capacidad transformadora de la República. El Gobierno de Lerroux reprimió la rebelión con dureza, utilizando grandes recursos: la Legión y las tropas regulares de Marruecos, el crucero *Almirante Cervera* y el acorazado *Jaime I* y varias escuadrillas de aviones Breguet-19, Junkers D 30, Fokker F VIII, avionetas Tiger Moth y autogiros procedentes de las bases de León y Madrid. Entre los días 14 y 17 de octubre se produjeron duros enfrentamientos. Ramón González Peña, líder de la Alianza Obrera, viendo que no podía frenar el avance de las tropas gubernamentales, ordenó el repliegue de los rebeldes hacia las montañas.

Referéndum sobre el Estatuto Vasco-Navarro del 5 de noviembre de 1933 en Éibar. Fue la primera ocasión en que votaron las mujeres durante la Segunda República, ya que en el resto del país pudieron hacerlo en las elecciones generales del 19 de noviembre de 1933.

El Gobierno practicó una dura represión: fueron detenidas casi treinta mil personas acusadas del delito de rebelión y se dictaron por los tribunales veinte sentencias de muerte, de las que serían ejecutadas dos de ellas. En Cataluña, la Generalitat, presidida por Lluís Companys, se sumó a la rebelión y proclamó, el 6 de octubre, el Estado catalán «dentro de la República federal de España». Este desafío concluyó un día después con la actuación de las tropas gubernamentales, que restablecieron la situación y detuvieron a Companys y su Gobierno, así como al alcalde de Barcelona Carles Pi i Sunyer y a los concejales de ERC. La autonomía de Cataluña fue suspendida. Todas estas medidas alcanzaron un gran eco y marcaron la agenda política inmediata.

El 6 de mayo de 1935 Gil-Robles, líder de la CEDA, fue designado

por Lerroux ministro de la Guerra. Se reactivó, entonces, la supresión de las reformas emprendidas durante el Bienio Progresista: derechos laborales, reforma agraria, descentralización autonómica, suspensión de ayuntamientos republicanos y socialistas… Gil-Robles llevó a cabo una política de nombramientos en el Ministerio de la Guerra que reforzó el poder de los jefes militares antirrepublicanos. Franco fue designado jefe del Estado Mayor y de hecho dirigió la política militar, dado el desconocimiento que Gil-Robles tenía de ella. Franco procedió a purgar a los oficiales republicanos leales que formaban parte de la cúpula militar y a ascender a los oficiales contrarios a la República. Por otra parte, Emilio Mola fue designado comandante militar de Melilla y, a finales de 1935, de todas las fuerzas militares de Marruecos, a las que comenzó a preparar para la sublevación que estaba planeando. Gil-Robles sondeó a los generales Fanjul y Goded acerca de la posibilidad de realizar una operación militar contra la izquierda, pero le contestaron que carecían de los medios necesarios.

Entre tanto, el Partido Radical de Lerroux se vio implicado en la trama de corrupción del estraperlo, el pago de sobornos por los empresarios Strauss y Perle para conseguir la autorización de un nuevo juego de ruleta trucada. Cuando, poco después, se conoció que se habían realizado pagos irregulares de dinero público a otros empresarios, el Partido Radical quedó prácticamente destruido.

A finales de mayo de 1935, Azaña emprendió una campaña de mítines por todo el país para restablecer la coalición de republicanos y socialistas y concurrir unidos a las elecciones generales. Las críticas desmedidas que recibió de los sectores conservadores originaron una corriente de simpatía popular que movilizó a muchos republicanos. La corriente socialista liderada por Indalecio Prieto, mayoritaria en la dirección del PSOE, aceptó la propuesta, ya que era indispensable para recuperar el poder por la vía electoral y proseguir las reformas socialdemócratas interrumpidas en 1933 por la derecha.

Las elecciones generales celebradas el 16 de febrero de 1936 dieron la victoria a la alianza progresista del Frente Popular: 278 escaños frente a 124 de las derechas y 51 del centro. Los partidos extremistas de derecha y de izquierda tuvieron una escasa representación parlamentaria. La expectación ciudadana era muy grande. El nuevo Gobierno, acuciado por la crisis económica y la movilización obrera y campesina, se dispuso a superar la involución practicada por los Gobiernos conservadores, retomando su proyecto reformista, esto es,

la mejora de las condiciones de los trabajadores, el impulso de la educación pública, la reforma agraria, las obras públicas, la reforma fiscal y el modelo territorial descentralizado a través de los estatutos de autonomía de Cataluña, País Vasco y Galicia. Así, entre los meses de marzo y julio, procedió a expropiar más de medio millón de hectáreas y asentó en ellas a más de 100.000 familias jornaleras. Azaña realizó un notable esfuerzo para mantener la normalidad y pidió unidad bajo la misma bandera, «en la que caben los republicanos y los no republicanos, y todo el que siente amor a la patria, la disciplina y el respeto a la autoridad constituida» [274]. Pero la derecha, derrotada en las urnas, impulsó un proceso de desestabilización a fin de deteriorar la capacidad del Gobierno republicano para mantener el orden.

El 20 de febrero de 1936, unos días después de las elecciones, *El Pensamiento Alavés*, periódico de orientación carlista, afirmó que «no sería en el Parlamento donde se libraría la última batalla, sino en el terreno de la lucha armada», con el propósito de emprender «la reconquista de España» [275]. Los jefes militares africanistas fueron extendiendo en el Ejército la necesidad de derrocar al Gobierno de la República con una intervención similar a la de 1932. Los partidos de las derechas, los alfonsinos, los cedistas, los carlistas y los falangistas, respaldaron la operación. Así, el 8 de marzo, antes de partir hacia Canarias, Franco se reunió en Madrid, en la casa de José Delgado, amigo de Gil-Robles, con los generales Mola, Fanjul, Orgaz, Villegas, Varela, Saliquet, Ponte, Del Barrio, Carrasco y De la Herranz, todos los cuales tomaron la decisión de dar los pasos necesarios para realizar un pronunciamiento.

AHORA

Manifestaciones en Madrid por el triunfo de las izquierdas

LA

ESPAÑA VOTA POR LA

EL FRENTE POPULAR TENDRA
EN LA PROXIMA C

SE CALCULA QUE SU MAYORIA EXCEDERA DE DO

EL SR. LERROUX SE HA QUED

Se ha declarado el estado de alar

Madrid electoral, desde su taxi

El diario *Ahora* (18/2/1936) y *La Voz* (17/2/1936) anuncian el triunfo del Frente Popular. Chaves Nogales, al frente de *Ahora*, defendió el respeto a la voluntad popular expresada en las urnas y se sumó a las peticiones formuladas por el presidente Azaña de proceder con moderación y responsabilidad en aquella encrucijada crítica.

En esta dinámica de polarización, la CNT prosiguió sus acciones insurreccionales contra el Gobierno y encabezó una intensa oleada de huelgas por todo el país: entre los meses de enero y julio se realizaron 887 huelgas, en las que participaron 809.495 trabajadores. Por otra parte, en el PSOE y la UGT se acentuó la fractura entre los prietistas, que controlaban el partido y querían entrar en el Gobierno para reforzarlo, y los largo-caballeristas, que dominaban el sindicato, partidarios de permanecer al margen y de incrementar la presión en la calle para reducir el protagonismo reivindicativo de los anarquistas.

A partir de entonces, se desató una escalada de violencia. El 12 de marzo varios falangistas tirotearon a Luis Jiménez de Asúa, «padre» de la Constitución, que resultó ileso, aunque falleció su escolta. La junta directiva de Falange, responsable del atentado, fue encarcelada. Al cabo de un mes, los falangistas volvieron a la carga y asesinaron a

Manuel Pedregal, magistrado de la Audiencia que había juzgado el caso. En los días siguientes, se reprodujeron los enfrentamientos de grupos derechistas e izquierdistas. Entre el 16 de febrero y el 17 de julio, según los datos elaborados por Rafael Cruz, existieron 189 incidentes políticos que causaron 262 víctimas mortales [276]. La violencia prevalecía sobre la racionalidad y la prudencia.

Entre tanto, el general Mola comenzó a dar pasos para iniciar el movimiento subversivo, reforzado con la incorporación del general Queipo de Llano, jefe de los Carabineros, el general Cabanellas, jefe de la Quinta División, y el ejército de Marruecos. Con el seudónimo «el Director», dictó varias instrucciones reservadas para impulsar el golpe militar, que debía ser extremadamente violento a fin de aplastar la resistencia de los partidos y sindicatos. Por otra parte, dirigentes monárquicos y católicos como Francisco Herrera, Juan Ignacio Luca de Tena, Pedro Sainz y José Antonio de Sangróniz se encargaron de conectar a los conspiradores y financiar sus movimientos. Juan March proporcionó 2.000 libras esterlinas para pagar el avión Havilland Dragon Rapide que se puso a disposición de Franco.

El 12 de julio pistoleros carlistas asesinaron al teniente José del Castillo, oficial progresista de la Guardia de Asalto. Sus compañeros policías respondieron asesinando a José Calvo Sotelo, líder del Bloque Nacional, que alentaba el golpe militar. Estos atentados causaron una honda preocupación ciudadana. El Gobierno realizó un gran esfuerzo para mantener el orden, pero los radicales consideraron el asesinato de Calvo Sotelo como la señal para empuñar las armas. Así, el 17 de julio, el ejército de Marruecos se sublevó y tomó las ciudades de Ceuta, Melilla y Tetuán. Al día siguiente, Franco llegó a Tetuán y se puso al frente de los rebeldes. Las noticias de los movimientos militares causaron una gran consternación. La ciudadanía se echó a la calle para tratar de averiguar lo que estaba pasando. El diálogo y la negociación fueron aplastados por la violencia y se gestó un ambiente conflictivo que desbordó la capacidad del Estado para mantener el orden.

*

La República española no fue muy diferente a la República de Weimar alemana o a la Tercera República francesa. Los problemas económicos, sociales y políticos de los años treinta sacudieron las democracias

parlamentarias establecidas en los países europeos. El hecho diferencial en España fue que un importante grupo económico y militar rompió con la legalidad, generó un proceso de desestabilización y dio un golpe militar que desató la guerra. Enrique Moradiellos ha resaltado «las dificultades encontradas por el nuevo régimen en el camino de la modernización del país: agudos desequilibrios sociales y territoriales, intensa polarización política e ideológica y hondo impacto de la crisis económica mundial. La consecuente dinámica política cobró la forma de una pugna triangular que enfrentaba a tres fuerzas con similares apoyos sociales e implantación territorial: el reformismo democrático republicano, la reacción autoritaria fascistizante y la revolución social internacionalista. A la altura de mediados del año 1936, esas tensiones habían creado las condiciones para una crisis de convivencia cívica muy grave y profunda, que planteó la posibilidad de cambiar los votos por las armas para dirimir de manera radical los problemas sociopolíticos y culturales planteados» [277].

El objetivo de los militares golpistas, como ha señalado Paul Preston, era liquidar el proyecto democrático de la República: En realidad, la guerra se libró para anular las reformas educativas y sociales de la Segunda República democrática y para combatir su cuestionamiento del orden establecido. En ese sentido, se luchó a favor de los terratenientes, industriales, banqueros, católicos y oficiales del Ejército, cuyos intereses se habían visto amenazados, y en contra de los liberales e izquierdistas que impulsaban las reformas y el cuestionamiento indicados […]. Obviamente, los planes de los militares golpistas y sus partidarios civiles encontraron cierta justificación en los desórdenes asociados a las insurrecciones anarquistas locales de 1932 y 1933 y a la huelga general revolucionaria de Asturias de octubre de 1934. Pero nada de esto tenía que ver con los judíos, los masones o los bolcheviques. La intención del golpe militar y de la consiguiente guerra fue defender los privilegios de los propietarios, la Iglesia católica y los militares [278].

El verdadero objetivo de los golpistas fue encubierto con el discurso del «contubernio judeo-masónico-bolchevique». Durante los años de la República, agitadores de extrema derecha como Juan Tusquets, Mauricio Carlavilla, José María Pemán y Francisco de Luis, apoyados por medios de comunicación como *El Siglo Futuro, El Debate, El Correo Catalán, Informaciones* y *Acción Española,* lanzaron una

campaña en la que vincularon a los judíos, los masones y los bolcheviques con la República y denunciaron su propósito de destruir España. A este respecto, comenta Preston: «El espantajo del contubernio judeo-masónico-bolchevique proporcionó un sambenito muy práctico para agrupar a una amplísima gama de izquierdistas y liberales en un "otro" al que había que exterminar» [279].

Los impulsores de esta campaña ocultaban de forma consciente que en España solamente había entonces unos seis mil judíos, que los masones eran un colectivo pequeño y que el Partido Comunista era un partido minoritario. Una de las fuentes que alimentaron este delirante discurso fueron *Los protocolos de los sabios de Sion,* libelo de las supuestas reuniones de los «sabios de Sion», que detallaba unos imaginarios planes de los judíos para controlar la masonería y el comunismo en todos los países con el fin de hacerse con el poder mundial. Otra fuente importante, que influyó en Franco, Mola y otros militares golpistas, fue el *Bulletin de l'Entente Internationale contre le Troisième Internationale*, editado en Ginebra a partir de 1925, que elogiaba los logros del fascismo y desvelaba supuestos planes revolucionarios del comunismo. Las fuerzas de extrema derecha mantuvieron este discurso durante los años de la Segunda República para justificar su programa autoritario e impulsar la movilización conservadora. Así *El Debate*, órgano de la Editorial Católica, presentaría las elecciones generales de 1936 como una confrontación entre España y la anti-España, entre la civilización y la barbarie. Esta línea argumental, asociada al mito del contubernio judeo-masónico-bolchevique, sería mantenida por los dirigentes franquistas durante la guerra y la dictadura, sustentando la política de odio y violencia que ejecutaron durante varias décadas.

*

*

El 14 de abril de 1931 Manuel Chaves Nogales y los periodistas de *Ahora* compartieron la alegría de la mayoría de los españoles por el cambio democrático. Al día siguiente, el editorial del periódico destacó el ambiente ejemplar de las elecciones y manifestó su voluntad de respetar la legalidad y el nuevo régimen: Ayer se ha proclamado en España la República. Era la consecuencia natural del

abrumador plebiscito del domingo y hay que celebrar que el tránsito se haya verificado sin violencias ni enconos, en un ambiente de ciudadanía que no hay exageración en llamar ejemplar. El espectáculo de la multitud española, serena y disciplinada, dueña de sí misma y que exterioriza su entusiasmo en medio de una absoluta tranquilidad, es confortador y pone una clara nota de optimismo en un horizonte que aparecía hosco y enigmático. El nuevo régimen ha recogido el Poder con toda solemnidad y se dispone a continuar la historia de España, en la que se abre ahora un nuevo capítulo. Frente a este hecho trascendental, nuestra posición es bien clara. Desde su primer número, *AHORA* ha venido abogando por un régimen de orden, de normalidad y de respeto a la Ley, en que la violencia inútil se sustituyese por la contienda legal fecunda. Por creer que el régimen caído podía suministrar ese ambiente, lo hemos defendido lealmente hasta los últimos momentos. Hoy, ante el régimen nuevo, venido pacíficamente a raíz de una consulta al cuerpo electoral y por obra de ella, nuestra actitud sigue siendo la misma. Queremos para España, en estos momentos difíciles por que atraviesa el mundo, un régimen sólido que garantice los derechos de todos y sepa imponer el respeto a la Ley […]. En esta labor todos los españoles deben ayudar a la República, deponiendo, en beneficio de la Patria común, rencores y preferencias personales. En cuanto a nosotros, apoyaremos el orden republicano como hemos apoyado el orden monárquico hasta el último instante, hasta la impopularidad. Esta lealtad nuestra al orden monárquico en los momentos en que muchos monárquicos desertaban, es la mejor prenda de nuestra lealtad al orden republicano […]. Esta es la postura digna y patriótica que creemos deber nuestro adoptar. Nos opondremos, pues, enérgicamente a toda tentativa que pueda ser obstáculo al desarrollo normal del Poder constituido, que es, hoy por hoy, el Gobierno de España [280].

Apenas un mes después, Chaves Nogales, en calidad de enviado especial de *Ahora,* cubrió el viaje a Ginebra realizado por Alejandro Lerroux, ministro de Estado, para participar en las sesiones de la Sociedad de Naciones. En sus crónicas, expresó la convicción de que España tenía una oportunidad para superar el aislamiento de la Monarquía y establecer una política de cooperación internacional alineada con las potencias democráticas europeas.

Entre el 8 y el 29 de noviembre de 1931, el periodista publicó varios artículos sobre la «cuestión agraria» en Andalucía, asunto que

preocupaba a amplios sectores ciudadanos. Los artículos desvelan el buen conocimiento que tenía de la materia y su deseo de deshacer algunos tópicos. El periodista resaltó «la dura realidad de vida» de los braceros, «buena gente que vive mal», afectada por los bajos salarios, el desempleo, la deficiente alimentación, el trabajo a destajo y la pervivencia de sistemas de cultivos tradicionales poco productivos. La situación era sumamente compleja, proclive a «la sugestión subversiva», aunque, a su juicio, el buen criterio de los campesinos terminaría prevaleciendo. Si los problemas no se solucionaban, el malestar existente podría ser canalizado por los anarquistas, nunca por los comunistas, que, a su juicio, carecían de arraigo en las tierras andaluzas [281].

Con los braceros del campo andaluz: El señorito

Con los braceros del campo andaluz

Cómo se está haciendo la siembra

Dos de las crónicas que sobre la «cuestión agraria» publicó Chaves Nogales en el diario *Ahora* entre el 8 y el 29 de noviembre de 1931: «Cómo se está haciendo la siembra» (8/11/1931) y «El señorito» (13/11/1931). En sus artículos, el periodista mostró el buen conocimiento que

tenía de su tierra y desveló su deseo de deshacer algunos tópicos: «Habla mal del señoritismo andaluz todo aquel que no lo conoce de cerca. [...] El señoritismo, los campos incultos, la usura y el latifundio son los cuatro puntos cardinales de la literatura demagógica que se viene haciendo alrededor del campo andaluz. Y los cuatro son falsos».

*

El 8 de noviembre de 1931 Chaves Nogales inició en *Ahora* la publicación de siete entrevistas a los principales miembros del Gobierno republicano. Los artículos tienen un tono eminentemente informativo, que cede la voz a los entrevistados para que expongan sus actuaciones y preocupaciones, con muy pocas referencias a los asuntos personales. Según Cintas, «el público burgués medio, centrista, liberal de pensamiento, abierto, con una cierta cultura y seguidor de una República moderada, el público de *Ahora,* en definitiva, acogió con interés la presentación del pensamiento y los proyectos del Gabinete» [282].

Manuel Azaña fue el primer entrevistado. El presidente del Gobierno muestra un excelente conocimiento de la cuestión militar, afectada por problemas históricos como el pretorianismo, las guerras coloniales, la desproporcionada estructura del personal militar y la carencia de medios. Ante ello, la reforma que planteaba pretendía mejorar el sistema de reclutamiento, aprobar una generosa ley de retiro voluntario y modernizar las instalaciones y los recursos militares. A continuación, el jefe del Gobierno enuncia otras prioridades: el aseguramiento del orden público, la normalización de la vida económica, la nivelación del presupuesto público y la realización de una reforma agraria justa, «que ha de llevar a los campos andaluces y extremeños, con medidas de trabajo y mejoramiento de los campesinos, un nuevo orden que asegure la paz social» [283]. Por lo demás, anunció una reforma de la Administración pública con el fin de mejorar la eficiencia de los servicios. Concluyó Azaña: «Creo, asimismo, en el porvenir del pueblo español, porque es ahora, al cabo de cuatro siglos, cuando se va a hacer la experiencia de que el pueblo español se gobierne por sí solo» [284].

La segunda entrevista, realizada el 15 de noviembre, correspondió a Alejandro Lerroux, jefe del Partido Radical y ministro de Estado, «el más genuino representante del republicanismo histórico español», en palabras del periodista sevillano. [285] Declaró que tenía previsto designar como embajadores de la República a prestigiosas

personalidades como De Madariaga, Pérez de Ayala y Zulueta. Entre las actuaciones prioritarias de su departamento destacó la resolución de las diferencias entre los países mediante el arbitraje, la creación de una federación económica de los pueblos hispanoamericanos y la intercomunicación comercial de Europa y África a través de Marruecos. Finalmente, llamó la atención sobre la necesidad de robustecer la ley, impulsar la educación y la cultura y realizar una justicia social progresiva, tareas a las que debían contribuir todos los partidos republicanos y todas las clases sociales [286].

Francisco Largo Caballero, ministro de Trabajo y secretario general de la Unión General de Trabajadores, refirió las principales medidas promovidas por su ministerio: la ratificación de los convenios internacionales sobre la maternidad de las trabajadoras y el subsidio de paro, el decreto sobre los arrendamientos colectivos, la ley de jurados mixtos, el reconocimiento de la personalidad legal de los sindicatos y su participación en los convenios colectivos y el decreto de preferencia en la contratación de los trabajadores de los propios municipios. Asimismo, resaltó la necesidad de reorganizar el Ministerio de Trabajo procediendo a ampliar el número de inspectores y delegados, generalizar los sistemas de mediación en los conflictos, crear una Bolsa de Trabajo y desarrollar una Ley de Control Sindical de las industrias, acogida con recelo por los empresarios. Respecto a los asuntos de actualidad, Largo Caballero consideró que, tras la aprobación de la Constitución, debía formarse un nuevo Gobierno de concentración: «Se ha de formar a toda costa un Gobierno de concentración de todas las fuerzas republicanas y socialistas […]. Los socialistas no tienen ningún interés en figurar a la cabecera del banco azul de este futuro Gobierno» [287].

El 29 de noviembre, *Ahora* publicó la entrevista realizada a Fernando de los Ríos, ministro de Justicia, «uno de los intelectuales más representativos del movimiento revolucionario triunfante hoy en España» [288], según el propio Chaves Nogales. De los Ríos destacó la importante labor que estaba realizando el Gobierno para fomentar la educación, la cultura y la reforma agraria. En lo referido a su departamento, destacó la nueva regulación jurídica del matrimonio civil, la reorganización de la administración de la justicia, la mejora de la formación de los jueces, la creación de servicios psiquiátricos en los centros penitenciarios y la creación de la Escuela de Criminología; y concluyó con estas palabras: «Estamos realizando un ensayo único

en el mundo: el aunar el ejercicio de la libertad y la transformación de la estructura económica y social en un nuevo régimen» [289].

Dos portadas de las entrevistas de Chaves Nogales a distintos miembros del Gobierno de la Segunda República: al presidente del Gobierno, Manuel Azaña (8/11/1931), y a Niceto Alcalá-Zamora (13/12/1931), presidente del Gobierno. Las páginas interiores de *Ahora* no contaban con imágenes que acompañaran estas entrevistas.

Chaves Nogales aprovechó estas declaraciones para apuntar el riesgo que entrañaba la amplitud del programa reformista impulsado por el Gobierno: Frente a esta amplia concepción que de la República tiene el profesor De los Ríos, creemos que hay otras interpretaciones más modestas y realistas que, a nuestro juicio, nos evitarían los peligros a que pueden llevar al país esa vastedad de las reformas que se quieren acometer [290].

En la entrevista final de la serie sobre políticos republicanos, Chaves Nogales entrevistó a Francisco Macià, principal dirigente catalanista, en el diario *Ahora* (20/12/1931), en donde manifestó sus prioridades políticas y su deseo de mantener buenas relaciones con los demás pueblos de España. Macià accedería a la presidencia de la Generalitat de Cataluña el 14 de diciembre de 1932.

El periodista compartía el proyecto reformista del Gobierno, en la línea propugnada por Manuel Azaña, pero, consciente de la enconada oposición de los sectores empresariales, católicos y conservadores, parece proponer un ritmo de aplicación y unas medidas más «realistas» y viables que permitieran superar los «peligros» que amenazaban al proyecto republicano.

Marcelino Domingo, ministro de Instrucción Pública, afirmó que el primer deber de la democracia era impulsar de forma decidida la educación y la cultura a fin de superar las elevadas tasas de analfabetismo, situadas en torno al 70 por ciento. A este propósito, el Gobierno había priorizado la creación de siete mil escuelas y de numerosos institutos, las Misiones Pedagógicas, la integración de los estudios de magisterio en la universidad y la creación de las facultades de economía: «En menos de un año», afirma el ministro, «ha salvado tres siglos de retraso y ha dado al Estado en el orden pedagógico la categoría de un Estado europeo del siglo XX» [291]. En el plano político, Domingo propugnó la fusión o federación del Partido Radical Socialista, Acción Republicana y la Izquierda Catalana. Asimismo, consideró que los socialistas tenían que seguir formando parte de la coalición de Gobierno: «La revolución», concluyó, «dentro de la ley y con la ley y por la ley […]. La revolución social solo se evita realizando la evolución social» [292].

La entrevista realizada a Niceto Alcalá-Zamora, presidente de la República, era algo diferente, ya que, como indica Chaves Nogales, «es al hombre y no al presidente a quien venimos a buscar». Por ello, aparecen referencias personales a determinados aspectos de su infancia y juventud. En lo referido al ámbito político, Alcalá-Zamora manifestó que la primera lección que había aprendido era la necesidad de promover «una política muy avanzada, intransigente con todo despotismo, pero deseosa de paz y concordia» [293]. El principal anhelo de la acción de Gobierno era conseguir la normalización de la vida pública: «Hay, ante todo, que consolidar el régimen y llevar a la práctica las normas para la relación de los poderes. Encauzar la vida de España presenta una serie de dificultades considerables, que creo medir con toda exactitud. Hay, ante todo, que resolver el problema de los Estatutos regionales, aplicar la Constitución, votar las leyes complementarias y resolver la primera crisis» [294].

La actualidad de la cuestión catalana y el debate sobre la articulación territorial del Estado llevaron a Chaves Nogales a finalizar

las entrevistas con la realizada a Francisco Macià, presidente de la Generalitat de Cataluña. Macià propugnó un modelo federal que favoreciera la existencia de unas relaciones cordiales entre los diferentes pueblos de España: «Yo era separatista del Estado español monárquico que nos vejaba y encarnecía. No queremos el Estatuto para apartarnos de los demás pueblos de España» [295]. A juicio de Macià, quienes se oponían al Estatuto catalán no eran verdaderamente liberales. Las prioridades de la Generalitat eran el desarrollo educativo, la mejora de la sanidad pública y la justicia social. Según el presidente de la Generalitat: «En cuanto a la cuestión social, mi primera convicción es que las leyes que regulen el trabajo no pueden estar dictadas ni impuestas por un solo partido obrero [...]. Creo que si hoy mismo los obreros, por un acto de fuerza, obtuviesen el poder, se encontrarían incapacitados para ejercerlo, por su falta de instrucción y de capacidad política» [296]. Las Cortes, concluye Macià, tenían que abordar tres cuestiones prioritarias: «los presupuestos, el Estatuto y la Ley Electoral. Estas tres leyes son indispensables» [297].

Estas entrevistas perfilaron, tal como ha resaltado María Isabel Cintas, la trayectoria de Chaves Nogales como entrevistador de personalidades relevantes de la vida institucional, política y artística, como Churchill, Kérenski, Alfonso XIII, Haile Selassie, Umberto de Saboya, Belmonte y Chevalier, a quienes solía aplicar una peculiar técnica consistente en la eliminación de las preguntas que les hacía en los artículos que publicaba sobre ellos de manera que los entrevistados aparecían exponiendo sus opiniones, que era lo que los lectores deseaban conocer sobre todo. Lo cual no impedía que, a veces, Chaves Nogales hiciera algunas observaciones en las que mostraba una notable capacidad para el análisis de la persona, la vida política o el entorno cultural [298].

*

Las reformas promovidas por el Gobierno fueron rechazadas de forma enconada por los empresarios, los terratenientes y los católicos, originándose un ambiente crispado y tenso. Azaña, principal impulsor de la reforma militar y la descentralización territorial, se convirtió en el blanco de las críticas, a las que se sumaron algunos republicanos conservadores. Así, Ángel Ossorio, en el artículo «El caso inquietante de Manuel Azaña», que publicó en el periódico *La Luz*, el 5 de marzo

de 1932, tras realizar un análisis de su carácter, advirtió la probabilidad de que pudiera adoptar actitudes dictatoriales. Ante ello, Azaña, tal como reflejó en sus *Memorias,* se dirigió a Chaves Nogales, a quien consideraba «amigo nuestro» [299], para pedirle ayuda: «Llamo a *Ahora*. Hablo con Chaves. Dice Chaves que harán algo, cuanto al carácter del periódico lo permita; pero que convendría que Luis Bello hiciese un artículo más personal contestando a Ossorio» [300].

Chaves Nogales atendió su petición y *Ahora* publicó el 6 de marzo el editorial «El fantasmón del Fascio», en el que se procedía a cuestionar las afirmaciones de Ossorio: No creemos en ese dictador en potencia que ciertas reservas mentales inherentes a toda aguda intelectualidad se obstinan en fabricar a base de una inesperada eficacia. No hay más en este *mito Azaña*. Todo lo demás cae a la otra banda: a la de los que quisieran ver el régimen en manos inertes […]; no hemos creído nunca que de estas marchas y contramarchas a que obliga el ejercicio del Poder pudiese deducirse una aguda sintomatología del fascismo, de la dictadura, del poder personal y arbitrario […]. Y no es presumible una vocación dictatorial en esas docenas de profesores, médicos, escritores e ingenieros que hasta ahora forman el partido de Acción Republicana [301].

En este contexto tan tenso, el 9 de agosto de 1932 el general Sanjurjo se rebeló en Sevilla contra la República. Previamente, las tramas golpistas habían desarrollado una campaña subversiva dentro del Ejército y habían reunido un fondo de 300.000 pesetas, aportado por Juan de la Cierva, José Calvo Sotelo, Santiago Fuentes, Eduardo Aunós, José Félix de Lequerica y otros monárquicos. Sanjurjo, destituido recientemente como director general de la Guardia Civil, mantenía una posición crítica sobre la gestión del Gobierno republicano, especialmente con la reforma militar y el Estatuto de Cataluña. En abril de 1932, los conspiradores enviaron a Roma al general Ponte y al aviador Ansaldo para conseguir el apoyo de la Italia fascista. Ambos se entrevistaron con Italo Balbo, ministro de Aeronáutica, y alcanzaron el acuerdo de recibir, vía Gibraltar, 200 ametralladoras y municiones [302]. El plan de la insurrección contemplaba la ocupación de Sevilla (por Sanjurjo), de Granada (por el general González Carrasco), de Valladolid (por el general Ponte), de Cádiz (por el coronel Varela) y de Pamplona (por el general Barrera). En Madrid, los generales Cavalcanti y Goded se ocuparían de tomar el Palacio de Comunicaciones y el Ministerio de la Guerra, donde

procederían a detener a Azaña. La operación se puso en marcha en Madrid en la madrugada del 10 de agosto, pero fracasó desde el primer momento. Azaña, su jefe de gabinete militar, el teniente coronel Hernández Saravia, y el director general de Seguridad, Arturo Menéndez, conocían los planes subversivos, por lo que la Guardia de Asalto derrotó a los rebeldes al poco tiempo. En los enfrentamientos se produjeron diez muertos y trece heridos. Los generales Goded, Cavalcanti y Fernández Pérez fueron detenidos. La noticia produjo en la ciudadanía una honda preocupación.

En Sevilla, Sanjurjo consiguió sublevar a una compañía de la Guardia Civil y un batallón de ingenieros. Con ellos, formó una columna que avanzó hacia la plaza Nueva y proclamó frente al Ayuntamiento y al Gobierno Civil el estado de guerra en toda la región militar. Sanjurjo ordenó detener al gobernador civil, al alcalde y a varios concejales, y nombró como comandante militar al general García de la Herrán y como gobernador civil al coronel retirado carlista Cristóbal González de Aguilar. Los ayuntamientos de la capital y de la provincia fueron disueltos [303]. Las demás unidades militares de Sevilla se unieron a los sublevados, que pronto pudieron controlar la ciudad, las centrales de telégrafos y teléfonos y la estación de ferrocarril. El manifiesto de los golpistas declaraba que el «levantamiento» se hacía «por amor a España» y para «salvarla de la ruina, de la iniquidad y del desmembramiento» [304].

Cuando se conoció el fracaso del golpe en Madrid, la mayoría de las tropas sublevadas regresaron a los cuarteles. Las organizaciones obreras declararon una huelga general. Por la tarde, una numerosa manifestación de trabajadores se dirigió hacia el centro de Sevilla. Entre tanto, el Gobierno envió a Andalucía varios batallones de infantería, grupos de artillería y escuadrillas de aviación. Sanjurjo, asumiendo la derrota, huyó hacia Portugal, pero fue detenido en Huelva por una unidad de la Guardia Civil [305].

Chaves Nogales publicó en *Ahora* un artículo sobre la *sanjurjada,* con el título de «Pistoleritos flamencos y señoritos con rifle». A su juicio, la crisis que venía arrastrando Sevilla, el radicalismo de las fuerzas extremistas y la desconfianza que originaban las medidas adoptadas por el Gobierno habían favorecido la rebelión: Perdida la fe en la capacidad de Gobierno de los hombres que habían traído la Republica, fue dibujándose la ilusión del golpe de fuerza, la esperanza en el puño fascista. Esta convicción llegaron a tenerla en los últimos

meses incluso auténticos republicanos de toda la vida, que se dejaron seducir por el señuelo de un «gobierno de fuerza». Gentes adictas al régimen, cedían a la esperanza de meter en cintura a los extremistas. Así se fue incubando la intentona del 10 de agosto. Su fracaso fue la señal de la desbandada. Todos los síntomas de que una ciudad está en trance de muerte se han dado en Sevilla desde la *sanjurjada* acá [306].

Más allá de estas apreciaciones, el fracaso del golpe militar fortaleció al Gobierno, ya que la mayoría cerró filas para defender la República. Aprovechando esta circunstancia, el 9 de septiembre las Cortes aprobaron la Ley de Reforma Agraria y el Estatuto de Cataluña.

*

En abril y mayo de 1934, Chaves Nogales se subió a un avión de nuevo y acompañó a una unidad militar española que se desplazó a Ifni para hacer efectiva la ocupación de este territorio, vinculado históricamente a España. Situado en la costa atlántica, al norte del Sáhara occidental, Ifni era una posesión colonial abandonada como «uno de esos objetos valiosos que se apolillan en los desvanes» [307]. Sobre sus primeras impresiones, desde el aire, comenta el periodista: A vista de pájaro esta nueva provincia española de Ifni no es gran cosa. Una faja de terreno de sesenta kilómetros de largo por veinticinco de ancho (unos quinientos kilómetros cuadrados), surcada por cinco o seis riachuelos, casi todos sin agua; una costa dura e inaccesible, que el mar bate con furia, pegándole dentelladas y haciéndole unos socavones impresionantes; unos poblados moros, el mayor de quince casas; tierra pobre; pocos árboles [308].

Chaves Nogales relató sus impresiones a través de diecisiete reportajes, publicados en *Ahora* entre el 20 de abril y el 16 de mayo de 1934. La inexistencia de enfrentamientos militares y la política de negociación que prevaleció dieron unos aires fantasmales y humorísticos a, en palabras del periodista, la última empresa colonial de España: Ha quedado terminada la ocupación de la totalidad del territorio de Ifni sin necesidad de disparar un solo tiro. Han sido situadas en los puestos fronterizos las posiciones estratégicas que considera indispensable el alto mando. También pude darse por totalmente realizado el desarme general… Me he podido dar perfecta cuenta de la paz que reina en el territorio porque he acompañado a las columnas de ocupación en todo su recorrido [309].

Esta realidad le llevaría a distinguir entre una «verdadera ocupación» y una simple «posesión simbólica del sitio» [310]. «No ha

sonado un solo tiro en todo el territorio. ¿Es esto imperialismo?», se preguntó [311]. Ante la inexistencia de hechos militares reseñable, en sus reportajes optará por comentar las características de la región, trazar un perfil del coronel Capaz, principal mando militar, entrevistar a los jefes locales y referir la vida de los nómadas del desierto o de las bellas mujeres de Tiliuin.

*

Chaves Nogales escribió varias crónicas sobre los conflictos sociales acaecidos en Andalucía, Extremadura y La Rioja en 1933 y 1934, cuyo acontecimiento culminante sería la rebelión de Asturias. No ignoraba el comportamiento beligerante de las fuerzas reaccionarias, pero, a su juicio, a principios de 1933, estaban haciendo también una actuación política negativa los extremistas, «amalgama de fermentos anarquistas, sindicalistas y comunistas que podemos poner bajo el denominador común de los *enemigos de la República*» [312].

AHORA

LA ULTIMA EMPRESA COLONIAL DE ESPAÑA

YA TIENEN EN IFNI SU GUARDIA CIVIL

AHORA

LA ULTIMA EMPRESA COLONIAL DE ESPAÑA

IFNI Y LOS GRANDES NOMADAS DEL DESIERTO

AHORA

Dos de los reportajes que Chaves Nogales realizó sobre la colonización de Ifni publicados en *Ahora* entre el 20 de abril y el 16 de mayo de 1934: «Ya tienen en Ifni su Guardia Civil» (*Ahora,* 2/5/1934) e «Ifni y los grandes nómadas del desierto» (*Ahora,* 8/5/1934).

Las críticas de Chaves Nogales apuntaron sobre todo a los dirigentes de la CNT y la FAI, caracterizados por el uso de un lenguaje prosopopéyico y de la acción directa contra la autoridad republicana, que, a veces, conducía a los campesinos a la muerte: ¡Qué pavorosa desolación la de esas pobres almas en pena de ciudadanía al advertir que se habían hecho inmolar estúpidamente! Esto es lo que más nos acongoja de esta tragedia de Casas Viejas. La inocencia paradisíaca de unas almas sacrificadas por la estupidez. El hecho es tan monstruoso, que él solo basta para conmover los fundamentos de las más caras convicciones democráticas [313].

A su juicio, la agitación anarcosindicalista tenía que ser contestada con la fuerza de la razón y la ley: El Gobierno, el Estado, surgida la colisión, no puede hacer otra cosa que imponer con la boca de sus fusiles el cumplimiento de la ley que el pueblo a sí mismo se ha dado. Esto será siempre igual, en el Estado monárquico que en el republicano, el socialista o el comunista [314].

Las rebeliones de octubre de 1934 causaron una gran convulsión política. En Madrid, Barcelona, Bilbao, Valencia, Zaragoza y Sevilla se produjeron altercados y huelgas. En Barcelona, el 6 de octubre, Companys rompió relaciones con el Gobierno de Lerroux y proclamó, desde el balcón del Palau de la Generalitat, el «Estado catalán dentro de la República federal Española». Companys justificó su declaración por la política contrarrevolucionaria del Gobierno encabezado por el Partido Radical de Alejandro Lerroux que amenazaba la supervivencia de la República. Las fuerzas dirigidas por el general Batet ocuparon la capital catalana, produciéndose enfrentamientos que causaron cuarenta y seis muertos. Los dirigentes de la Generalitat y unas tres mil personas fueron detenidos y encarcelados en varios barcos atracados en los puertos de Barcelona y Tarragona.

Como se ha indicado, la rebelión obrera de Asturias tenía unas características diferentes. La incorporación de la CEDA al Gobierno empujó a las izquierdas socialista, comunista y anarquista a romper con el régimen y a luchar por la revolución. Así, durante la noche del 5 de octubre miles de asturianos tomaron Gijón, Avilés y Mieres, se apoderaron de la fábrica de cañones de Trubia y ocuparon el centro de Oviedo. Los transportes, los sistemas de abastecimiento y los servicios públicos pasaron a sus manos. El 18 de octubre, tras duros combates, el ejército gubernamental recuperó el control de la región, con un balance de trescientos muertos y numerosos heridos. Las cárceles se

llenaron de militantes de partidos y sindicatos, que fueron sometidos a torturas y vejaciones. La desproporcionada represión practicada se convirtió en el principal debate político de los meses siguientes [315].

Chaves Nogales siguió con interés estos acontecimientos y, meses después de su viaje a Ifni para asistir a la ocupación del territorio, se desplazó a Asturias para conocer la situación sobre el terreno y publicó seis artículos en *Ahora*, entre el 25 y el 28 de octubre de 1934, cuando la censura gubernamental permitió que se pudiera informar con libertad de lo sucedido. En ellos, relató el proceso de organización de los grupos revolucionarios, su ocupación de los puntos estratégicos, las diferentes líneas de acción promovidas por los veteranos y los jóvenes, los ataques a los cuarteles de la Guardia Civil, las venganzas realizadas por motivos personales, la destrucción de edificios y tesoros artísticos… A su juicio: […] la rebelión ha tenido esta vez unos caracteres de ferocidad que no ha habido nunca en España. Ni siquiera durante la gesta bárbara de los carlistas hubo tanta crueldad, tanto encono y una tan pavorosa falta de sentido humano [316].

Ello no impidió que algunos revolucionarios hicieran «gala en ocasiones de unos sentimientos humanitarios de los que no se les creería capaces» y, por ello, «se opusieron a que aquellos horribles crímenes se perpetrasen» [317]. El avance de las fuerzas militares gubernamentales, apoyado por la aviación y la marina, sofocó finalmente la rebelión. Comenta a este propósito Chaves Nogales: «Tan pronto como entró en Oviedo la columna de López Ochoa, toda Asturias quedó definitivamente pacificada. Antes de que llegasen las tropas a los centros mineros, los revolucionarios se dieron por vencidos» [318].

El periodista realizó una entrevista al general López Ochoa, en la que dio cuenta de la negociación efectuada con el dirigente socialista Belarmino Tomás para poner fin a la revuelta sin violencia. Afirmó el general: «Las cuencas mineras fueron ocupadas al día siguiente sin que sonase un solo tiro» [319]. En suma, Chaves Nogales describió en sus crónicas algunos aspectos de la rebelión de Asturias, aunque no profundizó en las raíces de la misma. Siguiendo su ideología liberal condenó este intento revolucionario que vulneraba la legalidad y causaba tanto daño: «Asturias en dos semanas ha quedado arrasada para mucho tiempo» [320].

La rebelión asturiana generó una avalancha de testimonios, ensayos y reportajes que alcanzaron un gran eco. Jordi Amat, en su obra *Tres*

periodistas en la revolución de Asturias, ha reunido las visiones de José Díaz Fernández, Josep Pla y Manuel Chaves Nogales. El escritor y político comunista asturiano José Díaz escribió, con el seudónimo «José Canel», cuando apenas había transcurrido un año, *Octubre rojo en Asturias*, reportaje caracterizado por su fuerza narrativa, honestidad y épica, como cuando describe la muerte de la «Libertaria», heroína revolucionaria. En contraste, Josep Pla, corresponsal de *La Veu de Catalunya*, ofreció una mirada conservadora, antirrevolucionaria y escéptica, que atribuirá a los socialistas, los anarquistas y los catalanistas la responsabilidad de los conflictos. Según el periodista catalán había que aprovechar las lecciones de aquella terrible experiencia para impedir que volviera a reproducirse en el futuro inmediato. En suma, Chaves Nogales, Díaz y Pla ofrecen tres perspectivas diferentes sobre aquel acontecimiento que tensionó la trayectoria política de la República [321].

*

Tras las elecciones de 1936, Chaves Nogales se desplazó a Cataluña. Quería pulsar el ambiente de la calle y conocer de primera mano las posiciones de los diferentes partidos políticos después de la victoria del Frente Popular y la salida de la cárcel de los dirigentes de la Generalitat catalana, condenados en 1934 a treinta años de cárcel por «rebelión militar». Sus impresiones y valoraciones fueron plasmadas en ocho crónicas, ilustradas con materiales gráficos de Gonsanhi, que publicó *Ahora* entre el 25 de febrero y el 11 de marzo de 1936.

Dos imágenes de los reportajes de Chaves Nogales sobre los sucesos de Asturias. [*Arriba*] Chaves Nogales en Asturias entrevistando a testigos de la Revolución de 1934 (*Ahora,* 27/10/1934): «Unos testigos presenciales del asesinato, en la calle, del cura párroco de Sama

relatan el criminal suceso». [*Abajo*] Chaves Nogales junto al armamento bélico usado por los revolucionarios asturianos de 1934: un vehículo blindado de construcción casera y bombas artesanales (*Ahora,* 27/10/1934): «[…] Cañones, tanques, ametralladoras, camiones blindados y armas de todas clases han empleado en la lucha los insurgentes derrotados».

Cuando llegó a la capital catalana se encontró a un pueblo entusiasmado y advirtió que no había que temer ningún estallido revolucionario. Poco a poco, la agitación ciudadana se iría atemperando y daría paso a la normalidad de los quehaceres cotidianos: […] no habrá grandes conmociones en la vida de Cataluña con el triunfo del Frente Popular, como tampoco las hubiera habido de triunfar lo contrario […], el vivir afanoso de Cataluña prosigue inalterable y un poco desdeñoso de los sucesos políticos, felices o adversos [322].

Nicolau d'Olwer, catedrático, historiador y político catalanista y republicano, expresó su convicción de que ni la izquierda ni la derecha realizarían presiones extraordinarias: Entonces [pregunta Chaves Nogales], señor Nicolau d'Olwer, ¿no ve usted ningún grave problema para Cataluña en estos momentos?

Ninguno [323].

La acogida de Lluís Companys y los demás dirigentes catalanistas encarcelados constituyó «un estruendoso ceremonial callejero […], un gran día de fiesta para el pueblo» [324]. Companys, ministro de Marina del Gobierno de España en 1933 y presidente de la Generalitat de Cataluña desde 1934, se convirtió en un símbolo dotado de «una fuerza espiritual indestructible» [325]. Durante cierto tiempo, Esquerra Republicana sería la principal fuerza política de Cataluña.

Chaves Nogales mantuvo una larga charla con Companys, en el palacio de la Generalitat, en la que este declaró: «Dijeron en su campaña electoral los del Frente Catalán de Orden que si triunfaba el Frente Popular, al día siguiente en cada pueblo de Cataluña habría un movimiento insurreccional y quién sabe cuántos asesinatos y depredaciones. Ya se ha visto que se equivocaron […]. Ya habrán visto que la reacción popular es más sana y benigna de lo que ellos eran capaces de imaginar» [326].

El presidente ratificó su compromiso de llevar a cabo una gestión de gobierno responsable, «teniendo siempre presentes los intereses fundamentales de la economía de España y de Cataluña. No vamos a cegar estúpidamente las fuentes de riqueza del país con aventuras

gubernamentales» [327]. Asimismo, Companys manifestó su propósito de realizar el programa de gobierno sin dejarse influir por las presiones de las derechas o las izquierdas: «Nada me desviará de mi línea de conducta. Ni la coacción de las clases altas ni la revancha de las que estén abajo» [328]. Por lo demás, el presidente de la Generalitat expresó su voluntad de templar la situación, manteniendo la sintonía con el pueblo: «Mi opinión concreta es la de que no solo en Cataluña, sino en toda España, el cuerpo social está en carne viva, palpitante, *llagando* —dice Companys, en catalán que no acierto a traducir exactamente— y nuestro deber es suavizar, calmar ese prurito, pero sin cauterios que hagan perder la sensibilidad al pueblo» [329].

Finalmente, Chaves Nogales completó las entrevistas con representantes de los sectores conservadores, liberales, socialistas, sindicalistas y anarquistas. Para Luis Durán, dirigente de la Lliga, era prioritario mantener el orden público, la disciplina social y el respeto a los diferentes partidos políticos. Amadeo Hurtado, liberal, valoró la normalidad de la alternancia de los partidos en el Gobierno y afirmó que en Cataluña no sucedería nada distinto de lo que pasara en el resto de España. Rafael Vidiella, delegado del Partido Socialista, declaró que el movimiento socialista estaba creciendo en Cataluña y que el anarquismo tenía menos influencia. Ángel Pestaña, líder del Partido Sindicalista, afirmó que el marxismo carecía de fuerza en Cataluña y que el anarcosindicalismo estaba retrasando la mejora de las condiciones de los trabajadores. Finalmente, un representante de la FAI manifestó que el sentimiento anarquista era indestructible en Cataluña [330].

Entrega de la serie *¿Qué pasa en Cataluña?*, con una entrevista a Lluís Companys: «Al día siguiente de tomar el Poder el presidente de la Generalidad, don Luis Companys, expone su pensamiento político y sus propósitos de Gobierno al enviado especial de *Ahora*» (*Ahora,* 4/3/1936). Companys resaltó el ambiente de normalidad que presidía la vida catalana tras la victoria electoral del Frente popular y manifestó su compromiso de realizar una gestión política responsable.

En estas entrevistas, Chaves Nogales dio a conocer las actitudes y las posiciones políticas de los protagonistas de la vida política y sindical catalana y desplegó, según María Isabel Cintas, «la gran habilidad que posee para encontrar lo que busca, llegar al fondo de las cuestiones, y al alma de los entrevistados. Junto a las realizadas a los miembros del Gobierno de la nación, estas entrevistas constituyen un muestrario ejemplar de quehacer periodístico, de capacidad para el análisis y de cordura en la constatación de los hechos y sus consecuencias» [331]. Por lo demás, Chaves Nogales transmitió en aquella encrucijada histórica una posición templada, desapasionada y desprovista de prejuicios alarmistas, identitarios o centralistas.

*

En la víspera de la guerra civil, Chaves Nogales publicó la última serie de la época republicana, *Andalucía Roja y la Blanca Paloma*, con el subtítulo *Reportaje sobre la romería del Rocío,* que apareció en *Ahora* entre el 7 y el 11 de junio de 1936, ilustrado con fotografías de Fernández Serrano y de Gonsanhi. Los cuatro reportajes ofrecen una detallada descripción del «espectáculo de piedad religiosa más extraordinario que hoy se puede presenciar en Europa» [332], un «culto primitivo, casi salvaje» [333], que insertó en «el laberinto de pasiones, resentimientos, esperanzas y desesperación que juegan en las contiendas políticas, sociales y económicas de Andalucía» [334].

Aunque la Virgen del Rocío imponía una tregua en las disputas políticas, algunos aprovechaban la circunstancia para manifestarse contra la República: «Cada viva a la Blanca Paloma —me ha dicho con sorda indignación un receloso demócrata— es un disimulado muera a la República» [335]. El periodista resaltó el señorío, la dignidad y la austeridad de los feligreses, fueran o no creyentes: [...] hay que reconocer que frente al envilecimiento de la vida aristocrática en las ciudades y los salones, la única aristocracia verdadera que hay en España es la del pueblo, la de los campesinos y, sobre todo, la de los campesinos del Sur. Esto se ve aquí con absoluta diafanidad. La verdadera aristocracia de Andalucía está en el pueblo [...] [336].

Como ha señalado María Isabel Cintas, Chaves Nogales supo reflejar en los reportajes «el sentido exacto de la celebración, cosa un tanto difícil de entender para el personal ajeno. Solo un conocedor a fondo de la romería podía hacer la interpretación y el recuento que el periodista realiza de la situación» [337]. Por su parte, Ignacio F. Garmendia ha resaltado la inserción de los reportajes en la situación crítica que vivía la sociedad española en aquel momento: «Todo estaba impregnado de política en aquella España, enconada y malavenida, que se encaminaba con paso firme hacia el desastre» [338].

Como se ha indicado, en la primavera de 1936 el Gobierno republicano sufrió el acoso de grupos extremistas que desataron una creciente espiral de enfrentamientos, huelgas y conflictos, que culminó el 12 y el 13 de julio con los asesinatos del teniente Castillo y de Calvo Sotelo. Estos acontecimientos originaron una profunda consternación ciudadana. *Ahora* se sumó al llamamiento realizado por el presidente Azaña a favor de la contención y la calma y difundió los comunicados del Gobierno. El 18 de julio, altos mandos militares decidieron

empuñar las armas y desataron la guerra civil. En aquella circunstancia, *Ahora* defendió la legalidad, condenó el golpe subversivo y reivindicó los principios democráticos: Si a nadie le es permitido emplear la violencia en las luchas políticas, con mayor motivo hemos de reprochar a los elementos militares su defección y su rebeldía. El Ejército, beligerante ante el enemigo exterior, tiene asignada una misión estrictamente neutral en las contiendas civiles de la nación a cuyo servicio se halla. Arrojar en la balanza el peso y la fuerza que el Estado le ha conferido vale tanto como erigirse en árbitro bajo un signo de una manifiesta parcialidad [339].

*

En suma, la Segunda República española constituyó una experiencia modernizadora y democrática que fue truncada, al cabo de cinco años, por un golpe militar. La incidencia de la crisis económica internacional, los conflictos sociales y la ruptura de determinados sectores de la derecha y la izquierda con la democracia parlamentaria sucedieron también en la Tercera República francesa o la República de Weimar alemana. La principal diferencia respecto a lo que sucedió en España fue que importantes jefes militares traicionaron su juramento de lealtad a la legalidad republicana y provocaron una guerra civil que causó cientos de miles de muertos y dio paso a una dictadura que suprimió los derechos ciudadanos, practicó una violenta represión y fracturó la convivencia durante varias décadas.

Chaves Nogales profesó siempre el ideal democrático republicano y postuló la adopción de medidas reformistas moderadas. En sus crónicas sobre la rebelión del general Sanjurjo, la sublevación de Casas Viejas, la Revolución de Asturias, la situación de los campesinos andaluces y otros aspectos críticos de la República, defendió la prevalencia de la ley que los españoles habían aprobado.

Como ha manifestado Xavier Pericay, Chaves Nogales fue un «*insider* 340, en el sentido que Walter Lippmann dio al término […], un *insider* en los años primeros del régimen, durante el llamado "bienio progresista", y volvió a serlo en sus últimos coleteos, tras el triunfo del Frente Popular —algo que cuadraba, sin duda, con su pertenencia a la masonería—. El propio Manuel Azaña lo identifica en sus *Diarios* como "amigo nuestro" —en lo político, se entiende— y la también periodista Josefina Carabias abunda en la misma opinión…»

[341]. En este sentido, afirma David González: «en todos esos trabajos aparece esa extraña sensación de advertencia de los caminos que no conducen a nada, de los auténticos peligros por los que hace pasar a una maltrecha República la amalgama variopinta de sus enemigos» [342].

Chaves Nogales reflejó, desde una perspectiva liberal, las luces y las sombras de la experiencia republicana, la convicción de que para que se consolidara necesitaba contar con el respaldo de una amplia mayoría ciudadana y, finalmente, lamentó el naufragio de la esperanza. Y cuando la barbarie arrasó la vida española reivindicó el diálogo, la paz y la democracia. A su juicio, no existía ninguna alternativa mejor.

267. Cit. en Casanova, J. (2022): *España partida en dos. Breve historia de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, pág. 6.

268. Moradiellos, E. (2016): *Historia mínima de la guerra civil española*, Madrid, Turner, pág. 45.

269 . Casanova, J. (2022): *op. cit.,* pág. 8.

270 Los accidentalistas creen que los problemas del país no proceden de la forma de Estado, sino de la administración del mismo. En España, el accidentalismo fue asumido por algunos sectores de la derecha monárquica durante la Segunda República. *[Nota del editor]*

271. Casanova, J. (2007): «República y guerra civil», en Fontana, J. y Villares, R. (dirs.) (2007), *op. cit.,* pág. 82.

272. Casanova, J. (1997): *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1936)*, Barcelona, Crítica, pág. 113.

273. Vid. Cánovas, F. (2008): *Yo, Manuel Azaña tomo la palabra*, *op. cit.,* pág. 52.

274. *Ibid.,* pág. 59; y Juliá, S. (2008): *Vida y tiempo de Manuel Azaña. 1880-1940*, *op. cit.,* pág. 377.

275. Cit. en Casanova, J. (2005): *La Iglesia de Franco*, Barcelona, Crítica, pág. 42.

276. Cit. en Moradiellos, E. (2016): *op. cit.,* pág. 81.

277. *Ibid.,* pág. 37.

278. Preston, P. (2021): *Arquitectos del terror: Franco y los artífices del odio*, Barcelona, Debate, págs. 11 y 46.

279. *Ibid.,* pág. 19.

280. «Editorial», *Ahora*, 15/4/1931.

281. Vid. Chaves Nogales, M. (2020 [1931]): *Con los braceros del campo andaluz,* en *Ahora,* 8-29/11/1931; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* págs. 35-53.

282 . Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 282.

283. Vid. Chaves Nogales, M. (2020 [1931]): «Manuel Azaña, presidente del Consejo», en *Ahora,* 8/11/1931; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 65.

284. *Ibid.,* pág. 67.

285. *Ibid.,* pág. 70.

286. *Ibid.,* págs. 72-77.

287. *Ibid.,* págs. 87-89.

288. *Ibid.,* pág. 91.

289. *Ibid.,* pág. 94.

290. *Ibid.,* pág. 91.

291. *Ibid.,* pág. 109.

292. *Ibid.,* pág. 113.

293. *Ibid.,* pág. 121.

294. *Ibid.,* pág. 123.

295. *Ibid.,* pág. 134.

296. *Ibid.,* pág. 131.

297. *Ibid.,* pág. 135.

298. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 289.

299 . Azaña, M. (1990): *Obras completas*, vol. IV, «Memorias políticas y de guerra», México, Oasis, pág. 309.

300. *Ibid.,* págs. 343-344 y 379.

301. «Editorial»: «El fantasmón del Fascio», en *Ahora,* 6/3/1932.

302. Viñas, Á. (2019): *¿Quién quiso la guerra civil? Historia de una conspiración*, Barcelona, Crítica, págs. 39-41.

303. González Calleja, E. (2011): *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, págs. 100-101.

304. García Rodríguez, J. (2013): *Conspiración para la rebelión militar del 18 de julio de 1936*, Madrid, Sílex, págs. 263-265.

305. González Calleja, E. (2011): *op. cit.,* pág. 102.

306. Chaves Nogales, M. (2020 [1932]): «Pistoleritos flamencos y señoritos con rifle. El

colapso de Sevilla», en *Ahora*, 25/10/1932; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 166.

307. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «La ocupación de Ifni por las tropas españolas», en *Ahora*, 20/4/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 453.

308. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «Volando sobre una nueva provincia española», en *Ahora*, 22/4/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 463.

309. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «Sin disparar un solo tiro ha sido ocupado totalmente el territorio de Ifni», en *Ahora*, 3/5/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 484.

310. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «Los corsarios del desierto», en *Ahora*, 16/5/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 524.

311. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «Guerra sin tiros», en *Ahora*, 6/5/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 493.

312. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Diez mil comunistas», en *Ahora,* 18/1/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 181.

313. Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Todos, anarcosindicalistas», en *Ahora,* 20/1/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 191.

314. *Ibid.,* pág. 192.

315. Casanova, J. y Gil, C. (2009): *Historia de España en el siglo XX*, Barcelona, Ariel, págs. 38-41.

316. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «Hay que poner las cosas en su punto», en *Ahora,* 26/10/ 1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 209.

317. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «La organización del ejército rojo en Asturias», en *Ahora*, 24/10/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* págs. 200 y 211.

318. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «Lo que no debe quedar vivo bajo los escombros», en *Ahora*, 27/10/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 213.

319. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «La liberación de Asturias contada por el general López Ochoa», en *Ahora*, 28/10/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 223.

320. Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «La organización del ejército rojo en Asturias», en *Ahora*, 24/10/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 200.

321. Vid. Amat, J. (2017): *Tres periodistas en la revolución de Asturias,* Barcelona, Libros del Asteroide.

322. Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «En la hora del triunfo», en *Ahora*, 26/2/1936; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* págs. 263-264.

323. Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «De presidiario a gobernante», en *Ahora*, 28/2/1936; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 270.

324. Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «Las grandes paradas de la ciudadanía», en *Ahora,* 3/3/1936; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 282.

325. *Ibid.,* pág. 281.

326. Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «Luis Companys expone su pensamiento y sus propósitos de gobierno», en *Ahora,* 4/3/1936; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 285.

327. *Id.*

328. *Ibid.,* pág. 288.

329. *Ibid.,* pág. 290.

330. Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «Un conservador, un liberal, un marxista y un sindicalista», en *Ahora*, 11/3/1936; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* págs. 295-304.

331 . Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* págs. 410-411.

332. Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «Andalucía roja y la Blanca Paloma», en *Ahora*, 7-11/6/1936; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III, op. cit.,* pág. 310.

333. *Ibid.,* pág. 311.

334. *Ibid.,* pág. 307.

335. *Ibid.,* págs. 314-315.

336 . *Ibid.,* pág. 327.

337 . Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 417.

338 . Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II, op. cit.,* nota 40, pág. 305.

339. «Editorial», *Ahora*, 21/7/1936.

340 Walter Lippmann usaba el termino *insider* para describir la labor de aquellos periodistas que, como él mismo, tratan de moldear la opinión pública dentro del sistema y colaboran con los dirigentes políticos. *[Nota del editor]*

341. Pericay, X. (2020): «En París, con la República», en Chaves Nogales. Cuadernos y lugares, Catálogo, Charo Ramos, edit., Sevilla, Junta de Andalucía, *op. cit.,* pág. 163.

342. González, D. (2020): «El defensor de la República», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* pág. 191.

5
La guerra civil española

El 17 de julio se sublevó el ejército de Marruecos y tomó las ciudades de Ceuta, Melilla y Tetuán. Al día siguiente, el general Franco llegó a Tetuán y se puso al frente de la insurrección. Las noticias de estas acciones causaron una profunda consternación entre la ciudadanía, que se echó a la calle para tratar de averiguar lo que sucedía. El diálogo y la negociación fueron aplastados por la violencia y se gestó un ambiente conflictivo que desbordó la capacidad del Estado para mantener el orden. Quienes dieron el paso de empuñar las armas y desatar la guerra incurrieron en una grave irresponsabilidad. Cualquier problema de España se habría resuelto mucho mejor en paz, procediendo con inteligencia y prudencia.

Los rebeldes pretendían realizar una acción fulminante para dominar por sorpresa los centros estratégicos del país, pero su plan fracasó al ser derrotados en Madrid, Barcelona, Valencia y otras ciudades importantes. Así lo explica Julián Casanova: «El golpe militar no pudo lograr de entrada la conquista del poder. La confianza en un rápido triunfo de la rebelión se desvaneció cuando los militares sublevados fueron derrotados en la mayoría de las grandes ciudades. Menos de una semana fue necesaria para aclarar el panorama. La sublevación, al ocasionar una división profunda en el Ejército y en las fuerzas de seguridad, debilitó al Estado republicano y abrió un escenario de lucha armada, de rebelión militar y de revolución popular allí donde los militares no pudieron conseguir sus objetivos. España quedó partida en dos. Y así siguió durante una guerra de mil días» [343].

Los principales impulsores de la rebelión fueron los capitanes del Ejército. La mayoría de los generales se mantuvieron leales a la República, mientras que la mayoría de los mandos intermedios que se relacionaban directamente con los soldados instigaron la lucha. Los sublevados contaron desde el principio con el ejército de África, única formación que tenía experiencia práctica de guerra, integrada por 1.600 jefes y oficiales y 40.000 soldados. A su lado combatía la

Legión, unidad formada por españoles y extranjeros que había luchado en la guerra del Rif, así como las fuerzas Regulares Indígenas, constituidas por mercenarios marroquíes, cuya brutalidad se pondría de manifiesto en los combates. Estas unidades tenían el problema de llegar a Andalucía, ya que el Estrecho estaba controlado por la marina republicana. Franco pidió ayuda a Hitler y Mussolini a través de dirigentes nazis y fascistas que resaltaron sus coincidencias ideológicas, así como el reforzamiento del eje Berlín-Roma si los rebeldes conseguían la victoria. Culminadas estas gestiones, a finales de julio llegó a Marruecos un importante contingente de aviones de transporte, cazas, bombarderos y buques que transportaron a Andalucía a más de diez mil soldados rebeldes. Así, Franco se instaló en Sevilla y planeó el avance hacia Madrid. Su relación privilegiada con los Gobiernos de Alemania e Italia, que le permitió controlar los suministros de armamento, le convirtió en la principal figura militar del bando insurrecto.

A finales de julio, el territorio nacional quedó fracturado en dos zonas. La República controlaba Madrid, Cataluña, País Vasco, Cantabria, Asturias, Castilla la Nueva, Valencia y Murcia. Los rebeldes ocupaban Navarra, Álava, Castilla la Vieja, León, Galicia, Aragón, Canarias y algunas áreas de Extremadura y Andalucía. En cada una de las zonas se practicó una violenta destrucción de los adversarios. El Gobierno de la República, acosado por esta grave perturbación, publicó varios decretos que derogaron la declaración del estado de guerra realizada por los golpistas y decretaron la desmovilización de los soldados. Con ello pretendía disolver las unidades militares rebeldes, pero la mayoría de los soldados se pasaron al enemigo o se incorporaron a las milicias populares, quedando el ejército republicano seriamente dañado, sin capacidad para controlar a los milicianos que surgían por todas partes. El Gobierno republicano reaccionó movilizando a los jefes militares leales, pero fue desbordado por un movimiento popular que se echó a la calle exigiendo armas para defender la democracia. Así, el golpe de Estado que dieron quienes pretendían ser los guardianes del orden provocó la revolución impulsada por quienes querían construir una sociedad de nueva planta [344].

Detención de un oficial rebelde en Madrid, el 27 de julio de 1936, unos días después de producirse el golpe militar.

La ayuda militar concedida por Hitler y Mussolini permitió a los rebeldes proseguir la guerra. José Giral, jefe del Gobierno de la República, pidió a Léon Blum, jefe del Gobierno francés, que enviara aviones, carros blindados y armamento. Blum se dispuso a hacerlo, pero la oposición de la derecha francesa y la desaprobación del Gobierno conservador británico terminaron imponiendo la «política de no intervención» que, tal como reconoció Manuel Azaña, desequilibró el curso de la contienda: La entrada de los ejércitos de Alemania y de Italia violó la soberanía española y el derecho internacional. Los gobiernos de la República denunciaron la agresión en la Sociedad de Naciones y exigieron la retirada de las tropas extranjeras, pero la Sociedad se desentendió del conflicto, remitiéndolo al Comité de No Intervención de Londres. La actuación de este Comité resultó un verdadero fiasco. Liderado por Inglaterra y por Francia, llevó a cabo

una política de contemporización, de dejar pasar el tiempo y de inacción que favoreció a los nacionalistas de Burgos. La No-Intervención consistía en negar al Gobierno de la República su derecho a comprar armas en el mercado internacional, mientras que los ejércitos alemanes e italianos introducían en España miles de soldados, cientos de aviones y de carros de combate y toneladas de material bélico [...]. Inglaterra fue la principal responsable de esta deplorable forma de proceder. La guerra española, a juicio de Chamberlain, era una cuestión secundaria que no debía perturbar el equilibrio europeo, aunque se pisotearan los derechos de los españoles [345].

Esta situación se corrigió en el otoño, gracias a la ayuda militar concedida por la Unión Soviética.

El miedo y el odio quebraron las relaciones de convivencia. Miedo al desafío democrático, odio destilado durante siglos en la conciencia de los oprimidos, miedo a quienes querían construir una sociedad diferente, odio a la insolencia de los obreros, miedo a ser devorado por el enemigo… Durante los meses de julio, agosto y septiembre se llevó a cabo un brutal exterminio de los adversarios, ignorando que eran compatriotas. En la zona rebelde, se persiguió a alcaldes, diputados, maestros, sindicalistas y masones. Tal como había ordenado el general Mola, el «criminal del Norte», como lo califica Paul Preston, había que destruir de forma violenta a los representantes de la República. Sus «instrucciones reservadas» decían: «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándoles castigos ejemplares a dichos individuos, para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas» [346]. Convencido de la falacia que postulaba la existencia de un «contubernio judeo-masónico-bolchevique», Mola proclamó la necesidad de destruir a los «enemigos» de la patria. Así, en los meses que siguieron al golpe militar, en los territorios que estaban bajo su control en Navarra, Castilla la Vieja, León, La Rioja y Galicia fueron asesinadas más de 12.500 personas. Miguel de Unamuno le acusó de ser el principal responsable de estas acciones terroristas: «Esto, lo de la represión de la retaguardia, corre a cargo de un monstruo de perversidad, ponzoñoso y rencoroso, que es el general Mola» [347].

El general Gonzalo Queipo de Llano realizó una feroz acción represiva en Andalucía. Al respecto, comenta Preston: «En las emisiones de radio diarias en las que intervino después de apoderarse de Sevilla, vomitaba incitaciones al asesinato y la violación. Bajo su autoridad, más de cuarenta mil personas fueron asesinadas en el sur de España» [348]. Al igual que Mola, Franco y otros mandos africanistas, la experiencia de Marruecos le llevó a practicar una forma de lucha impregnada de odio y violencia. En la ocupación de la ciudad de Sevilla, reprimió con extrema dureza los barrios de Triana, La Macarena, San Julián, Amate, Ciudad Jardín y San Marcos, causando varios miles de muertos. Queipo dictó, sin estar facultado para ello, un «bando de guerra» en virtud del cual se realizaron ejecuciones masivas de obreros, cuyos cuerpos quedaban amontonados en las cunetas sin ser enterrados. Las charlas radiofónicas de Queipo alentaban el rencor y la violencia. Así decía en una de ellas: «Nuestros valientes Legionarios y Regulares han enseñado a los rojos cobardes lo que significa ser hombre de verdad. Y, de paso, a sus mujeres también. Después de todo, estas comunistas y anarquistas se lo merecen, ¿no han predicado el amor libre? Ahora por lo menos sabrán lo que son hombres de verdad y no milicianos maricones. No se van a librar por mucho que forcejeen o pataleen» [349]. Sus discursos contenían alusiones sexuales absurdas que revelaban su desvarío mental. En este sentido, afirmó Gerald Brenan: «Sus charlas estaban llenas de anécdotas, chistes, insultos, absurdidades, todo de una viveza y expresividad pasmosas, pero terrorífico cuando te dabas cuenta de que se refería a las ejecuciones en masa que estaban sucediendo a su alrededor» [350]. Por lo demás, estas charlas, dadas sus características terroristas, provocadoras y obscenas, originarían respuestas de represalia.

En la zona republicana, durante los primeros meses de guerra, grupos de milicianos incontrolados realizaron «paseos» y «sacas» en los que asesinaron a militares, terratenientes, empresarios y sacerdotes. «Sin reglas ni gobierno, sin mecanismos de coerción obligando a cumplir leyes, la “sed de justicia”, la venganza y los odios de clase se extendieron con una fuerza devastadora para aniquilar el viejo orden» [351].

En noviembre de 1936, cuando Madrid se encontraba sitiado por las fuerzas franquistas, se produjo la matanza de Paracuellos del Jarama. Durante los días 7 y 8, varios miles de presos políticos, militares y sacerdotes fueron trasladados en coches de la Sociedad

Madrileña de Tranvías a Paracuellos del Jarama y a Torrejón de Ardoz, donde fueron asesinados y enterrados en fosas comunes. Las «sacas» prosiguieron a lo largo del mes, alcanzando la cifra de 2.700 ejecutados. Los responsables de esta macabra actuación fueron los aparatos policiales madrileños, controlados por el Partido Comunista y los asesores soviéticos, y, de modo particular, Manuel Muñoz, director general de Seguridad, Santiago Carrillo, consejero de Orden Público, y Segundo Serrano, delegado de la Dirección General de Seguridad. Afirma Julián Casanova: «El asunto causó, como era de esperar, una retahíla de justificaciones, acusaciones y polémicas, aparecidas en una literatura que no cesa […]. Y aunque es muy probable que actuaran por su cuenta los típicos "incontrolados", esos que se mueven a gusto en las situaciones caóticas, las "sacas de noviembre" en Madrid apuntan a una limpieza de la retaguardia en toda regla, dictada por la guerra y querida al mismo tiempo, una ocasión extraordinaria para aniquilar al enemigo político, ideológico y de clase» [352].

Madrid sufrió bombardeos masivos en los meses finales de 1936. [*Arriba*] Consecuencias de los bombardeos de las fuerzas aéreas rebeldes en las calles de Madrid (17/11/1936). [*Abajo*] Civiles en un refugio antiaéreo de la plataforma del metro (Madrid, 9/12/1936).

A partir de diciembre de 1936 la situación militar se fue estabilizando. Madrid resistió el ataque de las fuerzas franquistas, los frentes se consolidaron y comenzó a vislumbrarse que la guerra iba a ser incierta y larga. La escalada de «terror caliente» comenzó a ser controlada en cada bando. En la zona republicana, el Gobierno presidido por Largo Caballero, integrado por socialistas, liberales, comunistas y anarquistas, reconstruyó la autoridad estatal, restableció los instrumentos de acción gubernativa y desarrolló una política de legalidad y disciplina. Los tribunales especiales se ocuparon de juzgar los delitos de rebelión y sedición. Los milicianos fueron integrados en el Ejército Popular, reorganizado a través de Brigadas Mixtas que realizaban operaciones más eficientes. En la zona franquista el control de los actos terroristas comenzó más tarde, en el otoño de 1937, cuando los tribunales militares se ocuparon de juzgar a los republicanos acusados de haber cometido delitos. En cualquier caso, el balance de las ejecuciones realizadas durante la guerra fue pavoroso: unas 100.000 en la zona franquista y unas 60.000 en la republicana.

El objetivo principal de Franco era la destrucción del republicanismo, tal como declaró explícitamente en abril de 1937 al embajador de la Italia fascista: «En una guerra civil, es preferible una ocupación sistemática del territorio, acompañada de una limpieza necesaria, a una rápida derrota de los ejércitos enemigos que deje el país infectado de adversarios […] Debemos realizar la tarea, necesariamente lenta, de redención y pacificación, sin la cual la ocupación militar sería totalmente inútil. La redención moral de las zonas ocupadas será larga y difícil, porque en España las raíces del anarquismo son antiguas y profundas […]. Ocuparé España ciudad a ciudad, pueblo a pueblo, ferrocarril a ferrocarril […]. Nada me hará abandonar este programa gradual. Me dará menos gloria, pero mayor paz en el interior. Llegado el caso, esta guerra civil podría continuar aún otro año o dos, quizá tres […]. Podría incluso ser peligroso para mí llegar a Madrid mediante una compleja operación militar. No tomaré la capital ni siquiera una hora antes de lo necesario: primero debo tener la certeza de poder fundar un nuevo régimen» [353].

Azaña rebatió este argumento en el discurso conmemorativo del 18 de julio, pronunciado en 1937, en el Paraninfo de la Universidad de Valencia: El odio, el terrible odio político, mucho más fuerte que el odio teológico, o hermano gemelo suyo, ha desencadenado sobre España esta política de exterminio que se propone acabar con el

adversario […]. Pues bien: debe afirmarse, como yo he afirmado siempre, que ninguna política se puede fundar en la decisión de exterminar al adversario; no sólo, y ya es mucho, porque moralmente es una abominación, sino porque, además, es materialmente irrealizable; y la sangre injustamente vertida por el odio, con propósito de exterminio, renace y retoña y fructifica en frutos de maldición; maldición, no sobre los que la derramaron, desgraciadamente, sino sobre el propio país que la ha absorbido para colmo de su desventura. Eso yo no lo deseo. Yo me opondré con el peso de mi autoridad y con todo el poder que tenga, moral o personal, dondequiera que esté, a que nuestro país, el día de la paz, pueda entrar nunca en un rapto de enajenación por las vías del odio, de la venganza y del sangriento desquite. Odio y miedo, causantes de la desventura de España […]. La generosidad del español sabe distinguir entre un culpable y un perseguido, entre un culpable y un inducido o un extraviado. Esta distinción es capital, porque tenemos que habituamos otra vez unos y otros a la idea, que podrá ser tremenda, pero que es inexcusable, de que de los veinticuatro millones de españoles, por mucho que se maten unos a otros, siempre quedarán bastantes, y los que queden tienen la necesidad y la obligación de seguir viviendo juntos para que la nación no perezca [354].

Tras el golpe militar, Chaves Nogales continuó al frente del periódico *Ahora* defendiendo la causa de la República. El editorial publicado el 21 de julio 1936, titulado *Frente a la subversión,* condenó el recurso a la violencia para dirimir las diferencias políticas: Con íntimo dolor hemos visto alzarse contra el Poder constituido una parte considerable del Ejército, cuyos designios, cualesquiera que ellos fuesen, no podían alcanzar aun en caso de triunfo, logro perfecto por los caminos descarriados de la subversión. Jefes y oficiales no han vacilado en incorporarse a un movimiento de rebeldía, en abierta discrepancia con los anhelos de la mayoría del país. La victoria obtenida en las urnas por el Frente Popular es un hecho demasiado reciente para que nadie trate de olvidarlo, cuando menos pretender por la fuerza derogar su lícita vigencia. Medios idóneos existen para procurar en la contienda legal la captación de una masa de opinión, cuya sensibilidad, rayana con la hiperestesia, es terreno abonado, según han demostrado los hechos […]. La violencia como norma de actuación política ha merecido siempre, a través de los más diversos y apasionantes avatares políticos, nuestra más enérgica repulsa. Desde

nuestra posición, netamente conservadora, nos incumbe en el día de hoy ratificar esa convicción, fundada en principios estrictamente liberales y democráticos. Cúmplenos al mismo tiempo felicitar con la mayor cordialidad a las fuerzas armadas que han permanecido fieles al Gobierno, celosas en el mantenimiento de la legalidad republicana [355].

AÑO VII — NUM. 1.737 — PRIMERA EDICION

Director propietario: LUIS MONTIEL — Subdirector: M. CHAVES NOGALES — Apartado 8.094

AHORA

PASEO DE SAN VICENTE, 26

Madrid, martes 21 de julio de 1936 — Número suelto: 15 céntimos — Teléfono 15340

EN BREVES HORAS EL GOBIERNO YUGULA LA SUBLEVACION MILITAR

El cuartel de la Montaña, tomado a viva fuerza tras un combate de tres horas

LOS GENERALES FANJUL Y GODED, JEFES DE LA REBELDIA EN MADRID Y BARCELONA RESPECTIVAMENTE, EN PODER DE LAS AUTORIDADES

EN EL CUARTEL DE CARABANCHEL FUE HALLADO MUERTO EL GENERAL GARCIA DE LA HERRAN

En accidente de aviación, cuando venía de Portugal a España, perece el general Sanjurjo

LAS NOTICIAS QUE SE RECIBEN DE PROVINCIAS SON ALTAMENTE SATISFACTORIAS

En la mañana del domingo quedó constituido un nuevo Gobierno presidido por el señor Giral

El señor Giral, jefe del Gobierno

La explicación de la crisis

Cómo ha quedado constituido el nuevo Gobierno

Un saludo del nuevo Gobierno al pueblo

EDITORIAL

FRENTE A LA SUBVERSION

El editorial del diario *Ahora* publicado el 21 de julio 1936, titulado «Frente a la subversión», condenó el recurso a la violencia para dirimir las diferencias políticas: «La violencia como

norma de actuación política ha merecido siempre, a través de los más diversos y apasionantes avatares políticos, nuestra más enérgica repulsa».

Los editoriales de *Ahora* continuaron haciendo llamamientos a la movilización ciudadana con el fin de defender la República.

El 25 de julio, un Consejo Obrero designado por los sindicatos de trabajadores del grupo editorial Estampa se incautó los talleres, las publicaciones, la maquinaria, el mobiliario y los materiales e impuso al periódico *Ahora* el cometido de defender la causa de la República. La incautación fue realizada por Mariano García, de la Confederación Nacional del Trabajo, Luis Nieto, de la Federación Gráfica Española, y Leopoldo Bejarano, de la Agrupación Profesional de Periodistas, vinculada a la Unión General de Trabajadores. En este proceso, Chaves Nogales fue el portavoz de los periodistas y continuó desarrollando el cometido de director del periódico. Las condiciones de trabajo eran sumamente complejas, pero los problemas se fueron resolviendo y *Ahora* aumentó su tirada, alcanzando a finales de julio los 250.000 ejemplares. Chaves Nogales contó en el prólogo de *A sangre y fuego* aquella singular experiencia: Cuando estalló la guerra civil, me quedé en mi puesto cumpliendo mi deber profesional. Un consejo obrero, formado por delegados de los talleres, desposeyó al propietario de la empresa periodística en que yo trabajaba y se atribuyó sus funciones. Yo, que no había sido en mi vida revolucionario, ni tengo ninguna simpatía por la dictadura del proletariado, me encontré en pleno régimen soviético. Me puse entonces al servicio de los obreros como antes lo había estado a las órdenes del capitalista, es decir, siendo leal con ellos y conmigo mismo. Hice constar mi falta de convicción revolucionaria y mi protesta contra todas las dictaduras, incluso la del proletariado, y me comprometí únicamente a defender la causa del pueblo contra el fascismo y los militares sublevados. Me convertí en el «camarada director», y puedo decir que durante los meses de guerra que estuve en Madrid, al frente de un periódico gubernamental que llegó a alcanzar la máxima tirada de la prensa republicana, nadie me molestó por mi falta de espíritu revolucionario, ni por mi condición de «pequeño burgués liberal», de la que no renegué jamás [356].

El 27 de julio, dos días después de la incautación de *Ahora,* se celebró la primera reunión del Consejo Obrero de la editorial Estampa, de la que se levantó acta. Participaron, en calidad de delegados, Vicente Francos, en representación de los empleados de la

administración, Vicente Merino, de cierre y reparto, Antonio Sanz, de estereotipia, Jesús Carrillo, de huecograbado, David Cuenca, de transporte, Mariano Valcárcel, de composición, Salvador Forján, de fotograbado, Francisco Coyes, de la Agencia Periodística Internacional, Juan Esteban, de la sección de diversos, Manuel García Nogales, de los periodistas de *Ahora*, Antonio Vaquero, de los impresores, Manuel Merlo, de los periodista de la revista *Estampa* y Ángel Diez de las Heras, de los redactores de *As*. Además, comparecieron Luis Nieto, Leopoldo Bejarano y Mariano García, que habían firmado el acta notarial que certificaba la incautación.

El asunto más importante tratado fue la elección del Comité Ejecutivo del Consejo Obrero, que quedó integrado por Vicente Francos, Manuel García Nogales y Luis Nieto. El Comité Ejecutivo tenía el cometido de llevar a la práctica los acuerdos adoptados por el Consejo, vigilando su cumplimiento, así como «la firma y representación del mismo para toda clase de autoridades y entidades bancarias y comerciales, retiro de fondos de las cuentas corrientes, valores o efectos y cualesquiera otras operaciones similares». En las primeras reuniones se debatió la función informativa que debía desarrollar el periódico, acordándose por unanimidad que sería la defensa de «la causa de la República del Frente Popular». El debate se cerró a finales del mes de septiembre, cuando las juntas directivas de los sindicatos de la UGT, mayoritarios en el sector, declararon que *Ahora* seguiría la línea política del Gobierno de la República y rechazaron los intentos de la CNT de convertir el periódico en una publicación anarquista. Otra cuestión importante fue la designación del director de *Ahora,* asunto que se resolvió de forma inmediata, ya que los dirigentes sindicales eran conscientes de que nadie podía hacerlo mejor que Chaves Nogales [357].

*

El 19 de octubre de 1936, Franco aprobó el plan de ataque a Madrid, dirigido por el general José Enrique Varela, militar de orientación carlista. 30.000 soldados, con el ejército de África a la cabeza, avanzaron en tres columnas hacia la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, apoyados por las escuadrillas aéreas de la Luftwaffe alemana y la Aviazione Legionaria italiana. Ante el peligro que ello entrañaba, el 6 de noviembre el Gobierno de Largo Caballero decidió

por unanimidad trasladar la capital de la República a Valencia, lejos del frente. Esta salida precipitada, de la que no se dio explicación alguna, originó una imagen de huida y derrota. Aquel mismo día, se promulgó un decreto que procedió a crear la Junta de Defensa, presidida por el general José Miaja: «El Gobierno ha resuelto, para poder continuar cumpliendo con su primordial cometido de defensa de la causa republicana, trasladarse fuera de Madrid, y encarga a V. E. la defensa de la capital a toda costa. A fin de que lo auxilien en tan trascendental cometido, […] se constituye una Junta de Defensa de Madrid […]. Esa Junta tendrá facultades delegadas del Gobierno para la coordinación de todos los medios necesarios para la defensa de Madrid, que deberá ser llevada al límite […]» [358].

El general Miaja, con la ayuda del teniente coronel Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor, organizó la defensa de la capital con 20.000 soldados, las Brigadas Internacionales, los primeros carros de combate y aviones rusos y con los madrileños, cuyo coraje y entrega les hizo ser, como reconoció Rojo, los auténticos artífices de la defensa de Madrid, la batalla más importante de la primera fase de la guerra [359].

Varela creía que podía conquistar la capital con asaltos de infantería en poco tiempo, pero se encontró con una resistencia férrea y careció de los recursos requeridos para dominar una ciudad de más de un millón de habitantes, a la que llegaban oleadas de refugiados. Comenta Casanova: «Muchos percibieron aquello como una batalla decisiva entre el fascismo internacional, por un lado, y el comunismo y la democracia, por otro. Fue también la primera gran batalla filmada de la guerra civil española, con imágenes de los bombardeos a una población indefensa, mujeres y niños que aparecían muertos entre los escombros, que dieron la vuelta al mundo» [360]. La primera ofensiva de las fuerzas franquistas para tomar Madrid constituyó un fracaso. Franco, reconocido aquellos días por Hitler y Mussolini como jefe del Gobierno de España, ordenó suspender el ataque a la capital y priorizó el dominio de otros territorios.

Ahora se convirtió en un periódico de resistencia y propaganda, como revelan los titulares de finales de 1936: «Los soldados de la República, inalterables en sus puestos» (13/10/1936), «La colaboración de las mujeres en la guerra» (27/10/1936), «Todo depende de nuestra fuerza

impulsiva» (4/11/1936).

A partir de entonces, la batalla de Madrid se desplazó a las zonas próximas a la capital. La batalla del Jarama se desarrolló entre el 6 y el 27 de febrero de 1937. Las fuerzas franquistas lanzaron una ofensiva de gran envergadura con el objetivo de cortar la carretera de Valencia, a través del valle del río Jarama, por donde llegaban a la capital los abastecimientos y los recursos militares, y, después, subir hacia Alcalá de Henares para controlar la carretera de Barcelona. Las fuerzas republicanas, dirigidas por el general Miaja, lanzaron una contraofensiva el día 17 para forzar el retroceso de los rebeldes. Los combates duraron diez días, sin que la línea del frente tuviera movimientos significativos. Durante varias semanas se produjeron enfrentamientos que causaron miles de muertos, pero la situación militar quedó inalterada, por lo que la carretera Madrid-Valencia continuó estando operativa.

Poco después, el 8 de marzo, el general italiano Amerigo Coppi lanzó en Guadalajara una ofensiva del Corpo di Truppe Volontarie (CTV), apoyada por las tropas del general Moscardó, con el propósito de rodear la capital y ocupar Alcalá de Henares. Durante todo el día, los italianos bombardearon el frente republicano y consiguieron romperlo, pero la niebla y la lluvia dificultaron el avance, penetrando tan sólo doce kilómetros. En los días siguientes se reanudaron los ataques, pero fueron rechazados por el Ejército republicano, las Brigadas Internacionales y la Guardia de Asalto, dirigidos por el coronel Vicente Rojo. Por otra parte, las tropas del general Moscardó avanzaron hacia Jadraque por la carretera de Soria a Guadalajara, a través del valle del río Badiel.

La clave que condicionó la evolución de la batalla de Guadalajara fue la tormenta de lluvia y nieve que se desató en los últimos días del invierno y que dejó al ejército rebelde varado en la carretera Nacional II, sin poder moverse, provocando un enorme colapso circulatorio. El 11 de marzo de 1937, Rojo lanzó la contraofensiva republicana. La intervención de la aviación resultaría decisiva, ya que atacó a una numerosa columna italiana en la carretera de Sigüenza a Guadalajara, causando un gran desconcierto. La suerte climatológica se alió con la aviación republicana. Las pistas de tierra de los aeródromos de Guadalajara, Alcalá de Henares y Barajas, muy bien compactadas, disponían de un drenaje más eficiente que los aeródromos rebeldes de

Soria y Almazán, los cuales, debido a las intensas lluvias, quedaron impracticables. Así, las sucesivas incursiones de la aviación republicana destruyeron tanques, tanquetas y camiones y cortaron la red del abastecimiento franquista. El 13 de marzo las fuerzas republicanas prosiguieron la ofensiva y, al cabo de diez días, recuperaron todo el territorio perdido. El general Roatta asumió la derrota y ordenó la retirada de sus tropas.

El resultado de la batalla de Guadalajara alcanzó una gran repercusión nacional e internacional. Periodistas, escritores y fotógrafos como Antoine de Saint-Exupéry, André Malraux, John Dos Passos, Ernest Hemingway, Jay Allen, Robert Capa, Iliá Ehrenburg, Arthur Koestler, Indro Montanelli y George Orwell destacaron la importancia de la victoria republicana. Herbert L. Mathiews la calificó «el Bailén del fascismo». Unos días después de concluir la batalla, Miguel Hernández se subió a un balcón de Torija y leyó ante los vecinos y soldados su poema *Sanguinario Mussolini*. A juicio de Julián Casanova: «Era el final de la prolongada batalla de los rebeldes para tomar Madrid, que había durado cinco meses, sin lograr la meta pese a su superioridad militar. Los republicanos habían podido salvar la capital y ofrecer al mundo una imagen de heroísmo y resistencia frente al fascismo internacional» [361].

En esta circunstancia, la guerra dio un giro sensible y prosiguió en el frente norte, tal como comenta Enrique Moradiellos: «A finales de marzo de 1937, el fracaso de las sucesivas tentativas para tomar Madrid por asalto llevó a Franco a cambiar de manera decisiva su estrategia bélica. Comprobada la reiterada capacidad defensiva del enemigo en el frente madrileño, optó por renunciar de momento al objetivo de tomar la capital para volcarse contra la aislada franja norteña republicana, más vulnerable y cuya conquista ofrecía ventajas nada desdeñables en términos de incremento de producción minera, riqueza siderúrgica y acceso a reservas demográficas. Ese giro estratégico implicaba asumir que la guerra ya no iba a ser corta y breve, sino larga y dilatada, algo que no le preocupaba demasiado en vista de la confirmación del apoyo vital ítalo-germano y de la persistencia de la no intervención que estrangulaba a la República» [362].

El general José Miaja, a la izquierda, con Indalecio Prieto, ministro de la Guerra del Gobierno de la República, quien reconoció la labor del general en la defensa de Madrid (*ca.* 1937) (fotografía donada por la familia Miaja al Ateneo Español de México).

Así, el 11 de junio de 1937, el ejército franquista lanzó una fuerte ofensiva sobre Bilbao. Las amenazas de Mola evocaron las masacres de Badajoz, perpetrada el 14 y 15 de agosto de 1936, de Málaga, el 8 de febrero de 1937, y Guernica, el 26 de abril de 1937. Durante toda la noche, se repitieron los bombardeos de artefactos incendiarios de la Legión Cóndor nazi y la Aviazione Legionaria italiana que causaron grandes destrozos. Al día siguiente, las descargas se concentraron en el Cinturón de Hierro, cuyos planos habían sido entregados al mando enemigo, desvelando los puntos débiles por donde podía ser franqueado. El fuego cruzado de los aviones, los tanques y las baterías facilitó el movimiento de las tropas. Al amparo de la oscuridad, la V Brigada Navarra penetró por el monte Urcullu, abriendo un boquete de 800 metros. Prieto ordenó al general Gámir hacer todo el esfuerzo necesario para defender la ciudad y los centros industriales, pero el 14

de junio el Gobierno vasco se retiró a Trucios, al oeste de Vizcaya, y sus tropas se replegaron y se encaminaron hacia Santander. Seis batallones vascos se pasaron al enemigo. El comandante Navarro, jefe de la Marina, huyó a Francia con dos petroleros llenos de dirigentes del Partido Nacionalista Vasco. Aprovechando esta confusión, las tropas franquistas se hicieron con el control de la carretera que conducía a la ciudad. El 17 de junio Bilbao sufrió un intenso bombardeo. Las unidades republicanas comenzaron a abandonar los enclaves defensivos. Dos días después, los tanques franquistas avanzaron por el centro de la ciudad, sin encontrar resistencia.

Un edificio en ruinas después del bombardeo aéreo de Guernica, a mediados de 1937.

*

La iglesia católica, como ha resaltado Moradiellos, «se alineó con los militares sublevados desde el inicio de la guerra. El catolicismo pasó a

convertirse así en uno de los principales valedores nacionales e internacionales del esfuerzo bélico insurgente, encumbrado a la categoría de cruzada por la fe de Cristo y la salvación de España frente al ateísmo comunista y la anti-España» [363]. El 1 de julio de 1937, cuando estaba a punto de cumplirse el primer año del comienzo de la guerra, la mayoría de los obispos suscribió la *Carta colectiva del Episcopado español a los obispos del mundo entero,* redactada por Isidro Gomá, cardenal primado de Toledo, a petición de Franco. La *Carta* consideraba la guerra un «plebiscito armado», denunciaba los ataques recibidos por la Iglesia en la zona republicana y apoyaba explícitamente a los golpistas: «Hoy por hoy, no hay en España más esperanza para reconquistar la justicia y la paz y los bienes que de ellas derivan, que el triunfo del movimiento nacional. Tal vez hoy menos que en los comienzos de la guerra, porque el bando contrario, a pesar de todos los esfuerzos de sus hombres de gobierno, no ofrece garantías de estabilidad política y social» [364]. La *Carta colectiva*, utilizando el argumentario de la derecha católica, procedía a vulnerar la legalidad democráticamente establecida, condenaba a la República, legitimaba el golpe militar y elogiaba al «nuevo régimen» que estaba implantando Franco en la zona rebelde. Su deficiencia más grave, según el religioso e historiador Hilari Ranguer, fue no reconocer ni condenar los asesinatos masivos que se estaban perpetrando en la zona franquista [365].

*

El 14 de agosto las fuerzas franquistas iniciaron el ataque a Santander, con bombardeos y fuego de artillería. Las fuerzas contendientes tenían un acusado desequilibrio en recursos de aviación y de artillería. La participación de fuerzas extranjeras en la operación era importante: 25.000 soldados italianos, 70 aviones alemanes y 80 aviones italianos. Las tropas rebeldes del general Dávila rompieron el frente por el sur y ocuparon el macizo de Peña Labra y las posiciones de Soncillo. Al día siguiente las brigadas navarras franquistas envolvieron Reinosa. El día 16 se libró un duro combate en el Escudo, atacado por 80 carros italianos y por 100 aviones, y cayó la ciudad de Reinosa. Los hornos y los talleres de la Constructora Naval fueron destruidos. Al día siguiente, las tropas italianas ocuparon el Escudo y las brigadas navarras se encaminaron hacia Torrelavega para cortar las

comunicaciones con Asturias. El 22 de agosto se reunieron los mandos militares y los dirigentes políticos republicanos para evaluar la situación. Indalecio Prieto les informó de que se iba a hacer una ofensiva en Aragón para aliviar la presión enemiga. Después de la correspondiente deliberación, acordaron mantener la defensa de Santander, pero los nacionalistas vascos negociaron con el Gobierno fascista de Italia la rendición de los *gudaris* y la salida de sus dirigentes al extranjero. A consecuencia de ello, se desmoronó el plan de resistencia republicano y sus tropas efectuaron una retirada escalonada hacia Asturias. El 26 de agosto el ejército italiano, alzando carteles con la imagen de Mussolini, entró en Santander, acompañado por las brigadas navarras. Miles de republicanos fueron encerrados en la plaza de toros, vulnerándose los derechos humanos.

Poco después, se consumó la caída del Norte. Las fuerzas rebeldes, dirigidas por los generales Dávila, Aranda y Solchaga, comenzaron la ofensiva de Asturias, aislada por tierra y mar, con los restos del ejército republicano del Norte, dirigidos por el coronel Prada. El 4 de septiembre Solchaga rompió el frente oriental y ocupó Llanes, pero los asturianos defendieron el puerto de Pajares y El Mazuco y rechazaron a las tropas enemigas. El macizo de los Picos de Europa y el mal tiempo frenaron el avance. Entre tanto, Indalecio Prieto ordenó el contraataque de Belchite, en el frente de Aragón, para obligar a los rebeldes a dividir sus fuerzas. Durante la primera quincena de octubre de 1937 las tropas republicanas opusieron una tenaz resistencia en las posiciones fortificadas del Sella y los macizos de Sueve y Santianes, consiguiendo estabilizar el frente. El 10 de octubre se rompió la correlación de fuerzas cuando la aviación alemana regresó de Aragón y comenzó a descargar intensos bombardeos en Infiesto, Arriondas, Cangas, Ribadesella y Villaviciosa. Solchaga aprovechó la situación para romper las líneas orientales y atravesar el río Sella, mientras que las tropas italianas se encaminaban hacia Avilés. El 5 de octubre el Consejo de Asturias pidió ayuda urgente al Gobierno, pero esta no llegaría a hacerse efectiva porque el navío *Reina,* cargado de armamento, fue hundido por el enemigo. El 17 de octubre el Consejo de Asturias ordenó la evacuación de sus efectivos. Belarmino Tomás, el coronel Prada y los dirigentes republicanos dieron la batalla por perdida y huyeron en barco. Entre el 22 y el 24 de octubre el ejército franquista ocupó los centros estratégicos asturianos. Las tropas republicanas se replegaron. 20.000 soldados consiguieron embarcar

con destino a Francia, cinco batallones se refugiaron en las montañas y veintidós fueron hechos prisioneros. La pérdida de Asturias causó una gran consternación en los círculos republicanos, ya que la propaganda había sobrevalorado la fortaleza mítica de la región minera.

A finales de 1937 Barcelona se convirtió en la capital de la República. El traslado suscitó reacciones contradictorias. Juan Negrín, jefe del Gobierno, zanjó el debate tratando de unir a las diferentes fuerzas gubernamentales. La sede oficial de la Presidencia de la República se instaló en el Palacio Real de Pedralbes, que había alcanzado cierta notoriedad durante las ceremonias de la Exposición Universal de 1929. Indalecio Prieto y el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor, acometieron la reorganización del ejército incorporando nuevos reemplazos, reforzando la disciplina y mejorando las provisiones de artillería, medios de transporte y municiones. Por otra parte, trataron de contrarrestar la estrategia de los dirigentes comunistas dirigida a apoderarse de áreas importantes del Ejército y la policía, reduciendo la influencia de los comisarios políticos.

Aquel invierno se desarrolló en Teruel una de las batallas más feroces de la guerra. Prieto y Rojo decidieron ocupar la ciudad de Teruel para impedir que los rebeldes lanzaran desde allí una ofensiva hacia el Mediterráneo con el objetivo de partir el territorio de la República. Cuando la operación estaba perfilada, decidieron ponerla en marcha con el nuevo Ejército de Maniobra, dirigido por el coronel Saravia, hombre de confianza de Azaña, que contaba con el apoyo de las tropas de Líster y Modesto. Gracias a los aprovisionamientos recientes, disponía de una buena dotación de carros blindados, aviones y camiones. Aunque el ejército enemigo tenía más recursos, Rojo planificó la operación con solvencia. Teruel brindaba una situación propicia, ya que contaba con pocos efectivos y estaba rodeada por territorios republicanos, salvo la estrecha franja del noroeste donde estaban las comunicaciones con Zaragoza. El ataque republicano se inició en la madrugada del 15 de diciembre, bajo un frío glacial. Las tropas de Líster y Heredia cruzaron el frente sin encontrar resistencia y rodearon la ciudad, dejándola aislada. La aviación bombardeó las líneas defensivas rebeldes, obligándolas a replegarse. Las noticias de la ofensiva tuvieron una gran repercusión. Franco suspendió el avance hacia Madrid por Guadalajara. Según su

concepción de la guerra, no había que conceder una sola victoria a la República y menos perdiendo una capital de provincia. Por ello, ordenó a Rey D'Harcourt que resistiera a todo trance, mientras acudían tropas de auxilio. Durante los días de Navidad la artillería republicana abrió fuego desde las colinas, facilitando la entrada en Teruel de sus soldados. La noticia alcanzó un gran eco. *Le Temps, Il Popolo d'Italia, The Daily Telegraph* y *Frankfürter Zeitung* la consideraron una importante victoria del nuevo ejército de la República. Después de tantas adversidades, el Gobierno celebró el éxito con entusiasmo, pero la batalla no había terminado.

El día de Nochevieja, las fuerzas rebeldes de Aranda y Varela ocuparon las inmediaciones de la ciudad, mientras que la aviación alemana procedía a castigar las posiciones republicanas. En los primeros días del año nuevo se produjo un descenso de la temperatura hasta veinte grados bajo cero y una intensa tempestad de nieve cubrió las carreteras, congelando los vehículos y el armamento. Cuando el tiempo se suavizó, se reanudaron los combates por el control de La Muela, elevada meseta rebosante de nieve, donde los soldados, ateridos, sin mantas ni refugios, sufrieron uno de los episodios más duros de la guerra, falleciendo algunos de ellos congelados. Dentro de la ciudad las tropas republicanas intensificaron el acoso, logrando el 8 de enero la rendición de Rey D'Harcourt, que se entregó con un centenar de jefes y oficiales y 2.500 soldados.

Al cabo de diez días, las tropas de Aranda lanzaron otra ofensiva, precedida de un intenso bombardeo de las colinas de Celadas y el Muletón, que defendían el acceso a la ciudad por carretera. El 19 de enero entraron en acción la XI y la XIV Brigadas Internacionales a las órdenes del general Walter, pero las fuerzas republicanas comenzaron a acusar el cansancio e iniciaron la retirada, cediendo el dominio de La Muela. El coronel Saravia lanzó varios contraataques por el norte, desde la sierra Palomera, gracias a los cuales consiguió estabilizar el frente. El 1 de febrero las Cortes, reunidas en Montserrat, rindieron un homenaje a Prieto, que reconocía el esfuerzo realizado para renovar el ejército. Entre tanto las fuerzas franquistas, haciendo valer su superioridad aérea y artillera, aplicaron una estrategia de desgaste que erosionó la resistencia republicana. El 5 de febrero lanzaron un ataque por el río Alfambra. Tres mil jinetes, al mando de Monasterio, realizaron una espectacular carga, la última gran ofensiva de caballería de la historia militar, que rompió el frente, abriendo paso a

la infantería. Así, el curso de la batalla invirtió las posiciones, pasando las tropas rebeldes a asediar la ciudad, mientras que las republicanas quedaban acorraladas. El día 18 comenzó la última fase de la contienda. Aranda y Yagüe realizaron un movimiento envolvente, amenazando las comunicaciones con Valencia, para facilitar la entrada en la ciudad de sus unidades. Al no contar con tropas de refresco para proseguir la lucha, Saravia ordenó la retirada. El 22 de febrero las tropas franquistas recuperaron la ciudad aragonesa. El balance de la batalla de Teruel fue sumamente dramático ya que el ejército de la República perdió 60.000 hombres y el rebelde, 40.000. En los círculos republicanos la dirección de la guerra comenzó a ser cuestionada. Si en los momentos de gloria, tras la ocupación de Teruel, Prieto fue considerado el héroe nacional, después se convirtió en el villano culpable de la derrota. La esperanza de cambiar el rumbo de la guerra recibió un duro golpe.

Cuando las cenizas de Teruel no se habían apagado, las operaciones militares retornaron sin tregua alguna. El 9 de marzo las tropas de Franco desplegaron una potente ofensiva desde los Pirineos aragoneses hasta los Montes Universales, dirigida por el general Dávila. El frente de Aragón estaba defendido por divisiones republicanas mermadas de efectivos, distribuidas de forma discontinua, que sólo contaban con líneas de contención en Belchite y Gandesa. La artillería y la aviación franquista lanzaron un fuerte ataque por sorpresa que rompió el frente de la margen derecha del Ebro, cundiendo el desconcierto. Al día siguiente, las fuerzas rebeldes ocuparon las ruinas de Belchite y, después, Montalbán, Ariño, Alcañiz y Caspe. En poco más de una semana avanzaron 120 kilómetros y conquistaron 7.000 kilómetros cuadrados. El asalto a Cataluña estaba al alcance de la mano.

A finales de marzo el ejército franquista lanzó otra embestida en el norte de Aragón. Roto el frente por Huesca, las tropas avanzaron hacia el Este y ocuparon Sariñena, Fraga y Barbastro. El 3 de abril, después de un duro combate, los soldados marroquíes de Yagüe tomaron Lérida, aunque fueron hostigados con fuego de artillería desde la orilla del Segre. Las centrales eléctricas de Camarasa, San Lorenzo, Tremp y Pobla de Segur fueron ocupadas. De forma simultánea, por el sur se produjo otro ataque en el Maestrazgo para despejar el avance hacia el mar Mediterráneo. El ejército republicano opuso resistencia en la línea Morella-Cher-Vinaroz, pero tuvo que retroceder hacia el otro lado del

Ebro. El 15 de abril, las tropas de los generales Alonso Vega, García Valiño y Martín Alonso llegaron a la costa mediterránea en Benicarló, Alcanar y Tortosa, partiendo el territorio de la República. Los comentarios de los soldados que se replegaron hacia Barcelona presagiaban los peores augurios.

El 1 de mayo de 1938 el Gobierno de Juan Negrín presentó el *Manifiesto de los Trece Puntos,* propuesta para negociar el final de la guerra y el futuro de España. El Gobierno de la República ratificó su compromiso con la democracia, la independencia y la integridad territorial; reconoció la soberanía de la voluntad popular, que expresaría mediante un plebiscito la futura forma de gobierno; el respeto a la autonomía regional, dentro de la unidad de España; la garantía de la propiedad privada; la libertad de ideas y creencias; la indemnización a los extranjeros perjudicados por la guerra; la política internacional de paz y cooperación, y la amnistía a todos los españoles que desearan contribuir a la reconstrucción de España. El manifiesto fue muy bien acogido por amplios sectores sociales y políticos, pero Franco lo rechazó porque quería alcanzar una victoria sin condiciones y no estaba dispuesto a que los españoles decidieran su futuro a través de unas elecciones democráticas [366].

El 23 de junio las fuerzas franquistas lanzaron una ofensiva en el norte de Castellón con el objetivo de alcanzar la línea Teruel-Sagunto, que abrió la batalla de Levante. Valencia estaba defendida por los ejércitos del Este y de Maniobra, dirigidos por el coronel Menéndez, dotados con suficientes recursos de aviación, infantería y artillería. Un intenso temporal de lluvia y granizo dificultó el movimiento de las tropas. La ofensiva enemiga por la costa fue detenida en el frente atrincherado de Albocácer, Cuevas de Vinromá y Alcocebre. En cambio, el ataque por el norte y el oeste obligó a los republicanos a retroceder hacia el sur del río Mijares, teniendo que ceder la ciudad de Castellón. Entre los días 13 y 20 de julio se produjeron violentos combates en la sierra de Espadán, Mora de Rubielos y Sarrión. Apoyados por intensos bombardeos, las tropas rebeldes rompieron el frente de Sarrión y la sierra de Toro, pero el ejército republicano resistió en las líneas fortificadas de Viver, sin que se produjeran las retiradas incontroladas de anteriores combates.

El 18 de julio, cuando se cumplían dos años del comienzo de la guerra, Manuel Azaña pronunció en el Ayuntamiento de Barcelona un discurso en el que analizó el curso de la contienda y expresó, una vez

más, sus deseos de reconciliación y de paz: Cuando se alcance la paz habrá que mirar al futuro con generosidad, aprendiendo la extraordinaria lección de los muertos. Este fenómeno profundo, que se da en todas las guerras, me impide a mí hablar del porvenir de España en el orden político y en el orden moral, porque es un profundo misterio, en este país de las sorpresas y de las reacciones inesperadas, lo que podrá resultar el día en que los españoles, en paz, se pongan a considerar lo que han hecho durante la guerra. Yo creo que, si de esta acumulación de males ha de salir el mayor bien posible, será con este espíritu, y desventurado el que no lo entienda así. No tengo el optimismo de un Pangloss, ni voy a aplicar a este drama español la simplísima doctrina del adagio «no hay mal que por bien no venga». No es verdad, no es verdad. Pero es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: paz, piedad y perdón [367].

Mientras estas palabras sacudían la conciencia de los españoles dio comienzo la batalla del Ebro, la más larga, determinante y cruenta de la guerra. El 24 de julio, a medianoche, el ejército republicano lanzó una ofensiva cruzando el Ebro en barcazas. Franco había priorizado la ocupación de Valencia, pero, al producirse este hecho, se vio obligado a suspenderla. La operación había sido planeada por el general Rojo con la finalidad de recuperar la comunicación entre los territorios leales de Cataluña y Valencia. Estaba protagonizada por el nuevo ejército republicano del Ebro, integrado por los Cuerpos de Ejército V, XII y XV, dirigidos por los mandos comunistas Juan Modesto, Enrique Lister y Manuel Tagüeña. El cruce del río por diferentes tramos de Mequinenza y Benifallet resultó un éxito. Las tropas marroquíes, cogidas por sorpresa, salieron huyendo. Durante los días siguientes el

ejército republicano realizó un amplio despliegue que le permitió ocupar Miravet, Corbera, Mora de Ebro, Ascó, Ribarroja, Camposines, Fatarella, Benifallet y Pinell, así como las sierras de Pandols, Caballs y Gaeta. Para frenar la ofensiva, los franquistas provocaron una riada abriendo las compuertas de las presas de Camarasa y Barasona, que arrastró los puentes y las pasarelas instalados sobre el Ebro. Superada esta incidencia, prosiguió el paso de carros de combate, piezas de artillería, camiones, municiones y víveres. El 1 de agosto, Modesto ordenó la detención del avance para consolidar los territorios conquistados. Las noticias de la ofensiva produjeron una gran alegría en los círculos republicanos, ya que parecía que su ejército se había reorganizado satisfactoriamente y había adquirido una mayor eficacia operativa.

La ofensiva franquista comenzó el 3 de septiembre con un violento bombardeo aéreo y artillero en el frente de Gandesa. El general Rojo respondió contraatacando en Levante y Andalucía. Durante dos meses, los soldados disputaron con arrojo cada palmo de terreno. Solamente las inclemencias del tiempo lograban imponer una tregua, que al poco tiempo era rota. El 30 de octubre, las líneas defensivas republicanas de la sierra de Cavalls sufrieron un intenso fuego de artillería. Al correr la voz de que los soldados marroquíes cerraban la retaguardia, las tropas de Líster retrocedieron hasta la margen izquierda del río. Una vez más, el ejército republicano acusó la carencia de mandos intermedios con experiencia en el manejo de situaciones críticas. El 15 de noviembre, Tagüeña ordenó la retirada de los últimos defensores. Después de un intenso desgaste de los dos ejércitos, finalizó la batalla del Ebro. La República perdió buena parte del ejército que con tanto esfuerzo había reconstruido. El balance de pérdidas alcanzó los 15.000 muertos y 75.000 heridos. El ejército de Franco tenía despejado el camino hacia Barcelona.

*

Como ya se dijo, el 29 de septiembre de 1938 Adolf Hitler, Benito Mussolini, Neville Chamberlain y Édouard Daladier suscribieron el Pacto de Múnich que facilitó la ocupación de Checoslovaquia por el ejército alemán. Los dirigentes republicanos españoles siguieron con gran interés este acontecimiento. La claudicación de las democracias europeas ante las injustificadas pretensiones de la Alemania nazi

causó una honda consternación. Los derechos de los países pequeños eran vulnerados por supuestas exigencias de equilibrio internacional. La debilidad de Inglaterra y de Francia contrastaba con el agresivo imperialismo de los regímenes fascistas. La posibilidad de que la causa republicana recibiera el apoyo de las democracias occidentales parecía esfumarse. El acuerdo de Múnich sentenciaba el futuro de la República.

Milicia republicana femenina practicando ejercicios de rifle (Barcelona, 2/6/1937).

El 23 de diciembre, sin conceder un respiro, el ejército de Franco comenzó la campaña de Cataluña. Seis cuerpos de ejército, integrados por 275.000 soldados, 900 piezas de artillería y 500 aviones, atacaron las líneas republicanas, rompiendo el frente norte por la Baronía y el sur por Serós. Después, se desplegaron en abanico hacia Borjas Blancas y Pobla de la Granadella. Las fuerzas republicanas, dirigidas por el general Saravia, contaban con siete cuerpos de ejército formados por 220.000 soldados, 250 piezas de artillería y 106 aviones, que acusaban el desgaste ocasionado por la reciente batalla del Ebro.

Durante los primeros días del año nuevo se produjeron violentos combates. La superioridad de la aviación rebelde impuso su dominio aéreo y castigó con dureza las posiciones enemigas. Desde el punto de vista militar, el ejército republicano acusó la carencia de recursos y provisiones para defender una ciudad tan extensa como Barcelona, así como el cansancio y la desmoralización provocados por las sucesivas derrotas. El 22 de enero de 1939, el general Rojo informó al Gobierno de Negrín que el frente de combate había sido roto en Manresa y Sitges, a 20 kilómetros de Barcelona, obligando a las tropas republicanas a replegarse. A consecuencia de ello, cuatro días después cayó la capital catalana. Las tropas de los generales Yagüe, Solchaga y Gambara cruzaron el río Llobregat y se instalaron en Montjuic y el Tibidabo. A primeras horas de la tarde, comenzaron a ocupar los puntos estratégicos de la ciudad, sin encontrar resistencia. El 5 de febrero, Manuel Azaña, presidente de la República, cruzó la frontera y emprendió el camino del exilio.

*

Los contemporáneos y los historiadores han analizado los factores que determinaron el curso de la guerra civil española. En Collonges-sous-Salève (Francia), Azaña escribió once artículos que fueron publicados en diversos medios de comunicación europeos, en los que analizó las claves y las consecuencias de la guerra. A su juicio, la política de no intervención practicada por Inglaterra y Francia tuvo una incidencia determinante. La no intervención impidió al Gobierno legítimo de la República comprar armas en el mercado internacional, mientras que Alemania e Italia introducían en España miles de soldados, cientos de aviones y toneladas de material bélico. El Comité de No Intervención realizó, así pues, una actuación sumamente negativa. Gran Bretaña fue el principal responsable y consiguió arrastrar a Francia. La guerra española, a juicio de Chamberlain, era una cuestión secundaria que no debía perturbar el equilibrio europeo. Por ello, según Azaña, la intervención militar de Hitler y de Mussolini concedió una abrumadora superioridad aérea, artillera y logística al ejército de Franco y condicionó el resultado final de la guerra [368].

Los bombardeos aéreos de la ciudad de Barcelona, realizados por la fuerza aérea italiana los días 16, 17 y 18 de marzo, golpearon los barrios residenciales y el denso casco viejo. Para amedrentar a la población, Mussolini ordenó un «martilleo espaciado en el tiempo», de modo que cuando sonaban las sirenas la población no sabía si anunciaban el fin de un ataque o el comienzo de otro (17/3/1938).

El general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor republicano, subrayó el desequilibrio de las fuerzas contendientes. Pese al esfuerzo de reconstrucción realizado en 1937, tras la derrota de Teruel reconoció que apenas se había conseguido crear un «boceto» de ejército, «un estado embrionario de organización», insuficiente para desarrollar una estrategia militar eficaz, consolidar las iniciativas y lograr victorias. En la etapa final de la contienda, el desequilibrio de efectivos y recursos se acentuó de forma notable, por lo que el ejército republicano no pudo desarrollar una acción vigorosa y determinante [369].

Según Enrique Moradiellos, «a juzgar por el desenlace de la guerra, parece evidente que el bando franquista fue superior al bando republicano en la imperiosa tarea de configurar un ejército

combatiente bien abastecido y pertrechado, construir un estado centralizado eficaz para regir la economía de guerra y sostener una retaguardia civil unificada y comprometida con la causa bélica». A su juicio, la intervención de países extranjeros en la guerra resultó decisiva: «Los condicionamientos externos plantearon ventajas notorias e impusieron servidumbres sustanciales a cada bando que trataron de utilizarlos o sortearlos a fin de engrosar su capacidad de acción militar, acrecentar la eficacia de su aparato estatal para aprovechar los recursos y fortalecer la moral combatiente de su población civil. Sin la constante ayuda militar, económica y financiera de la Alemania nazi y la Italia fascista, es harto difícil creer que Franco hubiera podido obtener su rotunda victoria. De igual modo, sin el asfixiante embargo de la no intervención y la inhibición de las grandes democracias occidentales, con su gravoso efecto en la capacidad defensiva, disponibilidad material y fortaleza moral, es poco probable que la República hubiera sufrido una derrota militar tan total» [370].

Por lo demás, Julián Casanova ha resaltado la concurrencia de factores militares, económicos y políticos y ha concedido una especial importancia a las características de las fuerzas contendientes, la intervención de los países fascistas y la política de no intervención de Inglaterra y Francia: «Los militares sublevados en julio de 1936 ganaron la guerra porque tenían las tropas mejor entrenadas del ejército español, al poder económico, porque estaban más unidos que el bando republicano y los vientos internacionales soplaban a su favor [...]. La política expansionista de los fascismos y la de "apaciguamiento", defendida por Gran Bretaña y seguida por Francia, afectó de lleno a la evolución y resultado de la guerra civil española [...]. La victoria de Franco fue también una victoria de Hitler y Mussolini. Y la derrota de la República fue asimismo una derrota para las democracias» [371].

*

*

Cuando el Gobierno de la República partió hacia Valencia, Manuel Chaves Nogales abandonó Madrid en un coche del periódico *Ahora,* acompañado por otros compañeros, con destino a Barcelona. Su

comprometida labor periodística le había puesto en la diana de algunos grupos extremistas y, temiendo por su vida, decidió marcharse a París con su familia. El 13 de noviembre apareció por última vez su nombre como director de *Ahora* en la mancheta del periódico. Comenzó, de este modo, la etapa de exilio en la que finalizaría unos años después su vida. Así comentaba aquella situación: De mi pequeña experiencia personal, puedo decir que un hombre como yo, por insignificante que fuese, había contraído méritos bastantes para haber sido fusilado por los unos y por los otros. Me consta por confidencias fidedignas que, aun antes de que comenzase la guerra civil, un grupo fascista de Madrid había tomado el acuerdo, perfectamente reglamentario, de proceder a mi asesinato como una de las medidas preventivas que había que adoptar contra el posible triunfo de la revolución social, sin perjuicio de que los revolucionarios, anarquistas y comunistas, considerasen por su parte que yo era perfectamente fusilable [...]. Me fui cuando tuve la íntima convicción de que todo estaba perdido y ya no había nada que salvar, cuando el terror no me dejaba vivir y la sangre me ahogaba [372].

Chaves Nogales sabía que era una decisión controvertida, que sería comprendida por algunos y denostada por otros, pero la adoptó siguiendo los dictados de su corazón y su conciencia.

Como se ha indicado, Chaves Nogales llegó a Francia a mediados de noviembre de 1936. Poco después, comenzó a escribir *A sangre y fuego,* movido por razones y sentimientos que él mismo explicó de forma precisa: Para librarme de esta congoja de la expatriación y ganar mi vida, me he puesto otra vez a escribir y poco a poco he ido tomando el gusto de nuevo a mi viejo oficio de narrador. España y la guerra, tan próximas, tan actuales, tan en carne viva, tienen para mí desde este rincón de París el sentido de una pura evocación. Cuento lo que he visto y lo que he vivido más fielmente de lo que yo quisiera. A veces los personajes que intento manejar a mi albedrío, a fuerza de estar vivos, se alzan contra mí y, arrojando la máscara literaria que yo intento colocarles, se me van de entre las manos, diciendo y haciendo lo que yo, por pudor, no quería que hiciesen ni dijesen. Y luchando con ellos y conmigo mismo por permanecer distante, ajeno, imparcial, escribo estos relatos de la guerra y la revolución que presuntuosamente hubiese querido colocar *sub specie aeternitatis*. No creo haberlo conseguido. Y quizá sea mejor así [373].

A sangre y fuego es una novela integrada por once relatos que

cuentan historias de la guerra española, plasmadas en una excelente escritura y un buen ritmo narrativo. La obra tiene como subtítulo *Héroes, bestias y mártires de España*. Fue publicada, como se indicará más adelante, en numerosos periódicos y revistas europeos y americanos. Su principal argumento es la denuncia, sin prejuicio ideológico alguno, de las atrocidades llevadas a cabo por los extremistas de los bandos contendientes en «la más cruenta de las guerras» [374]. En este sentido, afirma Muñoz Molina: «Chaves da la impresión de haber sido una persona impermeable a la propaganda política, lo cual ya lo diferencia de muchos de los escritores y periodistas españoles o no, que en los años treinta participaban en viajes organizados a países totalitarios, y volvían de ellos entusiasmados y dispuestos a elogiar sus conquistas, cobrando o no los sobres discretos de las embajadas. También parece haber sido inmune a la seducción de las ideologías, que en ese tiempo brillaron tan cegadoramente para un gran número de sus contemporáneos: ideologías totales, el comunismo o el fascismo, que explicaban el orden de la sociedad y el devenir de la historia y el futuro inevitable hacia el que conducía, y que permitían a quien las abrazaba un sistema de certezas sin fisuras, una posibilidad de heroísmo personal y de comunión colectiva, una justificación para cualquiera de los horrores que hubieran de cometerse en la lucha por el bien supremo, un enemigo al que combatir sin compasión y sin tregua y al que echar la culpa de todos los males del mundo, y hasta de los propios errores y crímenes» [375].

HEROES, BESTIAS Y MARTIRES DE
9 Novelas Cortas de La Guerra Civil y la Revolución en España
PROLOGO

Prólogo de Chaves Nogales a la serie *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España,* publicada en la revista *Bohemia* de Cuba (18/7/1937).

En la «Nota» informativa que precede a los relatos se insiste en la veracidad de los mismos: Estas nueve alucinantes novelas, a pesar de lo inverosímil de sus aventuras y de sus inconcebibles personajes, no son obra de imaginación y pura fantasía. Cada uno de sus episodios ha sido extraído fielmente de un hecho rigurosamente verídico; cada uno de sus héroes tiene una existencia real y una personalidad auténtica, que sólo en razón de la proximidad de los acontecimientos se mantiene discretamente velada [376].

María Isabel Cintas ha resaltado el realismo y la ponderación de los relatos: «Los acontecimientos que se narran no dejan lugar a la fantasía; todo lo que se cuenta está sacado de la realidad, de la propia realidad personal del escritor y lo que había visto y oído en sus últimos días en España, y de las noticias que le llegaban al exilio parisino, traídas por otros exiliados a los que sus ideas democráticas y

republicanas arrastraron a los arrabales de París. De ahí su grandeza: ser capaz de conservar la calma, de ejercer la reflexión, en medio de la conflictiva situación que junto a su familia estaba viviendo» [377].

El primer relato, «¡Massacre, massacre!», cuenta con dramatismo las graves consecuencias de los bombardeos realizados por la aviación franquista sobre la población civil de Madrid y las acciones de represalia adoptadas por los milicianos contra los adversarios: En las entrañas febriles de Madrid estaba fraguándose, sin embargo, una pavorosa reacción. Se estremecían de odio, desesperación e impotencia las células nerviosas de la revolución; hervían de furor los corrillos de milicianos y obreros en cuarteles, sindicatos, puestos de guardia, consejos obreros, comisarías y círculos políticos; en aquellos centros neurálgicos que bajo la apariencia mortal de la noche conservaban una vida intensa y reconcentrada, iba modelándose por instantes la imagen monstruosa de la represalia. Una idea criminal germinada al mismo tiempo en mil cerebros atormentados por abrirse camino y conquistar los últimos reductos de la humana conciencia. Las cabezas más claras vacilaban batidas por la turbia marea. Aquella mala idea que se enseñoreaba rápidamente del ámbito aterrorizado de la ciudad plasmó al fin en una palabra que fue luego un grito unánime: «¡Masacre! ¡Masacre!» […]. Las escuadrillas de milicianos de retaguardia, concentradas y arengadas por sus jefes, se disponían al asalto de las cárceles [378].

Merece la pena recordar que las «sacas» de presos, esto es, su extracción de las cárceles con el propósito de ser ejecutados, se produjeron en los dos bandos, sobre todo, durante los últimos meses de 1936. Como se ha indicado anteriormente, su manifestación más brutal fueron los 2.700 asesinatos perpetrados en Paracuellos del Jarama y Torrejón de Ardoz, entre el 7 de noviembre y el 4 de diciembre de 1936.

«La gesta de los caballistas» narra la organización por un marqués sevillano, que seguía las órdenes dadas por el general Queipo de Llano, de una partida integrada por sus hijos, cuarenta mozos con sus caballos de labor y sus escopetas, el aperador, el manijero y el cura, para perseguir a los rojos de la campiña de Sevilla, dominados «por un odio y un anhelo de venganza feroces» [379]: Las tropas victoriosas entraban *razziando* por las calles del pueblo. Tras ellas venían la centuria de la Falange y la tropa de caballistas que acaudillaba el famoso torero el Algabeño. La lucha había sido dura y el castigo tenía que ser ejemplar. Las patrullas de falangistas entraban en las casas y se llevaban a los

hombres que encontraban en ellas. A los que se cogía con las armas en la mano se les fusilaba en el acto. Un sargento moro de estatura gigantesca que iba abrazado a un fusil ametrallador, a una simple señal de sus jefes, regaba de plomo a los prisioneros que le llevaban, pespunteándolos de arriba abajo con el simple ademán de abatir el cañón del arma. Se fusilaba en el acto a todo el que ofrecía la sospecha de que había disparado contra las tropas. La comprobación era rapidísima. Se le cogía por el cuello de la camisa y se le desgarraba el lienzo de un tirón hasta dejarle el hombro derecho al descubierto. Si se advertía en la piel la mancha amoratada de los culatazos que da el fusil al ser disparado, pasaba en el acto a la terrible jurisdicción del sargento moro. Y así iba cumpliéndose por casas, calles y plazas la horrenda justicia de la guerra [380].

Dentro de la contienda existieron, a su vez varias guerras, provocadas por la rivalidad de los diversos partidos y sindicatos. Una de ellas, fue protagonizada por la Columna de Hierro, que desafió al Gobierno de la República y se dedicó a practicar el robo, el saqueo y el asesinato, tal como se cuenta en el relato homónimo: La Columna de Hierro en pocas semanas había conseguido ser el terror de Levante. Formada por ciento cincuenta o doscientos hombres que habían desertado de los frentes de Teruel y Huesca, recorría los pueblos del antiguo reino de Valencia dedicada impunemente al pillaje y a la destrucción. Con el pretexto de limpiar el país de fascistas emboscados iban aquellos hombres por pueblos y aldeas matando y saqueando a su antojo, sin que las escasas fuerzas de orden público de que disponían las autoridades pudiesen hacerles frente. La mayor parte de los componentes de aquella columna eran expresidiarios acogidos al hospitalario pabellón rojinegro de los anarquistas [381].

El relato titulado «El Tesoro de Briesca» resalta el esfuerzo desplegado por las autoridades republicanas para proteger el patrimonio artístico de las consecuencias de la guerra: Artista de corazón, Arnal se había aplicado desde el primer momento a aquella ímproba tarea. Con su escolta de milicianos había recorrido todos los pueblos de Castilla la Nueva intentando salvar de los azares de la guerra, de la destrucción y del robo, los inapreciables testimonios del glorioso pasado artístico de la raza [382].

Arnal es un trasunto de Emiliano Barral, escultor y amigo de Chaves Nogales, fallecido en el frente de Madrid. Prosigue el narrador: El empeño era arduo y peligroso. Cuando aquella mañana el camarada Arnal, comisionado por la Junta de Madrid, se presentó en Briesca con su escolta de milicianos y dijo que iba a llevarse el tesoro artístico y arqueológico que había en el pueblo para evitar que cayese en manos

de los fascistas que estaban ya a pocos kilómetros, estuvo a punto de que lo fusilasen. No le fusilaron porque con Arnal iban unos milicianos que también tenían fusiles. A regañadientes, el comité revolucionario del pueblo tuvo que consentir la injerencia de aquel enviado de Madrid, pero impuso una condición terminante: de Briesca no se sacaría ni un alfiler. Los tesoros de las iglesias, los conventos y los palacios pertenecían al pueblo, que no consentiría que nadie, con ningún pretexto, ni invocando ninguna autoridad, se los expropiase […]. Los tesoros eran del pueblo y seguirían la suerte del pueblo. Entre el camarada Arnal y el comité revolucionario de Briesca se entabló una polémica interminable; Arnal, testarudo, se batía bien, pero tropezaba con la cazurrería y el egoísmo de los lugareños [383].

Entre tanto, el comité revolucionario local decidió quemar todo lo que careciera de valor económico: La conciencia antirreligiosa del pueblo revolucionario exigía para su plena satisfacción que este *auto de fe* se verificase con toda solemnidad. El camarada Arnal quería salvar de la quema toda aquella bisutería sacra que los milicianos amontonaban a sus pies […]. Arnal se quedó allí expurgando entre las menudencias del despojo en espera de que se hiciese de día […]. ¡Qué valor de afección, qué saturación de blanda humanidad había en aquellas pequeñas cosas! La enérgica reacción que le hacía tirar la evocadora nadería diciendo inexorable: «¡Al fuego! ¡Al fuego!» no le impidió apartar amorosamente un montoncito de objetos humildes en los que la piedad rezumante ponía una inevitable sugestión. «Soy un cochino sentimental —pensaba—; un lamentable artista tan blando y tan incapaz para la revolución como todos los artistas y todos los intelectuales» [384].

Chaves Nogales resalta con dramatismo el desconcierto y la angustia del protagonista del relato que mantiene el compromiso con la causa republicana, realiza la tarea que se le ha asignado con la incomprensión de los milicianos del pueblo y comprueba cómo la implacable lógica de la guerra hace que la barbarie prevalezca sobre el arte y la civilización: Cada día le parecía más absurda y sin sentido su tarea. Correr de un lado a otro afanosamente para salvar una tela pintada, una piedra esculpida o un cristal tallado a través de aquella vorágine de la guerra y la revolución se le antojaba insensato. ¿Para qué? Cuando la vida humana había perdido en absoluto su valor, cuando los hombres morían a millares diariamente, cuando una generación entera caía segada en flor, cuando veinte millones de seres

pertenecientes a una raza vieja en la civilización se precipitaban a la barbarie de las edades primitivas, ¿qué sentido podían tener ni el arte, ni los testimonios de un glorioso pasado, ni todos aquellos valores espirituales por cuya conservación se desvelaba? ¿Es que todo aquello que tan celosamente defendía había servido para ahorrar un solo crimen? Empezó a pensar que, cuando los hombres podían ser inmolados en masa con tan inhumana indiferencia, lo menos que podía pasar era que pereciesen también sin duelo las obras del espíritu que no sirvieron para evitar semejante barbarie. Arrasémoslo todo, pensaba. Hagamos tabla rasa. De nada nos han servido los tesoros de espiritualidad que nos transmitieron las generaciones anteriores. No dejemos ni rastro del pasado [385].

A principios de noviembre de 1936, como vimos, en las inmediaciones de Madrid se desató una enconada lucha entre las fuerzas republicanas y franquistas, las cuales tenían diferentes niveles de instrucción, experiencia de combate y armamento, tal como Chaves Nogales resaltó en este mismo relato: Desde Madrid la guerra se veía como el flujo y reflujo de una gigantesca marea humana cuyas oleadas impresionantes iban a romperse en el acantilado del frente. De toda la España republicana llegaban millares y millares de hombres enrolados voluntariamente para combatir el fascismo […]. La lucha contra el fascismo, predicada por villas y aldeas como se predicaba la guerra santa en los burgos medievales o en las cabilas africanas, levantaba en masa al pueblo y lo lanzaba en oleadas gigantescas sobre el frente. Sin ninguna eficacia. La punta de acero de las vanguardias fascistas hendía fácilmente aquel informe amasijo de voluntades fervorosas e indisciplinadas, que apenas chocaban con la férrea disciplina y la técnica profesional del ejército sublevado, perdían su fuerza imponente y se deshacían como la espuma. Unas tras otras, las columnas de milicianos quedaban aniquiladas tan pronto como entraban en fuego. El pueblo no sabía hacer la guerra […]. El improvisado ejército del pueblo no tenía ni jefes ni oficiales. Los pocos que por azar se quedaron al lado del gobierno de la República fueron desertando o sucumbieron en el empeño insensato de convertir en soldados a unos hombres que precisamente se alzaban en armas contra todo lo que fuese espíritu militar […]. No había un jefe capaz de realizar el milagro de convertir en soldados a los campesinos y obreros que por odio al fascismo se hacían milicianos con más entusiasmo por la idea revolucionaria que coraje y tesón para la lucha. Los líderes de

los partidos proletarios, convertidos de la noche a la mañana en estrategas, llevaban a sus hombres a la derrota [386].

El relato «¡Viva la muerte!» narra la indecisión y el remordimiento de Cayetano Tirón, jefe de la Falange de Valladolid, que no quiso suspender el fusilamiento de una mujer republicana que le había salvado la vida para no quedar en evidencia: Aquellas tropas de moros y renegados fueron casa por casa rompiendo las puertas a culatazos y matando delante de sus mujeres y sus hijos a cuantos hombres encontraron, jóvenes y viejos, amigos y enemigos, buenos y malos, rebeldes y sumisos. No quedó uno solo. En Sanbrian no quedó un solo hombre con vida. Tras los moros y los renegados venían los hijos de los señoritos, y como ya no había hombres que matar, mataron mujeres. Aquellos no eran seres humanos, eran fieras […]. Los falangistas recorrían después las calles de Valladolid formando grupos que se enardecían repitiendo triunfalmente su grito de guerra: —¡Viva la muerte!

> —¡Viva la muerte!…
>
> Aquella misma tarde llegaban a Valladolid los restos de una bandera del Tercio […]. La gente pacífica y cobarde de la ciudad veía pasar con embeleso a los famosos guerreros de la Legión, cuya legendaria ferocidad provocaba una extraña sensación de miedo y seguridad [387].

Bigornia, como se dice en el relato con este título, era un hombre jovial y arrabalero que hacía su vida en los solares y desmontes de la Dehesa de la Villa, de Madrid, donde estaba su vivienda: Herrero, hijo de herrero y nieto de herrero, había conocido en su infancia una fragua que no difería gran cosa de la de Vulcano, y, aunque el raudo progreso mecánico del siglo hubiese sometido su instinto y su fuerza natural a la deformación y al aguzamiento de la técnica, conservaba un fondo selvático de forjador primitivo, de hombre del bosque, fuerte y de gran resuello, que por primera vez junta el hierro, el fuego y el agua, sopla, golpea, templa e inventa el acero. Bigornia era un buen obrero mecánico porque había conocido el primer automóvil que llegó a España, la primera ametralladora, la primera linotipia, el primer aeroplano, y desde su humilde menester de acólito de la metalurgia había conseguido familiarizarse con los dogmas y misterios de la técnica moderna [388].

Bigornia fue uno de los madrileños que acudieron el 18 de julio al Cuartel de la Montaña para luchar contra el levantamiento del general Fanjul y, después, tras dominarlo, festejaron la victoria: Al anochecer

el pueblo era dueño absoluto de Madrid y de los cuarteles de los cantones. La muchedumbre victoriosa desfilaba por la Puerta del Sol esgrimiendo triunfalmente los fusiles cogidos al ejército. Los vencedores habían arrastrado consigo a la banda de músicos de un regimiento de infantería, que, bajo los movimientos rígidos y verticales de la batuta del músico mayor, intentaba hacer sonar *La Internacional* en las trompas y pífanos castrenses, tercamente rebeldes a los acordes del himno proletario. El pueblo había triunfado […]. Días más tarde los camaradas fueron a buscarle de nuevo a su casucha. Lo necesitaban. El triunfo del pueblo en las calles de Madrid no había sido más que el comienzo de la guerra civil en toda España […]. Ya en el lindero de la vejez [Bigornia] se dio a la guerra civil con todo el ímpetu y la tenacidad de sus cincuenta años. Le destinaron al servicio de los carros de asalto cogidos al ejército [389].

El narrador vuelve a reflejar la deficiente instrucción de las milicias populares, su falta de experiencia, su incapacidad para frenar el avance de las tropas franquistas y culminar los objetivos militares: Así llegaron hasta Extremadura, donde las tropas de milicianos salidos de Madrid cedían constantemente ante el avance de los moros y el Tercio, apoyados por los aviones italianos. Aquellas masas de obreros y campesinos armados con fusiles y sin oficiales ni disciplina eran barridas por la metralla de la aviación, sin que jamás llegasen a la lucha cuerpo a cuerpo con los invasores. De pueblo en pueblo iban retirándose desordenadamente [390].

Desmoralizado por las sucesivas derrotas, Bigornia regresó a su casa. Poco después, un joven comandante comunista fue a buscarlo y le pidió que volviera a luchar por la República: —¿Cómo vais a defenderla? ¿Con qué? ¿Con esos cañones que no tiran, esos aviones que no vuelan y esos tanques que no andan? ¿Con quién? ¿Con esos obreros y esos campesinos que tienen miedo y huyen ante el enemigo? ¿Con esos revolucionarios que corren como gamos apenas aparecen cuatro moros?

> —No busques pretextos ni excusas a tu falta de coraje, Bigornia —le replicó el comandante—; hay hombres y hay material. Los que habían de correr ya han corrido cuanto querían. Armas, cañones, tanques, aviones, tenemos al fin. Rusia, la patria del proletariado, nos manda cuanto necesitamos [391].

Bigornia se reincorporó a la lucha y murió en uno de los combates carbonizado dentro de un tanque ruso. Una muerte heroica, consecuencia de una guerra entre españoles, que el periodista

sevillano siempre consideró injustificable.

El relato «Consejo obrero» critica el funcionamiento de los organismos creados en la zona republicana durante la guerra para dirigir y gestionar las fábricas y las empresas. Los criterios políticos y sindicales prevalecían sobre los aspectos productivos y condicionaban la contratación de los trabajadores: ¡El trabajo! ¡Bah! ¡Hay demasiados hombres que trabajan! El trabajo lo daban antes como una limosna los patrones; ahora lo dan como un premio los sindicatos […]. Hoy, el obrero que no tenga su carné de un sindicato revolucionario es un paria al que cualquier miliciano puede matar como a un perro [392].

El Consejo Obrero decidió expulsar de la fábrica a Daniel, trasunto del propio autor: […] por miedo. Miedo a la libertad. El miedo odioso del sectario al hombre libre e independiente. ¡Fue una lástima! El día en que el consejo obrero expulsó del taller al obrero tornero Daniel, se perdió la causa del pueblo. Los cañones del ejército sublevado martilleaban inútilmente las trincheras de Madrid; los aviones italianos y alemanes asesinaban en vano mujeres y niños. Pero la causa del pueblo se había perdido por este sencillo hecho. Porque el consejo obrero de una fábrica había tomado el acuerdo de expulsar a un obrero por el delito de haber defendido su libertad [393].

Un día, acuciado por el desempleo y el hambre, Daniel acudió a un cuartel para pedir comida: —El pan —le dijo enfáticamente un comisario comunista— es para los hombres que luchan por la revolución.

> —Yo soy un proletario dispuesto a luchar por el pan y por la libertad.
>
> El comunista le miró receloso. ¿Todavía un fascista emboscado? ¡Bah!, un pobre diablo sin conciencia revolucionaria, concluyó. Para ir a morir al frente servía, sin embargo. Le pusieron en una mano un plato de comida y en la otra un fusil. Daniel, convertido en miliciano de la revolución, luchó como los buenos. Y murió batiéndose heroicamente por una causa que no era suya. Su causa, la de la libertad, no había en España quien la defendiese [394].

Los bombardeos perpetrados por la aviación franquista tuvieron consecuencias dramáticas. El 26 de abril de 1937, Guernica, ciudad símbolo de las tradiciones vascas, fue bombardeada por treinta y seis aviones Heinkel 111 y Ju 52 de la Legión Cóndor, puestos por Hitler a disposición de Franco. Lanzaron en el centro de la ciudad cincuenta toneladas de bombas incendiarias y de fragmentación, que causaron más de cien muertos y numerosos heridos. Poco después, los bombardeos prosiguieron en Bilbao, Barcelona y otras ciudades. «El

refugio» cuenta de forma emotiva la destrucción de un caserío que causó la muerte a un gran número de personas: La gran nube de polvo y humo se elevaba lentamente sobre el barrio viejo de Bilbao y los ojos de los bilbaínos, agrandados por el terror, iban descubriendo la magnitud de la catástrofe. El caserón se había desplomado y no quedaba de él más que un montón ingente de cascotes, vigas de hierro retorcidas, maderos astillados y planchas de cemento cuarteadas. Debajo había medio millar de seres humanos: todos los infelices que se habían refugiado en el sótano […]. Con el rostro cubierto de sangre, las ropas en jirones y las manos destrozadas, aquel hombre enloquecido removía furiosamente los ladrillos y los hierros retorcidos gritando cada vez con voz más ronca y más débil: — ¡José Mari! ¡Chomin! ¡Iñasio! ¡Carmenchu! [395].

El protagonista del relato, vivamente afectado por la muerte de sus hijos en aquel violento episodio de «guerra total», despreció el peligro que generaban las bombas y los proyectiles que caían a su lado: Superada su capacidad de dolor, más allá del horror y del sufrimiento, consideraba con un frío estupor la catástrofe, incapaz ya de sentir más. Había visto los cuerpos destrozados de sus tres hijuelos varones […]. ¿Y su hija? ¿Y su Carmenchu? […] Los aviones de bombardeo alemanes e italianos se abatieron como aves de presa sobre el caserío de la villa dormida. Pronto comenzaron a sentirse las formidables explosiones que desgarraban las entrañas de la población. El eco de las montañas repetía indefinidamente los estampidos: vibraban en el aire los proyectiles lanzados por los cañones antiaéreos, crepitaban las ametralladoras y en medio de aquel estruendo apocalíptico, el padre aquel, con su hija muerta entre los brazos, permanecía absorto, indiferente al espantoso desencadenamiento de todas las potencias de destrucción provocado por aquella monstruosa concepción de la guerra total […]. Las balas fustigaron el aire y la tierra en torno suyo, pero el hombre no se movió. El dolor le había hecho invulnerable e invencible [396].

Por último, «Hospital de sangre» describe la situación de los centros sanitarios vascos y de los religiosos que realizaban en ellos labores asistenciales. Una monja católica, que atiende a milicianos heridos en combate, aprovecha las pausas del trabajo para escribir una carta a su «querido tío». Afirma el narrador: Durante un largo rato la pluma de la monjita rasga sobre el plieguecillo y solo este leve ruido y otro igualmente tenue que produce el borde de su toca almidonada al rozar

con el pupitre arañan el inmenso silencio de la madrugada de la villa dormida [397].

La monja desvela sus preocupaciones y sentimientos en aquella circunstancia dramática: Mi fe, cada día más firme, me aparta más y más de los que en nombre de Dios cometen tales crímenes y me aproxima a los desgraciados que, ignorantes de Él y aun blasfemando de su Santo Nombre, son víctimas de esta horrible guerra [398].

Las explosiones de las bombas lanzadas por los aviones franquistas hacen vibrar las paredes del hospital y avivan el temor de los sanitarios y los pacientes: Juanón, prisionero de sus vendajes, saltó de la cama como disparado por un resorte, trazó en el aire una pirueta inverosímil y lanzó un grito feroz: —«¡Les bombes! ¡Les bombes!».

[…]

> Las explosiones del bombardeo aéreo sonaban cada vez más distantes. La monja se acercó por última vez a su pupitre y todavía escribió unas líneas en el plieguecillo: «Que Dios ponga acierto en sus decisiones para que nos libre pronto de este infierno. Así lo pido en mis oraciones en las que a toda hora le tengo a usted presente…».
>
> Firmó, cogió un sobre y escribió la dirección que era: «Señor don Indalecio Prieto. Ministro de Defensa del Gobierno de la República. Valencia» [399].

Los relatos de *A sangre y fuego* fueron publicados en 1937 por la editorial chilena Ercilla y después por periódicos y revistas de Argentina, Francia, Inglaterra, México, Canadá, Cuba, Nueva Zelanda y otros países. En España, los partidos extremistas los rechazaron de forma virulenta. El periódico carlista *El Pensamiento Alavés* acusó a Chaves Nogales de ser un «rusófilo, defensor del Frente Popular, demagogo y panegirista del Madrid rojo» [400]. Por otra parte, el diario anarquista *La Voz* le dedicó una columna en su sección «Tiro al blanco», titulada «Un equilibrista: el Sr. Chaves Nogales», en la que lo incluye en «la lista de los caballeros aparentemente españoles que se obstinan ahora, por encima de todo, en permanecer alejados de la contienda que estamos viviendo más o menos directamente los españoles de verdad» [401].

GUERRA TOTAL

El REFUGIO

(EPISODIOS Y ESCENAS DE LA CONQUISTA DE ESPAÑA)

por

MANUEL CHAVES NOGALES

GUERRA TOTAL

(EPISODIOS Y ESCENAS DE LA CONQUISTA DE ESPAÑA)

II

HOSPITAL DE SANGRE

EN BILBAO

por

MANUEL CHAVES NOGALES

Dos de las entregas de la serie *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España,* publicadas en la revista *Bohemia* de Cuba: «El refugio» (28/11/1937) y «Hospital de sangre» (5/12/1937). Ambas entregas no formaban parte de la edición original de la obra (Santiago

de Chile, Ercilla, 1937) y fueron añadidas en ediciones posteriores.

La crítica ha valorado muy positivamente el interés y la contribución de los relatos de *A sangre y fuego.* Antonio Muñoz Molina ha destacado la honestidad, lucidez y valentía del periodista sevillano: «Lo primero que hay que destacar del prólogo de *A sangre y fuego* es la fecha. Ese prólogo está escrito, creo recordar, en enero de 1937. En ese momento, esa lucidez […]. Porque después hubo gente que escribió en la misma línea, como Julián Zugazagoitia, que escribió con una claridad y una lucidez extraordinarias a principios de los años cuarenta, antes de que la Gestapo lo detuviera. Pero el modo en que escribe Chaves sobre lo que la guerra significa, en ese momento, a principios de 1937, es decir, esa decisión de no dejarse llevar por un solo eslogan político, de no dejarse llevar por el sectarismo, de no dejarse llevar por al fanatismo, y de decir una cosa terrible, que es que él no está interesado en la guerra porque, ocurra lo que ocurra, el resultado va a ser una dictadura comunista o fascista, ¡eso es de un coraje! […] En ese momento nadie progresista era capaz de darse cuenta, de decir que el comunismo soviético era una forma de totalitarismo exactamente igual que el nazismo. Y lo dice este señor, este periodista sevillano que se ha ido de su país simplemente porque lo que está ocurriendo es tan espantoso que él no puede […]. Hay quien dice que es la equidistancia. Chaves Nogales no es equidistante, de ninguna manera. Chaves Nogales está con la república democrática y con la justicia social. No es equidistante en absoluto» [402].

Ignacio Martínez de Pisón ha resaltado «esa sensación de vida y verdad que transmiten sus historias, en la que la recreación literaria no reduce ni amortigua el impacto del testimonio directo […]. Los cuerpos reventados por los bombardeos, la desesperación de los desplazados que se han quedado sin hogar, la sed de venganza de las multitudes, los desfiles para levantar la moral de la población, los cadáveres abandonados en las cunetas […]: nada de eso tuvo que imaginarlo, porque todo eso lo vio […] durante esos primeros cuatro meses de guerra, que fueron los de mayor violencia política en Madrid, algo que las historias de *A sangre y fuego* reflejan con precisión notarial» [403].

Por lo demás, Andrés Trapiello afirma: «Es tanto una confesión como una denuncia. La confesión de un demócrata republicano y la denuncia de un testigo directo (como su Juan Martínez) que grita al

mundo que en España la verdad había sido usurpada por la propaganda y la libertad sustituida por el terror, en aras de la Idea, de la Historia. Siempre supo que sin libertad y sin verdad no hay periodismo» [404].

CANDIDE

LE JEU DE MASSACRE

OUI ET NON

Le Démon du Bien

HERO

AND

BEAS

OF SPA

MANUEL CHAVES N

A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España fue recibido con aplauso entre los lectores de otros paises. [*Izquierda*] Traducción del relato «¡Masacre, masacre!», traducido, como «Le Jeu de Massacre», en la revista francesa *Candide* (15/4/1937). [*Derecha*] Cubierta de *Heroes and Beasts of Spain,* publicado en Nueva York poco después de la edición original en castellano (Nueva York, Doubleday, 1937).

En suma, los relatos de *A sangre y fuego* dan a conocer algunos aspectos significativos de la «guerra total» española, en la que se produjeron acciones violentas y destructivas que causaron un gran daño, así como también comportamientos humanitarios que ayudaron a sobrellevar aquella dramática situación. Y como en todos sus escritos, Chaves Nogales denuncia el fracaso que constituye toda guerra y reivindica el diálogo, la negociación y la paz.

*

El reportaje novelado *Los secretos de la defensa de Madrid,* escrito por Chaves Nogales en 1938, analiza la labor desarrollada por la Junta de Defensa, las características de aquella batalla crucial y la heroica resistencia del pueblo madrileño. El general José Miaja fue el principal protagonista de la defensa. Chaves Nogales destaca «su capacidad profesional, su experiencia, sus dotes psicológicas, su inteligencia, en suma» [405]. Gracias a ello, consiguió ganarse la confianza de su equipo de colaboradores y de los milicianos, que advirtieron la existencia de «un mando enérgico, una mano de hierro providencial que los sostiene con tesón y acude rápidamente a sus necesidades» [406].

En un momento crítico, Miaja se desplazó a la primera línea de combate para observar en directo los movimientos de las tropas y elevar la moral de los soldados: Por los parapetos y las líneas de trincheras que estaban a punto de ser abandonados corre la noticia de que el general Miaja está allí, en la línea de fuego. Aquellas masas de hombres desmoralizados por la superioridad del enemigo sienten sobre ellas lo que hasta entonces no habían sentido; la sombra, a la vez amenazadora y tutelar, del mando. El mito del general Miaja que está allí, pistola en mano, llevando a los hombres al combate y a la victoria actúa decisivamente sobre la moral de los milicianos como si fuese posible que detrás de cada uno de ellos estuviese el general en persona sosteniéndole en la trinchera, animándole y exigiéndole imperiosamente el cumplimiento de su deber. La lucha renace […]. Su puesto en el momento crítico era aquél. De nada hubiesen servido las más previsoras órdenes dictadas desde su despacho. Había que estar allí. Su presencia física, esa sugestión imponderable que en un momento dado ejerce sobre una masa de combatientes, un hecho, tan insignificante, al parecer, para la realidad de la lucha, como la acción de un hombre solo, ha sido, sin embargo, lo que ha salvado Madrid [407].

El general Miaja mantuvo un firme compromiso con la legalidad republicana, pese a las presiones que sufrió tras la detención de su familia en Tetuán por los franquistas. Ello no impidió que surgieran algunas discrepancias estratégicas y logísticas con Francisco Largo Caballero, presidente del Gobierno y ministro de la Guerra. En este sentido, afirma el narrador: La lealtad y la subordinación del general Miaja permanecen inconmovibles. Él, lo único que quiere es que le dejen defender Madrid eficazmente. No tiene ninguna ambición; no

aspira a ejercer ningún poder personal; la Junta de Defensa, los partidos políticos, las centrales sindicales, el ejército y el pueblo de Madrid tienen una ciega confianza en su lealtad republicana. Puede el Gobierno seguir tranquilamente en Valencia […]. Nada más distinto de un dictador que este hombre sencillo, oscuro, sin ambición, sin ninguna prosopopeya, sin la más mínima vanidad personal. Su fuerza indiscutible que desde el primer momento subyuga a sus jóvenes y entusiastas colaboradores, su energía indomable y su rudo carácter de militar que sabe mandar, están devotamente al servicio de la democracia. Su único anhelo es cumplir la misión que se le ha encomendado: defender Madrid [408].

Es bastante probable que Juan Arcadio, hermano de Chaves Nogales, coronel del ejército de la República, que desarrolló sus cometidos cerca del general Miaja, en el búnker situado en los sótanos de Ministerio de Hacienda, cerca de la Puerta del Sol, donde estaba instalado el Cuartel General republicano, le informara de algunos aspectos relevantes sobre la defensa de Madrid: En ese mismo refugio, mientras retumbaban sobre nuestras cabezas los obuses de los nacionales, le pregunté una vez: «¿Por qué no apoyó usted a Franco?». El General me miró con dignidad y me respondió: «Señor, yo serví al rey hasta que abandonó este país. Al entrar al servicio del pueblo español, pronuncié un juramento de lealtad a ellos» [409].

Chaves Nogales reconoció la capacidad de Miaja para promover la cooperación entre las diferentes fuerzas republicanas, la reorganización del ejército, el encuadramiento de las milicias populares, el establecimiento de una adecuada estrategia defensiva, la atención de las necesidades de la retaguardia y la supresión de las actuaciones de los grupos incontrolados: Miaja, que no es más que militar, no piensa sino en ganar la guerra. Su única preocupación es la República. Su único sistema de gobierno, la disciplina, la autoridad, el sometimiento de todas las conveniencias de partido al interés general del pueblo [410].

Como se ha apuntado, el 7 de noviembre, las tropas franquistas, dirigidas por el general Varela comenzaron la ofensiva en Madrid. 35.000 soldados, organizados en columnas, avanzaron hacia la capital por Villaverde, Carabanchel, la Casa de Campo y la Cuidad Universitaria; así describe Chaves Nogales aquella ampliación del campo de batalla: El resultado fue que la naciente Ciudad Universitaria, el grandioso conjunto de soberbios palacios aún no

terminados que debía ser orgullo de España, se convirtió en el escenario de la guerra. Las baterías de uno y otro bando se pusieron a vomitar metralla sobre los colosales edificios universitarios alzados a costa de penosos esfuerzos económicos para dar un albergue suntuoso a la cultura española […]. Allí, en aquel ambiente de la Ciudad Universitaria, la guerra civil era ostensiblemente el símbolo elocuente del fracaso de nuestra cultura y nuestra civilización [411].

El ejército republicano resistió la acometida con entereza, pese al desequilibrio de instrucción, capacidad técnica y recursos: «La verdad», afirma Chaves Nogales, «es que sobran hombres, pero faltan soldados» [412]. Durante varios meses se desarrolló una lucha enconada, que causó un elevado número de heridos y muertos.

La llegada de las Brigadas Internacionales reforzó la moral de resistencia y lucha de los madrileños: Antiguos soldados de la Gran Guerra muchos de ellos; en su mayoría comunistas alemanes de la columna Thälmann y anarquistas italianos del Batallón de Garibaldi; aquellos tres mil quinientos veteranos que sabían luchar en campo abierto, fueron los que, en la Casa de Campo, el Puente de los Franceses y la Ciudad Universitaria, se pegaron heroicamente al terreno y salvaron Madrid. Los madrileños les habían visto cruzar horas antes por las calles, arracimados en unos camiones en los que a toda velocidad les habían traído de Albacete y de los acantonamientos próximos a Madrid, adonde habían ido concentrándose. Con el puño en alto y gritando «¡UHP!» (Unión de Hermanos Proletarios), aquellos hombres venían de los cuatro puntos cardinales de Europa para hacer de los arrabales de Madrid la trinchera mundial de la revolución [413].

Las Brigadas Internacionales, como es conocido, fueron unidades integradas por unos 40.000 voluntarios de más de cincuenta países, que lucharon junto al ejército de la República. La mayoría de ellos eran veteranos de la Primera Guerra Mundial y trabajadores reclutados por los partidos comunistas, que carecían de experiencia militar. Las Brigadas participaron en la defensa de Madrid y en las batallas del Jarama, Guadalajara, Brunete, Belchite, Teruel y el Ebro. A partir del 23 de septiembre de 1938 fueron retiradas por el Gobierno de Juan Negrín, con el propósito de modificar la posición que mantenía el Comité de No Intervención sobre la participación de fuerzas extranjeras en la guerra.

Chaves Nogales denunció la destrucción causada por los bombardeos de la aviación franquista, tras la conquista del Hospital

Clínico: Aquel mismo día 17 de noviembre sufrió Madrid el bombardeo aéreo más terrible que se había conocido hasta entonces. Más de un centenar de edificios destruidos o incendiados. Cuatrocientos muertos. Novecientos heridos […]. El vecindario madrileño soportó la dura prueba con un estoicismo y una serenidad insospechables […]. En la Puerta del Sol una bomba hundió el pavimento y dejó al descubierto el túnel del Metro. La mortandad fue horrible, el daño material incalculable. El efecto moral, nulo. La teoría de la guerra total falló en Madrid aquella noche […]. Entre el estruendo de las bombas, el resplandor de los incendios innumerables, el grito herido de las sirenas de alarma y el tañido siniestro de la campana de las ambulancias, Madrid vivió una noche apocalíptica. Los incendios, como antorchas gigantescas, teñían el cielo con un resplandor rojizo […]. Solo las campanas estridentes de las ambulancias que seguían trasegando heridos osaban romper el silencio glacial de aquel amanecer pavoroso, ¡cuatrocientos muertos! […]. Pero la vida recobra pronto su ritmo normal. Después de aquella terrible noche nada podrá ya sobrecoger el ánimo de los madrileños [414].

Los combates se reprodujeron en los días de Navidad y el parque del Oeste se convirtió en el escenario de una de las batallas más sangrientas de la guerra: La conquista de esta posición cuesta una lucha encarnizada de varios días. Hay unos metros cuadrados de terreno cubierto de césped, que pasan de unas manos a otras, varias veces a lo largo de cada jornada. Es un montículo que hay que subir para llegar a lo alto de la cascada artificial. Allí caen los hombres a docenas. Sus cadáveres resbalan por el césped en declive y van a caer al borde de la carretera […]. Los rebeldes tienen la superioridad indiscutible de su profesionalismo. Pero los leales van, a costa de sangre y de fracasos, convirtiéndose también en profesionales de la guerra. Y así se llega a la estabilización de los frentes. Cada día la muralla defensiva de Madrid es más alta y más sólida [415].

Los bombardeos continuaron castigando la capital, pero la línea que separaba las fuerzas contendientes apenas tendría ya movimientos significativos. Con más sosiego, la Junta de Defensa se dedicó a reorganizar la vida madrileña: creación de un consejo regulador de los servicios de vigilancia, centralización de la gestión de los abastecimientos, persecución de las milicias que practicaban la justicia por su cuenta… Así, poco a poco, se consiguió establecer cierta

normalidad en aquellas terribles circunstancias de guerra. En los sucesivos relatos aparecen referencias al coronel Vicente Rojo, Santiago Carrillo, Cipriano Mera, Buenaventura Durruti, Valentín González *El Campesino* y otros dirigentes republicanos que tuvieron bastante protagonismo en la defensa.

Indalecio Prieto, socialista y ministro de Marina y Aire, felicitó al general Miaja por el buen trabajo realizado: Al nacer el año 1937, el Mundo entero tenía puesta su mirada anhelante en Madrid. La defensa heroica de ese pueblo constituye el prólogo magnífico de nuestra victoria. Conmovido ante la abnegación y el martirio que tal defensa viene significando, saludo en usted a quienes han sabido transformar el dolor por tantas vidas inocentes en arrojo para vengarlas [416].

En *Los secretos de la defensa de Madrid,* Chaves Nogales calificó la guerra española como «una guerra estúpida», un enfrentamiento de hermanos contra hermanos que estaba causando una dolorosa estela de destrucción y muerte, cuyas consecuencias salpicarían la sociedad durante mucho tiempo: España no será comunista ni fascista. La mayor infamia que se puede hacer aún con el pueblo español es la de tremolar triunfalmente sobre el inmenso cementerio de España cualquiera de esas dos banderas que siendo ambas extranjeras han hecho derramar tanta sangre española [417].

Estos relatos describen la situación con una gran variedad de registros: el frío de los meses de invierno, la dureza de los combates, la destrucción perpetrada, la carencia de recursos, el heroísmo del pueblo madrileño, su voluntad de dignidad e independencia… A juicio de Remedios Fariñas: Con toda la fuerza que tiene el periodismo va resaltando paso a paso la defensa de la ciudad de Madrid, a través del protagonista principal de la historia, el general Miaja. También recoge en su texto las tácticas de guerra que se llevan a cabo para defender Madrid, pero lo principal que recoge, que es en el fondo el simbolismo de la historia, es lo humano de los personajes de a pie, la valentía y el coraje de un pueblo que con un viejo general al mando consiguió que ni las tropas franquistas ni las de todos los fascismos de Europa juntos entraran en Madrid [418].

Los secretos de la defensa de Madrid fue publicado a través de dieciséis entregas por la revista mexicana *Sucesos para todos,* entre el 5 de agosto y el 22 de noviembre de 1938. Después, lo hicieron *Evening Standard, North Mail, Newcastle Chronicle* y otros medios, alcanzando un gran eco. En suma, como ha resaltado María Isabel Cintas, esta

obra de Chaves Nogales «narra aspectos fundamentales de la guerra civil y se convierte en un modelo de género periodístico, insustituible para entender un momento crucial de la historia de España» [419].

A propósito del estilo y el tono de los relatos, Juan Bonilla ha destacado el ritmo narrativo, la atmósfera tensa y heroica y la combinación de realidad y ficción: «la formidable capacidad narrativa de Chaves le permitió mezclar datos y situaciones reales con el aroma de los textos que hacen de la realidad trampolín para dar el elocuente salto de la ficción, ese lugar donde con tanta eficacia puede la verdad colarnos en la memoria una figuración que encapsula unos hechos para que nos hagamos una idea precisa de cómo pudieron ocurrir unos acontecimientos antes de que a estos se los trague el olvido. Y es por eso, precisamente, que no sería mala idea que las páginas de *Los secretos de la defensa de Madrid* alargaran el caudal de *A sangre y fuego,* pues ambas obras pertenecen al mismo género» [420].

Por lo demás, Antonio Muñoz Molina ha destacado la calidad literaria y el compromiso ético y democrático: «Este es un libro que quema entre las manos. Provoca en igual medida la admiración y el escalofrío. Está escrito en 1938, a una cierta distancia ya de los hechos que cuenta, pero tiene el temblor de urgencia de una crónica dictada a toda velocidad en el momento mismo en que las cosas suceden […]. Su admiración por los héroes inesperados e improvisados que en unos pocos días de noviembre y contra todos los pronósticos salvaron Madrid del asalto del ejército sublevado es tan profundo como su desprecio por los políticos marrulleros e irresponsables que tanto habían hecho para acelerar el desastre […]. Chaves Nogales está en todo, lo ve todo […]. Y como en Barea y en Aub, el testimonio de Chaves es de una madurez política que a estas alturas, tantos años después, provoca tanta admiración y tanto escalofrío como su calidad literaria y humana: el compromiso con la libertad y la justicia es inseparable de la defensa de la legalidad democrática, y por lo tanto del asco ante todos los crímenes, incluidos aquellos que se cometieron con las coartadas de las causas más nobles» [421].

*

La perspectiva de Chaves Nogales sobre la guerra civil española se complementa con otras obras escritas por Arturo Barea, Antonio Otero y César Falcón. Arturo Barea (1897-1957) escribió, entre 1940 y 1945,

la trilogía autobiográfica *La forja de un rebelde,* cuya tercera parte, titulada *La llama*, describe su visión y su experiencia en la batalla de Madrid. Barea, prácticamente autodidacta, trabajó en la Oficina de Prensa Extranjera de Madrid durante la guerra y participó en emisiones radiofónicas con el seudónimo de «La voz desconocida de Madrid». En *La forja de un rebelde* relata los acontecimientos con honestidad y carencia de rencor, a través de un estilo directo, un lenguaje coloquial y una emotiva evocación de los sentimientos, en los que prevalece, como señaló el propio Barea, lo colectivo sobre lo individual. *La forja de un rebelde* ha sido considerada por José Ángel Mañas «el mejor texto escrito sobre la defensa de Madrid» [422]. Por otra parte, según William Chislett, se trata del «relato más esclarecedor y sincero de los primeros 40 años del siglo XX español» [423]. En 1938, cuando estaba exiliado, Barea retomó el tema en *Valor y miedo,* veinte relatos breves basados en hechos reales, a través de los cuales volvió a resaltar el tesón de los defensores de la República.

Otro testimonio literario es *Gavroche en el parapeto,* escrito por Antonio Otero Seco (1905-1971). Periodista, poeta y crítico literario, Otero colaboró en *La Libertad, Diario de Madrid, Heraldo de Madrid, Mundo Gráfico, Estampa, La Voz, El Sol, Mundo Obrero, Frente Rojo* y *CNT*. Fue el último periodista que entrevistó a García Lorca antes de su asesinato. Otero pasó toda la guerra en la ciudad de Madrid. En abril de 1937 presentó su novela *Gavroche en el parapeto,* escrita en colaboración con el comandante de milicias Elías Palma. Primera novela sobre la guerra publicada en la España republicana, *Gavroche* es un canto a la resistencia de Madrid ante las fuerzas franquistas. Está dedicada a los jefes militares, los milicianos y el pueblo madrileño, que soportaba con entereza el desastre de la guerra. Un contemporáneo de Chaves Nogales, Juan Ferragut (seudónimo de Julián Fernández Piñero) ya la consideró como «el primer libro de la epopeya» [424]. El título de la novela alude a un personaje de *Los miserables* de Victor Hugo, el muchacho que en plena lucha recogía las balas para entregárselas a los defensores de las libertades de Francia. Antonio Otero fue detenido tras la ocupación de Madrid por las tropas franquistas. En 1940 fue juzgado por un consejo de guerra, que lo condenó a treinta años de cárcel. En las prisiones de Porlier y El Dueso escribió poemas reunidos bajo el título *Ausencia*. Tras recibir los beneficios de la prisión atenuada, en 1947 se exilió a Francia.

César Falcón Garfias (1892-1970), periodista y político peruano

que adquirió las nacionalidades española y mexicana, fundó con José Carlos Mariátegui el semanario *Nuestra Época* y el periódico *La Razón*. Su defensa de las reivindicaciones obreras le obligó, durante la dictadura de Augusto B. Leguía, a exiliarse, tras lo cual desarrolló una amplia trayectoria periodística en España, Inglaterra, Francia, Estados Unidos y México. En 1922 conoció a Irene Lewy Rodríguez, joven española de quince años que trabajaba como secretaria y traductora de Santiago Ramón y Cajal. Se casaron en 1925 en Edimburgo, porque ella era menor de edad, y, desde entonces, fue conocida como Irene Falcón. Años después, se convertiría en la secretaria personal de Dolores Ibárruri, *Pasionaria*. César Falcón se afilió al Partido Comunista de España y desarrolló una intensa actividad política y periodística hasta el final de la guerra. Fundó *El Altavoz del Frente,* órgano de propaganda de las fuerzas republicanas. Cuando el Gobierno de Largo Caballero se trasladó a Valencia, editó la revista *Frente Rojo,* órgano del Partido Comunista. Asimismo, entre 1936 y 1938, publicó en París el semanario *La Voz de Madrid* que dio a conocer en el exterior la posición del Gobierno republicano. César Falcón escribió obras teatrales, novelas y cuentos. Entre ellas, cabe destacar *Madrid*, crónica novelada, escrita en 1938, que describe la resistencia republicana de la capital ante el ataque de las tropas franquistas. Antonio Buero Vallejo la consideró un libro «preciso y cálido, a la vez, donde se refresca con tanta viveza la pintura del heroísmo de Madrid en una de las etapas culminantes de su historia» [425]. Por su parte, Lidia Falcón, hija del periodista, se ha sentido reconocida «en sus rotundas frases, en el estilo directo, hiriente y sin condiciones, que nunca después he reencontrado en la literatura española» [426].

*

Entre 1936 y 1939, Chaves Nogales publicó numerosos artículos en periódicos europeos y americanos, recopilados por María Isabel Cintas con el título *Crónicas de la guerra civil,* en los que analizó la trayectoria de la República, la Guerra Civil y la posguerra, así como las consecuencias derivadas de ellas. Según Nicolás Sesma, se trata de «una secuencia cronológica de la contienda y la inmediata posguerra en la que Chaves proyecta su mirada crítica sobre la trama política, diplomática y militar que se desarrollaba en España, así como sobre

sus actores individuales y colectivos, y lo hace guiado por un estado anímico cada vez más crispado ante la conversión del conflicto en una "guerra total" con la complicidad de la comunidad internacional, atenta únicamente a sus intereses, ignorante de la amenaza totalitaria e inmune al sufrimiento de la población en ambos bandos» [427].

En muchas de estas crónicas Chaves Nogales completa la visión ofrecida sobre la República y la Guerra Civil en escritos anteriores. A su juicio, la República fue un régimen democrático y parlamentario, que «nunca se apartó de la órbita de las potencias democráticas en la que su posición geográfica le obliga a moverse» [428]. A pesar de ello, se vio afectada por un intenso y violento proceso de desestabilización. En aquella circunstancia, algunos, como el historiador Claudio Sánchez Albornoz, le pidieron a Azaña que asumiera poderes excepcionales, pero el presidente rechazó esta petición de manera terminante: Durante las últimas semanas, Azaña ha visto cómo la violencia se desataba en España y estando en su mano impedirlo no lo ha hecho. ¿Por qué? Por una lealtad a sus convicciones y a un prurito típicamente intelectual de sujetar la realidad al sistema ideológico previamente elaborado que le impedían convertirse en un dictador. Azaña hubiera podido ser el dictador de España: lo sería ahora mismo si quisiera. Desde la derecha y desde la izquierda se lo han pedido una y otra vez, se lo han exigido casi, lo mismo sus correligionarios que sus adversarios. Cualquier otro hombre hubiese convertido el Frente Popular en una dictadura de izquierda. Azaña no ha querido [429].

Los tres primeros artículos de las *Crónicas de la guerra civil*, titulados «Lo que pasa en España y lo que pasará» (8 de agosto de 1936), «La gran canallada» (29 de noviembre de 1936) y «Desde la mesa de redacción» (15 de enero de 1937), abordan los cinco meses decisivos en los cuales el golpe militar se transformó en plena guerra civil. Chaves Nogales consigna que fue una sublevación de los oficiales del Ejército contra el poder legítimo, revalidado en las elecciones celebradas unos meses antes. El «pueblo» dotado de una voluntad colectiva inquebrantable luchó por la democracia y derrotó a los golpistas en las grandes ciudades. Y fue, precisamente, la insurrección militar la que desencadenó una revolución social de consecuencias imprevisibles [430].

En la guerra civil española, según Chaves Nogales, se escribió una deplorable historia de destrucción masiva y, a la vez, selectiva. Sus crónicas ofrecen testimonios de bombardeos sobre la población civil, de acciones de represalia y de asesinatos indiscriminados. «La guerra que nos hacen es de una ferocidad sin límites y ningún horror puede

ser esquivado» [431]. En las crónicas aparecen, también, rasgos humanos y emocionales, como el sufrimiento de las víctimas, el hambre, la inseguridad y la angustia, así como el recurso al humor para superar las adversidades. Franco, apunta Chaves Nogales, desarrolló la estrategia de obstaculizar el abastecimiento de alimentos con el fin de «doblegar mediante la hambruna a la España republicana que le fue imposible vencer a hierro y fuego» [432].

Chaves Nogales pensaba que la guerra carecía de sentido y que había que impulsar iniciativas de mediación que permitieran alcanzar un alto el fuego que condujera a la paz. Así, afirmó en su artículo del 1 de octubre de 1937: La guerra civil debería haber terminado ya hace unos meses. No hay, hoy en día, razón alguna para que continúe […]. Todos, absolutamente todos, en uno y otro campo, están hoy íntimamente convencidos de su fracaso. Saben bien que los términos en los que plantearon el problema de España eran erróneos, que el trágico dualismo comunismo o fascismo es prácticamente irresoluble. Para llegar a esta conclusión, han hecho falta un año de guerra y medio millón de muertos [433].

Chaves Nogales tiene claro que la política de no intervención practicada por Gran Bretaña y Francia había determinado el curso de la guerra al provocar un acusado desequilibrio de recursos en los ejércitos contendientes: Si las grandes democracias hubiesen estado del lado de la República española, esta habría ganado la guerra en dos meses, pero las grandes democracias no quisieron dejarse arrastrar a la aventura catastrófica que desencadenaba el comunismo y el fascismo y se quedaron al margen de la lucha [434].

Así, ante el apoyo militar prestado por Hitler y Mussolini a Franco, a finales de enero de 1939 el periodista afirma de manera tajante: el «equívoco de la no intervención ha servido para asfixiar a la República […]. Son las divisiones motorizadas italianas y la artillería alemana las que le han dado la victoria a Franco» [435].

En el artículo «Franco, una semblanza del Caudillo», publicado el 2 de octubre de 1938, Chaves Nogales hace una descripción sumamente crítica del general, «el amo indiscutible de la España nacional» [436], responsable principal de la catástrofe que sufrían los españoles. «El general Franco no es solo jefe del Estado, sino también jefe del gobierno, generalísimo de los ejércitos de tierra, mar y aire, y jefe nacional de la Falange Española» [437]. Y prosigue con estas palabras: Todo su sistema ideológico consiste en la adaptación a la España actual de la doctrina del

Estado Totalitario importada de Alemania e Italia que cree posible anudar con la tradición del Imperio español del siglo XVI [438].

No tiene ningún reparo en calificarlo de militar «cruel» e «incapaz», «funesto para su patria, que se ha convertido en el ciego instrumento del imperialismo de las potencias de régimen totalitario» [439]. Por lo demás, Franco carecía de sensibilidad e imaginación para entrever el grave daño que la guerra estaba causando a los españoles y sus consecuencias en el futuro: ¿Continuaría hoy la guerra si Franco pudiera imaginar la situación en la que se encontrará España después de su triunfo? No. La guerra sigue porque Franco, un hombre sin imaginación, no puede concebir cómo será la paz, porque no pude concebir siquiera que sea posible [440].

En varias crónicas, Chaves Nogales reflexionó sobre las perspectivas del futuro inmediato. A su juicio, las consecuencias de aquella «guerra estúpida», como la calificó de forma terminante, serían dramáticas, pero al cabo del tiempo el pueblo español tendría capacidad para recuperar la libertad: El final de la guerra, repetimos, será el que se ha previsto: la instauración del Estado totalitario impuesto por Franco gracias a las armas italianas y alemanas. Pero de la sangre que han vertido los patriotas republicanos en las calles de Madrid puede que, con el tiempo, nazca la mayor fuerza de liberación [441].

A su juicio, la dictadura carecía de futuro. Tampoco lo tendría la restauración de la monarquía encarnada en Juan de Borbón. Pensaba que «la República democrática [era] la única solución posible de España» [442]. El movimiento democrático del 14 de abril, a pesar de todas las circunstancias adversas que había padecido, mantenía plena vigencia: [...] la tónica general de la gobernación del país será la que el triunfo impuso el 14 de abril. Un liberalismo republicano, democrático y parlamentario sostenido por una fuerza proletaria que hoy, a los dieciocho años de la Revolución rusa, conoce sus posibilidades más exactamente de lo que sus adversarios suponen. República democrática sostenida por el proletariado organizado que, naturalmente, seguirá luchando por sus ideales socialistas, pero ya dentro de una legalidad y un posibilismo que no serán perturbados más que por la utopía de los núcleos anarquistas, que hay que ir reduciendo, y por los residuos criminales que las revoluciones y las guerras civiles ponen a flote [443].

El curso de la guerra a mediados de 1938 era muy preocupante, pero Chaves Nogales consideraba que el retorno de la democracia, transcurrido cierto tiempo, sería inevitable: Es posible que España ya no pueda, durante unos buenos años, permitirse el lujo de vivir en democracia. Pero esta vida democrática va a convertirse en la mayor

aspiración de los españoles [444].

Recapitulemos: este conjunto de crónicas escritas por Chaves Nogales ofrece, desde un enfoque didáctico que pretende facilitar la comprensión de los lectores, informaciones y reflexiones sobre aspectos relevantes de la guerra civil española. En este sentido, afirma Yolanda Morató: «Su condición de periodista se proyecta con fuerza sobre sus textos [elaborados con] un discurso periodístico sólido tanto en lo ideológico como en lo lingüístico» [445]. En este sentido, la revista *Bohemia* de Cuba manifestó que las crónicas de Chaves Nogales aunaban el interés informativo del periodista con la belleza del artista [446].

*

Como se ha indicado, los relatos y las crónicas de Chaves Nogales han contribuido a conocer mejor algunos aspectos esenciales de la guerra española, pero, a veces, sus convicciones liberales, republicanas y pacifistas le llevaron a hacer diagnósticos y conclusiones incorrectos que no se correspondían con la realidad. Veamos algunos ejemplos.

La República no fue antimilitarista, como afirma Chaves Nogales [447]. Muy al contrario, las reformas emprendidas por Azaña, como vimos anteriormente, tenían el propósito de renovar y modernizar el anquilosado ejército español, una necesidad prioritaria para el Gobierno progresista republicano.

Cuando escribía sus relatos y sus crónicas, el general Rojo, con el apoyo de Prieto y Negrín, estaba realizando un proceso de reorganización del ejército republicano que mejoró sensiblemente su capacidad organizativa y operativa. Y, sin embargo, en no pocas ocasiones Chaves Nogales expresa una valoración muy crítica, sobre todo de las milicias populares, sin valorar los esfuerzos organizativos que experimentó a lo largo de la contienda. Abundando en esta idea, en sus relatos y artículos figuran pocas referencias específicas a las grandes batallas que decidieron el curso de la guerra, salvo la batalla de Madrid. Probablemente, la distancia del exilio le impidió realizar un seguimiento preciso de la mayoría de ellas.

Por otra parte, en sus análisis sobre la guerra civil española refirió muchas veces la confrontación entre el fascismo y el comunismo. Esta consideración reflejaba su experiencia personal directa en la Rusia de Stalin y la Alemania de Hitler, más tarde enfrentadas militarmente

durante la Segunda Guerra Mundial. Pero, a la altura de 1936, la realidad española era diferente. Las fuerzas políticas que apoyaban a la República eran mucho más plurales: socialistas, liberales, comunistas, trotskistas e, incluso, anarquistas. Es una simplificación errónea reducir esta pluralidad al comunismo, cuando está contrastado que en 1936 se trataba de una fuerza política minoritaria en España, que sólo iría adquiriendo protagonismo en el curso de la Guerra Civil. Y algo similar sucedió con los partidos fascistas.

Otro aspecto importante fue la identificación casi total que Chaves Nogales estableció entre el fascismo y el comunismo. A este respecto, Bernard Wasserstein ha llamado la atención sobre la necesidad de no caer en el error de establecer un falso paralelismo entre ambos movimientos políticos. A su juicio, el nazismo creó una dictadura reaccionaria regida por intereses egoístas, creencias obsesivas y prácticas violentas. En cambio, el comunismo constituyó una ideología que actualizó la aspiración revolucionaria de construir una sociedad mejor, de acuerdo con los conceptos de la voluntad general de Jean-Jacques Rousseau y del bien común de Gerrard Winstanley [448].

Hay otros aspectos matizables, como la relativa incomprensión de Chaves Nogales de las dificultades que tuvo el Gobierno de la República para ejercer sus funciones tras el colapso provocado por el golpe militar; su incapacidad para comprender la inevitable radicalización ideológica que toda guerra suele conllevar, o la consideración negativa de los brigadistas internacionales, a los que no reconoció su contribución a la resistencia de la República por su disciplina y su ejemplaridad solidaria.

Pero, quizá, una de las mayores equivocaciones de Chaves Nogales fue subestimar la figura del general Franco, a quien consideraba un militar incompetente, colocado en el tablero europeo por el Estado Mayor de Hitler. Por lo demás, en una fecha temprana, como era el 27 de mayo de 1937, pronosticó el inmediato final de la guerra, algo que, a pesar suyo, no llegaría a producirse.

En suma, Chaves Nogales realizó importantes contribuciones al conocimiento de la evolución, las circunstancias y el desenlace de la guerra, pero la distancia impuesta por el exilio y la carencia de buenas fuentes de información le llevaron a emitir algunas valoraciones imprecisas, cambiantes y contradictorias.

343. Casanova, J. (2022): *España partida en dos…, op. cit.,* pág. 19.

344. Vid. Casanova, J. y Gil, C. (2009): *Historia de España en el siglo XX*, *op. cit.,* págs. 170 y ss.

345. Vid. Cánovas, F. (2008): *Yo, Manuel Azaña…, op. cit.,* pág. 196.

346. Cit. Preston, P. (2021): *Arquitectos del terror…, op. cit.,* págs. 241-242.

347. Carta dirigida a Quintín de Torre, a mediados de diciembre de 1936; cit. en Preston, P. (2021): *op. cit.,* pág. 255.

348 . Preston, P. (2021): *op. cit.,* pág. 285.

349 . Cit. Preston, P. (2021): *op. cit.,* pág. 315.

350 . Cit. Preston, P. (2021): *op. cit.,* pág. 322.

351 . Casanova, J. (2022): *op. cit.,* pág. 33.

352 . Casanova, J. (2022): *op. cit.,* pág. 171.

353. Vid. Hernández de Miguel, C. (2019): *Los campos de concentración de Franco*, Barcelona, Ediciones B, pág. 109.

354. Vid. Cánovas, F. (2008): *op. cit.,* págs. 87-90.

355. «Editorial», *Ahora*, 21/7/1936.

356. Chaves Nogales, M. (2020 [1937]): «Prólogo» de *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires en España*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* págs. 309-310.

357. Vid. Mateos, J. C. (2002): *Bajo el control obrero. La prensa diaria en Madrid durante la guerra civil, 1936-1939*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, págs. 146-147.

358. Vid. Rojo, V. (2006): *Así fue la defensa de Madrid: aportación a la historia de la Guerra de España, 1936-39*, Madrid, Asociación de Libreros de Lance de Madrid, anexo n.º 1, pág. 247.

359. *Ibid.,* págs. 228 y ss.

360. Casanova, J. (2022): *op. cit.,* pág. 116.

361 . Casanova, J. (2022): *op. cit.,* pág. 173. Sobre el transcurso de la batalla de Guadalajara, vid. Aguilar, P., García de la Torre, R. y Hernández, J. (2007): *Guadalajara 1937. Testimonios de una batalla,* Diputación Provincial de Guadalajara.

362. Moradiellos, E. (2016): *Historia mínima…, op. cit.,* págs. 252-253.

363. *Ibid.,* pág. 124.

364. Vid. *Carta colectiva de los obispos españoles a los obispos de todo el mundo con motivo de la guerra en España*, Pamplona, Gráficas Descansa, 1/7/1937.

365. Raguer, H. (2001): *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Península, págs. 162 y ss.

366. Vid. Cánovas, F. (2008): *op. cit.,* pág. 146.

367. *Ibid.,* págs. 149-152.

368. *Ibid.,* págs. 195-200.

369. *Ibid.,* pág. 133; y vid. Rojo, V. (2006): *Así fue la defensa de Madrid…, op. cit.,* págs. 228 y ss.

370. Moradiellos, E. (2016): *op. cit.,* págs. 112 y 240-241.

371. Casanova, J. (2022): *op. cit.,* págs. 185-186.

372. Chaves Nogales, M. (2020 [1937]): «Prólogo» de *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires en España*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* págs. 309-310.

373. *Ibid.,* pág. 314.

374. *Ibid.,* pág. 449.

375. Muñoz Molina, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I,* págs. XXI y XXII.

376. Chaves Nogales, M. (2020 [1937]): «Nota» de *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires en España*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* pág. 315.

377. Cintas, M. I. (2014): «Introducción» a *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*, Barcelona, Libros del Asteroide, págs. 5-6.

378. Chaves Nogales, M. (2020 [1937]): *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires en España*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* págs. 334-335.

379. *Ibid.,* pág. 358.

380. *Ibid.,* págs. 355-356.

381. *Ibid.,* pág. 384.

382. *Ibid.,* pág. 412.

383. *Ibid.,* págs. 402-403.

384. *Ibid.,* págs. 403-405.

385. *Ibid.,* pág. 415.

386. *Ibid.,* págs. 409-410.

387. *Ibid.,* págs. 449-552.

388. *Ibid.,* págs. 457-458.

389. *Ibid.,* págs. 465-466.

390. *Ibid.,* pág. 468.

391. *Ibid.,* pág. 478.

392. *Ibid.,* pág. 487.

393 . *Ibid.,* 501.

394 . *Ibid.,* pág. 506.

395 . *Ibid.,* págs. 509-510.

396 . *Ibid.,* págs. 516-517.

397 . *Ibid.,* pág. 519.

398 . *Ibid.,* pág. 523.

399 . *Ibid.,* pág. 524.

400. Anónimo: *El Pensamiento Alavés*, 14/6/1937.

401. Salado, J. S. (1937): «Un equilibrista: el Sr. Chaves Nogales», en *La Voz*, 8/6/1937.

402. Muñoz Molina, A. (2012): «El hombre que estaba allí», entrevista realizada por Torrente, L. F. y Suberviola, D., 11/12/2012, Libros.com, WordPress.com 403. Martínez de Pisón, I. (2020): «Cuatro meses en Madrid», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* págs. 140-141.

404. Trapiello, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* págs. XXXI y XXXII. Asimismo, vid., Trapiello, A. (1994): *Las armas y las letras*, Barcelona, Destino, págs. 130-133.

405. Chaves Nogales, M. (2020 [1938]): *Los secretos de la defensa de Madrid,* en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* pág. 559.

406 . *Ibid.,* pág. 570.

407 . *Ibid.,* págs. 581-582.

408. *Ibid.,* págs. 575-576.

409. Cit. Cintas, M. I. (2021): *II, op. cit.,* pág. 443.

410. Chaves Nogales, M. (2020 [1938]): *Los secretos de la defensa de Madrid,* en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* pág. 626.

411. *Ibid.,* pág. 564.

412. *Ibid.,* pág. 559.

413. *Ibid.,* pág. 562.

414. *Ibid.,* págs. 584-587.

415. *Ibid.,* págs. 630-632.

416. *Ibid.,* pág. 647.

417. *Ibid.,* pág. 653.

418. Fariñas, R. (2017): *Manuel Chaves Nogales, antecesor del periodismo narrativo. De la crónica al reportaje. Un estudio de caso: La defensa de Madrid*, Tesis doctoral, Facultad de Comunicación, Universidad de Sevilla, pág. 341.

419. Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 443.

420. Bonilla, J. (2020): «Uno de los mejores relatos de Chaves Nogales. Sobre Los secretos de la defensa de Madrid», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* pág. 159.

421. Muñoz Molina, A. (2011): «Prólogo» a *La defensa de Madrid*, Sevilla, Espuela de Plata, págs. 7 y 11; y vid., Espinosa, F. (2014): «Literatura e historia. Manuel Chaves Nogales y la "tercera España"», en *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo,* n.º 44, pág. 140.

422. Mañas, J. A. (2021): «Manuel Chaves Nogales. Conversaciones en el más acá», en *tintaLibre,* 10/2021, n.º 95, pág. 34.

423. Chislett, W. (2012): «Recuperando a Arturo Barea», en *El País*, 22/12/2012.

424. Ferragut, J. [seud. Julián Fernández Piñero] (1937): «Reseña de *Gavroche*», en *Mundo Gráfico*, 21/4/1937. Vid, *Anthropos* (1993), Boletín de información y documentación, n.º 39, extra dedicado a la *Literatura sobre la guerra civil*, págs. 40-44; y Espinosa, F. (2014): *op. cit.,* pág. 148.

425. Buero Vallejo, A. (2010): «Madrid en guerra», prólogo a Falcón, C., *Madrid*, Barcelona, Editorial Hacer, pág. 14.

426. Falcón, Lidia (2010): «Introducción» a Falcón, C., *Madrid*, Barcelona, Editorial Hacer, pág. 6.

427. Sesma, N. (2012): «Humaredas recuperadas», en Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012), *op. cit.,* pág. 60.

428. Chaves Nogales, M. (2020 [1936-1939]): *Crónicas de la guerra civil*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 175.

429 . *Ibid.,* págs. 20-21.

430 . Vid., *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* págs. 21-36.

431 . *Ibid.,* pág. 28.

432 . *Ibid.,* págs. 170-171.

433 . *Ibid.,* págs. 105-108.

434 . *Ibid.,* págs. 123-124.

435 . *Ibid.,* págs. 194-195.

436 . *Ibid.,* pág. 75.

437 . *Ibid.,* pág. 143.

438 . *Ibid.,* pág. 78.

439 . *Ibid.,* pág. 84.

440 . *Ibid.,* pág. 181.

441 . *Ibid.,* pág. 208.

442 . *Ibid.,* pág. 49.

443 . *Ibid.,* págs. 24-25.

444. *Ibid.,* pág. 124.

445. Morató, Y. (2020): «Nota a la traducción», en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 88.

446. Cit. en Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* nota 7, pág. 42.

447. Vid., por ejemplo, Chaves Nogales, M. (2020 [1938]): *Los secretos de la defensa de Madrid,* en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* pág. 525.

448 . Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* págs. 203-204.

6
La agonía de Francia

En los años treinta, los países europeos sufrían una situación de crisis, incertidumbre y conflicto que hacía presagiar lo peor. Sobre este periodo, comenta Wasserstein: «El aparente colapso del capitalismo, el desprestigio de las normas sociales burguesas, los retos a las verdades morales cristianas, los movimientos de refugiados a gran escala, el fracaso palpable del sistema del derecho internacional basado en la Sociedad de Naciones, así como la sombra de una nueva guerra mundial, todo ello creó un ambiente general de inseguridad y desorientación en los años treinta, años que Auden llamó "la era de la Angustia"» [449]. Estas circunstancias condicionaron la trayectoria de la Tercera República francesa. El caso Stavisky, que desveló la existencia de una compleja red de intrigas y corruptelas, puso fin en 1934 al Gobierno presidido por el radical socialista Camille Chautemps.

El movimiento ultranacionalista adquirió una creciente proyección en la vida pública. La reacción de la extrema derecha contra la intervención de los intelectuales progresistas en defensa del capitán Alfred Dreyfus alentó en 1898 la fundación de Action Française. Su principal ideólogo fue Charles Maurras, emisor de un discurso reaccionario que mezclaba el nacionalismo, el monarquismo y el catolicismo. En este entorno, fueron surgiendo ligas de orientación fascista como los Camelots du Roi, los Jeunesses Patriotes y los Croix de Feu, que atacaron con virulencia a la democracia parlamentaria y, sobre todo, a los judíos, los masones, los socialistas y los comunistas, presuntos culpables de los males de la patria. El 6 de febrero de 1934 una manifestación antidemocrática se dirigió hacia la plaza de la Concordia de París, separada de la Asamblea Nacional por el río Sena. Durante varias horas, se produjeron enfrentamientos entre policías y manifestantes, algunos de los cuales utilizaron armas de fuego. Los altercados finalizaron a media noche, con un balance de 17 muertos y 2.300 heridos. Al día siguiente, el liberal Édouard Daladier, cuando constató la defección de la mayoría de sus ministros y de su propio partido, presentó la dimisión.

Dernière minute

Paris-soir

GRAND QUOTIDIEN D'INFORMATIONS ILLUSTRÉES

8 FÉVRIER 1934

IVe ÉDITION

25 cent.

APRES L'EMEUTE : LE MINISTERE DEMISSIONNE

Une quinzaine de manifestants tués dont neuf identifiés

Trois gardes mobiles disparus. Plus de 900 blessés dont 400 agents, gardes et soldats

M. Daladier remet à M. Lebrun la démission du Cabinet

ON PRÊTE AU PRÉSIDENT DE LA RÉPUBLIQUE L'INTENTION DE FAIRE APPEL A M. DOUMERGUE

Des mesures sévères sont prises

INTERDICTION DE TOUT RASSEMBLEMENT ET CORTÈGE SUR LA VOIE PUBLIQUE

En signe de deuil, le drapeau de l'Hôtel de Ville est mis en berne

« DEVANT CES SANGLANTS ÉVÉNEMENTS, JE NE PUIS QUE ME TAIRE » NOUS DÉCLARE LE PRÉSIDENT GASTON DOUMERGUE

Un certain nombre de députés de l'opposition se proposent de ne plus siéger à la Chambre

Le devoir envers la patrie

Lire en troisième page : Le compte rendu des émeutes

En cinquième page : La situation politique

Noticia en el diario *Paris-soir* (8/2/1934) acerca de la manifestación antidemocrática del 6 de febrero de 1934 y de los altercados que se produjeron en la plaza de la Concordia, que dejaron al menos diecisiete muertos y más de dos mil heridos y obligaron a dimitir a Édouard Daladier, primer ministro de Francia.

Mientras tanto, la economía francesa se vio sacudida por una intensa recesión. Varios Gobiernos intentaron corregirla aplicando políticas deflacionistas que redujeron la actividad comercial e

incrementaron el gasto público. Pierre Laval accedió a la jefatura del Gobierno en 1935 dispuesto a «salvar el franco». Para ello, promulgó varios decretos que bajaron los precios de los servicios públicos, los sueldos de los funcionarios, los alquileres y los tipos de interés. Estas disposiciones no consiguieron restaurar la confianza y no frenaron la salida de capitales. Por otra parte, las actividades de la extrema derecha, la consolidación de las dictaduras fascistas en Italia y Alemania y las políticas antisociales adoptadas por los Gobiernos conservadores promovieron la convergencia de los radicales, los socialistas y los comunistas, que suscribieron a principios de 1936 un programa político que demandaba la «restauración de la capacidad de compra suprimida o reducida por la crisis» y por las políticas deflacionistas [450].

Las elecciones parlamentarias celebradas a doble vuelta el 26 de abril y el 3 de mayo de 1936 concedieron al Frente Popular, coalición de partidos de izquierda, una mayoría de 386 escaños, sobre un total de 608. El partido más votado fue el Socialista, que consiguió 149 escaños. A consecuencia de ello, Léon Blum, líder de la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO), formó el Gobierno más progresista del periodo de entreguerras. «Burgués y marxista, judío y humanista, *normalien* y esteta, moralista y defensor de la igualdad sexual, Blum se hallaba al frente de un partido de obreros, campesinos, maestros y *fonctionnaires,* que si bien perseguían objetivos revolucionarios, defendía el parlamentarismo legal» [451]. El nuevo Gobierno fue integrado por socialistas y radicales y, por primera vez, tres mujeres, Cécile Brunschvicg, Suzanne Lacore y Irène Joliot-Curie, adquirieron la condición de ministras. El Partido Comunista, cumpliendo las órdenes del Komintern, permaneció fuera. Lo primero que hizo Blum fue convocar a los representantes de la patronal y los sindicatos y suscribir los Acuerdos de Matignon, que establecieron la semana laboral de cinco días y cuarenta horas, la negociación colectiva, el reconocimiento de los derechos sindicales, los tribunales de arbitraje, el incremento del 15 por ciento de los salarios y el derecho a tener dos semanas de vacaciones pagadas. Estas medidas, acogidas favorablemente por los trabajadores, fueron complementadas poco después con la aprobación de un programa de obras públicas, el establecimiento de la educación obligatoria hasta los catorce años y la disolución de las ligas fascistas. La crisis económica condicionó la gestión del Gobierno. La disminución de la producción y de las

reservas de oro y la fuga de capitales plantearon la necesidad de hacer una devaluación, algo que el programa del Frente Popular había descartado. Forzado por las circunstancias, el Gobierno realizó tres devaluaciones sucesivas, lo que deterioró su imagen política.

Antes de las elecciones de 1936, el Centre de propagande des Républicains nationaux, organización nacionalista de derechas, publicó esta litografía contra el Frente Popular en la que puede verse a un bolchevique manejando a tres de sus dirigentes: Édouard Herriot (Partido Radical), Léon Blum (Sección Francesa de la Internacional Obrera) y Marcel Cachin (Partido Comunista): «Son los sóviets los que mueven los hilos del Frente Popular».

Por otra parte, dos graves incidentes perturbaron la vida pública. En noviembre de 1936, el ministro del Interior Roger Salengro se suicidó, después de sufrir virulentos ataques de la extrema derecha, que le acusaba falsamente de haberse pasado al bando enemigo durante la Primera Guerra Mundial. Un millón de personas asistieron a su entierro y le despidieron como un mártir del sectarismo. El segundo incidente sucedió seis meses después, cuando la policía

disparó en Clichy a comunistas y trotskistas que se manifestaban contra la extrema derecha, muriendo seis de ellos. Los extremistas de derecha y de izquierda aprovecharon la ocasión para atacar al «asesino» Léon Blum. El Gobierno, cada vez más debilitado, intentó superar estas situaciones adversas prosiguiendo la aplicación de su programa reformista. Dada la incierta coyuntura internacional y la creciente presión belicista de Hitler, procedió a ampliar el presupuesto de las fuerzas armadas, lo cual le obligó a hacer una «pausa» en el desarrollo de las políticas sociales. La extrema derecha le acusó de hacer un rearme insuficiente y ser el responsable de la crisis económica y la extrema izquierda alentó manifestaciones de protesta por no seguir aplicando medidas transformadoras. Algunos responsables gubernamentales atribuyeron el estancamiento de la recuperación económica a una «huelga del capital». Tras denegar el Senado al Gobierno la adopción de poderes extraordinarios para solucionar la crisis financiera y perder el respaldo de los ministros radicales, Léon Blum, cuando apenas había transcurrido algo más de un año al frente del Ejecutivo, presentó la dimisión.

Esta otra litografía, también del Centre de propagande des Républicains nationaux, critica las medidas tomadas por Édouard Herriot antes de la formación del Frente Popular (1924: hundimiento del franco; 1932: altercados de la plaza de la Concordia). El interrogante final («¿Qué nueva catástrofe?») expresa los malos augurios ante la posible victoria del Frente Popular en las elecciones de 1936.

Le sucedió el ya mencionado Camille Chautemps, ministro de Estado en el Gobierno del Frente Popular. Una de las medidas más importantes que aprobó fue la nacionalización de los ferrocarriles franceses, para lo cual creó la Société Nationale des Chemins de Fer Français, empresa pública encargada de la gestión de los ferrocarriles nacionalizados. Además, en julio de 1937, promulgó una ley que otorgaba competencias al Departamento de Inspección de Talleres para ordenar intervenciones médicas temporales. Chautemps dimitió en marzo de 1938, poco antes de que se produjera el *Anschluss* ['conexión'], eufemismo utilizado por Hitler para referirse a la anexión de Austria el 12 de marzo de 1938.

Édouard Daladier, jefe del Partido Radical y ministro de Defensa Nacional en el Gobierno del Frente Popular, accedió por tercera vez a la jefatura del Gobierno. Gracias a las medidas de emergencia adoptadas, revisó las reformas sociales y consiguió plenos poderes para afrontar la crisis. Daladier consideraba incompatible la semana laboral de cuarenta horas con la política de rearme. La ruptura del Gobierno y las organizaciones del Frente Popular se materializó en noviembre con la convocatoria de una huelga general. En 1939 se aprobaron varias leyes de apoyo a la familia, la vivienda y la descentralización. Se estableció un sistema de asignaciones familiares, a través de un porcentaje del salario: el 5 por ciento para el primer hijo, el 10 por ciento para el segundo y el 15 por ciento para cada hijo adicional. Asimismo, se concedió una asignación a las madres que no trabajaban fuera de casa. Ante el peligro de que se iniciara la guerra, el 2 de septiembre Daladier decretó la movilización general de los franceses.

*

Como se ha indicado, el pacto de Múnich, firmado el 30 de septiembre de 1938 por Daladier, Chamberlain, Hitler y Mussolini, aprobó la entrega de los Sudetes a Alemania y la atención de las exigencias territoriales de Polonia y Hungría. Daladier y Chamberlain culminaron de esta manera su estéril política de «apaciguamiento» que alentó el imperialismo alemán y destruyó la principal democracia de la Europa del Este. Cuando no había transcurrido ni un mes, Hitler ordenó a su ejército «liquidar pacíficamente» lo que quedaba de Checoslovaquia. A mediados de marzo de 1939, las tropas alemanas entraron en Praga.

Estos movimientos animaron a Stalin a ocupar las supuestas «zonas de influencia» soviéticas. En octubre de 1939 realizó diversas acciones diplomáticas de intimidación a Finlandia y le exigió hacer un intercambio de territorios en Carelia. Al ser rechazado, el 30 de noviembre, el ejército soviético inició el ataque, previendo que las fuerzas armadas finlandesas no serían capaces de oponer una eficaz resistencia. Pero Stalin se equivocó y estalló la conocida como *guerra de Invierno*, que duró tres meses y medio. Los finlandeses, dirigidos por el mariscal Kuusinen, hicieron valer su preparación y experiencia de combate en circunstancias climáticas extremas. Francia y Gran Bretaña se dispusieron a apoyarlos, pero antes de que sus tropas pudieran llegar a Finlandia, el ejército soviético rompió las líneas finlandesas y forzó la rendición. Según lo dispuesto en el acuerdo de paz suscrito el 12 de marzo de 1940, Finlandia conservó la independencia, pero cedió a los soviéticos el istmo de Carelia y el lago de Ládoga. Más de 400.000 refugiados huyeron de los territorios incorporados a la Unión Soviética.

El resultado de la guerra de Invierno se llevó por delante al Gobierno de Daladier, incapaz de prestar a Finlandia la ayuda necesaria. El 21 de marzo le sucedió Paul Reynaud, un conservador belicista, que defendía la adopción de una posición militar más enérgica. Pero el nuevo Gobierno se desenvolvió en una situación política y militar muy precaria. El factor esencial de la estrategia defensiva de Francia ante un eventual ataque de Alemania era la línea Maginot, muralla fortificada construida a lo largo de la frontera, después de la Primera Guerra Mundial, de una gran complejidad técnica y militar. La línea Maginot contaba con ciento ocho fuertes principales a quince kilómetros de distancia entre sí, complementados con numerosos fortines pequeños. En el norte, la frontera de Bélgica estaba expuesta a un ataque en campo abierto, pero los dirigentes belgas adoptaron una política de neutralidad y se negaron a colaborar con las autoridades francesas. En esta circunstancia, el Estado Mayor galo decidió adoptar una actitud pasiva, a la espera de acontecimientos. Las fuerzas armadas francesas y alemanas tenían un potencial militar similar, pero el recuerdo de los efectos destructivos y mortíferos de la Primera Guerra Mundial llevó a los mandos militares franceses a mantener una actitud prudente y a priorizar la adopción de medidas de bloqueo económico del adversario. Por otra parte, tenían una visión anticuada de la estrategia militar, que no valoraba la

contribución decisiva en la guerra moderna de las unidades blindadas móviles y la acción coordinada de las fuerzas aéreas y terrestres. Por todo ello, la guerra en el oeste de Europa, hasta la primavera de 1940, fue denominada *guerra de mentira*, *drôle de guerre* o *sitzkrieg*. Esta situación cambió radicalmente el 9 de abril, cuando el ejército de Hitler prosiguió sus planes imperialistas y atacó a Dinamarca y Noruega. Al cabo de unos días, los Gobiernos de estos países se rindieron. Las fuerzas aliadas, sorprendidas por el ataque, acudieron a toda prisa, pero fueron empujadas hacia el mar. Este fracaso provocó el final del Gobierno conservador de Neville Chamberlain, principal impulsor de la estéril política de apaciguamiento desplegada hasta entonces. Winston Churchill, nombrado el 10 de mayo de 1940 primer ministro y ministro de Defensa, se convirtió en el hombre fuerte del nuevo Gobierno británico de concentración. El dirigente sindical Ernest Bevin fue designado ministro de Trabajo y se ocupó de gestionar los recursos humanos. Max Aitken, en la cartera de Producción Aeronáutica, dirigió el esfuerzo de fabricación de los aviones de combate. La retórica patriótica de Churchill y su sentido del humor levantaron el ánimo de los británicos y les fue preparando para la difícil situación que tendrían que soportar muy pronto.

Entre tanto, Hitler decidió lanzar una ofensiva en el oeste de Europa con el objetivo de aplastar a Francia y borrar la deshonra impuesta en 1919 por el Tratado de Versalles. La derrota de Francia, comentó a Goebbels, sería «un acto de justicia histórica» [452]. Los altos mandos del Estado Mayor aconsejaron a Hitler que actuara con prudencia, pero les ignoró completamente. La composición de las fuerzas de combate estaba relativamente equilibrada. El ejército alemán contaba con 153 divisiones, integradas por 3.350.000 soldados, 2.445 tanques, 7.738 piezas de artillería y 5.446 aviones. Por su parte, el ejército aliado contaba con 144 divisiones, de 2.862.000 soldados, 3.384 tanques, 13.974 piezas de artillería y 3.090 aviones. Ante la parecida cantidad de efectivos, afirma Wasserstein: «Las dificultades de los aliados no surgieron tanto de la falta de potencia de fuego militar como de su incapacidad para concentrar los recursos en el lugar adecuado en el momento preciso. Eso se debió en parte a una mala coordinación entre los aliados. Otra razón fue la rigidez de la doctrina operativa francesa, que los llevó a sucesivos errores tácticos» [453].

La estrategia alemana pretendía dar un «golpe de hoz» en Holanda,

Bélgica y Luxemburgo. Las fuerzas aliadas contraatacaron enviando cuatro divisiones a Bélgica, pero al comprobar el avance del general Heinz W. Guderian hacia el canal de la Mancha, temieron quedar atrapadas, lo cual entrañaría la derrota de Francia.

*

El 15 de mayo de 1940, Reynaud telefoneó a Churchill y le comunicó que el camino de los alemanes hacia París estaba despejado y que la batalla de Francia estaba prácticamente perdida. El dirigente británico envió cuatro escuadrones y se desplazó a París, donde pudo advertir la mala gestión militar practicada y el ambiente derrotista. Los aviones británicos de la RAF realizaron bombardeos en Colonia, Hamburgo y Bremen, pero no tuvieron consecuencias significativas. Holanda, después de cinco días de resistencia, capituló y la reina Guillermina marchó a Inglaterra. El 17 de mayo cayó Bruselas. La biblioteca de la Universidad de Lovaina fue destruida por el fuego. Cuando el ejército alemán se acercó a París, cundió el pánico. El general Gamelin fue sustituido por el general Weygand, un «gallo de pelea», como le llamaba Reynaud, que enseguida advirtió que Francia no era capaz de oponer una eficaz resistencia. El mariscal Pétain entró en el Gobierno en calidad de viceprimer ministro para aplacar las críticas de la derecha y se convirtió en el portavoz de los derrotistas. El 21 de mayo el ejército alemán llegó al canal de la Mancha y partió por la mitad a las fuerzas aliadas. Entre el 26 de mayo y el 4 de junio, 225.000 soldados británicos y 122.000 franceses y aliados embarcaron en Dunkerque con destino a Inglaterra, a la espera de tiempos propicios para luchar en mejores condiciones.

El 5 de junio, Reynaud remodeló el Gobierno y designó al general Charles de Gaulle subsecretario de Guerra, disposición importante ya que el nuevo subsecretario era partidario de mejorar la capacidad de combate con el empleo de unidades blindadas. Pero los altos mandos militares estaban divididos entre quienes querían proseguir la lucha y quienes querían negociar el armisticio. El 10 de junio, el Gobierno francés abandonó París con destino a Tours y, después, a Burdeos. Ese día sería denominado por De Gaulle el «día de la agonía». La marcha del Gobierno provocó una caótica retirada de la población civil. Unos días después, el ejército alemán entró en París y desfiló por los Campos Elíseos. William Shirer, periodista norteamericano, escribió en

su diario: «Tengo la sensación de que estamos presenciando en París la desintegración total de la sociedad francesa, el colapso del ejército, el gobierno y la moral de la gente. Es algo casi demasiado asombroso para creerlo» [454].

Tras la ocupación de París, Adolf Hitler realizó una rápida visita a la capital francesa en las primeras horas del 23 de junio, acompañado por Albert Speer, su arquitecto favorito y posterior ministro de Armamento, y Arno Breker, su escultor predilecto (París, 23/6/1940).

Reynaud le pidió a Franklin D. Roosevelt la inmediata intervención del ejército norteamericano en la guerra, algo que era compartido por Churchill, para luchar en mejores condiciones contra Alemania. Pero las divergencias se reprodujeron dentro del Gobierno francés. Cuando la mayoría de los ministros pidieron la suscripción del armisticio, Reynaud presentó la dimisión. Le sustituyó el mariscal Pétain, que planteó inmediatamente el final de la guerra y la negociación del acuerdo de paz. Las fuerzas alemanas avanzaban imparables por el sur y el este del país. El armisticio se firmó el 22 de junio de 1940 en los bosques de Compiègne, en el noroeste de París, tras la discusión de algunos detalles secundarios. Una semana después, Hitler, entusiasmado por la victoria, se paseó por París. El general Charles Huntziger, jefe de la delegación francesa, protestó por las condiciones impuestas a Francia, mucho más exigentes que las que se habían aplicado a Alemania en 1919. Francia fue dividida en dos grandes zonas, la *zona ocupada,* dominada por los alemanes, y la *zona libre,* bajo la autoridad de la Francia «colaboracionista» de Pétain, con sede en Vichy. Además, los departamentos del Norte y Paso de Calais pasaron a depender del gobierno militar alemán de Bélgica; la zona de Alsacia y Lorena fue anexionada a Alemania; se estableció una «zona prohibida» a lo largo de las costas del canal de la Mancha y del Atlántico para facilitar el acceso de la marina alemana a los puertos, y una pequeña zona de ocupación fue asignada a Italia. Las personas a las que se les había concedido el asilo político debían ser entregadas y todos los gastos de ocupación debían ser pagados por Francia, aproximadamente 400 millones de francos franceses diarios. Se permitía la existencia de un ejército francés de 100.000 soldados, sin unidades blindadas mecanizadas. Este acuerdo estaría vigente hasta que se negociara el tratado de paz definitivo.

Charles de Gaulle al micrófono de la BBC en Londres convocando a los franceses a la resistencia. Esta fotografía es posterior al 18 de junio de 1940 porque el general lleva la insignia de la cruz de Lorena, adoptada como emblema de la Francia libre en julio del mismo año.

Daladier, Mandel, Mendès France y varias docenas de parlamentarios que rechazaron el armisticio fueron encarcelados. El 18 de junio de 1940, el general De Gaulle pronunció un discurso en Londres, retransmitido en directo por la BBC, en el que pidió a los franceses que se sumaran a la resistencia para luchar contra el invasor. La caída de Francia originó un proceso de reflexión y autocrítica que fue más allá de los aspectos militares. Según Paul Valéry, François Mauriac y Marc Bloch fue provocada por el deterioro político, social y moral que sufrió el país antes de la guerra. Las victorias del ejército alemán en el oeste tuvieron una honda repercusión en toda Europa. Otros dictadores, como Mussolini y Stalin, emularon el imperialismo de Hitler y ocuparon territorios de países vecinos.

*

*

La agonía de Francia muestra la visión desgarradora de Chaves Nogales sobre el derrumbe militar, político y moral del país que simbolizaba los valores cívicos y democráticos de la vieja Europa. Fue publicada en 1941 por la editorial Claudio García & Cía. de Montevideo. Las referencias históricas que contiene indican que fue escrita a mediados de 1940, tras su llegada a Londres. Su estructura, contenido y estilo narrativo son similares a otras obras publicadas anteriormente en periódicos y revistas. En el prólogo, Chaves Nogales describe el contexto histórico de los hechos: la invasión del ejército alemán, el traslado del Gobierno Reynaud a Burdeos, la formación del Gobierno Pétain, la capitulación francesa… «Aquello no era una crisis, sino un golpe de Estado […] En unas horas plácidas, banales, de un domingo radiante, Francia, la Francia que creíamos inmortal, se había hundido quizás para siempre…» [455]. Tras la ocupación de París y de una parte del territorio por el ejército nazi, la República francesa renunció a la lucha, se rindió y dejó a los ciudadanos sin protección ante la barbarie. El régimen colaboracionista de Vichy, presidido por el general Philippe Pétain, completaría la ignominia.

Francia, según Chaves Nogales, era la heredera genuina de la civilización grecolatina y humanista: […] una creación espiritual conseguida en veinte siglos de civilización, de lucha constante contra la barbarie. Su fuerza material era única y exclusivamente una emanación de su espíritu. Todo en Francia estaba lleno de sentido, era tan humano, tenía tan exactamente la medida de lo humano que parecía imposible que ese equilibrio se rompiese y Francia cayese en la barbarie y la abyección [456].

Realmente, fue derrotada, a su juicio, antes de comenzar la invasión nazi, lastrada por las luchas internas, el deterioro democrático y la incapacidad para comprender la amenaza totalitaria. Por eso, «se dejó ganar poco a poco por las sugestiones del adversario, renegó de sí misma y de cuanto había representado en el mundo, se rindió a la coacción de la propaganda enemiga» [457].

Durante mucho tiempo Francia había sido la meca, la tierra de acogida de los europeos que creían en la libertad y la democracia, «que querían seguir siendo libres y que a su libertad lo habían

sacrificado todo, sus hogares, sus familias, sus patrias» [458]. Al suicidarse Francia, cometió un crimen inexpiable con los refugiados que la habían servido lealmente y habían depositado en ella su esperanza. El régimen colaboracionista de Vichy, presidido por el general Pétain, constituía una regresión inaceptable: Consagrándose furiosamente a la demolición del mito de la democracia, los nacionalistas franceses no han conseguido sino la demolición de Francia, su capitulación, su servidumbre total a la barbarie extranjera, su deshonor ante el mundo [459].

Además de levantar acta de la derrota y de sus consecuencias en el ámbito de la cultura y la moral, en *La agonía de Francia* Chaves Nogales analiza las sucesivas crisis de la democracia francesa a lo largo de los años treinta. En este sentido, el periodista afirma: La causa profunda de lo que había de suceder hay que buscarla en el proceso de los últimos diez años de la vida francesa, proceso claro, evidente, de acabamiento, agonía y descomposición de un pueblo [460].

Ni el Gobierno de Unidad Nacional de Gaston Doumergue, de 1934, ni el del Frente Popular de Léon Blum, de 1936, fueron capaces de atajar la crisis económica, la inestabilidad y la conflictividad. Así relata Chaves Nogales este lento deterioro: Ni las Ligas ni el Frente Popular tuvieron fuerza bastante para sacar al país del marasmo en que lo había sumido la costosa e infecunda victoria [en la Primera Guerra Mundial]. […] Los gérmenes de las dos revoluciones abortadas seguían intoxicando el organismo nacional y a partir de 1936 crearon un estado morboso de guerra civil latente, crónica, una guerra civil en la que los ciudadanos no se asesinaban unos a otros, pero poco a poco iban asesinando entre todos al país […]. Éste era el clima moral de Francia. La impotencia y la esterilidad de los últimos movimientos, tanto reaccionarios como revolucionarios, la falta de fe no sólo en los hombres sino en las ideas y en los sistemas, la íntima convicción de la inutilidad de todo esfuerzo colectivo, habían creado un ambiente de claudicación y un sentimiento de derrota en las masas francesas que habían llegado a estar muy por debajo del exponente que eran sus hombres públicos. Ésta es la dura realidad [461].

Sin embargo, a juicio de Chaves Nogales, la orden de movilización militar dictada por el Gobierno de Daladier el 2 de septiembre de 1939 frenó esta dinámica y fomentó la cohesión ciudadana: El proceso de descomposición que venía siguiendo Francia parecía detenerse súbitamente al borde del abismo al estallar la guerra. Hubo un momento en el que se tuvo la impresión de que Francia iba a salvarse

una vez más gracias al aglutinante del peligro exterior. Como hemos dicho, el ciudadano francés al acudir a la orden de movilización había hecho tabla rasa de sus querellas, había olvidado sus odios, sus intereses de clase y hasta sus pequeños egoísmos personales e iba dispuesto a todo [462].

Los trabajadores y las trabajadoras que se incorporaron a las industrias de guerra aceptaron de buen grado las largas jornadas de trabajo impuestas para cumplir los objetivos: La guerra —esto se vio enseguida— no era más que trabajo; un trabajo duro, monótono, encarnizado […]. La guerra se ganaría permaneciendo diez, doce horas diarias al pie de la máquina, trabajando en la cadena sin levantar la cabeza, como esclavos. Este era el precio de la libertad futura […]. El pueblo francés ha trabajado concienzudamente para la guerra. Durante el largo y penoso invierno que ha precedido a la catástrofe, el proletariado francés encerrado en los talleres desde antes de que rayase el día hasta dos horas después de haber caído la noche ha trabajado con fe dando todo el rendimiento de que era capaz [463].

Pese a la entrega de la población, Chaves Nogales constata que una de las principales causas de la derrota había sido la incompetencia y la corrupción de los jefes militares. El Estado Mayor tenía unas concepciones militares obsoletas: se decía, irónicamente, que iba «con una guerra de retraso». Así, lo *confirma* el periodista: Lo que en Francia ha fallado, primera y principalmente, no ha sido el pueblo, sino el ejército, no ha sido la democracia sino el milita[rismo, no ha sido la ciudadanía que por lo general se manifes]taba dispuesta al sacrificio, sino los cuadros de mando que no han sabido utilizarla ni infundirle espíritu alguno [464].

EL VAPOR MARQUÉS DE COMILLAS

Oficial

Dice un corresponsal que la falsa creencia de que no hay guerra está basada en que difiere de las otras

La persecución de inocentes por los rojos fué terrible

Resulta espeluznante el cuadro de los refugiados que en incalculable número llegan cada día a F

Numerosos organismos benéficos han sido creados en varias partes del país para atender a los fugitivos de Bélgica, Holanda y a los que proceden de diversos lugares

PARIS, Especial firmado por MANUEL CHAVES NOGALES.—Un espectáculo penoso que se presenta en París es el de los refugiados belgas, en su mayoría que llegan constantemente a la gran ciudad trayéndonos la imagen espantosa de la guerra. Se calcula que los hombres que se hallan en edad militar van siendo inmediatamente concentrados, y no pasará mucho antes de que se hallen otra vez organizados, encuadrados y en disposición de emprender la lucha por la patria invadida.

La población no combatiente está siendo canalizada hacia los departamentos del centro y del suroeste, donde se les da albergue, y en la medida de lo posible, se les aplica al trabajo nacional de esta hora, según las disposiciones de cada cual. El Ministro de asistencia belga, señor Jaspar, en contacto con el gobierno francés, organiza la distribución e instalación de los refugiados de su país. La iniciativa privada ha creado inmediatamente, además, numerosas instituciones de ayuda a estas masas desheredadas, arrancadas de sus ho-

EL GOBIERNO JAPONES HA DECIDIDO CONSTITUIR UN «CONSEJO DE GABINETE»

TOKIO, mayo 27. (Transocean).—Por vez primera el Gobierno japonés ha decidido formar un Consejo japonés del que pertenecerán el Ministro Presidente, el Ministro del Exterior, el Ministro de la Guerra y el Ministro de Marina. El Consejo de Gabinete celebrará sus sesiones dos veces por semana, para tener en cuenta, no sólo la situación de China, sino también la de Europa.

Dos de las crónicas que Chaves Nogales escribió en el *Diario de la Marina* entre septiembre de 1939 y mayo de 1940: «La falsa creencia de que no hay guerra está basada en que difiere de las otras» (8/11/1939), sobre la guerra de baja intensidad en la zona fronteriza y la sensación de que se trataba de una guerra de mentira *(drôle de guerre);* y «El espeluznante cuadro de los refugiados» (28/5/1940), la última de sus colaboraciones, que trata sobre las oleadas de belgas que llegaban a la capital parisina huyendo del ejército nazi. El tono de estas crónicas, por momentos esperanzado, es muy diferente al que expondrá dos años más tarde en *La agonía de Francia* (1941).

«Los acontecimientos han demostrado», concluye Chaves Nogales, «que el ejército francés se consideraba vencido aún antes de entablar

la lucha» [465].

En aquella circunstancia, los derrotistas difundieron la expresión *drôle de guerre,* que pronto se extendió por todas partes. Sobre el significado de esta expresión, afirma Chaves Nogales: En ella iba, hábilmente disimulado, todo el derrotismo de Francia. *Drôle de guerre!* Es decir, guerra extraña, absurda, rara, inexplicable y, en el sentido peyorativo de la palabra *drôle,* guerra disparatada, grotesca, insensata, ilógica, guerra sin justificación que no se debía haber hecho, guerra estúpida y estéril. Todo esto y mucho más quería decir esta frase equívoca que no alarmaba a los censores del gobierno y que hizo fortuna rápidamente como expresión del estado de ánimo de una opinión pública que se sentía arrastrada a una lucha en la que no tenía fe [466].

Así, los ocho meses sin combates, salvo algunas escaramuzas fronterizas, a la espera de los acontecimientos, confiados en la eficacia defensiva de la línea Maginot, resultaron funestos. En todo caso, recuerda Chaves Nogales, la guerra no era *drôle* para los soldados movilizados, los empresarios cuyos negocios tenían serias dificultades o los obreros que trabajaban esforzadamente en las industrias de guerra.

Poco a poco, la «barbarie antidemocrática» se fue infiltrando en diversos sectores de la vida francesa: los jefes militares, los intelectuales, los funcionarios y la mesocracia: Querían acabar con la democracia y han acabado con Francia. Querían destruir el espíritu liberal y han destruido el espíritu francés. Este espíritu, que había conquistado el mundo entero, estaba últimamente aherrojado por la nueva barbarie del antiliberalismo… [467].

El signo más expresivo de la dimisión de Francia era la claudicación de los intelectuales: «La nazificación de las clases superiores de la sociedad francesa era un hecho incuestionable […]. El triunfo en Francia del antisemitismo nazi era completo». Antes de que el ejército alemán ocupase el territorio francés ya se había producido la derrota de la inteligencia: «Han sido las élites intelectuales del país las que primero se han rendido y han arrastrado al desastre a las masas» [468]. La defección había tenido una especial incidencia en las clases medias, en «la pequeña burguesía, los menestrales, los hombres de profesiones liberales, los tenderos, toda esa plebe urbana que antes era el asiento sólido de la democracia y estaba animada de una moral ciudadana y guiada por unos deberes estrictos de ciudadanía» [469].

El abandono del liberalismo por estos sectores sociales y su orientación hacia el ultranacionalismo monárquico y católico de Charles Maurras, antecedente ideológico del nazismo, con singularidades propias, constituía para Chaves Nogales una de las principales causas de la catástrofe.

Édouard Daladier, dirigente del Partido Radical, ministro y jefe del Gobierno cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial, era el político que, a su juicio, mejor representaba el pensamiento del francés medio. Sus cualidades políticas eran incuestionables: Daladier es honesto, enérgico y honda y sinceramente demócrata, sin beatería democrática, sin esa servidumbre a las clientelas partidistas que convierte a los hombres demócratas en meros instrumentos de los comités. Es un hombre que tiene una fuerza personal indiscutible, una fuerza natural, salida directamente del terruño francés [470].

Tras la dimisión de Léon Blum, accedió al poder, logró el apoyo de la mayoría parlamentaria y evolucionó al compás de la opinión pública: «El gobierno Daladier representaba la solución transaccional, la fórmula típicamente liberal y democrática» [471]. En otras circunstancias, Daladier habría podido realizar una gestión aceptable y salvar a Francia, pero los enemigos de la democracia, que estaban «resueltos a hundir el país con tal de que se hundiese la democracia» [472], provocaron su fracaso: Este gobierno, de naturaleza democrática, al hacer frente a la guerra habría podido desenvolverse y llevarla adelante con posibilidades de triunfo si no se hubiese visto sitiado por las fuerzas antidemocráticas que ejercían sobre él una presión insoportable y si, por otra parte, no hubiese estado mal servido por sus propios agentes [473].

En los primeros meses de guerra, la gestión del Gobierno Daladier, según Chaves Nogales, fue positiva, pero la persecución indiscriminada a los comunistas, la deficiente política de información y propaganda y las concesiones realizadas a los sectores derechistas lo fueron debilitando. El 21 de marzo de 1940, cuando resultó evidente que no había contribuido de forma efectiva a la defensa de Finlandia en la guerra de Invierno, Daladier presentó la dimisión. Además, según Chaves Nogales, incidieron otros factores personales y políticos: En Daladier, no obstante su vigor innegable, había una falla de carácter que había de ser fatal para Francia; su falta de tenacidad, de resistencia, de continuidad en el esfuerzo, sus descorazonamientos súbitos, sus veleidades, sus depresiones y sus cóleras que en ocasiones le hacían parecer un hombre ebrio, ebrio a veces de desesperación, de coraje, ebrio de razón y de orgullo de su razón, ebrio tal vez también

de alcohol. Era, sin embargo, un hombre vigoroso, con un vigor popular salido de la entraña misma de Francia, con una honradez, una inteligencia y una humanidad que hubiesen bastado para gobernar el Estado con acierto y llevarlo a la victoria si Francia no hubiese sentido el impulso suicida de renegar de sí misma, de confundirse con el enemigo y de hundirse en la abyección totalitaria [474].

Finalmente, Daladier llegó a «la conclusión de que la lucha es inútil. Francia no quiere hacer la guerra» [475], y cuando presentó la dimisión, se produjo el hundimiento de Francia.

El 21 de marzo de 1940 Paul Reynaud accedió a la presidencia del Gobierno. Dotado de una visión política más abierta, acometió «una operación de salvamento audaz» [476] a través de la alianza con los ingleses para continuar la resistencia, si Francia caía, en las colonias. Pero los sucesivos relevos en el alto mando militar no reportaron los cambios necesarios. Los jefes del Estado Mayor mostraban una actitud de esfinge *muette,* callada y hermética: Odiando a Alemania con un odio profundo, instintivo, de casta y de raza, han sido, sin embargo, ganados por el sistema, se han dejado subyugar por el nazismo en el que encuentra plenamente realizada una aspiración hondamente francesa, nacida en el alma de Francia por razones históricas antes que en ningún otro pueblo de Europa: el nacionalismo integral, el nazismo. Los generales franceses eran nazis, tan nazis o más que los generales de Hitler. Eran antes nazis que franceses. La obsesión ideológica en ellos era más fuerte que el sentimiento de la patria [477].

Chaves Nogales vincula directamente el «nacionalismo integral» de los mandos militares franceses con el nazismo y lo hace prevalecer sobre sus obligaciones militares, lo cual es cuestionable, aunque probablemente lo hiciera, como buen periodista, para llamar la atención de los lectores de su obra.

Los jóvenes coroneles y oficiales alzaron la voz para cuestionar la dirección de la política militar. El más representativo de ellos era Charles de Gaulle, de quien comenta Chaves: Sus concepciones estratégicas eran compartidas por una masa considerable de generales, jefes y oficiales que habrían terminado por imponerlas si la guerra hubiese seguido interiormente un curso normal, si no hubiera estado presidida por la trágica convicción de la derrota previa indispensable. Cuando Paul Reynaud lleva a la subsecretaría del Ministerio de Guerra al general De Gaulle era ya tarde [478].

El general Weygand accedió al mando del ejército francés y propugnó una política derrotista, como comenta Chaves: «Todo induce a creer que Weygand no ha previsto ni por un momento la posibilidad

de intentar la resistencia. Su papel es sencillamente el del liquidador». Sus consejos «han debido precipitar el derrumbamiento quebrantando la voluntad de resistencia que positivamente animaba a Reynaud» [479].

El 16 de junio de 1940 el Gobierno debatió la propuesta formulada por Gran Bretaña de articular una alianza franco-británica, que contaba con el aval de Jean Monnet y De Gaulle. Al imponerse la opinión de los ministros favorables al armisticio, Reynaud presentó la dimisión: En los consejos de ministros del Hôtel de Ville de Burdeos, el Gobierno Reynaud, que tenía en su seno a los elementos que habían de consumar la traición de Francia a sí misma y a sus aliados, fue derribado. Vencían la ceguera insigne y la testarudez octogenaria del mariscal Pétain obsesionado por la idea siniestra de que Francia se salvaría entregando a Alemania el cadáver de la democracia. Esta idea absurda, que había sido infiltrada en las masas francesas gracias a la propaganda alemana, ha sido la causa fundamental de la caída de Francia [480].

Reynaud fue sustituido por Pétain, que precipitaría la claudicación de Francia: Toda la gloria de Pétain no ha servido para provocar un minuto de apaciguamiento. Pétain mismo no ha sabido ser sino un *partisan,* un leño más arrojado al fuego, un tronco añoso con que incrementar la hoguera de la discordia interior en la que Francia se consumía. El gobierno, al llamarlo a sus comicios, lo que hacía con ello era avivar la lucha interior, precipitar la consunción de Francia [481].

Así, la tragedia, según apreció Chaves Nogales, tendría un desenlace fulminante: «Después de diez meses de simulacro de guerra, de *guerra podrida,* como se la ha llamado, Francia estaba tan desecha que se derrumbaba con un soplo como un castillo de naipes» [482]. Nada más comenzar la ofensiva alemana, en París se extendió el clamor de «¡Sálvese quien pueda!». El propio Estado, a través de sus funcionarios, creaba una atmósfera de catastrofista y sembraba el pánico. En aquellos momentos críticos, los refugiados antifascistas que estaban sirviendo lealmente a Francia fueron abandonados y dejados a merced de los nazis.

Hitler, tal como había hecho en la guerra de España, utilizó las incursiones de la aviación como arma psicológica para sembrar el pánico y precipitar la evacuación de las cuidades que servían de soporte al ejército: Un millar de bombas de pequeño calibre arrojadas sobre París y sus alrededores en pleno día, a la una de la tarde,

bastaron para que la capital de Francia creyese que había llegado la hora de claudicar [483].

El traslado del Gobierno francés a Tours facilitó la entrega de París a los alemanes, sin oponer resistencia: La evacuación de París por el mundo oficial, la enorme balumba de los funcionarios y las mecanógrafas con sus montañas de expedientes atados con balduque, fue un lamentable espectáculo ofrecido cínicamente al pueblo parisién cuya conformidad y resignación fueron puestas a prueba [484].

La huida de los organismos públicos creó un sentimiento de indignación y repulsa que Chaves Nogales describe de forma precisa: París, ya casi desierto, había tomado un aire siniestro. Envuelto totalmente en una densa humareda artificial, tenía una luz cernida de apocalipsis, una atmósfera cargada y espesa en la que las gentes se movían como espectros […]. No se tenía noticia alguna de lo que pasaba afuera. Se pusieron en circulación los más absurdos y fantásticos rumores, que la gente creía a pies juntillas […]. La propaganda nazi […] difundía arteramente tales rumores para acabar de sembrar la confusión en los espíritus […]. A mediodía del martes se cerraron todos los *bistrots* y París tomó definitivamente el aspecto de una ciudad muerta con el que se habían encontrado los alemanes [485].

A continuación, el pánico colectivo ante la inminente llegada del ejército invasor empujó a los parisinos a huir, originándose el mayor éxodo de la historia francesa: El éxodo de un millón de parisienses en pos del gobierno y de los funcionarios fue algo espantoso, inenarrable. Día y noche las salidas de París estuvieron obstruidas por cuatro filas de vehículos de toda clase, cargados hasta los topes, que marchaban penosamente deteniéndose constantemente y al paso de los más lentos, los grandes y pesados carromatos que utilizan los campesinos para transportar el heno, tras los cuales habían de marchar con desesperante lentitud los potentes automóviles de la gran burguesía parisién que se ponía en salvo llevándose celosamente consigo sus riquezas transportables, la plata, los tapices, las joyas, los cuadros, hasta los muebles valiosos izados disparatadamente sobre las capotas de los coches. No creo que antes de ahora se haya dado en el mundo el espectáculo formidable del éxodo de un pueblo civilizado que, con todo su progreso material y mecánico, sus aparatos de radio, sus automóviles de lujo, sus motocicletas, sus instrumentos de confort y sus riquezas daba, sin embargo, la sensación exacta de una tribu bíblica que emprendía el camino de la tierra de promisión como en las

enormes migraciones legendarias de los pueblos de la antigüedad [486].

Las autoridades de Tours adoptaron diversas disposiciones para defender la ciudad, pero en cuanto aparecieron los aviones alemanes, el Gobierno francés partió hacia Burdeos y arrastró consigo a la muchedumbre angustiada que le seguía: «Francia, cuando el Gobierno llegó a Burdeos, era como una bestia herida de muerte y acorralada que busca el rincón más oculto de su guarida para echarse a morir. Era inútil todo intento de hacerla reaccionar» [487].

En suma, el principal motivo de la caída de Francia había sido, según Chaves Nogales, el desgarramiento interno, la renuncia a los ideales democráticos, la lucha consigo misma: Francia había llegado a enamorarse de su verdugo. Esta aberración, que en el ser humano aislado no es más que un caso de perversión sexual, al dominar a un pueblo y, sobre todo, a un pueblo superior como el de Francia, ha dado origen a una de las tragedias más hondas de la Historia [488].

Una tragedia estéril, inútil, porque los franceses tenían claro en el fondo de sus conciencias que la barbarie totalitaria era solamente una manifestación biológica, que carecía de futuro. Concluye Chaves Nogales: Francia sabe, y no ha podido olvidarlo, que hasta ahora no se ha descubierto ninguna forma de convivencia humana superior al diálogo, ni se ha encontrado un sistema de Gobierno más perfecto que el de una asamblea deliberante, ni hay otro régimen de selección mejor que el de la libre concurrencia: es decir, la paz, la libertad, la democracia. En el mundo no hay más [489].

La agonía de Francia de Chaves Nogales ha recibido valoraciones muy positivas de la crítica. Antonio Muñoz Molina afirma: «En el vértigo de la persecución, en el fragor y la confusión de otro hundimiento aún más inexplicable, el cronista acosado parece que multiplica su capacidad de observación de lo concreto y sus dosis de análisis. En la inmensa literatura histórica sobre la caída de la Tercera República y la innoble capitulación ante Alemania en junio de 1940, las crónicas que escribió sobre la marcha, mientras salía huyendo, Manuel Chaves Nogales, son de una claridad y una hondura fulminantes, y de una desolación política que yo sólo he visto en los testimonios contemporáneos de Marc Bloch y de Jean Guéhenno. *La agonía de Francia* es un libro tan sobrecogedor porque contiene dentro varios libros: un relato periodístico insuperable, una confesión personal, un lamento por la fragilidad de la democracia y una defensa apasionada de ese sistema político justo en un tiempo en el que parece

vencido y desacreditado, anulado por el poderío incontenible y el prestigio propagandístico de los regímenes totalitarios» [490].

Xavier Pericay considera que es uno de los mejores libros de Chaves Nogales y que sus contenidos trascienden el tiempo en el que fue escrito: «Porque lo que se perdió en Francia en 1940 —y por lo que Chaves siguió luchando en Inglaterra hasta su muerte en 1944— no afectaba sólo a Francia o a los franceses. Afectaba a la humanidad entera, en la medida en que Francia "era una creación espiritual conseguida en veinte siglos de civilización, de lucha constante contra la barbarie"» [491].

Abundando en esta idea, Ignacio F. Garmendia ha resaltado la importancia literaria, política y ética de este relato: «Narrador testigo en el más literal sentido de la autopsia herodotea, el periodista se eleva con este pequeño gran libro a una altura —literaria, política, moral— que le aseguraría un lugar de privilegio incluso si el resto de su obra se hubiera perdido. Se trata, a nuestro juicio, del *opus magnum* de Chaves y de una de las más impresionantes reivindicaciones de "la paz, la libertad, la democracia" —como dice el famoso final: "En el mundo no hay más"— en la Europa del siglo XX» [492].

En resumen, *La agonía de Francia* constituye un sugestivo análisis del derrumbamiento de la Tercera República y de la capitulación de Francia ante la Alemania de Hitler, realizado apresuradamente cuando Chaves Nogales abandonaba el país camino de Inglaterra, al temer que pudiera ser detenido por la Gestapo. En sus páginas expone sus ideas, sentimientos y desgarros por la crisis del régimen democrático, atacado por los totalitarismos, algo que compartió con otros periodistas, escritores y profesores de su orientación ideológica, política y ética. Y en aquellos momentos sumamente críticos denunció la barbarie y reivindicó la libertad, la paz y la democracia.

449 . Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* pág. 236.

450. Sánchez Pérez, F. (2010): *La primavera de 1936: algunas observaciones sobre Francia y España*, en Manuel Ballarín y José Luis Ledesma (eds.), *La República del Frente Popular. Reformas, conflictos y conspiraciones,* Ponencias del IV Encuentro «Historia y Compromiso», Zaragoza, 2008, Fundación Rey del Corral de Investigaciones Marxistas, pág. 106.

451 . Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* pág. 249.

452 . Cit. Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* pág. 287.

453. *Ibid.,* pág. 287.

454. Cit. Pericay, X. (2020): «En París, con la República», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* pág. 170-171.

455. Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): *La agonía de Francia,* en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* págs. 363-364.

456. *Ibid.,* pág. 366.

457. *Ibid.,* pág. 369.

458. *Ibid.,* págs. 367-368.

459. *Ibid.,* págs. 367-368.

460. *Ibid.,* pág. 382.

461. *Ibid.,* págs. 383-387.

462. *Ibid.,* pág. 388.

463. *Ibid.,* págs. 418-421.

464. *Ibid.,* 392. El texto entre corchetes no fue impreso, quizá por error del cajista, en el original; aceptamos la plausibilidad de la reconstrucción realizada por el editor Luis Solano para la edición de 2010 de la editorial Libros del Asteroide. *[Nota del editor]*

465. *Ibid.,* pág. 394.

466. *Ibid.,* pág. 426.

467. *Ibid.,* pág. 401.

468. *Ibid.,* págs. 428-429.

469. *Ibid.,* pág. 438.

470. *Ibid.,* pág. 455.

471. *Ibid.,* pág. 456.

472. *Ibid.,* pág. 458.

473 . *Id.*

474 . *Ibid.,* pág. 466.

475 . *Id.*

476 . *Id.*

477 . *Ibid.,* pág. 472.

478 . *Ibid.,* pág. 474.

479 . *Ibid.,* pág. 476.

480 . *Ibid.,* págs. 489-490.

481 . *Ibid.,* pág. 477.

482 . *Ibid.,* pág. 478.

483 . *Ibid.,* pág. 481.

484 . *Ibid.,* pág. 484.

485 . *Ibid.,* págs. 485-486.

486 . *Ibid.,* págs. 486-487.

487 . *Ibid.,* pág. 489.

488 . *Ibid.,* págs. 491-492.

489 . *Ibid.,* pág. 492.

490 . Muñoz Molina, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I,* págs. XIV y XXV.

491 . Pericay, X. (2020): *op. cit.,* pág. 171.

492 . Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* nota 84, pág. 361.

7
La batalla de Inglaterra

Tras la rendición de Francia, Alemania dominaba la mayor parte del territorio europeo. La única potencia que resistía era Gran Bretaña. Hitler le ofreció la suscripción de un acuerdo de paz que facilitara la consolidación de sus conquistas, pero Winston Churchill lo rechazó, secundado por la mayoría de los británicos. Ante ello, el dictador alemán dio la orden de lanzar la operación León Marino con el objetivo de desembarcar en Inglaterra y ocuparla militarmente. La marina alemana comenzó a preparar la operación, pero las dificultades que entrañaba la fueron demorando. Dispuesto a conseguir su propósito, Hitler ordenó a Hermann Göring destruir los aviones de la Real Fuerza Aérea británica (RAF) con las modernas escuadras aéreas de la Luftwaffe, tras lo cual la Wehrmacht (fuerza armada) procedería a desembarcar en las costas británicas. Para este fin, Göring contaba con una gran flota aérea integrada por 3.600 aviones, muy superiores a los 871 aparatos británicos. Afirma Bernard Wasserstein acerca de este enfrentamiento: «La batalla de Inglaterra enfrentó a las fuerzas aéreas más avanzadas del mundo en un nuevo tipo de guerra. El objetivo alemán era destruir los aparatos de la RAF y las instalaciones terrestres, así como las fábricas de aviones y las embarcaciones del Canal. La batalla consistió en combates entre aviones de caza británicos y escuadrones de bombarderos alemanes junto con sus escoltas de caza» [493].

Los historiadores han discutido acerca de la posibilidad real de que el ejército alemán hubiera podido invadir Inglaterra. A su juicio, si se hubiera lanzado esta operación, habría constituido un fracaso, dada la manifiesta superioridad de la Marina Real británica sobre la Kriegsmarine alemana. En este sentido, consideran que la Luftwaffe, a pesar de su superioridad aérea, no habría podido impedir la decisiva intervención de los cruceros y destructores británicos.

Un bombardero Heinkel He 111 de la Luftwaffe alemana sobrevolando el distrito de Wapping y la isla de los Perros, en el East End de Londres, al comienzo de las incursiones nocturnas de la Luftwaffe (*ca.* 7/9/1940).

Factores logísticos y tecnológicos fueron decantando la batalla a favor de los británicos. Los aviones alemanes tenían que recorrer grandes distancias desde sus aeropuertos hasta los objetivos militares y después emprender el camino de regreso. Además, los británicos se adelantaron en la aplicación del radar (acrónimo de «Radio detection and ranging» [detección y medición de distancias por radio]. Desarrollado por el físico Robert Watson-Watt, el radar, en combinación con los dispositivos de observación visual apostados en la costa, concedieron una gran ventaja táctica, ya que permitieron detectar la aviación alemana y enviar los cazas en el momento y el número adecuados para combatirla. La guerra se convirtió, por tanto, en una lucha por la innovación electrónica y científica. En este sentido, Alan Turing fue el principal responsable del desciframiento del sistema de cifrado de la máquina Enigma, desarrollada por los

nazis. Gracias a ello, los británicos consiguieron decodificar 84.000 mensajes al mes, lo que les permitió conocer los planes, movimientos y suministros de los alemanes, acortándose, así, la duración de la contienda.

La táctica *blitzkrieg* [‘ataque relámpago’], concebida por la Luftwaffe como una guerra de desgaste, fue muy intensa en territorio británico entre el 7 de septiembre de 1940 y el 16 de mayo de 1941. Después, prosiguió de forma esporádica hasta el final de la guerra. Los principales objetivos atacados fueron los centros industriales, los puertos y algunas ciudades importantes. En los primeros meses de la *blitzkrieg,* Londres fue bombardeada por los aviones alemanes de día y de noche, sufriendo, en determinadas ocasiones, seiscientos bombardeos en un solo ataque, que causaron grandes destrucciones y sufrimientos. También fueron atacadas Birmingham, Brístol, Coventry, Liverpool y otras ciudades que tenían un rico patrimonio artístico, como Exeter y Bath. Aunque estas incursiones podían llegar a provocar la destrucción de Londres, Churchill asumió el riesgo, a cambio de que la RAF dispusiera del tiempo necesario para rearmarse. La posición de Inglaterra fue mejorando gracias al creciente apoyo prestado por Estados Unidos. A partir de la primavera de 1941, el presidente Franklin D. Roosevelt otorgó una ayuda de 22.000 millones de dólares a través del programa «Prestamo y arriendo», que alivió la maltrecha economía británica.

Refugio antiaéreo en una estación del metro de Londres (*ca.* 1940).

La batalla de Inglaterra constituyó la primera derrota del ejército de Hitler en la Segunda Guerra Mundial, pero su posición en el conjunto de la contienda todavía era bastante sólida. El 27 de septiembre de 1940 Alemania, Italia y Japón firmaron el Pacto Tripartito, también conocido como Pacto del Eje, acuerdo de ayuda mutua en caso de que cualquiera de los tres países fuera atacado por otro. Dos meses después, Hungría, Eslovaquia y Rumanía se incorporaron al pacto. Parecía que el fascismo avanzaba hacia la

hegemonía mundial, pero, poco después, el escenario de la guerra cambió radicalmente. La intervención italiana en los Balcanes desveló la debilidad del acuerdo. Benito Mussolini, envidioso de los éxitos alcanzados por Hitler y desesperado por demostrar su fuerza, trató de conseguir una victoria fácil. Así, el 28 de octubre, aniversario de la marcha sobre Roma, ordenó a su ejército ocupar Grecia. Esta operación, según el general Heinz W. Guderian, resultó «tan necia en su ejecución como innecesaria en sus propósitos» [494]. Mucho más decisivo para la evolución general de la guerra sería el «giro hacia el este», la orden dada por Hitler al mando alemán el 18 de diciembre de emprender la operación Barbarroja, con el objetivo de destrozar la Rusia soviética «hasta la raíz de un solo golpe», porque, a partir de entonces, Alemania tuvo que combatir a la vez en dos frentes abiertos, el oriental y el occidental.

El humo se eleva por encima del río Támesis después del primer ataque aéreo del 7 de septiembre de 1940.

Las fuerzas aéreas aliadas realizaron un gran esfuerzo en la

construcción de bombarderos y aviones de caza que le permitieron alcanzar una superioridad técnica y táctica determinante. Así, en 1942 comenzaron los ataques aliados aéreos a Colonia, Dresde y otras ciudades alemanas, que facilitaron el avance de la infantería y los vehículos blindados y fueron decantando el curso de la contienda. En suma, la derrota de Alemania en la batalla de Inglaterra resultó decisiva, ya que permitió a las fuerzas aliadas utilizar el territorio británico como base de las operaciones preparatorias del desembarco de Normandía y la reconquista de Europa [495].

El centro de Coventry (Londres), arrasado después del ataque aéreo del 15 de noviembre de 1940.

La vida en la retaguardia de los países contendientes era sumamente precaria. La economía de guerra originó una reducción de los recursos necesarios para atender a la población civil. Las disposiciones oficiales de racionamiento se aplicaron a los productos alimenticios, el azúcar, la ropa, el jabón, el combustible y el tabaco. Además, en Gran Bretaña se establecieron controles en la adquisición

de electrodomésticos, muebles, enseres de cocina y cosméticos. Las largas colas se convirtieron en un hecho habitual, protagonizado, sobre todo, por las mujeres. Quienes tenían dinero sorteaban las restricciones recurriendo al mercado negro.

La guerra incrementó el tiempo de trabajo. Las exigencias de las industrias dedicadas a la producción militar forzaron la movilización de todos los trabajadores disponibles. En 1943, el horario laboral en Gran Bretaña alcanzaba un promedio semanal de cincuenta horas. Las huelgas fueron prohibidas, aunque en la etapa final de la guerra volvieron a realizarse. El cambio más significativo del mercado laboral fue el crecimiento del empleo femenino, que pasó, entre 1939 y 1943, del 27 al 37 por ciento. El esfuerzo requerido favoreció el logro de mejoras cualitativas como, por ejemplo, el trabajo realizado por las mujeres criptoanalistas de Bletchley Park, mansión victoriana situada a ochenta kilómetros de Londres, enclave estratégico creado por la Escuela de Codificación y Cifrado (GCCS), que en 1945 tenía 9.000 trabajadores, de los cuales, 6.600, el 75 por ciento, eran mujeres como Joan Clarke Murray, Margaret Rock y Mavis Lever Batey, responsables del manejo de los teletipos, las máquinas de cifrado y el famoso Colossus, uno de los primeros computadores digitales, que se usó para descodificar las comunicaciones cifradas alemanas.

Los avances alcanzados en las ciencias de la salud redujeron la mortalidad y aliviaron el sufrimiento. Aunque la capacidad destructiva del armamento había aumentado mucho, las causas más comunes de muerte de los soldados no fueron las heridas sufridas durante los enfrentamientos, sino las enfermedades originadas por las malas condiciones de salubridad e higiene. Por otra parte, la guerra provocó grandes movimientos de población. Millones de personas abandonaron sus hogares y no regresaron nunca. Un millón y medio de polacos fueron expulsados de los territorios anexionados a Alemania. En la Unión Soviética más de un millón de chechenos, ingusetios, alemanes y tártaros fueron deportados a Siberia, Kazajistán y Uzbekistán. Muchos de ellos murieron en el proceso de deportación; otros fueron internados en campos de trabajos forzados, de donde no salieron nunca [496].

La propaganda fue la cuarta arma de combate. Los Gobiernos utilizaron la radio, los periódicos, el cine y los libros para defender su causa. El medio más influyente era la radio. Churchill, Hitler, Mussolini y Pétain hicieron numerosas alocuciones con el fin de elevar

la moral de los soldados y los ciudadanos. La batalla de las ondas estaba dirigida y controlada por los departamentos de Información y Propaganda de los Gobiernos, que solían maximizar los éxitos y minimizar los fracasos. Sobre este aspecto crucial, afirma Wasserstein: La reputación de fiabilidad y precisión de las noticias de la BBC no tuvo parangón durante los años de la guerra. En diciembre de 1943, transmitía 43 horas semanales en alemán, 39 en francés, 29 en italiano, y durante periodos más breves en al menos otras 18 lenguas europeas. Sus boletines informativos se escuchaban a menudo en secreto y con alto riesgo (las penas eran severas) por toda la Europa ocupada […]. Probablemente la BBC se acercó más que ninguna otra organización radiodifusora durante la guerra a la separación entre noticia y propaganda: «noticias claras, sean buenas o malas, contadas de manera sencilla, pero con contundencia» [497].

Además de los informativos, los radioyentes solían escuchar música. La canción más popular fue *Lili Marlene,* compuesta por Norbert Schultze en 1938, en Viena, que trascendió las ideologías y las fronteras. Después de la primera versión alemana realizada por Lale Andersen, se hicieron otras, entre las cuales sobresalió la de Marlene Dietrich. Los periódicos y los libros también fueron sometidos a la censura. En los países ocupados por el ejército alemán los periódicos socialistas y comunistas fueron prohibidos, aunque algunos sobrevivieron de forma clandestina. Los libros publicados durante la guerra combinaron la propaganda política y la ficción escapista. Uno de los más leídos fue *Lo que el viento se llevó* (1936) de Margaret Mitchell. La asistencia al cine mantuvo los niveles habituales, salvo cuando los bombardeos forzaban el cierre de las salas. Algunas películas de propaganda, como *El judío Suss* de Veit Harlan (1940) o *La señora Miniver*, novela de Jan Struther (1939) adaptada al cine durante los bombardeos de Londres, alcanzaron un gran éxito. En Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, la Unión Soviética y otros países prevaleció la censura, el discurso oficial y la descalificación del adversario. «Como en la Primera Guerra Mundial», concluye Wasserstein, «los artistas e intelectuales se ofrecieron voluntariamente a arrojar barro verbal al enemigo y justificar los crímenes de guerra» [498].

*

*

Chaves Nogales comentó la batalla de Inglaterra a través de numerosas alocuciones y crónicas, publicadas estas últimas en *El Tiempo* de Bogotá y en la revista *Bohemia* de Cuba. El 4 de octubre de 1941 inició su colaboración en *El Tiempo* de Bogotá, dispuesto a realizar «una exposición lo más objetiva y desapasionada posible del curso de la guerra, tal y como desde este observatorio de Londres puede verse» [499]. La primera crónica, titulada «La fe en la victoria», fue escrita cuando se habían superado los momentos más duros de los ataques aéreos alemanes y, sobre todo, cuando la apertura del frente oriental había reducido la intensidad de los bombardeos. En sus páginas, Chaves Nogales rinde tributo a la capacidad de resistencia y lucha de los británicos: El inglés cree a ojos cerrados en la victoria. Esto no es un convencionalismo con miras a la propaganda, sino una verdad íntima y unánime que, en ocasiones, a mí mismo, que estando aquí y viéndola con mis ojos, me cuesta aceptar. El inglés no concibe la derrota. No le entra en la cabeza [500].

Según el periodista, Alemania había cometido un grave error estratégico y táctico al iniciar la batalla de Inglaterra. Gracias a su poderoso desarrollo industrial, disponía de dos modernas maquinarias de guerra: los carros blindados de las Panzerdivisionen y los modernos aviones de la Luftwaffe. La línea Maginot francesa fue superada antes de que comenzara el ataque, porque el Estado Mayor francés no creía en su capacidad de ofrecer resistencia al ejército alemán. Sin embargo, si Hitler quería invadir las islas británicas tendría que enfrentarse a un enemigo que sí creía en sus fuerzas y que iba a oponer una fuerte resistencia: la escuadra inglesa, que protegía sus mares y costas.

Durante el verano de 1940, Hitler lanzó la *blitzkrieg* aérea contra las industrias de guerra, los puertos y las capitales inglesas. Londres fue, según Chaves Nogales, «la clave de la guerra» [501]. Muchas noches, la Luftwaffe lanzaba sobre ella toneladas de explosivos que producían una gran destrucción, pero, al poco tiempo, la City recuperaba la normalidad: […] los alemanes no podían más que dar unos golpes furiosos e impresionantes en una noche y luego se quedaban jadeando agotados durante varias semanas. Londres se reponía pronto y cuando la Luftwaffe podía descargar un nuevo mazazo sobre Londres, los efectos del golpe anterior habían desaparecido […]. Posteriormente se ha visto que esta batalla aérea de la Gran Bretaña y esta resistencia de las poblaciones civiles y principalmente de Londres eran en realidad la clave de la guerra. La guerra hubo un momento en que se ganaba o se perdía en las callejuelas de la City, convertidas en trincheras humeantes

de primera línea […]. El fracaso de la aviación empleada como arma de guerra en sí misma, ha sido absoluto. La aviación no sirve más que como arma de acompañamiento. La artillería, la escuadra, por la intensidad de su poder destructor, pueden ganar una batalla por sí mismas. La aviación si no va precediendo el avance de un ejército, es perfectamente inútil. Es un matar por matar y destruir por destruir, perfectamente estúpido, que no tiene consecuencias estratégicas posibles [502].

La crónica «La vida del soldado inglés», publicada el 18 de enero de 1942 en la revista *Bohemia,* tenía como subtítulo «Cómo piensan y sienten, trabajan y juegan, penan y se divierten los millones de hombres que están esperando la invasión alemana». Chaves Nogales comenta las actitudes y las actividades de los oficiales y soldados británicos con una mirada benévola que valora el esfuerzo que estaban haciendo para defender la causa de la democracia. A su juicio, el ejército británico había llevado a cabo un proceso de renovación de los sistemas de instrucción, que había mejorado sensiblemente los del antiguo ejército colonial: Un nuevo método de formación militar basado en una idea más amplia y comprensiva del ser humano había sustituido a los métodos antiguos […]. Había la preocupación de adiestrar a los hombres por la persuasión y por el ejemplo más que por la imposición dogmática. La paciencia y un pedagógico esfuerzo basado en los principios de la moderna psicología son la clave de la formación de los nuevos soldados [503].

LA VIDA DEL SOLDADO INGLES

COMO MUEREN Y SUFREN, TRABAJAN Y JUEGAN EL MAR Y SE DIVIERTEN LOS MILLONES DE HOMBRES QUE ESTAN ESPERANDO LA INVASION ALEMANA

Un reportaje de nuestro enviado especial en Londres

Manuel CHAVES NOGALES

INGLATERRA NO LO OLVIDARA JAMAS

[*Arriba*] El 18 de enero de 1942, después de meses de bombardeos sobre las islas británicas, la revista *Bohemia* de Cuba publicó la crónica «La vida del soldado inglés», en la que Chaves Nogales reconocía la moral de victoria de la población y, sobre todo, valoraba el esfuerzo desarrollado por los oficiales y soldados británicos para defender la causa de la democracia contra la barbarie nazi. [*Abajo*] En el mismo número en donde apareció la crónica «La vida del soldado inglés» (18/1/1942) puede leerse esta advertencia «Inglaterra no lo olvidará

jamás», con imágenes de Londres y Liverpool destrozadas.

Las relaciones entre los oficiales y los soldados estaban fundamentadas en el trato personal cercano, la lealtad, la disciplina y la camaradería. La nueva oficialidad procedía de la clase media, tenía una buena formación y era consciente de los cambios sociales que se estaban operando. «Ahora el oficial tiene que ser el amigo de sus hombres, debe conocerles personalmente lo más a fondo posible, estar al tanto de sus asuntos familiares y aconsejarles en los problemas que la vida les presenta» [504]. La instrucción militar era completada con un amplio programa de competiciones deportivas, espectáculos teatrales, conciertos musicales y actividades sociales. Apunta Chaves Nogales: El inglés, que ama el ejercicio físico, es incapaz sin embargo de hacerlo medicinalmente. Cada día hay una hora de gimnasia obligatoria para la tropa, pero en la práctica se hacen sólo cinco minutos de ejercicios gimnásticos y el resto del tiempo los emplean los soldados en pruebas y competencias de destreza, fuerza y agilidad, en juegos y peleas que les entusiasman y divierten al mismo tiempo que desarrollan y mantienen sus facultades físicas. La gimnasia se convierte fatalmente en match [505].

En sus visitas a los centros militares, el periodista advirtió que no se hablaba de política, ni se hacían actividades relacionadas con ella: Se hace poca política en el ejército. Hay, lo mismo entre los oficiales que entre los soldados, un tácito acuerdo para no discutir de política […]. En política es probable que la mayoría de los oficiales sean conservadores y la mayoría de los soldados laboristas. Todo ello tiene poco sentido dentro del aparato militar […]. Pero por encima de diferencias de clase y de doctrina y superando el recuerdo a veces amargo de actuaciones pasadas, el ejército forma un sólido bloque espiritual reflejo de la voluntad unánime que anima a Inglaterra a luchar y vencer [506].

A medida que el curso de la guerra fue avanzando, según Chaves Nogales, el ejército inglés se había hecho «fervorosamente nacionalista». La necesidad de defender Inglaterra de la amenaza nazi había producido un rearme moral que «nace de la íntima convicción que tiene el inglés de que, por sí mismo, no puede perder una guerra por la sencilla razón de que nunca la ha perdido […] y cree que valiéndose sólo de sus propias fuerzas es más fuerte que nunca» [507]. No obstante, el nacionalismo inglés era diferente al alemán porque respetaba los derechos y los valores de los demás países. Su política imperial, con presencia en varios continentes, le había dado un

carácter internacionalista que reconocía la singularidad de los pueblos. Y concluye con esta reflexión: Mientras haya ingleses así y mientras estén dispuestos a luchar, Inglaterra no sólo no perderá la guerra, sino que no será nunca ni fascista ni comunista, sino que seguirá siendo lo que tiene que ser, cada vez con mayor perfección, profundamente inglesa, profundamente humana y penetrada por una fe en los principios de la democracia y la libertad que por nada perderán jamás [508].

En la serie «El duro castigo de la gran ciudad en sombras», también publicada en *Bohemia,* Chaves Nogales relata las graves consecuencias de los ataques aéreos alemanes realizados en 1941 y 1942 en la vida cotidiana de Londres: Nadie que no la haya padecido sabe lo que es vivir a oscuras en una gran ciudad, en una urbe moderna que estamos acostumbrados a ver furiosamente iluminada, con cascadas de luz de sus gigantescos anuncios luminosos, los trazos rojos, verdes, azules o amarillos del gas neón que quedan clavados en la retina, las fachadas de sus cines y teatros rebozadas de luz y el ascua de oro de los grandes escaparates de sus comercios hasta que en una fecha aciaga se convierte súbitamente en una selva temerosa inextricable, en un vasto universo de sombras, un desolado y terrible paisaje lunar en el que las grandes avenidas antes llenas de tráfago, calor y vida son como enormes cortaduras, grietas espantosas abiertas en la corteza de un astro muerto [509].

En la capital inglesa se habilitaron refugios antiaéreos públicos en las estaciones de metro. Además, los londinenses se refugiaron en túneles, sótanos, cuevas y en los «refugios Anderson», denominados así en referencia a John Anderson, secretario del Interior, estructuras rudimentarias colocadas en los jardines traseros de las casas.

A pesar de los peligrosos *raids* alemanes, la vida callejera solía recuperar pronto la normalidad y «la noche londinense se puebla de risas femeninas y canciones que dicen la voluntad de vivir y gozar la vida de un pueblo fuerte al que el tormento de la oscuridad no ha podido desmoralizar. La vida y el amor continúan» [510].

Chaves Nogales valora el trabajo que realizaban los taxistas y los porteros en aquellas circunstancias adversas. Asimismo, dedicó unas palabras emotivas a la entereza del ciego que tocaba el organillo de la puerta del Café Anglais, en Leicester Square: Una noche cayó una bomba que demolió este célebre restaurant. Hubo un tiempo en el que todo quedó ensordecido por el estruendo de la explosión y el derrumbamiento. Pero al cabo de un rato las notas del organillo volvieron a sonar en la oscuridad con una patética alegría. Éste era el

Londres del *black out* y los mortíferos *raids* aéreos, enorme ciudad llena de peligro y dificultad a la que se llega a tomar un cariño entrañable y que consiguió tener un prestigio emocional formidable [511].

Entre el 11 y el 16 de agosto de 1942, Chaves Nogales publicó en *El Tiempo* de Bogotá cuatro reportajes titulados «Con el ejército yanqui en Irlanda». Para ello, se desplazó a Belfast, dispuesto a visitar las instalaciones, entrevistar a los mandos y presenciar las maniobras. El periodista llamó la atención sobre el contraste existente entre Estados Unidos y Europa, entre la modernidad americana y la tradición europea, que se reflejaba en sus diversas realidades institucionales, organizaciones militares y estilos de vida: En Europa los ejércitos tienen todavía un ritmo solemne, el aire grave y la morosa dignidad castrense de las legiones romanas. Nuestros campamentos militares son aún como debieron ser los castros romanos. En cambio, el ejército norteamericano tiene el aire y el ritmo del rancho, el espíritu de los colonizadores, la moral de las cuadrillas de exploradores, el peñacho romántico de los aventureros. Evocan ante todo la lucha del hombre libre que se junta con otros hombres para dominar un medio hostil a fuerza de tenacidad y heroísmo [512].

Los rasgos característicos del ejército norteamericano eran la juventud de los oficiales, la existencia de una disciplina flexible, menos litúrgica y marcial que la europea, y la eficacia operativa.

El ejército americano contaba con los recursos tecnológicos y mecánicos más avanzados de aquel tiempo. Como apunta Chaves Nogales, «el ejército expedicionario norteamericano es un ejército totalmente motorizado […], si el elemento esencial de la actual batalla del mundo es ese, si es ese el peón que gana, la guerra la ganarán los norteamericanos mil veces antes que los alemanes» [513]. Su imponente flota de carros de combate, vehículos todo-terreno y camiones de transporte le concedían en el campo de batalla una ventaja determinante.

Otro aspecto que le parecía llamativo al periodista era la diversidad racial de los oficiales y soldados, la presencia de militares originarios de países europeos, latinoamericanos y asiáticos: Este ejército norteamericano es el ejército más entrañablemente opuesto al hitleriano, es el ejército antirracista por excelencia. De ese gran crisol de razas que son los Estados Unidos ha salido este ejército que tiene, a pesar del denominador común del norteamericanismo, el orgullo de la

asombrosa variedad de sus tipos humanos […]. Esta síntesis de Europa y del mundo, que es el ejército de los Estados Unidos, es la máxima garantía de la victoria, en esta lucha contra un pueblo que por creerse el pueblo elegido, por creer en la superioridad indiscutible de su raza, tiene la ambición de sojuzgar al mundo entero, como ha sojuzgado a los confiados pueblos de Europa [514].

Chaves Nogales analizó sobre el terreno el proceso de preparación que el ejército norteamericano estaba realizando para entrar en combate. Aunque consideraba esencial el factor humano, valoró la disposición de los modernos adelantos tecnológicos porque, a su juicio, «el alma del ejército actual es esta: automovilismo, radiotelegrafía. Buenos motores y buenas transmisiones. Esto es más importante que todos los generales, todos los estrategas geniales y todos los caudillos heroicos» [515]. Según pudo apreciar, los nuevos sistemas de transmisiones favorecían la comunicación, la cohesión, el «tacto de codos 516» y la eficiencia operativa.

El periodista tuvo la oportunidad entrevistar a Russell Hartle, comandante general del ejército norteamericano en Irlanda, a quien planteó sus dudas acerca de la influencia efectiva de las innovaciones tecnológicas en el combate. El comandante le contestó expresando su plena confianza en sus soldados y su fe en la consecución de la victoria. Tras esta reunión, Chaves Nogales ratificó su convicción de que el ejército norteamericano disponía de la actitud, la fuerza y los recursos necesarios para lograr la victoria.

Chaves Nogales concluyó esta serie de cuatro reportajes dedicada al ejército estadounidense resaltando la importancia del factor humano: «De todas las máquinas norteamericanas, la mejor es la máquina humana. Este soldado yanqui, bien alimentado, bien vestido, fuerte, optimista, seguro de sí mismo y de su Destino, es una herramienta de guerra insuperable» [517].

A su juicio, en la guerra se enfrentaban dos concepciones del mundo antagónicas: la libertad y la dictadura. El ejército norteamericano representaba la dignidad humana y la lucha por la democracia; el ejército de Hitler, la esclavitud y el desprecio de la vida: He presenciado el entrenamiento para la batalla de los soldados norteamericanos […]. El entrenamiento físico no basta; hace falta la disposición espiritual, el ánimo, el entusiasmo. Norteamérica cuida el motor humano mucho mejor y más cariñosamente que el motor mecánico […]. Puede afirmarse que el tipo de vida de este soldado

yanqui no ha sido nunca superado en ningún ejército. Con sus tres uniformes, sus seis pares de calzado, su alimentación rica y sus diversiones, su alta paga y sus confortables alojamientos, el soldado norteamericano tiene la íntima convicción de estar defendiendo algo que vale la pena ser defendido; su propio bienestar y el de su pueblo, la dignidad y el orgullo de ser todo un hombre [518].

EL DURO CASTIGO DE LA GRAN CIUDAD EN SOMBRAS

por

Manuel CHAVES NOGALES

En «El duro castigo de la gran ciudad en sombras» (*Bohemia,* 1/2/1942), Chaves Nogales relata con realismo las graves consecuencias en la vida cotidiana de los londinenses de los ataques aéreos alemanes realizados desde 1940.

Todas estas manifestaciones revelan la importancia que Chaves Nogales concedía a la participación del ejército de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, su contribución decisiva para para darle la vuelta al curso de la contienda, vencer a Hitler y restaurar la democracia en Europa. A este respecto, comenta María Isabel Cintas: «Se aprecia claramente la admiración que siente Chaves por las

maneras del ejército (y el pueblo, por extensión) americano, por su aire nuevo y carente de rigidez, por su seguridad y confianza en sí mismo, por su profesionalidad desde la convicción absoluta en la victoria, el Nuevo frente al Viejo Mundo, al que estos soldados vienen a salvar portando la bandera de la democracia y la libertad […]. Tras la lucha, prevé la victoria de los aliados, como así fue, aunque él, Chaves Nogales, ya no estaba para verlo. Cuando esos jóvenes anónimos del ejército americano desembarcaron en Normandía el 6 de junio de 1944, hacía apenas un mes que Chaves había muerto en un hospital inglés» [519].

EN LA ENTRADA INGLESA

VIDA e IDEAS en las FABRICAS de GUERRA

(EXCLUSIVO PARA "BOHEMIA")

POR

Por MANUEL CHAVES NOGALES

Unos meses después de la serie sobre el ejército norteamericano, Chaves Nogales publicó «Vida e ideas en las fábricas de guerra» (*Bohemia,* 11/10/1942), con las impresiones de su visita a una antigua fábrica textil situada cerca de Belfast dedicada a la industria de guerra.

Unos meses después de la serie sobre el ejército norteamericano, el 11 de octubre de 1942, Chaves Nogales publicó en la revista *Bohemia*

las impresiones de su visita a una antigua fábrica textil situada cerca de Belfast, dedicada por el Gobierno británico a la producción de aviones, cañones y proyectiles. El ambiente de trabajo era muy positivo: Las gentes trabajan y están satisfechas […]. Yo quisiera reflejar exactamente la atmósfera de estas grandes fábricas británicas en las que cientos de miles de hombres y mujeres contribuyen entusiásticamente al esfuerzo de guerra, cada cual permaneciendo fiel a sus convicciones políticas, sociales, económicas o religiosas, sin que se produzca ninguna colisión jamás [520].

En las fábricas no existía el «peligro rojo», sino el «peligro amarillo», causado por la manipulación de las sustancias tóxicas de los explosivos, que las autoridades habían resuelto adoptando las medidas preventivas pertinentes: El peligro de esta guerra, rojo o amarillo, es el rebajamiento de la condición humana, tanto física como moral, la proletarización de grandes masas humanas privadas de cuanto significa bienestar. Contra este rebajamiento del ser humano lucha Gran Bretaña no sólo haciendo frente a los ejércitos de Hitler sino también a las duras condiciones de vida que la guerra hitleriana ha impuesto, privando al mundo de toda alegría y satisfacción. Y una de sus armas más eficaces en esa lucha es la profilaxis, la asepsia, tanto en la manipulación de las ideas como en la de las materias nocivas [521].

Este conjunto de reportajes constituye el corpus más extenso de los artículos que Chaves Nogales publicó durante su etapa de exilio en Inglaterra, en la que, como veremos en el siguiente capítulo, realizó un gran esfuerzo de trabajo informativo para transmitir esperanza en aquel terrible tiempo de guerra, defender la causa de la democracia, denunciar la barbarie fascista y proclamar la superioridad moral y militar de los países aliados.

493 . Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* pág. 295.

494. *Ibid.,* pág. 299.

495. Bungay, S. (2008): *La batalla de Inglaterra*, Barcelona, Ariel, pág. 142 y ss.

496 . Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* págs. 321-325.

497. *Ibid.,* pág. 326.

498. *Ibid.,* pág. 330.

499. Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): «La fe en la victoria», en *El Tiempo* de Bogotá, 4/10/1941; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 500.

500. *Ibid.,* pág. 501.

501. *Ibid.,* pág. 506.

502. *Ibid.,* págs. 505-506.

503. Chaves Nogales, M. (2020 [1942]): «La vida del soldado inglés», en *Bohemia,* 18/1/1942; en *M. Ch. N: O. C., vol. V, op. cit.,* pág. 510. [*Nota del editor:* en las *O. C., vol. V, op. cit.,* pág. 523, se señala, erróneamente, que la fecha de aparición es el 11/1/1942]

504. *Ibid.,* pág. 513.

505. *Ibid.,* pág. 514.

506. *Ibid.,* pág. 519.

507. *Ibid.,* pág. 521.

508. *Ibid.,* págs. 522-523.

509. Chaves Nogales, M. (2020 [1942]): «El duro castigo de la gran ciudad en sombras», en *Bohemia*, 1/2/1942; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 524.

510. *Ibid.,* págs. 526-527.

511. *Ibid.,* pág. 528.

512. Chaves Nogales, M. (2020 [1942]): «Con el ejército yanqui en Irlanda», en *El Tiempo,* 11-16/8/1942; en *M. Ch. N: O. C., vol. V, op. cit.,* págs. 535-536.

513. *Ibid.,* pág. 541.

514. *Ibid.,* págs. 543-544.

515. *Ibid.,* pág. 545.

516 Expresión que describe gráficamente la distancia adecuada entre los soldados en una formación cerrada. *[Nota del editor]*

517. *Ibid.,* pág. 550.

518. *Ibid.,* pág. 553.

519. Cintas, M. I. (2021): *II, op. cit.,* págs. 132-133.

520. Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): «Vida e ideas en las fábricas de la guerra», en *Bohemia*, 11/10/1942; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 557.

521. *Ibid.,* págs. 559-560.

8
El exilio republicano español

El 1 de abril de 1939 finalizó la guerra, pero la paz no llegó a los pueblos de España. La principal prioridad de la dictadura de Franco fue el exterminio de los adversarios. Según los datos oficiales, en 1940 estaban encarcelados más de 270.000 republicanos. Muchos, como el poeta Miguel Hernández, murieron en la cárcel a causa de la enfermedad porque no recibieron una asistencia sanitaria adecuada. Entre 1939 y 1946 fueron asesinadas más de 50.000 personas. Esta operación de destrucción fue perpetrada por la justicia militar, que suplantó a la justicia ordinaria. Los consejos de guerra eran farsas jurídicas que acusaban del delito de «rebelión» a demócratas que habían respetado la legalidad constitucional vigente. Además, sus resoluciones violaban el principio penal que prescribe que solamente son condenables los hechos, nunca las ideas y las creencias [522].

El desenlace de la guerra y la dictadura franquista provocaron un éxodo sin precedentes. Julián Casanova afirma a este propósito: «Nunca, en su larga historia de exilios, España había conocido uno de esas características, por su amplitud y duración, y tampoco Francia había acogido nunca sobre su suelo un éxodo tan masivo y repentino como el de los republicanos españoles de 1939» [523]. Soldados y civiles, obreros, campesinos y técnicos, hombres y mujeres de todas las regiones y condiciones sociales iniciaron el duro camino del exilio. Entre ellos, estaban los poetas Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Luis Cernuda; los científicos Ignacio Bolívar, Pío del Río Hortega y José Giral; los escritores Max Aub, Francisco Ayala y Arturo Barea; los filósofos José Gaos, Ferrater Mora y María Zambrano; los historiadores Claudio Sánchez Albornoz, Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro, los catedráticos Fernando de los Ríos, Pablo de Azcárate y Luis Jiménez de Asúa, y los artistas Josep Renau, Ramón Gaya y Julio González. Su marcha representó una enorme sangría para el progreso de España.

470.000 españoles, entre los cuales había 170.000 mujeres, ancianos y niños, se encaminaron hacia la frontera francesa, «un dique

roto», como lo calificó Arturo Barea. Indica Juan Manuel Bonet: «La indescriptible avalancha, la recogida de las armas y del parque automovilístico, los campos improvisados en las playas, pero también la organización de la solidaridad (en la que destacaron figuras como Picasso, o como la británica Nancy Cunard), todo esto fue la Retirada» [524]. El Gobierno de Daladier no preparó de forma conveniente la acogida y, presionado por la derecha fascista y xenófoba, procedió a recluir a los refugiados en los campos de internamiento de Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien, Amélie-les-Bains, Arles-sur-Tech, Le Barcarès, Brens, Gurs, Montolieu, Le Récébédou, Rieucros, Rivesaltes, Septfonds y Le Vernet-d'Ariège, entre otros, dotados de unas deficientes condiciones.

Agustí Bartra los consideró «una ciudad de la derrota». Como ha resaltado Jonay Pérez, los refugiados sufrieron situaciones de hostilidad y desamparo: «La improvisación, la incapacidad administrativa para dar respuesta al enorme volumen de refugiados, la humillación o incluso la vejación fueron los términos que definieron la acogida dada a los refugiados españoles» [525]. Esta realidad se agravó tras la formación del Gobierno de Philippe Pétain, que «instauró, por deseo propio y también por colaboración con el Tercer Reich y con la España franquista, la represión ideológica de aquellos que representaban lo antinacional. De modo que los anarquistas y los comunistas españoles, a los que se les sumaron otros perfiles del Frente Popular español, fueron señalados como los indeseables a perseguir» [526]. Así, 40.000 refugiados españoles fueron llevados a la fuerza a trabajar en las industrias de guerra de Alemania. 9.000 serían internados en campos de concentración nazis, como el de Mauthausen, donde murieron 5.000 españoles.

Construcciones improvisadas en el campo de refugiados de Argelès-sur-Mer establecidas en la playa, donde las condiciones de vida de los exiliados eran sumamente precarias (*ca.* 1939).

Dos personalidades relevantes fallecieron en aquella circunstancia adversa, Antonio Machado y Manuel Azaña. Los sufrimientos físicos y morales que el poeta tuvo que soportar deterioraron su salud maltrecha. El 28 de enero cruzó la frontera a pie, junto a su anciana madre, su hermano José, Corpus Barga y otras personas. Llegaron a Collioure «con lo puesto», según reconoció Matea, esposa de José Machado. En Cervià de Ter tuvieron que abandonar parte del equipaje y en el paso fronterizo de Els Belitres, lo que les quedaba. El poeta falleció el 22 de febrero de 1939. Su madre lo haría tres días después. En uno de los bolsillos de su chaqueta, su hermano encontró un verso con aroma de su Sevilla natal: «Estos días azules y este sol de la infancia». La tumba de Machado en el cementerio de Collioure se convirtió en un lugar de memoria, reconocimiento y respeto. Manuel Azaña falleció el 3 de noviembre de 1940, en Montauban, tras sufrir el

acoso de la Gestapo y la policía franquista que querían secuestrarlo para conducirlo a España y entregarlo a Franco. Cuando dio el último suspiro estaba acompañado por Lola, su mujer, el general Saravia, Ricardo Gasset, Rodolfo Llopis, Mariano Ansó y Victoria Kent. A primera hora de la mañana del 5 de noviembre se celebró el entierro, presidido por su familia, el ministro Rodríguez, en representación del presidente de México, y varios dirigentes republicanos. Un largo cortejo acompañó su féretro, desafiando el frío y la lluvia, para reconocer su relevante contribución política y ética.

Liberación por el ejército estadounidense del campo de concentración de Mauthausen-Gusen (5/5/1945). Puede advertirse una pancarta escrita en español con este mensaje: «Los españoles antifascistas saludan a las fuerzas liberadoras».

Ante las preocupantes perspectivas generadas por la Segunda Guerra Mundial, unos 300.000 refugiados decidieron retornar a finales de 1939 a España asumiendo el riesgo que ello entrañaba. Otros, se dirigieron a diferentes países, donde residieron muchos años, la

mayoría el resto de su vida. Unos 200.000 refugiados se afincaron en los departamentos del sur de Francia, convirtiendo a Toulouse en la capital europea del exilio republicano español. Tras la invasión de Francia por el ejército de Hitler, unos 60.000 refugiados, entre quienes había muchos escritores, científicos, militares, políticos y sindicalistas, partieron de los puertos franceses hacia diferentes países latinoamericanos. La JARE y el SERE, organismos de ayuda a los refugiados, organizaron las expediciones. Gracias al apoyo prestado por el presidente Lázaro Cárdenas, México acogió a unos 30.000 y se convirtió en el principal centro poblacional, económico y cultural del exilio en América. Algunos, como Óscar de Buen, Francisco Giral, Eduardo Nicol, Juan Antonio Ortega y Adolfo Sánchez, se incorporaron a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en la que realizaron una excelente labor docente. Argentina acogió a unos 10.000 refugiados, República Dominicana a 5.000, Venezuela a 5.000, Chile a 2.000, Colombia a 1.000 y entre Estados Unidos y Canadá a otros 1.000. Los restantes exiliados se dispersaron por otros países europeos, americanos, asiáticos y africanos.

Algunos dirigentes republicanos que estaban en territorio francés desde el final de la Guerra Civil fueron detenidos. Julián Zugazagoitia, socialista, ministro de la Gobernación de la República, Lluís Companys, catalanista, presidente de la Generalitat de Cataluña, y Joan Peiró, anarquista, ministro de Industria de la República, fueron entregados a Franco por la Gestapo y el Gobierno de Pétain. Un juicio sumarísimo, sin garantías jurídicas, los condenó a la pena de muerte. Sobre estas actuaciones violentas, afirma Casanova: La dictadura de Franco, salida de la guerra civil y consolidada en los años de la Segunda Guerra Mundial, situó a España en la misma senda de muerte y crimen seguida por la mayoría de los países de Europa. Se necesitaban personas que planificaran esa violencia e intelectuales, políticos y clérigos que la justificaran. En realidad, la larga posguerra española anticipó algunas de las purgas y castigos que iban a vivirse en otros sitios después de 1945. La destrucción del contrario en la guerra dio paso a la centralización y el control de la violencia por parte de la autoridad militar, un terror institucionalizado y amparado por las leyes del nuevo Estado [527].

Paul Preston ha denunciado a los «arquitectos del terror», a militares, sacerdotes, policías, médicos y escritores como Gonzalo Queipo de Llano, Juan Tusquets, Mauricio Carlavilla, Antonio Vallejo-

Nájera y José María Pemán, que justificaron y alentaron la política de odio que quebró la convivencia española durante varias décadas [528].

España quedó partida en dos, los vencedores y los vencidos. Casanova describe las graves consecuencias de la fractura: «El proyecto reformista de la República y todo lo que esa forma de gobierno significaba fue barrido y esparcido por las tumbas de miles de ciudadanos; y el movimiento obrero, sus organizaciones y su cultura, resultaron sistemáticamente eliminados en un proceso más violento y duradero que el sufrido por otros movimientos europeos de resistencia al fascismo. En eso consistía también la "operación quirúrgica en el cuerpo social de España" reclamada con tanto ahínco por los militares sublevados, las clases poseedoras y la Iglesia católica» [529].

El mantenimiento del estado de guerra hasta el año 1948, nueve años después del final de la contienda, «transformó la sociedad, destruyó familias enteras, rompiendo las básicas redes de solidaridad social, e impregnó la vida diaria de miedo, de prácticas coercitivas y de castigo. La amenaza de ser perseguido, humillado, la necesidad de disponer de avales y buenos informes para sobrevivir, podía alcanzar a cualquiera que no acreditara una adhesión inquebrantable al Movimiento o un pasado limpio de pecado republicano […]. Más de una generación de españoles creció y vivió bajo el dominio de Franco, sin ninguna experiencia directa de derechos o procesos democráticos. Ese gobierno autoritario tan prolongado tuvo efectos profundos en las estructuras políticas, en la sociedad civil, en los valores individuales y en los comportamientos de los diferentes grupos sociales» [530].

El Ejército, la Iglesia católica y el partido FET y de las JONS fueron los pilares de la dictadura. El Ejército fue «el brazo armado del régimen». Franco eliminó a los altos mandos que discrepaban de su línea de actuación política y se rodeó de militares que la secundaban. La misión reglamentaria del Ejército, tal como ha resaltado Luis García Arias, era «luchar contra todo lo que amenace desde el exterior o el interior, abiertamente o de manera latente, el cuerpo o el alma de la Nación» [531]. Esta misión, como afirmó Amadeo Martínez Inglés, tendría consecuencias operativas y logísticas, ya que «huyendo de lazos orgánicos o despliegues coherentes para una acción estratégica contra un hipotético enemigo exterior, se buscará que cada ciudad importante, punto sensible o de interés nacional tuviese un regimiento de guarnición lo más cerca posible. Y eso condicionaba la existencia

de un Ejército de Tierra numeroso y ampliamente repartido por la geografía nacional» [532].

En una interesante reflexión, Prudencio García se cuestiona acerca de esta espuria utilización política del cuerpo militar: ¿Cómo impedir que un Ejército absolutamente desvinculado de la «cosa pública», únicamente diestro en el manejo de sus armas, pero con su mente ayuna de toda valoración moral y social, pueda ser utilizado como vulgar instrumento por un poder oligárquico y sin escrúpulos al servicio de sus intereses y en detrimento de esa misma sociedad a cuyo servicio dicho Ejército fue constituido? [533]

La Iglesia católica se puso al servicio del régimen, ignoró los asesinatos que se estaban perpetrando y constituyó un elemento crucial de su legitimación. Julián Casanova ha llamado la atención sobre «la identificación del clero y del catolicismo con la rebelión militar de julio de 1936, sobre el pacto de sangre y la simbiosis entre Religión, Patria y Caudillo que emergió tras la guerra y sobre el intercambio de favores que la Iglesia y los católicos mantuvieron con un régimen asesino, levantado sobre las cenizas de la República y la venganza de los vencidos» [534]. Algunos religiosos, como el jesuita Constantino Bayle, vincularon el fascismo y el catolicismo: «Si por fascistas se entienden a los que propugnan un Gobierno que dé al traste con la farsa del parlamentarismo y del sufragio universal; que ahogue los sindicatos y los partidos revolucionarios, cuevas de bandoleros; que abomine de la democracia al uso, disfraz de vividores y camisa de fuerza para el pueblo incauto; que descuaje la envenenada semilla judeo-masónica, entonces sí: el Alzamiento Nacional, el Gobierno de Franco, toda la España cristiana son fascistas» [535]. A partir de 1945, tras la derrota de Hitler y Mussolini, el nacionalcatolicismo fue la careta que utilizó el franquismo para sortear la reprobación de las democracias occidentales.

El partido único franquista, denominado oficialmente FET y de las JONS o Movimiento Nacional, fue, según Borja de Riquer, «el único instrumento legal para organizar a los partidarios de la dictadura y de él dependerán las diferentes organizaciones de encuadramiento y apoyo. Fue también el instrumento que posibilitará, apenas sin disidencias, el apoyo de conveniencia del mundo económico al régimen de Franco. De hecho, nunca hubo una estrategia burguesa alternativa al franquismo y al margen del Movimiento Nacional que adquiriese una cierta relevancia» [536].

El gran anhelo de los exiliados republicanos era la restauración de la democracia. Durante los primeros años, dado el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, la posibilidad de regresar a España parecía viable. La convocatoria de actos culturales, encuentros cívicos y mítines conmemorativos trataba de crear «lugares de memoria» para mantener vivo el universo simbólico que habían dejado en la patria perdida. Así, en 1944, se constituyó en París la Unión de Intelectuales Españoles (UIE), integrada por escritores, profesores y artistas de todo el espectro republicano, como Julio Álvarez del Vayo, Salvador Bacarisse, María Casares, Corpus Barga, José Fernández Montesinos, Manuel Núñez de Arenas, Manuel Portela Valladares, Jorge Semprún, Arturo Serrano Plaja y Manuel Tuñón de Lara, entre otros. A través del Boletín de la UIE dieron a conocer, entre 1944 y 1948, sus ideas, inquietudes y expectativas.

Animados por el curso favorable de la Segunda Guerra Mundial, los dirigentes republicanos en el exilio impulsaron en 1943 la Junta Española de Liberación. Su activa labor en los foros internacionales logró que el Gobierno franquista fuera excluido de la Conferencia sobre Organización Internacional para redactar la Carta de las Naciones Unidas, celebrada en San Francisco dos años después. En agosto de 1945 se procedió a disolver la Junta Española de Liberación y las Cortes eligieron a Diego Martínez Barrio presidente de la República y a José Giral presidente del Gobierno. Las divergencias entre los diferentes partidos republicanos sobre las estrategias y las prioridades de la lucha contra la dictadura debilitaron su proyección política.

El tiempo fue transcurriendo y la combinación de la Guerra Fría y la *real politik* desarrollada por las potencias occidentales favorecieron la permanencia de la dictadura de Franco, sobre todo tras los acuerdos suscritos en 1953 con Estados Unidos y el Vaticano y la incorporación a la UNESCO, la ONU, la OIT, la OCDE y el FMI. Como ha resaltado Enrique Moradiellos, dado el interés geoestratégico de la península ibérica para la defensa de Europa occidental, «al compás del creciente clima de Guerra Fría entre este y oeste, fue fraguándose la supervivencia de la dictadura franquista en la posguerra mundial» [537].

Todo ello, condicionó las perspectivas de los exiliados. Muchos deshicieron las maletas y se buscaron la vida en los países de acogida. Algunos, consiguieron incorporarse a entidades educativas, científicas y culturales en las que llegaron a tener unas aceptables condiciones

profesionales. A otros les fue peor y sobrevivieron con grandes dificultades. En la mayoría de los casos, la experiencia del exilio dejó una huella intensa, que marcaría su vida. Como afirmó el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, «el exilio es un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza, una puerta que parece abrirse y que nunca se abre» y, por ello, se está «siempre en vilo, sin tocar tierra». El exiliado, añade Sánchez Vázquez, «puede volver, pero una nueva nostalgia y una nueva idealización se adueñarán de él. Puede quedarse, pero jamás podrá renunciar al pasado que lo trajo aquí y sin el futuro ahora con el que soñó tantos años» [538]. Arturo Barea, en la novela *La raíz rota* (1951), y María Teresa León, en *Fábulas del tiempo amargo* (1962), reflejaron, asimismo, el sentimiento de derrota y desamparo, el desgarro que producía el exilio y el sueño del retorno que compartían muchos exiliados.

La lucha contra la dictadura se fue desplazando paulatinamente hacia el interior de España. Desde las cárceles, los presos consiguieron conectar con antiguos militantes socialistas, comunistas y anarquistas y comenzaron a organizarse a través de gremios, ramas, sectores y barrios. Un modelo que convivió en algunas áreas montañosas con la guerrilla. Gutmaro Gómez ha rescatado el rostro de los «hombres sin nombre» [539] que llevaron a cabo este complejo proceso de reconstrucción, a través de la documentación que generaron e intercambiaron dentro y fuera de España, la mayor parte de ella incautada por la policía, razón por la cual esta historia se ha desconocido hasta ahora.

Los socialistas, a pesar de la enorme dureza de la posguerra, consiguieron mantener su identidad grupal y su cultura política. A partir de 1940, realizaron las primeras acciones para conocer la situación de las antiguas agrupaciones políticas y sindicales, crear mecanismos de coordinación y reconstruir una organización de ámbito nacional. Las antiguas divergencias quedaron aparcadas. Poco a poco fueron alcanzando objetivos, plasmados en la constitución de ocho Comisiones Ejecutivas dentro de España, que funcionaron sin interrupción hasta 1954. La represión policial franquista condicionó este proceso, practicando numerosas detenciones de militantes y desarticulando las organizaciones creadas. Tomás Centeno, secretario general socialista, fue detenido el 15 de febrero de 1953 en el hospital donde acompañaba a su mujer, a la que acababan de practicar una intervención quirúrgica. Tras sufrir durante varios días salvajes

torturas y con el cuerpo totalmente destrozado, el 20 de febrero se quitó la vida en los calabozos de la Dirección General de Seguridad de Madrid [540].

El Partido Comunista de España impulsó acciones guerrilleras contra la dictadura de Franco. A este respecto, una de sus principales iniciativas fue la Operación Reconquista, a través de diversos ataques por la frontera pirenaica, realizados por unidades de la Agrupación de Guerrilleros Españoles, integradas por unos 6.500 soldados, con el objetivo de provocar un levantamiento popular, establecer un Gobierno provisional en Viella y forzar la intervención de las potencias democráticas para derribar al régimen de Franco. El 19 de octubre de 1944, la 204.ª División de Guerrilleros, dirigida por el coronel Vicente López, avanzó por el valle de Arán, ocupó los caseríos de Bausén, Caneján, Pursingles, Pradet, Lés, Bosost, La Bordeta, Vilamós, Benós, Las Bordas, Aubert, Betlán, Vilach, Mont, Montcorbau y Vila y estableció en Bosost su Estado Mayor. Las fuerzas franquistas establecidas en la frontera, sorprendidas en un primer momento, contraatacaron unos días después con un despliegue militar dirigido a rodear las posiciones guerrilleras y cortar las rutas de retorno a Francia. En esta situación, Santiago Carrillo, acompañado del general Luis Fernández, jefe de la Agrupación de Guerrilleros Españoles, se presentó en el puesto de mando guerrillero y ordenó la retirada. La operación concluyó con un balance de 181 muertos y varios centenares de heridos. A pesar del fracaso de la invasión, el PCE reorganizó las partidas guerrilleras que operaban en Andalucía, Castilla y Cataluña. Los medios de comunicación, sometidos a una rigurosa censura, no dieron informaciones de estas acciones de resistencia y las desvirtuaron presentándolas como meras manifestaciones de bandolerismo y terrorismo, por lo que el efecto de sensibilización y movilización ciudadana fue escaso. Por ello, el PCE comenzó a modificar su estrategia política y en 1946 Carrillo se integró en el Gobierno de la República, instalado en París, para tratar de influir en los países europeos.

Por otra parte, las organizaciones anarquistas crearon el Movimiento Libertario de Resistencia con el fin de reorganizar su militancia y prestar apoyo a los exiliados. Pronto, se produjo entre ellos una división entre los «colaboracionistas», como Juan García Oliver, partidarios de mantener relaciones con otras fuerzas republicanas, y los «apolíticos», como Federica Montseny, que

preferían seguir una trayectoria autónoma, una división que recuerda la que mantuvieron acerca de participar en la Primera Guerra Mundial o de colaborar con los Gobiernos de la Segunda República española. El Movimiento Libertario realizó acciones guerrilleras en las ciudades, que concluyeron en los años cincuenta.

La oposición antifranquista fue incorporando nuevos actores y adoptando nuevas formas de lucha. La protesta de los estudiantes universitarios de 1956, liderada por Javier Pradera, Miguel Sánchez-Mazas, Ramón Tamames, Manuel Ortuño, Jesús Ibáñez y Enrique Mújica, alcanzó una gran repercusión. Su manifiesto exigió la convocatoria de un Congreso Nacional de Estudiantes, elegido con entera libertad, y la supresión del Sindicato Español Universitario fascista (SEU); además, demandó «un cambio de perspectiva para el bien de España», que permitiera sacar a la universidad de su «humillante inercia», su «ineficacia e intolerancia», con «maestros eminentes apartados por motivos ideológicos y personalistas» y titulados carentes de perspectivas profesionales. El SEU atacó a los estudiantes, produciéndose altercados que perturbaron el equilibrio de las familias del régimen, a consecuencia de lo cual fueron cesados el ministro de Educación, Joaquín Ruiz-Jiménez, el secretario general del Movimiento, Raimundo Fernández-Cuesta, y el rector de la Universidad, Pedro Laín. Como ha señalado Juan Sisinio Pérez, esta revuelta «unió contra la dictadura a los hijos de los vencedores y vencidos de la guerra, compañeros de pupitre en la universidad madrileña […], hizo crujir las vigas que sostenían la dictadura y logró impactos en el régimen, con eco en la prensa internacional» [541]. Por lo demás, las propuestas de reconciliación de vencedores y vencidos y de superación de las secuelas de la guerra sembraron la semilla del futuro entendimiento de los partidos políticos.

Otro hito relevante sería el IV Congreso del Movimiento Europeo, celebrado en 1962, en Múnich, que Ramón Villares considera «verdadero parteaguas de la oposición política al franquismo». Ciento dieciocho políticos de todas las tendencias opositoras al franquismo en el interior y el exilio (excepto el Partido Comunista), entre quienes estaban De Madariaga, Llopis, Gorkin, Vidal-Beneyto, Ridruejo, Gil-Robles, Pons, Satrústegui y Álvarez de Miranda, alcanzaron acuerdos que demandaban el establecimiento del sistema democrático, la homologación de España con los países de Europa occidental, la garantía de las libertades de expresión y de asociación, con una

especial referencia a los partidos y sindicatos, y el reconocimiento de las distintas comunidades territoriales. «Hoy ha terminado la Guerra Civil», afirmó con rotundidad Salvador de Madariaga cuando concluyó el Congreso [542].

La lucha contra la dictadura reforzó cada vez más el protagonismo de las fuerzas que operaban en el interior de España, pero el legado republicano permaneció en la memoria de los españoles e influyó en las actuaciones políticas desarrolladas por el PSOE, el PCE, la UGT, CC. OO., el PNV y ERC. Por otra parte, es incuestionable la influencia de personalidades procedentes del exilio como Santiago Carrillo, José Prats, Josep Tarradellas, Jorge Semprún, Jesús Leizaola y Manuel de Irujo. Como afirma Villares, la España peregrina y la España cautiva sumaron fuerzas en aquel momento decisivo para reconquistar la democracia: «Se puede sostener que muchos de los ideales del exilio, en especial los vinculados con la homologación de España con los países democráticos europeos y la resistencia a abandonar las lealtades primordiales a la España republicana y a la diversidad de sus pueblos y culturas, contribuyeron no poco a dotar de legitimidad el proceso de transición democrática y comprobar que su destierro no había sido en vano…» [543].

En suma, el exilio republicano tuvo una gran importancia cuantitativa y cualitativa. Cerca de medio millón de españoles se vieron obligados a abandonar España por defender la democracia, huyendo de la represión y la muerte. Fue, sin duda, uno de los episodios más dolorosos de la historia española contemporánea. Muchos de los exiliados vivieron en unas condiciones difíciles y murieron lejos de su tierra y su gente. Para el progreso de España fue una sangría injustificable. Pero el exilio republicano ni fue el primer exilio español, ni el mayor de los que, a escala mundial, se produjeron en el siglo XX, calificado por algunos investigadores «el siglo de los refugiados». Como ha manifestado Tony Judt, los éxodos producidos en la Europa oriental al final de la Segunda Guerra Mundial afectaron a varios millones de personas que fueron obligadas a abandonar sus lugares de residencia a consecuencia de la guerra, del trazado de nuevas fronteras o la pretensión de conseguir en los nuevos Estados una imposible homogeneidad étnica, cultural y lingüística [544].

*

*

Tras la marcha a Valencia del Gobierno de Largo Caballero, Manuel Chaves Nogales abandonó España. La guerra le parecía un recurso violento injustificable que había truncado el proyecto político de la República. Además, dadas sus ideas democráticas y su labor periodística, temía que pudiera sufrir un atentado de extremistas de derecha o de izquierda. A mediados de noviembre de 1936 inició el camino del exilio: Me fui cuando tuve la íntima convicción de que todo estaba perdido y ya no había nada que salvar […]. Los espíritus fuertes dirán seguramente que esta repugnancia por la humana carnicería es un sentimentalismo anacrónico. Es posible. Pero, sin grandes aspavientos, sin dar a la vida humana más valor del que puede y debe tener en nuestro tiempo, ni a la acción de matar más trascendencia de la que la moral al uso pueda darle, yo he querido permitirme el lujo de no tener ninguna solidaridad con los asesinos. Para un español quizá sea este un lujo excesivo. Se paga caro, desde luego. El precio, hoy por hoy, es la patria [545].

La primera etapa del exilio de Chaves Nogales transcurrió en Francia. Tras ocupar un alojamiento provisional, se instaló con su familia en una casa situada en el número 44 de la Place Jules Ferry de Montrouge, municipio que lindaba con París. Poco después, se fue a vivir con ellos Juan Arcadio, su hermano más allegado. Coronel del Ejército de la República, tras participar en la batalla del Ebro, cruzó la frontera francesa y permaneció internado durante varios meses en un campo de refugiados. Una vez asentado en París, Chaves Nogales estableció relaciones con diplomáticos, editores y profesionales de los medios de comunicación a quienes planteó su deseo de proseguir la actividad periodística. Fruto de ello, fue la aparición de *Sprint,* diario de ocho páginas que difundía entrevistas, noticias de la actualidad española y francesa, recogidas de las agencias y los círculos de la emigración, y colaboraciones de periodistas amigos como Antonio Soto, Eugeni Xammar y Carlos Sampelayo. El proceso de elaboración de *Sprint* era totalmente artesanal. Manuel elaboraba los contenidos, Juan Arcadio los pasaba a máquina y Ana y sus hijos se ocupaban de hacer la impresión y la distribución a los suscriptores. *Sprint* se publicó algo más de un año, hasta que el ejército alemán invadió Francia.

Las precarias condiciones del exilio alentaron el acercamiento de los españoles que vivían en París a fin de compartir informaciones y

sentimientos y prestarse ayuda. Así, Chaves Nogales contactó con Salvador de Madariaga, Gregorio Marañón, Pío Baroja, *Azorín*, Gustavo Pittaluga, Salvador Reyes, Santiago Alba y Sebastián Miranda. Por otra parte, en su casa organizó tertulias y veladas con antiguos amigos y compañeros como Josefina Carabias, Sampelayo, Soto, Xammar y Sacha Suvarof, que Ana, su mujer, animaba con cantes de su tierra andaluza. A este propósito, resultaría decisiva la relación que estableció con Emery Révész, judío centroeuropeo, que presidía la agencia Cooperation Press Service, con sedes en París y Nueva York. La agencia había creado una red de difusión en los países europeos y americanos con el propósito de defender las libertades y la cooperación internacional. Révész publicó el *Manifiesto democrático* y *La anatomía de la paz*, que le dieron cierto reconocimiento en los círculos liberales. La agencia contaba con colaboradores importantes como Albert Einstein, Thomas Mann, Bertrand Russell, Léon Blum, Salvador de Madariaga, Julio Álvarez del Vayo, Augusto Barcia y Gregorio Marañón. Conocedor de su capacidad profesional, Révész le manifestó a Chaves Nogales su deseo de que escribiera artículos sobre temas de actualidad que serían publicados en periódicos europeos y americanos. La relación de confianza que se generó entre ellos, como se verá más adelante, resultaría decisiva en aspectos personales, profesionales y políticos.

Por otra parte, Chaves Nogales comenzó a colaborar en *L'Europe Nouvelle, La Dépêche du Midi, Marianne, Cándide, Ce Soir* y *L'Ordre,* publicando artículos sobre la actualidad española en los que manifestó su rechazo a la guerra, el daño que causaba al pueblo español, las disparatadas fuerzas políticas que respaldaban a Franco y el apoyo a la propuesta azañista de detener el conflicto mediante la mediación de las potencias democráticas, aunque se mostraba escéptico de que ello sucediera [546]. Asimismo, hay que resaltar su colaboración en periódicos y revistas latinoamericanos como *Bohemia* de Cuba*, Sucesos para todos* de México*, El Tiempo* de Colombia y *Jornal de Brasil* y *Folha de Manhã* de Brasil, que seguían con interés la evolución de la guerra española y las vicisitudes geopolíticas que parecían conducir a Europa a la guerra.

En febrero de 1937, Alfredo Mendizábal y Juan B. Roca crearon en París el Comité Español para la Paz Civil, que contó con el respaldo de destacadas personalidades españolas y francesas, entre las que se encontraba Chaves Nogales. El Comité emitió un manifiesto en el que

defendía la paz en España, los derechos humanos, la primacía de la ley, el repudio de la violencia, la participación de todos en la vida pública y la neutralidad en los conflictos internacionales: En una palabra, queremos la paz para que no muera España y para que vuelva a ser pronto lo que ha sido siempre que ha vivido en el seno de la unidad espiritual: una de las grandes naciones de la civilización humana [547].

Desde el observatorio de París, Chaves Nogales siguió con interés los acontecimientos políticos y militares que condujeron a la Segunda Guerra Mundial. Uno de ellos fue el pacto alcanzado por Alemania y la Unión Soviética, conocido como pacto Ribbentrop-Mólotov, por los ministros que lo negociaron. El pacto tenía dos partes: un acuerdo económico, firmado el 19 de agosto de 1939, en virtud del cual Alemania entregaría productos manufacturados a cambio de materias primas rusas, y un acuerdo militar de no agresión, firmado el 23 de agosto, por el que se comprometían a no atacarse durante diez años. Según Chaves Nogales, estos acuerdos constituían un duro golpe para Inglaterra y Francia: «Sin novedad en el Oeste», vienen a decir los comunicados de los gobiernos inglés y francés, reunidos una hora después de haberse conocido el parte de derrota del Este, es decir, al divulgarse la noticia de que Alemania y Rusia han firmado un pacto de no agresión. Este lacónico «Sin novedad en el Oeste» está, sin embargo, preñado de angustia y tiene el mismo sentido peyorativo que en la novela de Remarque. «Sin novedad en el Oeste» quiere decir que las posiciones no han cambiado, pero quiere decir también que el combatiente del frente occidental se siente más que nunca metido inexorablemente en la guerra, clavado en su trinchera con una desesperada resolución de vencer o morir [548].

Así, el fantasma de la guerra se extendió por París y muchos pensaron que en cualquier momento se pasaría de «la vida normal y civilizada a la barbarie de la guerra» [549]. El pacto germano-ruso anunciaba el comienzo de la guerra, «mañana o dentro de una semana», una guerra que tendría graves consecuencias y que arrastraría al mundo entero: Alemania, la Alemania imperialista y guerrera, ha abandonado la máscara del antibolchevismo y se presenta al mundo cual es. Los estados capitalistas, no sólo de Europa sino del mundo entero, que hasta aquí simpatizaban con el régimen nazi, no pueden, de aquí en adelante, dejarse engañar y seguir haciendo el juego a la aventura de dominación imperialista a que se ha lanzado frenéticamente el nacionalsocialismo […]. La situación en Europa en estos momentos, por confusa que parezca,

tiende a resolverse con claridad diáfana [550].

En suma, Chaves Nogales vio claro que el pacto Ribbentrop-Mólotov dejaba a Alemania con las manos libres para ocupar Polonia, sin temor a que los soviéticos se opusieran a ello.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial, aunque era esperado, causó una gran preocupación en los círculos del exilio español. ¿Qué pasaría ahora? —se preguntaban los refugiados—, ¿cómo repercutiría la guerra en la dictadura de Franco?, ¿cuál sería el desenlace de la guerra?, ¿cómo les afectaría personalmente?… En esta circunstancia crítica, Chaves Nogales participó de forma decidida en la defensa de la democracia y la denuncia del peligro fascista: Refugiado español, me había puesto incondicionalmente al servicio de la República francesa desde el comienzo de la guerra con la convicción de que mi patria no podría librarse de la hipoteca que sobre ella tienen las potencias totalitarias más que cuando estas hubiesen sido derrotadas por las potencias democráticas. Ayudaba a la guerra con todo mi entusiasmo. Cada día, un grupo numeroso de periódicos americanos de lengua española publicaba mis crónicas redactadas única y exclusivamente al servicio de la causa francesa; cada día, la radio francesa para España y América del Sur divulgaba mis comentarios inspirados en las consignas directas del Quai d'Orsay [551].

La ocupación de Francia por el ejército alemán, iniciada el 22 de junio de 1940, obligó a Chaves Nogales a abandonar el país. Las críticas que había hecho a Hitler y a Goebbels en sus crónicas le habían convertido en un objetivo de la Gestapo: Cuando en Tours primero y en Burdeos después, sobrevino el derrumbamiento del Estado francés y cuando al constituirse el gobierno Pétain comprendí que iba a ser entregado a los alemanes, quise buscar refugio en el mismo pueblo de Francia al que había estado sirviendo y ayudando con mi modesta pluma, pero con todo el entusiasmo de que era capaz [552].

Con la ayuda de Emery Révész y otros amigos, se sumó a la apresurada retirada de miles de franceses que querían alejarse del ejército nazi: «en el camino de París a Tours cien mil autos apelotonados marchaban lentamente, tropezándose, empujándose, y quedándose atascados en las cunetas con esa morosidad y esa confusión terrible de los grandes éxodos» [553]. En aquel viaje, advirtió Chaves Nogales con tristeza el hundimiento de la civilización francesa: «Un inmenso imperio se ha derrumbado, veinte siglos de civilización

han sucumbido» [554].

Antes de partir, se despidió de Ana y de sus hijos, les pidió que destruyeran todos sus escritos y que volvieran lo antes posible a Sevilla. Burdeos vivía aquellos días una situación excepcional. Su población alcanzaba el millón de habitantes y refugiados, venidos de todas partes, que vivían en condiciones muy precarias. En aquella circunstancia, muchos españoles decidieron retornar a España. Ello entrañaba un serio riesgo de sufrir represalias, pero tenían la esperanza de poder superarlas.

El 18 de junio, Chaves Nogales consiguió partir en el navío militar británico *Madura*, completamente abarrotado, con destino a Falmouth, puerto marítimo del sur de Inglaterra. Tal como reconoció apesadumbrado, Francia era la «segunda patria» que perdía: [pero] la catástrofe de Francia, como la de España, no era la derrota definitiva. Era sólo una nueva etapa dolorosa de una lucha que no tiene patrias ni fronteras, porque no es sino la lucha de la barbarie contra la civilización, de las fuerzas de destrucción contra el espíritu constructivo y el instinto de conservación de la humanidad, de la mentira contra la verdad. El mar abierto nos mostraba sus rutas innumerables. Aún hay patrias en la tierra para los hombres libres [555].

Antonio Muñoz Molina inserta este hecho en la tradición de acogida de Inglaterra durante los siglos XIX y XX: «Inglaterra tenía una larga tradición como país de refugio para los liberales españoles de la estirpe de Chaves Nogales: allí se había refugiado a principios del XIX su paisano José María Blanco White, y se refugiaron después muchos de los proscritos por Fernando VII. Galdós había celebrado la solidez del sistema parlamentario, la fuerza y la libertad del debate político, la riqueza de una cultura no sometida a la arbitrariedad arrogante del poder ni al oscurantismo de una iglesia despótica. Manuel Chaves Nogales, igual que le pasó a Arturo Barea, se sintió muy pronto en Inglaterra casi como en su propia casa, confirmando sin duda sus convicciones liberales, entre ellas la creencia de que una democracia firme y plena posee la fuerza necesaria para hacer frente a la agresión totalitaria» [556].

Tras la arribada, Chaves Nogales se desplazó a Londres. Gracias al apoyo prestado por Révész, por Deric E. Pearson, empresario de ideología laborista, y por el Gobierno británico, prosiguió la actividad periodística. Otra importante batalla se estaba librando en los medios de comunicación y Chaves Nogales estaba decidido a participar en ella

con todas sus fuerzas. El Ministerio de Información desarrollaba varias líneas de actuación para potenciar, coordinar y controlar la información y la propaganda en aquel tiempo de guerra. Los responsables de los servicios ministeriales conectaron con periodistas españoles de acreditada solvencia como Luis Araquistáin, Arturo Barea y Manuel Chaves. A consecuencia de ello, en septiembre de 1941, el mencionado Deric E. Pearson, propietario de la Atlantic-Pacific Press Agency (APPA), patrocinada por la agencia Reuters y el Gobierno británico, le ofreció a Chaves Nogales la dirección de la agencia, instalada en Fleet Street, la calle londinense de la prensa.

El periodista asumió el reto y reconstruyó su antigua red de difusión informativa latinoamericana con los periódicos *La Nación* de Argentina*, El Mercurio* y *La Noche* de Chile*, Excelsior, El Nacional* y *Oiga* de México, *Última Hora* de Perú, *El Tiempo* de Colombia, *La Nueva Prensa* de Cuba, *El País* de Paraguay, *La Esfera* de Venezuela y *O Globo* y *Fohla de Manhã* de Brasil, entre otros. Decía el informe promocional redactado, seguramente, por el propio Chaves Nogales: La creación de un servicio de prensa latinoamericano centralizado en Londres tiene la finalidad esencial de suministrar a los periódicos americanos de lengua española y portuguesa el material de información y los elementos de opinión sobre la actualidad europea que sus lectores requieren sin el control ni la deformación que la propaganda, ejercida como arma de combate, impone hoy a toda noticia o comentario salidos de los países europeos que se hallan sometidos a los regímenes totalitarios […]. Nuestra redacción está integrada por escritores y periodistas independientes de habla española y portuguesa que tienen como único denominador común la adhesión inquebrantable a los principios liberales y democráticos […] [557].

La APPA ofrecía un paquete de productos informativos integrado por artículos de actualidad, artículos de opinión y temas singulares elaborados por enviados especiales. Aunque Chaves siempre priorizaba el interés informativo, en aquella circunstancia bélica, sus crónicas y artículos, como han resaltado Juan Francisco Fuentes y Javier Fernández, presentaban a Inglaterra como el «bastión inexpugnable del mundo libre» [558]. Chaves Nogales incorporó a la agencia a un grupo de periodistas, escritores y traductores, entre quienes estaban Salvador de Madariaga, Carles Pi i Sunyer, Luis Cernuda, Luis Araquistáin, Esteban Salazar Chapela, Luis Portillo, Teresa Magal, Elizabeth Aldabaldetrecu y Josep Manyé. Gracias al

excelente trabajo realizado, en 1943 la APPA adquirió autonomía de funcionamiento y pasó a denominarse Agencia Manuel Chaves Nogales.

*

Como vimos en el capítulo anterior, tras la ocupación de Francia Hitler prosiguió su política expansionista y desencadenó la batalla de Inglaterra. La Luftwaffe bombardeó repetidamente los centros industriales, los puertos y las ciudades de Londres, Birmingham, Liverpool, Sheffield, Bristol, Southampton y Coventry, causando caos, destrucción y sufrimiento. La evolución general de la guerra cambió cuando el ejército de Hitler realizó el «giro hacia el este» y atacó a la Rusia soviética, quedando abiertos los frentes orientales y occidentales. Por otra parte, las fuerzas aéreas aliadas llevaron a cabo un intenso proceso de construcción de bombarderos y de aviones de caza que le concedieron una clara superioridad militar. Así, los ataques aliados realizados a partir de 1942, complementados con el avance sostenido de la infantería y la artillería, fueron determinando el curso de la contienda.

Chaves Nogales comentó los aspectos más significativos de la batalla de Inglaterra. Como vimos anteriormente, el 4 de octubre de 1941 publicó en *El Tiempo* de Bogotá una crónica titulada «La fe en la victoria», en la que refirió la plena convicción de los ingleses de que iban a conseguir la victoria [559]. A su juicio, la abnegada resistencia de los londinenses fue «la clave de la guerra» [560]. La Luftwaffe descargaba sobre la capital inglesa toneladas de explosivos que producían una gran perturbación, pero, al poco tiempo, se recuperaba la normalidad ciudadana.

Aprovechando su estancia en Londres, Chaves Nogales siguió con interés los trabajos preparatorios que estaban realizando los ejércitos británico y norteamericano para iniciar la reconquista de Europa, algo que interesaba sobremanera a los lectores. Para ello se desplazó a Belfast, visitó las instalaciones del ejército norteamericano y presenció sus maniobras. Allí pudo advertir que estaba dotado de una imponente flota de carros de combate, vehículos todoterreno y camiones de transporte, pero sobre todo apreció que los oficiales y los soldados tenían la capacidad y la voluntad de lograr la victoria. Como ya indicamos, según Chaves Nogales, el ejército norteamericano

encarnaba la dignidad y la democracia, mientras que el ejército de Hitler materializaba la opresión y el desprecio a la vida [561]. La nueva fase de la Segunda Guerra Mundial que iba a comenzar al cabo de unos meses resultaría decisiva para decidir el futuro de España y de Europa.

Aunque Chaves Nogales dedicaba casi todo su tiempo al trabajo de dirección de la agencia y a escribir sus crónicas, a veces, se sentía invadido por el desasosiego generado por el exilio. En esas ocasiones, procuraba superarlo organizando en su casa encuentros con amigos y compañeros que residían en Londres. Todos ellos se alineaban con los grupos republicanos españoles que operaban en la capital inglesa, esto es, los socialistas, los liberales y los nacionalistas vascos y catalanes. Chaves Nogales rechazó las exclusiones y se relacionó con todos ellos. A finales de 1942, Acción Republicana Española, el partido de Manuel Azaña, organizó en Londres un ciclo de conferencias que fue impartido por José Antonio Balbontín, Luis Portillo, Joan Mascaró y el propio Chaves Nogales, que disertó sobre la «Función de la prensa en las democracias», resaltando que la libertad de prensa es consustancial y debe ser preservada por todo régimen democrático.

Por otra parte, en noviembre de 1943, las oficinas de su agencia acogieron las reuniones de la comisión promotora del homenaje al pueblo de México por la acogida dispensada a los exiliados españoles. El *Manifiesto,* dirigido al presidente Manuel Ávila Camacho, escrito por Chaves Nogales, expresaba la profunda gratitud de todos los grupos del exilio español en Gran Bretaña: [por] la eficaz ayuda que México prestó a nuestro pueblo durante su lucha contra la agresión fascista; por la fraternal hospitalidad con que ha recibido a los emigrados españoles y por el firme soporte que su política representa para la unánime aspiración de los refugiados de reconquistar nuestra patria y devolverle sus libertades y sus instituciones republicanas reincorporándola a la comunidad de pueblos libres e independientes que hoy lucha por el triunfo de la democracia [562].

Esta iniciativa reconocía la generosa labor de acogida realizada por Lázaro Cárdenas, militar y político que desempeñó la presidencia de México entre 1934 y 1940, proseguida por Manuel Ávila Camacho.

Asimismo, los exiliados españoles en Gran Bretaña organizaron actos conmemorativos del centenario del nacimiento de Benito Pérez Galdós, menospreciado por los dirigentes franquistas por su compromiso democrático y republicano. Impartieron conferencias

Manuel de Irujo, Pablo de Azcárate, Pi y Sunyer, Gil Vallejo, Salazar Chapela y el propio Chaves Nogales, que disertó sobre las ideas liberales de Galdós, proyectadas en su trayectoria vital, su obra literaria y su compromiso público. Chaves Nogales sentía una gran admiración por Galdós y compartía con él el rechazo del fanatismo y la violencia y la defensa de una cultura humanista, laica y republicana.

Como se ha señalado, en 1943 Chaves Nogales concluyó su colaboración profesional con Deric Pearson y creó su propia agencia, la agencia Manuel Chaves Nogales, con el político laborista Thomas Blázquez McEwen en calidad de socio financiero. Las instalaciones de la agencia estaban en el número 54 de Fleet Street. Durante esta etapa, Chaves Nogales realizó un gran esfuerzo de trabajo: siguió con atención la gestión de la agencia, revitalizó el programa de difusión latinoamericana y prosiguió su colaboración personal con *El Tiempo* de Colombia, *Bohemia* de Cuba, *La Prensa* de Buenos Aires, *El Nacional* de México y otros medios europeos y americanos. Además, hay que destacar su participación en los programas del Servicio LatinoAmericano de la British Broadcasting Corporation (BBC), cadena de radiodifusión del Gobierno británico. Para su realización, la BBC contrató a exiliados españoles de acreditada experiencia como Chaves Nogales, Arturo Barea, Luis Araquistáin, Salvador de Madariaga, Esteban Salazar Chapela y Luis Portillo. La agencia oficial Reuters solía actuar como mediadora en la contratación de periodistas españoles. Los programas radiofónicos realizados por Chaves Nogales en 1942 y 1943 abordaron temas de actualidad, asuntos de interés histórico y conmemoraciones nacionales. En relación con ello, debe resaltarse, asimismo, la vinculación de Arturo Barea a la BBC desde 1940 hasta 1957, cuando falleció, materializada a través de varios centenares de charlas, con el seudónimo de «Juan de Castilla», que alcanzaron una gran popularidad.

Entre el 17 de octubre y el 19 de diciembre de 1943, Chaves Nogales publicó en la revista cubana *Bohemia* cinco artículos de la serie *Cuando estalle la paz,* que fueron completados con otros cuatro de Frances L. Kaye, Salvador de Madariaga y Segismundo Casado. El periodista reflexionó sobre el futuro inmediato, una vez finalizada la guerra: «los ingleses creen de verdad, con toda su alma, en “ese mundo mejor” por el que están luchando» [563]. Afirmó que ninguna doctrina redentora alumbraría el futuro, porque esa supuesta doctrina

no existía: Todo lo que se vislumbra en el porvenir es el redescubrimiento del liberalismo, la vuelta al ideal de la seguridad colectiva y la necesidad, sólo la necesidad, de un sistema económico y una técnica financiera que están por descubrir todavía [564].

En el ámbito internacional, a su juicio, el establecimiento de un sistema de seguridad colectiva permitiría adoptar medidas preventivas para evitar nuevas guerras entre los países europeos. El problema político, insistió, estaba circunscrito al redescubrimiento de la democracia parlamentaria: Estamos como en 1914. No se ha descubierto nada que sea superior a una asamblea deliberante, a un parlamento. Entre las dos guerras no hemos hecho más que un penoso camino de ida y vuelta a lo largo de un siniestro callejón sin salida. El totalitarismo, la autarquía, la deificación del Estado, la vuelta al medievalismo, el corporativismo gremialista y el caudillaje no llevaban a ninguna parte [565].

En lo referido a las perspectivas económicas y sociales, se había producido en las últimas décadas una revolución financiera que había facilitado el manejo del dinero, pero que «no ha sido suficiente para mejorar las condiciones de vida de los pueblos y desarrollar los recursos naturales de los países atrasados» [566]. Por lo demás, percibía que los ciudadanos europeos que habían sufrido las graves consecuencias de la guerra tenían una aspiración:

Una Gran Encuesta de "BOHEMIA" en Inglaterra

CUANDO ESTALLE LA PAZ

Unas declaraciones de Sir Frederick Leith Ross, el hombre que tiene que atender las necesidades de cien millones de europeos.

Manuel CHAVES NOGALES

CUANDO ESTALLE LA

EL PANAMERICANISMO Y LA B
DE LAS RELACIONES INT

Dos de los artículos de la serie *Cuando estalle la paz*, en los que Chaves Nogales reflexionaba sobre cómo encarar el futuro inmediato una vez finalizada la guerra, publicados en la revista *Bohemia* de Cuba: «Una declaraciones de Sir Frederick Leith Ross» (*Bohemia*, 24/10/1943) y «El Panamericanismo y la base universal de las relaciones internacionales» (*Bohemia*, 28/11/1943).

> [alcanzar] una vida mejor, más rica, más amplia, más llena de sentido […]. Hoy en Gran Bretaña nadie cree en ningún redentor. Pero todo el mundo cree más que nunca en sí mismo. Esto es, quizás, lo mejor que la guerra va a dejarnos. La esperanza más firme que tenemos para cuando estalle la paz [567].

Chaves Nogales mostró un gran interés por los planes de Frederick Leith-Ross, consejero económico del Gobierno de Gran Bretaña y presidente del Comité de Auxilio y Rehabilitación de la Organización de las Naciones Unidas para la reconstrucción de los países afectados por la guerra. Ross manifestó expresamente que no pretendían crear un super-Estado, sino un organismo de cooperación internacional dedicado, sobre todo, al suministro y la distribución de alimentos básicos, medicamentos y ropas: «Lo esencial es unificar los recursos y

la acción de todos los países aliados [...]. La eficacia del auxilio a Europa después de la guerra dependerá, pues, del grado de cooperación internacional a que pudiera llegarse y de los recursos que queden disponibles [...]. Cuando la guerra haya terminado, las inmensas reservas de víveres, ropas y medicamentos de los ejércitos serán un gran alivio para las necesidades de los pueblos» [568].

En aquel momento tan singular, Chaves Nogales se entrevistó con Walter Citrine, secretario general de las Trade Unions, cuyo protagonismo en la vida social y política británica se había incrementado tras la Primera Guerra Mundial. Citrine informó del propósito de su organización de realizar en Londres, en 1944, una conferencia internacional de los sindicatos obreros: «Los puntos esenciales del programa de esta conferencia eran tres: *1*. El esfuerzo de guerra de las clases trabajadoras. *2*. El movimiento sindical después de la guerra y la representación que las organizaciones obreras y sindicales deben tener en la Conferencia de Paz. *3*. La reconstrucción de las organizaciones obreras destruidas por el fascismo y el nazismo y la consecución de la unidad obrera mundial» [569]. La conferencia tenía, en suma, la finalidad de crear «una auténtica federación mundial que englobe todas las organizaciones sindicales sin tener en cuenta las diferencias tácticas, políticas o filosóficas» [570]. El periodista valoraba la labor desempeñada por los sindicatos, siempre dentro de la legalidad, y la necesidad de que el régimen democrático conciliara las libertades y la justicia social.

A fin de complacer a los lectores de los medios de comunicación latinoamericanos en los que colaboraba, los últimos artículos de Chaves Nogales fueron dedicados a personalidades colombianas y venezolanas. Eduardo Santos, expresidente de la República de Colombia, analizó en su entrevista las perspectivas de los países latinoamericanos en aquella circunstancia histórica, la creciente tendencia panamericana y la necesidad de establecer una buena cooperación con Estados Unidos y con Europa. Según el político colombiano, la primera enseñanza que había dejado la guerra era «la fe absoluta en los regímenes de libertad y en los principios de la democracia. Ha quedado demostrado, ojalá para siempre, el fracaso de las dictaduras» [571].

Chaves Nogales hizo una crónica de la recepción ofrecida por la legación diplomática de Colombia en honor del venezolano Atilano Carnevali, con motivo de su designación como embajador en Bogotá, a

la que asistieron diplomáticos, escritores y periodistas residentes en la capital británica. Correspondiendo a las muestras de reconocimiento y afecto recibidas, Carnevali afirmó refiriéndose a Inglaterra: «Tengo el orgullo de creerme leal amigo de una tierra que se desangra peleando por principios de libertad humana y un leal amigo nunca se pierde» [572].

Finalmente, el último artículo que Chaves Nogales escribió antes de morir rastreó las huellas de Francisco Antonio Zea, consejero de Simón Bolívar, en la ciudad de Bath, donde falleció en 1822: Francisco Antonio Zea, el humanista, el sabio, el primer hombre civil de las revoluciones americanas, el amigo y consejero de Bolívar, el primer vicepresidente de la Gran Colombia y su primer embajador en todas las cortes de Europa, vino a morir aquí, triste, amargado, viendo desconocidos sus servicios y puesto en tela de juicio su patriotismo. Aquí murió, aquí fue enterrado y ni una sencilla lápida queda para recordar su paso y señalar el lugar donde reposan sus cenizas [573].

Estas palabras evocan lo que le sucedería al propio Chaves Nogales y a muchos otros exiliados, que murieron lejos de su tierra y fueron enterrados sin que una lápida mostrara su identidad y honrara su memoria.

*

A principios de 1944 Manuel Chaves Nogales comenzó a tener dolores estomacales y adelgazó de forma apreciable. En abril, Frances F. Kaye, su secretaria y traductora, informó a varios amigos y colaboradores que se encontraba enfermo. Al agravarse sus problemas de salud, el 8 de mayo fue intervenido quirúrgicamente en el Hospital Metropolitan Borough de Chelsea, Londres. En el curso de la operación Chaves Nogales falleció de forma inesperada. Según el certificado de defunción, la muerte fue ocasionada por un cáncer de estómago y una peritonitis posoperatoria. Apenas tenía entonces cuarenta y seis años. Tres días después, fue enterrado en el North Sheen Cemetery de Richmond, cerca de Londres. Le despidieron amigos, periodistas y exiliados como Luis Portillo, Antonio Soto, Esteban Salazar, Frances F. Kaye, Álvarez Buylla, Blázquez McEwen, Duperier y Sala, así como autoridades y diplomáticos de México, Colombia, Brasil, Chile, Cuba y la República Dominicana.

SIGUIENDO LAS HUELLAS DE
UN PROCER AMERICANO
por
Manuel CHAVES
NOGALES

En su último artículo, «Siguiendo las huellas de un prócer americano», Chaves Nogales escribió sobre el diplomático Francisco Antonio Zea, consejero de Simón Bolívar, que murió en la ciudad de inglesa de Bath (*Bohemia,* 29/2/1944).

*

*

El 6 de junio de 1944 las fuerzas aliadas, dirigidas por el general Eisenhower, desembarcaron en Normandía, al norte de Francia. El 14 de junio ocuparon la península de Cotentin, el 30, Cherburgo, el 9 de julio, Caen y el 18, St. Lö y abrieron una brecha en las posiciones alemanas de Avranches. Tras destruir las unidades blindadas alemanas el 18 de agosto en «el infierno de Falaise», las fuerzas aliadas avanzaron hacia París, donde grupos de la resistencia francesa luchaban contra los alemanes. El 24 de agosto, las campanadas de Notre-Dame anunciaron la entrada en París de los primeros soldados de la Francia Libre: eran los militares españoles de *La Nueve,* compañía de carros blindados perteneciente a la Segunda División

Acorazada del general Leclerc, la más importante unidad militar de la Francia Libre. *La Nueve* era realmente una unidad española: ciento cuarenta y seis de los ciento sesenta hombres que la integraban eran españoles o de origen hispano y la mayoría de sus oficiales eran españoles y se expresaban en castellano. Sus carros de combate lucían los nombres de las principales batallas de la guerra de España: «Madrid», «Guadalajara», «Guernica», «Teruel», «Ebro»… Tras liberar París y Estrasburgo, la Segunda División llegó hasta el Nido del Águila de Hitler, en Berchtesgaden, siempre encabezada por los carros blindados de *La Nueve* [574].

Las fuerzas aliadas prosiguieron su avance y alcanzaron la frontera alemana entre Tréveris y Aquisgrán y la frontera de Holanda, completando la liberación de Francia y Bélgica. Tras una contraofensiva desesperada en las Ardenas, los soldados alemanes retrocedieron, acosados por los ataques aliados. Una vez flanqueado el Rin, se produjo el hundimiento definitivo del ejército alemán. El 30 de abril de 1945, Hitler se suicidó con un disparo de arma de fuego en la cabeza en el Führerbunker de Berlín [575].

Chaves Nogales, poco antes de morir, lamentó muchísimo no poder vivir el momento histórico en el que se produjo la victoria aliada y la restauración de la democracia en los países europeos, el gran anhelo de su vida.

*

El 6 de junio de 1944 comenzó el desembarco de Normandía, conjunto de operaciones protagonizadas por 1.200 aeronaves, 5.000 barcos y 160.000 soldados que cruzaron el canal de la Mancha de Inglaterra a Francia, iniciando la reconquista de Europa.

La Segunda Guerra Mundial, como ha afirmado Tony Judt, fue una «guerra total» que dejó en los países europeos un legado de destrucción, desolación y muerte: «Las secuelas de la Segunda Guerra Mundial para Europa ofrecieron un panorama de completa miseria y desolación. Fotografías y documentales de la época muestran lamentables flujos de indefensas personas civiles viajando con gran dificultad a través de un paraje maldito de ciudades destruidas y campos yermos. Los huérfanos deambulaban con tristeza entre grupos de mujeres agotadas que recogían pedazos de mampostería. Deportados con la cabeza rapada y presos de campos de concentración con pijamas a rayas miraban con apatía a las cámaras, hambrientos y

enfermos. Incluso los tranvías, propulsados de manera insegura por unos dañados raíles por energía eléctrica intermitente, aparentaban estar conmocionados. Todos y todo —con la notable excepción de las bien alimentadas fuerzas aliadas— parecían desgastados, sin recursos y agotados. Esta imagen ha de ser matizada si queremos comprender cómo el mismo continente destrozado fue capaz de recuperarse en los años venideros. Pero transmite una verdad esencial acerca de la condición europea en el despertar de la derrota alemana. Los europeos se sentían desesperanzados y estaban agotados —y por una buena razón—. La guerra europea que comenzó con la invasión de Polonia por parte de Hitler en septiembre de 1939 y finalizó con la derrota incondicional de Alemania en mayo de 1945 fue una guerra total. Abarcó tanto a los civiles como a los soldados […]. Ningún otro conflicto de la historia registrada implicó a tanta gente en tan poco tiempo» [576].

Chaves Nogales estuvo allí, en todos los frentes, y relató con maestría, veracidad y compasión las guerras de su tiempo, la española y la europea, dejando constancia de las causas que las originaron, los principales hitos que sucedieron y las gravísimas consecuencia que depararon, con la esperanza de sacar conclusiones que sirvieran para construir un mundo mejor.

El Half-Track *Guernica,* de *La Nueve,* compañía constituida casi en su totalidad por republicanos españoles, integrada en la Segunda División Blindada del general Leclerc, en el desfile por los Campos Elíseos tras la liberación de París.

522. Casanova, J. (2022): *España partida en dos…, op. cit.,* pág. 187. Vid, asimismo, Espinosa F., Viñas, A. y Portilla, G. (2022): *Castigar a los rojos. Acedo Colunga, el gran arquitecto de la represión franquista*, Barcelona, Crítica.

523. *Ibid.,* pág. 189.

524. Bonet, J. M. (2019): «Para un mapa del exilio republicano», en *1939. Exilio republicano español*, Ministerios de Justicia y de Educación y Formación Profesional, Madrid, pág. 12.

525. Pérez Rodríguez, J. (2022): *Los indeseables españoles. La gestión de los refugiados en Francia (1936-1945)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, pág. 400.

526. *Ibid.,* pág. 402.

527. Casanova, J. (2022): *op. cit.,* pág. 188.

528. Preston, P. (2021): *Arquitectos del terror…, op. cit.,* págs. 12-15.

529. Casanova, J. (2022): *op. cit.,* pág. 192.

530. *Ibid.,* págs. 192-193.

531. García Arias, L. (1967): «Las Fuerzas Armadas en la ley Orgánica del Estado», en *Revista de Estudios Políticos,* n.º 151, Madrid, págs. 137 y ss.

532. Martínez Inglés, A. (1989): *España indefensa*, Barcelona, Ediciones B, pág. 12.

533. García, P: (1975): *Ejército: presente y futuro. 1 Ejército, polemología y paz internacional*, Alianza Editorial, Madrid, págs. 17-18.

534. Casanova, J. (2005): *La Iglesia de Franco*, *op. cit.,* pág. 10.

535 . Cit., Casanova, J. (2005): *op. cit.,* pág. 236.

536. Riquer, B. de (2010): «La dictadura de Franco», en Fontana, J. y Villares, R. (dirs.) (2010), *Historia de España*, vol. 9, Barcelona, Crítica/Marcial Pons, págs. 23-24.

537. Moradiellos, E. (2016): *Historia mínima…, op. cit.,* pág. 290.

538. Sánchez Vázquez, A. (1997 [1977]): *Recuerdos y reflexiones del exilio*, Associació d'Idees-GEXEL, Sant Cugat de Vallès, págs. 45-47.

539. Vid. Gómez, G. (2021): *Hombres sin nombre. La reconstrucción del socialismo en la clandestinidad (1939-1970)*, Madrid, Cátedra.

540. *Ibid.,* págs. 87 y ss.

541. Pérez Garzón, J. S. (2022): *Historia de las izquierdas en España (1789-2022)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, pág. 327.

542. Villares, R. (2021): *Exilio republicano y pluralismo nacional*, Madrid, Marcial Pons, págs. 123 y ss.

543 . *Ibid.,* págs. 41-42.

544 . Judt, T. (2005): *Postwar. A history of Europe since 1945*, New York, Penguin Books, págs. 27 y ss; y Moradiellos, E. (2016), *op. cit.,* pág. 291.

545. Chaves Nogales, M. (2020 [1937]): «Prólogo» de *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires en España*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* pág. 310.

546. Vid. Cintas, M. I. (2011): *Crónicas de la guerra civil*, *op. cit.*

547. Cit. Cintas (2021): *II, op. cit.,* págs. 56-57.

548. Chaves Nogales, M. (2020 [1939]): «Sin novedad en el Oeste», en *Bohemia*, 10/9/1939, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 496.

549 . *Ibid.,* pág. 497.

550 . *Ibid.,* págs. 498-499.

551. Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): *La agonía de Francia,* en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 370.

552. *Ibid.,* págs. 370-371.

553. *Ibid.,* pág. 374.

554. *Ibid.,* pág. 437.

555 . *Ibid.,* págs. 374-375.

556 . Muñoz Molina, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I,* pág. XXV.

557. Archivo Salvador de Madariaga, La Coruña, reproducido en Cintas, M. I. (2021): *II, op. cit.,* pág. 128.

558. Fuentes, J.F. y Fernández, J. (1997): *Historia del periodismo español*, *op. cit.,* pág. 286.

559. Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): «La guerra desde Londres. La fe en la victoria», en *El tiempo de Bogotá,* 4/10/1941, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 501.

560. *Ibid.,* pág. 505.

561. Chaves Nogales, M. (2020 [1942]): «Guerra de señores y guerra de esclavos», en *El tiempo de Bogotá,* 16/8/1942, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 553.

562. Documento conservado en el Centro de Documentación del Gobierno de Euskadi; cit. en Cintas M. I. (2021): *II, op. cit.,* págs. 156-157.

563. Chaves Nogales, M. (2020 [1943]): «Cuando estalle la paz: La seguridad colectiva. El redescubrimiento del liberalismo y la nueva economía», en *Bohemia*, 17/10/1943; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 583.

564. *Ibid.,* pág. 585.

565. *Ib.*

566. *Ibid.,* pág. 586.

567. *Ibid.,* pág. 587.

568. Chaves Nogales, M. (2020 [1943]): «Unas declaraciones de Sir Frederick Leith Ross», en *Bohemia*, 24/10/1943; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 592.

569. Chaves Nogales, M. (2020 [1943]): «Sir Walter Citrine nos habla de movimiento obrero internacional», en *Bohemia*, 21/11/1943; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* págs. 594-595.

570. *Ibid.,* pág. 594.

571. Chaves Nogales, M. (2020 [1943]): «El Panamericanismo…», en *Bohemia*, 28/11/1943; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 600.

572. Chaves Nogales, M. (2020 [1944]): «Atilano Carnevali en Londres», en *El Tiempo*, 29/2/1944; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 616.

573. Chaves Nogales, M. (2020 [1944]): «Siguiendo las huellas de un prócer americano», en *Bohemia*, 29/2/1944 (y, también, en *El Tiempo,* 1/1944); en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 619.

574. Vid. Mesquida, E. (2019): «La Nueve», en *1939. Exilio republicano español*, *op. cit.,* págs. 644 y *ss*.

575. Vid. Kershaw, I. (2008): *Hitler: a biography*, Nueva York, W. W. Norton & Company, pág. 955.

576. Judt, T. (2005): *op. cit.,* págs. 13 y 18.

9
Legado y vigencia de Manuel Chaves Nogales

Manuel Chaves Nogales es una de las grandes personalidades de la cultura española contemporánea. Los lectores pueden conocer a través de sus crónicas periodísticas y sus relatos literarios aspectos esenciales de los grandes acontecimientos del siglo XX, en los que resaltó el enconado conflicto social, político y moral que se estaba produciendo, condenó todo tipo de dictaduras y reivindicó el diálogo, la democracia y la concordia.

Chaves Nogales fue sobre todo un excelente periodista. Escribió artículos, crónicas y reportajes en grandes medios de comunicación españoles, europeos y latinoamericanos como *Ahora, Heraldo de Madrid, El Sol, Estampa, L'Europe Nouvelle, La Dépêche du Midi, Marianne, Bohemia, La Nación, Sucesos para todos, El Tiempo* y *Jornal de Brasil,* y realizó programas radiofónicos en Radio París y la BBC. Consideraba la información un servicio público que tenía la misión de «avivar el espíritu de mis compatriotas y suscitar en ellos el interés por los grandes temas de nuestro tiempo» [577]. Por ello, impulsó la renovación del trabajo periodístico potenciando la investigación, la presencia en los escenarios de las noticias y el compromiso con la verdad, sin eludir la interpretación, la valoración y la crítica [578].

Gracias a su talento y su esfuerzo convirtió *Ahora* en el periódico más importante de la Segunda República. Tras el exilio, no se dio por vencido. En París y, después, en Londres impulsó otros medios de comunicación que difundieron sus trabajos en diversos países europeos y americanos. Como ha afirmado Juan Antonio Rodríguez, fue «un periodista ilustrado en el profundo sentido del término: amante de la libertad y del raciocinio, humanista elemental, insaciable buscador de la verdad de (y en) los hechos y, *at last but not least,* impagable ironista en sus observaciones de la condición humana. Intempestivo en su momento histórico, Chaves Nogales lo sigue siendo en el nuestro» [579].

Sus crónicas, escritas desde el presente y con la urgencia requerida por el trabajo periodístico, ofrecen informaciones, reflexiones y detalles significativos de los acontecimientos de su tiempo. Por todo ello, algunos lo han considerado el mejor periodista español del siglo XX.

La agonía de Francia, A sangre y fuego y *El maestro Juan Martínez que estaba allí* muestran una factura literaria caracterizada por la buena escritura, el ritmo narrativo y el interés de los temas abordados. Chaves Nogales creía que la cultura no debía ser un privilegio de unos pocos, sino un bien esencial que facilitara el acceso al conocimiento, fomentara la reflexión y ofreciera a los ciudadanos las claves para construir un mundo mejor. El compromiso cultural, tal como lo concebía su admirado Benito Pérez Galdós, impregnó su quehacer periodístico y literario. A través de sus escritos desveló sus ideas humanistas, su fe en el esfuerzo, el trabajo bien hecho y la coherencia personal. De estos principios da fe un brillante fragmento del relato *El hombrecito de la limalla de oro* (1926) en el que el protagonista, «último vástago de una gran familia de orfebres, cinceladores, repujadores, batihojas y grabadores», se acerca a su nieto recién nacido, abandonado por su madre, y le dice: Yo te enseñaré —le susurró al oído— a tomar el gusto a la vida. Aprenderás de mí el buen ver, la buena manera de mirar. Conocerás el encanto de la limitación, del deber cumplido y del trabajo bien terminado. Artesano, artífice o artista, ama más que nada esta penumbra civil que salva del turbión de la gente desatada. No pierdas la medida de lo humano. Que no te inquiete la grandeza del mundo ni te tiente ningún heroísmo. Desprecia el bien y el mal, vive de verdad, a cuerpo y alma limpios, y no huyas el dolor con salvajes terrores. Si tu dolor es tuyo, ¿por qué has de hurtarte a él? Esto es todo lo que puedo darte, lo único que hasta aquí se ha salvado. Heredé la fe en el esfuerzo; aumenté el patrimonio con esta incorporación del dolor. Acaso tú consigas algo más. ¡Nos falta ya tan poco para la felicidad! [580].

La revista cubana *Bohemia* afirmó que Chaves Nogales aunaba «el sentido de lo interesante que tiene el periodista al sentido de lo bello que tiene el artista» [581]. Felipe Benítez ha resaltado la calidad de su obra, su veracidad y su pulso estilístico «muy firme, de prosista certero que no renunciaba al adorno» [582], lo cual ha promovido su merecido reconocimiento: «hoy Chaves Nogales es un autor que ha conseguido algo bastante difícil y bastante inusual: remover la

jerarquía literaria de su tiempo para incorporarse a ella, en la que hasta hace poco no era nadie, apenas una anécdota» [583].

Estas dotes sobresalientes de periodista y escritor estaban sustentadas en su recia personalidad, su incansable voluntad, su capacidad de trabajo, su ímpetu irrefrenable y su disposición emprendedora, así como en su sólida cultura, su compromiso con la verdad y, como ya dijimos, su fe en el diálogo y la concordia.

La vida y la obra de Chaves Nogales tienen plena coherencia. Ambas muestran un nítido compromiso con la modernización de España, la construcción de una sociedad más democrática y el rechazo del dogmatismo, el fanatismo y la violencia. Conocedor de los grandes acontecimientos de su tiempo, trató de hacer reflexionar a los españoles sobre la enconada lucha entre la barbarie y la civilización que se estaba produciendo. «Solo con la capacidad de un hombre que parecía ver por los ojos del porvenir», afirma María Isabel Cintas, «era posible hacer un relato, todo lo imparcial que la cercanía permitía, de los acontecimientos» [584].

Pero, además de premonitorios, sus escritos representan un esfuerzo por analizar los orígenes y las causas de aquella sinrazón histórica. Como ha resaltado Andrés Trapiello, «los relatos de Chaves son, desde la literatura, el esfuerzo más grande y lúcido por entender aquella guerra, en un viaje a las guaridas del miedo tanto como a las escalinatas del ideal…» [585].

Aquella guerra, la nuestra, y la que sucedió a continuación; y es que, a juicio de Chaves Nogales, todas las guerras constituyen una catástrofe en la que la condición humana saca a relucir su faz más irracional, violenta y desmedida; y, no menos importante, el recurso a la guerra muestra una derrota sin paliativos en el plano de los valores, de consecuencias desastrosas para el futuro, como reflejó en sus reflexiones sobre los combates de la batalla de Madrid: Allí, en aquel ambiente de la Ciudad Universitaria, la guerra civil era ostensiblemente el símbolo elocuente del fracaso de nuestra cultura y nuestra civilización [586].

En aquella encrucijada crítica, en medio de aquel fracaso de nuestra cultura y nuestra civilización, el periodista sevillano trató de hacer una labor de sensibilización para apaciguar los ánimos, neutralizar las manifestaciones extremistas y poner fin a la guerra a través de una mediación razonable.

Así, por ejemplo, en sus artículos de la serie *Cuando estalle la paz*

reflexionó sobre el futuro inmediato, una vez concluida la Segunda Guerra Mundial. A su juicio, los ciudadanos europeos que habían sufrido las graves secuelas de aquella «guerra total» tenían el anhelo de construir un «mundo mejor» en el que pudieran alcanzar «una vida mejor, más rica, más amplia, más llena de sentido». Este afán era una de las consecuencias más importantes de aquella terrible guerra [587].

Antonio Muñoz Molina ha destacado la solidez del compromiso democrático de Chaves Nogales en aquel tiempo convulso: «Los propagandistas de las dictaduras contaban con grandes presupuestos y con todas las ventajas de las tecnologías de la comunicación. Usando nada más que la palabra escrita, Chaves Nogales defendió la causa de la democracia con una gallardía en la que sólo se le compara George Orwell. La gran tristeza es que, habiendo vivido para ver tanto, muriera tan sólo unas semanas antes del desembarco aliado en Normandía. La Europa posterior a 1945, y la España que vendría en el porvenir lejanísimo de 1977, se iban a construir sobre la base de los ideales políticos que nunca dejó de vindicar Manuel Chaves Nogales» [588].

La ponderación, la independencia de criterio y la búsqueda de la verdad informaron, según Ignacio F. Garmendia, el quehacer periodístico y literario de este maestro de periodistas: «frente a los caracteres *nazarenoides* de quienes dictaminan o pontifican, o de quienes serían capaces de matar y morir por un dogma, el periodista viene a decirnos que el primer requisito del verdadero compromiso —tan distinto del que malogró a muchos de los que no sabrían mantenerse con la cabeza fría, en los "tiempos de oscuridad" de los que hablaría Arendt— es no ser esclavo de las verdades reveladas» [589].

Chaves Nogales se refirió muchas veces a la confrontación entre el fascismo y el estalinismo, a los que condenó de forma rotunda. Su visión reflejaba su experiencia personal directa en la Rusia de Stalin y la Alemania de Hitler, que posteriormente se enfrentarían militarmente durante la Segunda Guerra Mundial. Pero la realidad española era diferente. Las fuerzas políticas que apoyaron la Segunda República eran mucho más plurales: liberales demócratas, socialistas, comunistas, trotskistas y anarquistas. Es una simplificación errónea reducir esta diversidad al comunismo, que en 1936 era una fuerza política minoritaria, y que adquirió relevancia en el curso de la guerra. Algo similar sucedió a los partidos fascistas.

En sus crónicas, Chaves Nogales realizó importantes contribuciones

al conocimiento de la evolución, las circunstancias y el desenlace de la guerra, pero la distancia impuesta por el exilio y la carencia de buenas fuentes de información le llevaron a formular algunas valoraciones imprecisas e incluso contradictorias. A este respecto, comenta Juan Bonilla: «Así, en sus crónicas de guerra, sostendrá que la guerra española es un mero ensayo de potencias internacionales, lo que es sólo un pellizco de verdad, o verá a Mussolini como el auténtico alentador de la Guerra Civil española sólo unos días antes de asegurar que es la Gestapo la que manda en el bando nacional […]. Muchos de sus apuntes periodísticos, realizados en crónicas de imperiosa urgencia, sirven para agarrar mediante detalles precisos la locura contagiosa que le rodea, y eso es lo que las salva: los detalles. Los análisis que las acompañan fueron desmentidos luego por estudios más objetivos, pero esas deficiencias periodísticas no empañarán la producción de su obra más intensa, que ya se sale del campo del periodismo» [590].

La distancia y la condena del fascismo y del comunismo que manifestó Chaves Nogales ha originado debates entre sus partidarios y detractores, en los que se han realizado aportaciones interesantes, aunque a veces se han emitido algunas expresiones desmesuradas. Recordemos que Bernard Wasserstein considera necesario distinguir los orígenes y las aspiraciones del fascismo y el comunismo: «no debemos caer en el habitual error de atribuir un paralelismo falso a las dos grandes ideologías beligerantes. El nazismo, pese a toda su jerga revolucionaria, representó esencialmente una reacción contra la fe en el progreso humano del siglo XIX. Fue un intento de coger la historia por el cuello y obligarla a avanzar en una dirección determinada en gran medida por los intereses egoístas y las creencias obsesivas de quienes estaban en el poder. Desde sus inicios, fue un movimiento antiintelectual que ofreció a sus partidarios la falsa solidaridad de la banda callejera y la del disfrute del botín robado. En cambio, el comunismo constituyó un marco de pensamiento elaborado y dotado de coherencia interna [que] aspiraba a lograr un mayor bien colectivo derivado del concepto de Rousseau de la voluntad general y la idea de Gerrard Winstanley del bien común. El origen de su especial atractivo para varias generaciones de intelectuales europeos, quizás también una de las razones por las que sobrevivió en el poder durante más tiempo que el nazismo, fue su pretensión (finalmente falseada), derivada de Marx, de poder discernir y acelerar las fuerzas motrices

subyacentes de la historia» [591].

Indudablemente, algunos contemporáneos no comprendieron el carácter singular y diferencial de los regímenes de Hitler y de Stalin. Por eso consideraban que el fascismo y el comunismo interactuaban entre sí por miedo o por rechazo. Pero Chaves Nogales no fue de ninguna manera equidistante, impugnó los totalitarismos, todos los totalitarismos, y defendió la alternativa representada por la república democrática, que estaba amenazada por aquellos. Esta posición contraria a ambos totalitarismos es lo que algunos autores han catalogado como la «Tercera España».

En este sentido habría que matizar el reduccionismo que simplifica la fórmula de una España partida en dos o en tres. Sin duda, en todas las épocas, ha existido un pluralismo de ideas, aspiraciones e intereses que informó la vida pública. En la época de Chaves Nogales, en el espacio político configurado por la España conservadora, Antonio Maura, Francesc Cambó o, más tarde, José María Gil-Robles propugnaron proyectos de país que contenían notables diferencias. Otro tanto sucedió en el espacio político del liberalismo democrático progresista, en el que podemos incluir los idearios y los planes de José Canalejas y Manuel Azaña, e incluso del socialdemócrata Indalecio Prieto, que se proclamaba «socialista, a fuer de liberal». En la Guerra Civil se produjo una inevitable trinchera bélica, pero en aquella experiencia tan trágica pervivió el pluralismo ideológico y político. Chaves Nogales defendió una república democrática fundamentada en la negociación y el acuerdo que conciliara las libertades ciudadanas y la justicia social. Esa fue su posición inequívoca durante la Segunda República, la Guerra Civil y el exilio.

El legado de Chaves Nogales y su vigencia han sido reivindicados por los estudiosos de su vida y su obra. Así, Charo Ramos ha resaltado la calidad de sus escritos y sus enseñanzas: «La lucidez de Chaves Nogales, su claridad expositiva, todavía asombran. Y sus crónicas, reportajes, entrevistas y libros ofrecen provechosas enseñanzas en el contexto actual, cuando volvemos a asistir al ascenso de las ideologías demagógicas y radicales con su generalización de las campañas de odio y de estigmatización del adversario político y del diferente» [592]. En esta línea, Paloma Bravo ha destacado su humanidad y su vigencia: «¿Qué es el populismo, el del siglo XX, tan uniformado, y el del siglo XXI, tan digital, sino estupidez y crueldad? De esto trata toda la obra de Chaves Nogales, de que vivir es un ejercicio individual y libre, que

la vida está llena de elecciones y la responsabilidad es nuestra, de cada uno […]. A Chaves, gran periodista, extraordinaria persona, esa humanidad que reconoce en sí mismo se le nota en la ternura y la ironía con que cuenta, con que nos cuenta. Porque los peligros a los que nos enfrentamos los ciudadanos de hoy son los mismos que los de entonces: la desinformación, el egoísmo, la crueldad, la presión social, el miedo, la mentira, el hambre» [593].

Chaves Nogales es contemporáneo nuestro. Sus testimonios sobre los grandes acontecimientos del siglo XX trascienden su tiempo y constituyen un referente para construir hoy una sociedad más habitable, tolerante y solidaria. Hoy, en el siglo XXI, las ideas y los valores que Chaves Nogales defendió en los periódicos, los libros y las tribunas están plenamente vigentes. El diálogo, la tolerancia, la democracia, la justicia social, la denuncia del totalitarismo y el rechazo del fanatismo y la guerra continúan siendo prioridades esenciales para construir una vida mejor. Sin duda, Chaves Nogales habría compartido con José María Jover el «imperativo ético» y el «deber moral» de construir una imagen real de la historia de España, que sirva a los españoles «para enriquecer su experiencia y para promover la paz y la esperanza creadora ante el futuro en este final del milenio» [594].

En las anteriores palabras de Jover, que hacemos propias, resuenan estas otras de Chaves Nogales, escritas al final de *La agonía de Francia,* en una circunstancia europea sumamente crítica, y con las que deseamos terminar esta obra dedicada a su figura: Hasta ahora no se ha descubierto ninguna forma de convivencia humana superior al diálogo, ni se ha encontrado un sistema de gobierno más perfecto que el de una asamblea deliberante, ni hay otro régimen de selección mejor que el de la libre concurrencia: es decir, la paz, la libertad, la democracia [595].

577. Chaves Nogales, M. (2020 [1937]): «Prólogo» de *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires en España*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* págs. 307-308.

578. Vid. Chaves Nogales, M. (2020 [1929]): *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, «Prospecto», en *M. Ch. N: O. C., vol. II, op. cit.,* págs. 249-253.

579. Rodríguez, J. A. (2020): «Crónica de un mundo perdido», en *Chaves Nogales, Cuadernos y lugares*, *op. cit.,* pág. 105.

580. Chaves Nogales, M. (2020 [1926]): «El hombrecito de la limalla de oro», en *El Liberal,* 8/7/1926; en *M. Ch. N: O. C., vol. II, op. cit.,* págs. 527-528.

581 . Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II, op. cit.,* nota 7, pág. 42.

582. Benítez, F. (2012): «El matador y el repórter: Belmonte y Chaves Nogales», en Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012), *op. cit.,* págs. 43-44.

583. Benítez, F. (2020): «Chaves Nogales en sí mismo al fin», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* pág. 173.

584 . Cintas, M. I. (2021): *I, op. cit.,* pág. 228.

585. Trapiello, A. (2010): *Las armas y las letras: Literatura y guerra civil (1936/1939)*, *op. cit.,* pág. 185.

586. Chaves Nogales, M. (2020 [1938]): *Los secretos de la defensa de Madrid,* en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV, op. cit.,* pág. 564.

587. Chaves Nogales, M. (2020 [1943]): «Cuando estalle la paz: La seguridad colectiva. El redescubrimiento del liberalismo y la nueva economía», en *Bohemia*, 17/10/1943; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* págs. 585-87.

588 . Muñoz Molina, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I, op. cit.,* pág. XXV.

589 . Garmendia, I. F. (2020): *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* nota 64, pág. 253.

590. Bonilla, J. (2020): «Uno de los mejores relatos…», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* págs. 150-152.

591 . Wasserstein, B. (2010): *op. cit.,* págs. 203-204.

592 . Ramos, Ch. (2020): «Chaves Nogales y la causa de la libertad», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* pág. 16.

593. Bravo, P. (2020): «Las verdades del oficio», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.,* págs. 121 y 125.

594. Jover Zamora, J. M. (1998): «Una mirada a la Historia de España», en *El País*, *Babelia*, 30/5/1998. Sobre las concepciones historiográficas y humanistas de José María Jover, véase el discurso pronunciado en su investidura como Doctor *honoris causa* de la Universidad Carlos III de Madrid, el 1 de marzo de 2004. UCIII, edición digital.

595. Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): *La agonía de Francia,* en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V, op. cit.,* pág. 492.

Bibliografía

A. E. (1921): Reseña de *La ciudad, Ensayos* en «Sección de Libros y Revistas» de la *Revista España,* n.º 314, Madrid, 1/04/1921.

Aguilar, P., García de la Torre, R. y Hernández, J. (2007): *Guadalajara 1937. Testimonios de una batalla,* Diputación Provincial de Guadalajara.

Ahora, «Editorial» [«La jornada electoral del domingo se caracteriza por un hecho indudable: la victoria de los candidatos republicanos»], 14/4/1931.

Ahora, «Editorial» [«Ayer se ha proclamado en España la República»], 15/4/1931.

Ahora, «Editorial»: «El fantasmón del Fascio», 6/3/1932.

Ahora, Anuncio promocional de las crónicas sobre la Alemania nazi, 7/5/1933.

Ahora, «Editorial»: «El Estado y la contrarrevolución», 2/11/1934.

Ahora, «Editorial» [«Si a nadie le es permitido emplear la violencia en las luchas políticas»], 21/7/1936.

Amat, J. (2017): *Tres periodistas en la revolución de Asturias,* Barcelona, Libros del Asteroide.

Anónimo: [«rusófilo, defensor del Frente Popular, demagogo y panegirista del Madrid rojo»], en *El Pensamiento Alavés*, 14/6/1937.

Avilés Farré, J. (1999): *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Azagra, J. y Chorén, P. (2007): «Actividad y territorio: un siglo de cambios», en *La localización de la población española sobre el territorio: un siglo de cambios,* Cuadernos Fundación BBVA.

Azagra, J. y Chorén, P. (2007): «La población de Sevilla», en *La localización de la población española sobre el territorio: un siglo de cambios,* Cuadernos Fundación BBVA.

Azaña, M. (1935): *Mi rebelión en Barcelona*, Madrid, Imprenta Sáez Hermanos.

Azaña, M. (1990): *Obras completas*, vol. IV, «Memorias políticas y de guerra», México, Oasis.

Ballarín, M. y Ledesma, J. L. (eds.) (2010): *La República del Frente Popular. Reformas, conflictos y conspiraciones,* Ponencias del IV

Encuentro «Historia y Compromiso», Zaragoza, 2008, Fundación Rey del Corral de Investigaciones Marxistas.
Bellido, P. y Cintas, M. I. (coords.) (2009): *El periodista comprometido: Manuel Chaves Nogales, una aproximación*, Centro de Estudios Andaluces.
Benítez, F. (2012): «El matador y el repórter: Belmonte y Chaves Nogales», en Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012), *op. cit.*
Benítez, F. (2020): «Chaves Nogales en sí mismo al fin», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.*
Benítez, Felipe (2015): «Prólogo», en *La bolchevique enamorada y otros relatos,* Editorial Renacimiento, Sevilla.
Bernal Rodríguez, M. (2009): «Presentación» a Bellido, P. y Cintas, M. I. (coords.) (2009), *op. cit.*
Bonet, J. M. (2019): «Para un mapa del exilio republicano», en Murga Castro, I. (edit.) (2019), *op. cit.*
Bonilla, J. (2020): «Uno de los mejores relatos de Chaves Nogales. Sobre *Los secretos de la defensa de Madrid*», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.*
Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012): *Chaves Nogales*, Sevilla, La Isla de Siltolá.
Bravo, P. (2020): «Las verdades del oficio», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.*
Broszat, M. (1981): *The Hitler State: the Foundation and Developmen of the Internal Structure of the Third Reich*, Londres, Logman.
Buero Vallejo, A. (2010): «Madrid en guerra», prólogo a Falcón, C., *Madrid*, Barcelona, Editorial Hacer.
Bungay, S. (2008): *La batalla de Inglaterra*, Barcelona, Ariel.
Cabrera, M. (1985): «El conservadurismo maurista en la Restauración. Los límites de la "revolución desde arriba"», en J. L. García Delgado (ed.), *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, Madrid, Siglo XXI.
Cánovas, F. (2008): *Yo, Manuel Azaña tomo la palabra*, Arroyo de la Miel, Corona Borealis.
Cánovas, F. (2019): *Benito Pérez Galdós. Vida, obra y compromiso*, Madrid, Alianza Editorial.
Cánovas, F. (2021): *Santiago Ramón y Cajal. Maestro, científico y humanista*, Madrid, Alianza Editorial.
Carta colectiva de los obispos españoles a los obispos de todo el mundo con motivo de la guerra en España, Pamplona, Gráficas Descansa, 1/8/1937.

Casanova, J. (1997): *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1936)*, Barcelona, Crítica.

Casanova, J. (2005): *La Iglesia de Franco*, Barcelona, Crítica.

Casanova, J. (2007): «República y guerra civil», en J. Fontana y R. Villares (dirs.) (2007), *op. cit.*

Casanova, J. (2021): *Europa contra Europa (1914-1945)*, Barcelona, Crítica.

Casanova, J. (2022): *España partida en dos. Breve historia de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica.

Casanova, J. y Gil, C. (2009): *Historia de España en el siglo XX*, Barcelona, Ariel.

Chaves Nogales, M. (2020): *Obra completa,* en 5 vols., Barcelona, Libros del Asteroide [en adelante, la referencia a esta edición en cinco volúmenes se abrevia como *M. Ch. N: O. C.,* seguida del volumen].

Chaves Nogales, M. (1925): «El español fuera de España», en *Heraldo de Madrid*, 20/5/1927; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I.*, págs. 664-667.

Chaves Nogales, M. (1928): «Chaves Nogales, el periodista. Lo que nos dice nuestro compañero», en *La Estampa*, 5/5/1928 (entrevista de Eduardo Torralba Beci).

Chaves Nogales, M. (2020 [1920]): «Desde Sevilla. La gestación del más grave conflicto», *El Sol*, 27/6/1920; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I.*, págs. 237-240.

Chaves Nogales, M. (2020 [1924]): «Artículo robado. Quién es el pueblo y dónde se le encuentra», en *Heraldo de Madrid,* 29/11/1924; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I*, págs. 549-552.

Chaves Nogales, M. (2020 [1924]): «Los eternos fraudes editoriales», en *Heraldo de Madrid,* 12/9/1924; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I.*, págs. 621-625.

Chaves Nogales, M. (2020 [1924]): *Narraciones maravillosas…*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I.*, págs. 321-500.

Chaves Nogales, M. (2020 [1925]): «El gesto del día. Conceptos del periodismo», en *Heraldo de Madrid*, 19/5/1925; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I*, págs. 566- -567.

Chaves Nogales, M. (2020 [1926]): «El hombrecito de la limalla de oro», en *El Liberal,* 8/7/1926; en *M. Ch. N: O. C., vol. II.*, págs. 520-528.

Chaves Nogales, M. (2020 [1926]): «Sevilla desde dentro y desde fuera», en *Mediodía*, n.º 1, junio/1926; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I.*,

págs. 657-660.
Chaves Nogales, M. (2020 [1929]): *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja,* en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II*.
Chaves Nogales, M. (2020 [1929]): *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, «Prospecto», en *M. Ch. N: O. C., vol. II*, págs. 245-455.
Chaves Nogales, M. (2020 [1931]): «Manuel Azaña, presidente del Consejo», en *Ahora,* 8/11/1931; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III,* págs. 57-69.
Chaves Nogales, M. (2020 [1931]): «Fernando de los ríos y el previsible colapso de la agricultura», en Ahora, 29 de noviembre de 1931, en M. Ch. N: O. C., vol. III, págs. 91-105.
Chaves Nogales, M. (2020 [1931]): *Con los braceros del campo andaluz,* en *Ahora,* 8-29/11/1931; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 35-53.
Chaves Nogales, M. (2020 [1931]): *Lo que ha quedado del imperio de los zares*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. II,* págs. 597-791.
Chaves Nogales, M. (2020 [1932]): «Pistoleros flamencos y señoritos con rifle. El colapso de Sevilla», en *Ahora*, 25/10/1932; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 163-166.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «¿Habrá fascismo en España? Habla el lugarteniente de Hitler, doctor Goebbels», en *Ahora*, 21/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III,* págs. 428-431.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «¿Por qué son nazis las mujeres?», en *Ahora*, 24/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III,* págs. 396-400.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Adolfo I, emperador», en *Ahora*, 28/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 421-427.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Alemania bajo el poder de Hitler», en *Ahora*, 14/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 355-361.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Antes de tres años otra vez la guerra», en *Ahora*, 16/51933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III,* págs. 362-369.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Cómo están organizadas las fuerzas de asalto y protección del nacional socialismo», en *Ahora*, 17/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III,* págs. 370-376.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Cómo se acaba con la República», conferencia pronunciada en el Ateneo de Sevilla, 23/6/1933.

Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Diez mil comunistas», en *Ahora,* 18/1/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 179-185.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «La conquista de la juventud», *Ahora*, 23/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 388-395
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «La extirpación metódica de los judíos», en *Ahora*, 26/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III,* págs. 408-414.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «La lucha política y la represión policíaca», en *Ahora*, 27/5/ 1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 415-420.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «La vida cotidiana: usos y costumbres», en *Ahora*, 25/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.* , III, págs. 401-407.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Todos anarcosindicalistas», en *Ahora,* 20/1/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III,* págs. 186-192.
Chaves Nogales, M. (2020 [1933]): «Una visita a un campamento de trabajadores voluntarios. Los hombres que trabajan por dos reales», en *Ahora*, 18-19/5/1933; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 377-387.
Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «Hay que poner las cosas en su punto», en *Ahora,* 26/10/ 1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 209-212.
Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «La liberación de Asturias contada por el general López Ochoa», en *Ahora*, 28/10/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III,* págs. 221-224.
Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «La organización del ejército rojo en Asturias», en *Ahora*, 24/10/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 199-203.
Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): «Lo que no debe quedar vivo bajo los escombros», en *Ahora*, 27/10/1934; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 213-216.
Chaves Nogales, M. (2020 [1934]): *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III,* págs. 547-781.
Chaves Nogales, M. (2020 [1936-1939]): *Crónicas de la guerra civil*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V,* págs. 19-208.
Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «De presidiario a gobernante», en *Ahora*, 28/2/1936; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 265-270.
Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «En la hora del triunfo», en *Ahora*, 26/2/1936; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*., págs. 261-264.
Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «Las grandes paradas de la

ciudadanía», en *Ahora,* 3/3/1936; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*, págs. 280-283.
Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «Luis Companys expone su pensamiento y sus propósitos de gobierno», en *Ahora,* 4/3/1936; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III,* págs. 284-290.
Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): «Un conservador, un liberal, un marxista y un sindicalista», en *Ahora,* 11/3/1936; en *M. Ch. N: O. C., vol. III*, págs. 295-304.
Chaves Nogales, M. (2020 [1936]): *Andalucía roja y la Blanca Paloma* [serie], en *Ahora*, 7-11/6/1936; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. III*., págs. 307-333.
Chaves Nogales, M. (2020 [1937]): *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires en España*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV,* págs. 307-524.
Chaves Nogales, M. (2020 [1938]): *Los secretos de la defensa de Madrid,* en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. IV*, págs. 529-653.
Chaves Nogales, M. (2020 [1939]): «Sin novedad en el Oeste», en *Bohemia*, 10/9/1939; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V,* págs. 495-499.
Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): «El duro castigo de la gran ciudad en sombras», en *Bohemia*, 1/2/1942; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V*, págs. 524-529.
Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): «La guerra desde Londres. La fe en la victoria», en *El tiempo de Bogotá,* 4/10/1941; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V*., págs. 500-507.
Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): «Vida e ideas en las fábricas de la guerra», en *Bohemia*, 11/10/1942; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V*, págs. 555-560.
Chaves Nogales, M. (2020 [1941]): *La agonía de Francia*, en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V*, págs. 363-492.
Chaves Nogales, M. (2020 [1942]): «Guerra de señores y guerra de esclavos», en *El tiempo de Bogotá,* 16/8/1942; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V*, págs. 550-554.
Chaves Nogales, M. (2020 [1943]): «Cuando estalle la paz: La seguridad colectiva. El redescubrimiento del liberalismo y la nueva economía», en *Bohemia*, 17/10/1943; en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V*., págs. 583-611.
Chislett, W. (2012): «Recuperando a Arturo Barea», en *El País*, 22/12/2012. Vid. de este mismo autor «Del Madrid de la guerra civil al exilio en la campiña inglesa», Centro Virtual del Instituto Cervantes.
Cintas, M. I. (2014): «Introducción» a *A sangre y fuego. Héroes,*

bestias y mártires de España, Barcelona, Libros del Asteroide.
Cintas, M. I. (2020): «Un niño en una calle de Sevilla», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.*
Cintas, M. I. (2021): *Manuel Chaves Nogales. Andar y contar, 2 vols.,* Almería, Confluencias.
Costa, J. (1969 [1901]): *Oligarquía y caciquismo, como la forma actual de gobierno de España,* Madrid, Alianza Editorial.
De los Ríos, F. (1921): *Mi viaje a la Rusia Soviética*, Madrid, Imprenta de R. Caro Raggio.
Díaz, E. (2012): «El incómodo habitante de la ciudad», en Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012), *op. cit.*
Díez Espinosa, J. R. (1998): «La democracia parlamentaria en la República de Weimar: entre el mito y la realidad», en *Revista de Investigaciones Históricas,* Valladolid, Universidad de Valladolid.
Díez-Canedo, E. (1931): «Rusia fuera de Rusia», en *El Sol*, 5/7/1931.
Don Juan (seud.) (1932): sección «Pajaritas de papel» de *La Correspondencia*, 2/4/1932.
Duroselle, J. B. (1974): *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*, Barcelona, Labor.
Espinosa F., Viñas, A. y Portilla, G. (2022): *Castigar a los rojos. Acedo Colunga, el gran arquitecto de la represión franquista*, Barcelona, Crítica.
Espinosa, F. (2014): «Literatura e historia. Manuel Chaves Nogales y la "tercera España"», en *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo,* n.º 44.
Estampa, revista gráfica y literaria: «Nota editorial» [«Preferentemente se destacan en esta serie de informaciones las vidas de los emigrados»], n.º 159, 24/1/1931.
Estampa, revista gráfica y literaria: «Anuncio editorial» de *El maestro Juan Martínez que estaba allí,* 7/3/1934.
Falcón, Lidia (2010): «Introducción» a Falcón, C., *Madrid*, Barcelona, Editorial Hacer.
Fariñas, R. (2017): *Manuel Chaves Nogales, antecesor del periodismo narrativo. De la crónica al reportaje. Un estudio de caso: La defensa de Madrid*, Tesis doctoral, Facultad de Comunicación, Universidad de Sevilla.
Ferragut, J. [seud. Julián Fernández Piñero] (1937): «Reseña de *Gavroche*», en *Mundo Gráfico*, 21/4/1937.
Fontana, J. y Villares, R. (dirs.) (2007): *Historia de España*, vol. 8,

Barcelona, Crítica/Marcial Pons.
Fontana, J. y Villares, R. (dirs.) (2010): *Historia de España*, vol. 9, Barcelona, Crítica/Marcial Pons.
Fuentes, J. F. y Fernández, J. (1997): *Historia del periodismo español*, Madrid, Síntesis.
Fusi, J. P. (2020): *Ideas y poder. 30 biografías del siglo xx*, Madrid, Turner.
García Arias, L. (1967): «Las Fuerzas Armadas en la ley Orgánica del Estado», en *Revista de Estudios Políticos,* n.º 151, Madrid.
García Gordillo, M. d. M. (2009): «El placer de conversar con la historia: siete entrevistas con los personajes de la República», en Bellido, P. y Cintas, M. I. (coords.) (2009), *op. cit.*
García Rodríguez, J. (2013): *Conspiración para la rebelión militar del 18 de julio de 1936*, Madrid, Sílex.
García, P: (1975): *Ejército: presente y futuro. Ejército, polemología y paz internacional,* Madrid, Alianza Editorial.
Garmendia, I. F. (2020): *Manuel Chaves Nogales, Obra completa,* cinco volúmenes (edición y notas del editor), Libros del Asteroide y Diputación de Sevilla.
Gómez, G. (2021): *Hombres sin nombre. La construcción del socialismo en la clandestinidad (1939-1970)*, Madrid, Cátedra.
González Calleja, E. (2011): *Contrarrevolucionarios: Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial.
González, D. (2020): «El defensor de la República», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.*
Guerra García, V. (2007): «Bosquejo sobre la figura de Álvaro de Albornoz», en *Revista Historia,* edición digital.
Hernández de Miguel, C. (2019): *Los campos de concentración de Franco*, Barcelona, Ediciones B.
Heraldo de Madrid: «Editorial» [«La pericia y la inteligencia de Chaves, su instinto periodístico»], 28/5/1928.
Heraldo de Madrid: «Editorial» [«con su juventud liberal, inteligente y triunfante»], 12/5/1928.
Iwasaki, F. (2012): «Todo lo ruso es triste», en Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012), *op. cit.*
Jackson, G. (1976): *La República Española y la Guerra Civil, 1931-1939*, Barcelona, Crítica.
Jover Zamora, J. M. (1992): «De la literatura como fuente histórica», en *Boletín de la Real Academia de la Historia,*

CLXXXIX.
Jover Zamora, J. M. (1998): «Una mirada a la Historia de España», en *El País*, *Babelia*, 30/5/1998.
Jover Zamora, J.M. (2004): *Discurso de investidura como Doctor Honoris Causa en la Universidad Carlos III de Madrid*, UCIII, edición digital.
Juana, J. de (1988): *La posición centrista durante la II República. El periódico Ahora. 1930-1936*, Universidad de Santiago de Compostela.
Judt, T. (2005): *Postwar. A history of Europe since 1945*, New York, Penguin Books.
Juliá, S. (2008): *Vida y tiempo de Manuel Azaña. 1880-1940*, Madrid, Taurus.
Kershaw, I. (2008): *Hitler: a biography*, Nueva York, W. W. Norton & Company.
Mainer, J.-C. (2020): «Su obra maestra, *A sangre y fuego.* Entrevista a José-Carlos Mainer», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.*
Mañas, J. A. (2021): «Manuel Chaves Nogales. Conversaciones en el más acá», en *tintaLibre,* 10/2021, n.º 95.
Marqués, J. (2012): «El hombre del tiempo», en Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012), *op. cit.*
Martínez de Pisón, I. (2009): *Partes de guerra*, Barcelona, RBA.
Martínez de Pisón, I. (2020): «Cuatro meses en Madrid», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.*
Martínez Illán, A. y Pérez Álvarez, A. (2019): «El periodismo y la Historia: Chaves Nogales y la Revolución rusa», en *Arbor,* vol. 195, n.º 729.
Martínez Inglés, A. (1989): *España indefensa*, Barcelona, Ediciones B.
Mateos, J. C. (2002): *Bajo el control obrero. La prensa diaria en Madrid durante la guerra civil, 1936-1939*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
Maure Rubio, M. Á. (2011): «Arturo Soria y Mata», *Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia,* edición digital.
Mesquida, E. (2019): «La Nueve», en Murga Castro, I. (edit.) (2019), *op. cit.*
Mommsen, H. (1991): *De Weimar a Auschwitz*, Princeton University Press.
Moradiellos, E. (2016): *Historia mínima de la guerra civil española*, Madrid, Turner.

Moradiellos, E. (2021): *Quo vadis, Hispania? Winston Churchill y la guerra civil española (1936-1939)*, discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, 28/11/2021, documento audiovisual.

Morató, Y. (2020): «Nota a la traducción», en *M. Ch. N: O. C.*, *vol. V*.

Muñoz Molina, A. (2011): «Prólogo» a *La defensa de Madrid*, Sevilla, Espuela de Plata.

Muñoz Molina, A. (2012): «El hombre que estaba allí», entrevista realizada por Torrente, L. F. y Suberviola, D., 11/12/2012, Libros.com, WordPress.com Muñoz Molina, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I*.

Murga Castro, I. (edit.) (2019): *1939. Exilio republicano español*, Madrid, Ministerios de Justicia y de Educación y Formación Profesional.

Ortega y Gasset, J.; Marañón, G. y Pérez de Ayala, R. (1931): «Un manifiesto. Agrupación al Servicio de la República», en *El Sol*, 10/2/1931.

Pérez Álvarez, Álvaro (2013): «Manuel Chaves Nogales y el nuevo periodismo», en *Ámbitos*, n.º 23, jul.-dic./2013, Universidad de Sevilla.

Pérez Galdós. B: (1903): «Soñemos, alma, soñemos», en *Alma Española*, año I, n.º 1, 8/11/1903.

Pérez Garzón, J. S. (2022): *Historia de las izquierdas en España (1789-2022)*, Madrid, Libros de la Catarata.

Pérez Rodríguez, J. (2022): *Los indeseables españoles. La gestión de los refugiados en Francia (1936-1945)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Pericay, X. (2020): «En París, con la República», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.*

Pestaña, A. (2018 [1924]): *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi,* Córdoba, Ed. Almuzara.

Pla, J. (2018 [1925]): *Viaje a Rusia,* Barcelona, Ediciones Destino.

Preston, P. (2021): *Arquitectos del terror: Franco y los artífices del odio*, Barcelona, Debate.

Radkey, Oliver H. (1990): *Russia Goes to the Polls: The Election to the All-Russian Constituent Assembly, 1917,* Cornell Univ Press.

Raguer, H. (2001): *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Península.

RAH (2018): «Manuel Portela Valladares», *Diccionario Biográfico electrónico de la Real Academia de la Historia,* edición digital.

Ramos, Ch. (2020): «Chaves Nogales y la causa de la libertad», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.*

Ramos, Ch. (2020): *Exposición Chaves Nogales: Cuadernos y lugares*, Aznalcázar, Sevilla, Centro Andaluz de las Letras, información digital.

Ramos, Ch. (edit.) (2020): *Chaves Nogales. Cuadernos y lugares,* Catálogo, Sevilla, Junta de Andalucía.

Riquer, B. de (2010): «La dictadura de Franco», en Fontana, J. y Villares, R. (dirs.) (2010), *op. cit.*

Rodríguez, J. A. (2020): «Crónica de un mundo perdido», en Ramos, Ch. (edit.) (2020), *op. cit.*

Rojo, V. (2006): *Así fue la defensa de Madrid: aportación a la historia de la Guerra de España, 1936-39*, Madrid, Asociación de Libreros de Lance de Madrid, anexo n.º 1.

Rueda Laffond, J. C. (2001): «La industrialización de la imprenta», en *Historia de la edición en España, 1836-1936,* Martínez, Jesús A. (dir.), Madrid, Marcial Pons Historia.

Salado, J. S. (1937): «Un equilibrista: el Sr. Chaves Nogales», en *La Voz*, 8/6/1937.

Sánchez Pérez, F. (2010): *La primavera de 1936: algunas observaciones sobre Francia y España*, Ballarín, M. y Ledesma, J. L. (eds.) (2010), *op. cit.*

Sánchez Vázquez, A. (1997 [1977]): *Recuerdos y reflexiones del exilio*, Associació d'Idees-GEXEL, Sant Cugat de Vallès.

Sesma, N. (2012): «Humaredas recuperadas», en Bonilla, J. y Marqués, J. (coords.) (2012), *op. cit.*

Suberviola, D. y Torrente, L. F. (2013): «El hombre que estaba allí», Salamanca, Libros. com. Blog de WordPress.com.

Trapiello, A. (1994): *Las armas y las letras*, Barcelona, Destino.

Trapiello, A. (2020): «Prólogo» a *M. Ch. N: O. C.*, *vol. I.*

Unamuno, M. de (1994): *Artículos en «La Nación» de Buenos Aires, 1919-1924,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.

Villares, R. (2021): *Exilio republicano y pluralismo nacional*, Madrid, Marcial Pons.

Viñas, Á. (2019): *¿Quién quiso la guerra civil? Historia de una conspiración*, Barcelona, Crítica.

VV. AA. (1993): *Anthropos,* Boletín de información y documentación, n.º 39 [dedicado a la Literatura sobre la Guerra Civil].

VV. AA. (2016): «Atlas de historia económica de Andalucía. Siglos

XIX y XX», Junta de Andalucía, edición digital.
Wasserstein, B. (2010): *Barbarie y civilización. Una historia de la Europa de nuestro tiempo*, Barcelona, Ariel.
Wheatcroft, S. G., Davies, R. W. y Cooper, J. M. (1986): «Soviet Industrialization Reconsidered: Some Preliminary Conclusions about Economic Development between 1926 and 1941», Cambridge, *Economic History Review*.

Agradecimientos

Alianza Editorial quiere agradecer a María Isabel Cintas su ayuda a la hora de ilustrar este libro. En este sentido, las imágenes de Chaves Nogales que figuran en el capítulo 1 del presente libro («Manuel Chaves Nogales. Su vida y su tiempo») han sido cedidas por María Isabel Cintas y se custodian en su Archivo Documental sobre Chaves Nogales (ADsCHN). Dichas imágenes han aparecido en las biografías que esta investigadora ha dedicado al periodista sevillano: *Chaves Nogales. Andar y contar* (Coedición de Confluencias y Editorial Universidad de Sevilla, 2021) y *Chaves Rey, el cronista de Sevilla* (Editorial Universidad de Sevilla, 2021).

Créditos fotográficos e información sobre las imágenes Las imágenes de Manuel Chaves Nogales que figuran en este libro han sido amablemente decidas por María Isabel Cintas y se custodian en su Archivo Documental sobre Chaves Nogales (ADsCHN).

Para las imágenes de las páginas 298, 300 y 301: sourcegallica.bnf.fr/BnF

Para la imagen de la página 113: https://lccn.loc.gov/2016645663

Edición en formato digital: 2023

© Francisco Cánovas Sánchez, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-278-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.